



La Guerra de los Tenientes

Memorias de la Guerra con
Sendero Luminoso

Claudio Montoya Marallano

Título: La Guerra de los Tenientes, Memorias de la Guerra con Sendero Luminoso.

(Orig. El Pecado de Deng Xiaoping)

© 2008 by Claudio Montoya

All rights reserved.

ISBN 978-1-4457-8179-2

Impreso en España - Printed in Spain.

Índice

I	Los Olvidados	7
II	El Horizonte	37
III	El Abra	105
IV	La Emboscada	145
V	La Misa	215
VI	La Tuberculosis	235
VII	La Fiesta del Pueblo	255
VIII	El Abandono	309
IX	Epílogo	369

Los olvidados

A veces hago recuento de días pasados, y me pregunto cómo es posible que mantengamos recuerdos vívidos de acontecimientos aparentemente olvidados ya hace muchos años. Cuando leo algún libro de historia a veces estos hechos parecen tan lejanos para mí que ya no importan si fueron de hace veinte, cincuenta o dos mil años y sus actores tan anónimos como cualquier otro que estuvo en una batalla griega. Pero sin querer, también a veces, recuerdo que hubo momentos en los que tal vez pude tener un pedazo de la historia, buena o mala, en mis manos. El siguiente relato es una breve crónica de uno de esos momentos en los que, a falta de moraleja, lo único que nos queda es un sabor amargo de boca:

Aquel día estaba en el semiderruido comedor de oficiales tratando de engullir la insufrible sopa de col acompañada con ensalada de lo mismo y coles arrebozadas, menú único de la unidad, cuando entra un soldado de guardia y dirigiéndose a mí dice:

—Mi teniente, el comandante quiere verlo en su oficina.

Con hambre aún, pero con el alivio de tener que dejar de una vez por todas la comida sin parecer maleducado, me levanté y me dirigí a la puerta de salida, por donde casualmente entraba el oficial de rancho.

—Luís, eres un perfecto inútil. Tu rancho es asqueroso y estamos hartos de comer coles todos los días, sólo a ti se te ocurre comprar el cargamento de un camión.

La Guerra de los Tenientes

—¿Y qué quieres que haga? Sólo dispongo para el mes poco dinero con el cual alimentar a todo un batallón. Es lo único que pude conseguir.

—Por lo menos a la hora de comer siéntate a la mesa y recibe nuestros agradecimientos verbales.

Crucé el galpón de vehículos, o lo que quedaba de aquellos, e ingresé a la comandancia. Al entrar a la oficina observé al comandante de pie mirando unos planos extendidos sobre la pared junto con el oficial de inteligencia, un soldado y un civil de mirada asustada que discutía con el soldado.

—Pasa, tenemos un problema. Necesitamos que prepares una patrulla, salgas de inmediato, ubiques el lugar, veas que ha pasado y nos informes.

—¿De qué se trata? Mi comandante.

—Ha venido este mensajero y dice algo así como que han encontrado unos muertos cerca de su pueblo o algo parecido.

Mientras hablaba señalaba una esquina del mapa colgado en la pared, de un vistazo identifiqué una zona de cordillera o puna perdida en medio de la nada, de esos remotos sitios en los que Dios ya no volvió a interesarse desde la creación. No sé porqué, pero al ver aquel mapa algo me decía que nuevamente me tocaría bailar con la más fea.

—En otras palabras han masacrado a su pueblo como sucedió en aquel que estaba en la carretera a la selva, ¿no es así?

—No lo sabemos, la verdad es que entre lo asustado que está ni se deja entender en su pobre castellano. Así que es mejor que vayas tú y nos enteremos por primera persona.

Miré al mensajero, de lejos se veía que había caminado por lo menos un par de días, aparentemente de trece o catorce años. Aunque la edad engaña con esta gente malnutrida desde hace generaciones, no me extrañaría que tuviera dieciocho o diecinueve. Obvié el trámite de preguntárselo.

—Arturo, ¿qué sabemos de ellos? —pregunté al oficial de inteligencia.

—Son unos míseros pueblos que subsisten en la puna con unas ovejas, pocas veces van patrullas a sus zonas.

—¿Rojos?

—Años atrás así lo hubiésemos visto, como todos. Pero desde hace un par no hemos tenido problemas ni noticias. Esta gente es tan mísera que no le interesa a nadie, ni siquiera a Sendero;

Los Olvidados

me preocuparía más si fueran los que viven al otro lado del río - señalando la otra esquina del mapa-, es zona de tránsito.

— Bien, en veinte minutos estaré listo, prefiero avanzar con vehículos hasta donde permita la carretera y luego subiremos la cordillera a pie, esa zona del mapa está entre dos mil ochocientos y tres mil quinientos metros de altura. Así que la trepada no nos la quita nadie. ¿Algo más mi comandante?

— Sí, llévate al médico -añadió-, si es lo que pensamos necesitaremos su ayuda o un informe suyo. Y ten cuidado.

— Esto último no necesita recalcarlo.

Veinte minutos mas tarde estábamos en la puerta del cuartel embarcando en los vehículos, aproveché la confusión y llamé a un cabo de confianza.

— Jiménez, venga.

— Si, mi teniente.

— ¿Ves al mensajero vestido de civil que está subiendo en el primer vehículo? Será nuestro guía. A partir de este momento no lo pierdas de vista y síguelo a todas partes sin que se de cuenta. Arma tu pistola y tenla así en la cartuchera. Si ves que trata de abandonar la columna sin avisar o hace señas a alguien extraño, la usas, no quiero sorpresas. ¿Entendiste?

— Sí, mi teniente -respondió dirigiéndose al primer camión.

— ¡Toribio! -llamé al sargento de patrulla-. ¿Has revistado las armas?

— Sí, mi teniente. Hemos montado una patrulla ligera como ordenó. Dieciocho hombres, cien cartuchos por fusil, granada de mano e Instalaza por cabeza. Hay tres reclutas que para los cuales es su primera salida al campo, ya los asigné por parejas con soldados antiguos. Los choferes y sus ayudantes se quedarán en los camiones en los puntos de reunión con las ametralladoras montadas sobre los vehículos.

— Bien.

Ese Toribio -pensé-, no se le escapa nada, gente como esta es la que facilita las cosas y hacen que caminen Estaba en ello cuando escuché una voz a mis espaldas:

— Me dicen que voy contigo.

Al volver me encuentro con un extraño personaje, un poco más bajo que yo, con bigotes y vestido de verde en algo así como un traje de tortuga, que me miraba sonriéndome.

— Soy el nuevo médico de la unidad.

La Guerra de los Tenientes

—Hola Doc, ya estamos saliendo, así que sube. ¿Qué llevas encima?

—Como soy previsor me he colocado doble chaleco antibala. Ya sabes, hombre prevenido...

—En principio te los has colocado al revés, por eso no puedes torcer el cuello. Segundo, cuando descendamos de los vehículos y comencemos a trepar la cordillera te pesarán como plomo, así que es mas probable que mueras de sobreesfuerzo que de una bala, y tercero, no puedes llevarlos porque no hay suficientes chalecos para todos y no es justo que sólo algunos miembros de la patrulla cuenten con protección, particularmente si son oficiales. ¿Y tu fusil?

—Soy médico, vengo a salvar vidas y no a otra cosa.

—No creo que tu discurso te ayude mucho cuando las cosas se pongan color de hormiga, aunque siempre podrás defenderte blandiendo tu bisturí, algo así como un espadachín andino. Así que toma —le dije extendiéndole una granada de mano que extraje de mi morral.

—¿Me la das para que me defienda?

—No, para que te suicides, me lo agradecerás. Sube que ya que partimos tarde.

La salida del convoy es lo más incómodo de estos recorridos porque es el momento donde perdemos la iniciativa, las rutas están restringidas a las pocas carrozables que existen y muchas veces los caminos de regreso, al ser únicos, son los mismos que los de ida, por tanto eres blanco previsible. En general muchos preferíamos caminar unas horas más que exponerse a montar en la plataforma de los vehículos, jamás en la cabina. Pero la distancia a la que nos dirigíamos hacía inevitable facilitarnos un buen tramo.

Aparte de estar atentos a la carretera, sus alrededores y esperar que no pisáramos una mina, no podíamos hacer mucho, así que aproveché en tratar de enterarme un poco más de la misión que nos esperaba y en el primer alto en el camino dispuse el reembarque.

—Que pase el guía a mi vehículo.

Minutos después lo veía subiendo al camión y seguido aparecía sobre la barandilla el diligente Jiménez.

—Cuéntame que ha pasado.

Me fue imposible sacar algo en claro, lo más que entendí entre sus pocas palabras en castellano era que había muchos muertos en el cerro. Lo demás era un discurso en quechua que no comprendía.

Lo aconsejable era que un traductor me lo aclarara, así que pregunté entre los ocho soldados del camión si alguien sabía hablar quechua, el silencio contestó a mi petición.

—¡Un momento! ¿Acaso no son ustedes del contingente que vino de Ancash?

—Síiiii -respondieron en coro.

—¿Entonces cómo carajo es que nadie sabe quechua? A ver Pantigoso, usted es de Carhuaz, así que sabe quechua sí o sí.

—Sí, mi teniente.

—Entonces... ¿Qué esperaba para contestar?

Vivimos en un país extraño, poseedor de su propio idioma con lo cual ya debería ser suficiente para vertebrar una nación, pero en vez de ello nos quedamos callados. Esto es lo más raro, no lo negamos conocer ni renegamos de él, simplemente callamos como si fuera algo que no debe conocerse. ¿Cuántas veces se ha visto a alguien con un mínimo de posición hablar en quechua? Nadie. Porque en nuestra infinita ignorancia hablarlo significa descender en la escala social. Así somos nosotros, conmigo a la cabeza que estoy hace seis meses en este mundo y no he hecho el mínimo esfuerzo por aprenderlo.

—Pregúntele que ha pasado en su pueblo.

—Sí, mi teniente.

Pantigoso dirigió al mensajero una pregunta que fue contestada con un monosílabo, luego preguntó y repreguntó a lo que el mensajero contestaba acaloradamente y así un buen rato, y como veía que se prolongaba la conversación la interrumpí tratando de que me adelanta algunos detalles.

—Pantigoso, ¿qué dice?

—Dice que han encontrado unos muertos cerca de su pueblo.

—Eso ya lo sé, ¿algo más?

—No.

—¿Cómo que no? Pero si te veo discutiendo con este señor hace media hora y me dices que esto es lo único que te ha dicho.

—Sí.

—¿No te ha dicho nada más?

—No.

La Guerra de los Tenientes

—Oye, si te he traído es porque quiero conocer detalles de lo que ha pasado, así que dile que te explique con pelos y señales lo que ha sucedido.

Pantigoso pareció entender lo que yo quería conocer -o así lo creí yo- y volvió a la carga con sus preguntas, algunas de las cuales parecían reproches a lo que el mensajero callaba pero cuando las preguntas eran amenazadoras respondía con velocidad; a veces el visitante meditaba un poco y daba explicaciones extensas que hacían que Pantigoso asintiera dándome a entender que poco a poco se aclaraba el misterio. Finalmente, el diálogo se fue calmando, hasta que cuando las pausas entre pregunta y pregunta se hacían más largas dieron la impresión de que la conversación llegaba a su fin.

—Y bien, ¿qué dice?

—Pues eso, que han encontrado unos muertos cerca de su pueblo.

—Sí, claro ¿y qué más?

—Pues nada -esto último me lo dijo con una naturalidad que me dejó con la palabra en la boca.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Cómo que nada? ¡Pero si estas hablando de lo lindo con el desgraciado este y me dices que nada más!

—¿Pero que quiere que le cuente mi teniente? Si sólo me ha dicho eso.

Estuve a punto de cometer un doble crimen, pero me calmé tratando de ser quién resuelva este galimatías de situación. Aunque luego habré de admitir que el equivocado era yo, que no es posible hacer una traducción literal del quechua al castellano, ya que por algún motivo que sigo desconociendo las explicaciones normalmente se desarrollan por caminos que no tienen nada que ver con el tema central. Desafortunadamente esto lo aprendería con el tiempo.

—Bueno Pantigoso, a partir de ahora usaremos mi método. Yo iré haciendo una serie de preguntas precisas, tu las traduces y este señor que conteste claro y conciso. ¿Entiendes?

—Conci... ¿Qué?

—¡Que me diga en dos palabras lo que quiero saber, y que no se vaya por las ramas!

—¡Ah claro! Haberlo dicho Ud. de antemano.

Los Olvidados

– Bien, ahora que ya estamos todos de acuerdo, empecemos. Pantigoso, pregúntele a este señor quienes eran los muertos.

Pantigoso hizo la correspondiente pregunta a lo que el mensajero luego de reflexionar un momento contestó con una larga oración, que dio pie a una repregunta de Pantigoso y antes que yo pudiera evitarlo empezó nuevamente la discusión sin fin.

– ¡Silencio! ¡Par de idiotas, me van a sacar de mis casillas! ¿Quieren que así los trate?

– Por supuesto que no mi teniente -contestó cabizbajo Pantigoso.

– ¡Entonces no me hinchen las pelotas! A ver... ¿Qué dice de los muertos?

– Dice que no los conocen.

– Bien, pregúntele si cree que son de otros pueblos o que vienen de la ciudad.

– Dice que no saben de dónde son.

– ¿Tiene una idea de quién los mató?

– No, nada. Sólo que cuando los encontraron ya estaban muertos.

– Pero... ¿Acaso los degollaron a todos? ¿No escucharon ningún disparo?

– No, dice que nada de disparos.

– ¿Alguien ha venido a reclamarlos?

– Nadie, hasta ahora nadie.

– ¿Hace mucho tiempo que los mataron?

– Que no sabe, que ya estaban todos muertos.

– Que no me mienta, seguro que eran abigeos y los han matado. No sería la primera vez.

– No, que ellos no han matado a nadie. Lo jura por lo más sagrado.

– Dile que no jure en vano, que es pecado, y mejor nos diga cuántos son los muertos.

– Dice que varios.

– Sí, pero cuántos ¿dos o tres?

– Dice que más.

– Aaah, ¿tres o cuatro?

– No, más, mucho más.

– ¿Diez?

– Más.

La Guerra de los Tenientes

— ¡Qué dice este infeliz! ¿Qué han masacrado a todo un pueblo y que no sabe nada? Dile que no me mienta que estoy perdiendo la paciencia y que me parece que nos lleva con engaños a una trampa.

— Dice que no le engaña, que le envió el alcalde de su pueblo cuando encontraron los muertos.

— Será mejor para él.

Ya habían transcurrido más de dos horas de viaje, en lo que se supone era una carretera indigna de llamarse así, ya que era apenas una huella en medio del fango hasta el fin obligado del recorrido motorizado. Habíamos llegado a un poblado, si se puede llamar poblado a este grupo de míseras construcciones de adobes y palos.

— Toribio, ya es tarde. Haremos vivaque aquí y mañana temprano subiremos a la cordillera con el guía. Organiza el campamento con cuatro turnos de guardia y que la tropa se distribuya por las construcciones centrales, los reclutas que preparen el rancho. Otra cosa muy importante, envíe un mensajero al alcalde de este pueblo, que por cierto no sé ni como se llama, y dígame que he decretado toque de queda, que nadie salga de sus casas esta noche.

— Sí, mi teniente.

— Bueno... ¡Ejecución! Toribio, ¿o quiere decirme algo?

— Sí, mi teniente. Necesito que me diga el santo y seña para esta noche.

— ¿El santo y seña? Lo había olvidado. El santo que sea... "Ave María purísima"

— ¿Y la seña?

— "Sin pecado concebida, santísima"

— Algo más Toribio, dígame al cabo Jiménez que su amigo me da mala espina y que duerma con un ojo abierto. Él ya sabe a qué me refiero.

— Si, mi teniente -dijo Toribio saludando marcialmente y saliendo del recinto donde me encontraba.

Ese Toribio -pensé-, no hay duda que es la eficiencia con patas.

La noche cayó rápidamente con el frío gélido que acostumbra llegar a esa altura de los andes, cuando el ranchero me trajo mi cena le dije que no gracias, que agradecía que el oficial de rancho nos haya entregado doble ración de coles pero que no tenía

hambre, me bastaría con una infusión de manzanilla. Preparé mi cama extendiendo unas mantas en el suelo, tratando de acomodar la piedra que me sirviera de almohada, y tendido en ella me quedé pensativo dándole vueltas al misterio de los muertos que nadie conocía o quería, algo realmente raro. En todo caso, supuse que mañana tendría más pistas y se solucionaría este espantoso crimen. Poco a poco mis ojos comenzaron a cerrarse en medio del sopor del cansancio, cuando escuché unos pasos afuera de la habitación y la siguiente conversación:

– ¡Alto! ¿Quién vive?
– Relevo de guardia.
– ¡Avance y de el santo!
– Padre nuestro que estás en los cielos.
– ¿Y tú por qué te persignas?
– Es la orden del teniente, supongo que lo hace para despistar al enemigo.

Ese Toribio –pensé nuevamente–, no hay duda que es la eficiencia con patas... ojalá no nos matemos entre nosotros esta noche.

A la mañana siguiente temprano desayunamos caldo de coles –¡qué remedio!– y organizamos la columna de marcha.

– Toribio, a partir de este momento los fusiles cargados y al seguro, dos hombres que tengan preparadas las granadas de fusil con los cartuchos de proyección y que el operador de radio comunique que partimos. Asegúrate que los fusiles estén limpios, si alguien tiene los mecanismos secos que pida un poco de aceite quemado de motor a los conductores que se quedan.

– Pantigoso, dígale al guía que vaya por delante pero que no se distancie, a estos les gusta correr. Mejor aún, prepárale una mochila con todo lo no imprescindible de momento, como baterías de repuesto, el botiquín, cargadores extra y todo lo que se te ocurra. A estas alturas cualquier espalda disponible para transportar la impedimenta es buena.

– Jiménez, ya sabes tu puesto y no lo pierdas de vista, ten cuidado que la trocha que vamos a utilizar no la conocemos y es fácil preparar emboscadas.

– ¡Adelante!

Empezamos a subir lentamente por un estrecho y antiquísimo camino de herradura que se desarrollaba sinuosamente por la

La Guerra de los Tenientes

ladera sur de una enorme montaña, que no era más que el inicio de la larga marcha que nos quedaba por recorrer, la cual estimé en no menos de cuatro horas a paso vivo, con suerte.

—Escuché lo que le dijiste al cabo que va detrás del guía. ¿Desconfías de él? —me preguntó el Doc, caminando a mi lado enfundado en su disfraz de tortuga y blandiendo la granada de mano que le di el día anterior.

—No particularmente, y será mejor que guardes la granada en el morral.

—Arturo dijo que no eran rojos.

—No he dicho que lo fueran.

—¿Entonces?

—Esta gente te traicionará en la primera oportunidad que tenga, eso seguro. No tienen lealtades porque los hemos traicionado.

—¿Los traicionamos? ¿Qué les hiciste?

—Yo nada, y cuando digo que los traicionamos hablo de los últimos cuatrocientos años.

—No entiendo, explícame.

—Guarda la granada y te lo digo.

—Está bien.

—¿Conoces la sierra peruana? Y cuando hablo de ello me refiero a lo más profundo de ella.

—No sé de qué hablas.

—Alguna vez has estado por esos pueblos perdidos a más de tres mil metros, a días de distancia de la más cercana trocha que permita llegar vehículos a motor. Donde aún los pobladores se fabrican sus propios calzados de cuero de llama a mano y comen papas un día si y otro también porque no tienen otra cosa que llevarse a la boca.

—No, pero nosotros hace tres semanas que comemos sólo coles.

—Bueno, hasta ahora todo lo que has visto está contaminado por el progreso, o mejor dicho con las migajas del progreso que no es más que miseria, pero es progreso al fin. Ahora nos dirigimos a estos pueblos remotos, sin nombre para el país oficial donde aún no ha llegado. Aquí se nace, se vive y se muere a la suerte porque ni los médicos ni las medicinas existen.

—Pero ello no explica lo de la desconfianza, pobres hay en todas partes.

Los Olvidados

—Cierto, sólo quería recordarte que están aislados a su suerte, y esto no es la causa sino la consecuencia.

—¿La consecuencia de qué?

—Estos señores han sido traicionados, explotados y oprimidos por cuantos pasaron por aquí, su aparente aislamiento no logró hacerles escapar de ellos sino más bien los hizo más vulnerables en su ignorancia.

—Ya entiendo lo que me quieres decir, antes que vinieran foráneos estaban bien y ahora con nosotros ya no. Es decir cuando eran incas vivían felices.

—Te equivocas, jamás fueron incas y dudo mucho que fueran felices, al menos según nuestro ideal de felicidad. Los incas eran un expansionismo guerrero del sur y estos también tuvieron la mala suerte de cruzarse en su camino, si hacemos caso a las crónicas su destino no fue el mejor y, en su naturaleza rebelde, seguro que recibieron más de un castigo ejemplar.

—¿Y después?

—Después vinieron las guerras de sucesión, la conquista, las guerras civiles de los conquistadores, la colonia, sublevaciones, guerras de independencia y así todas las asonadas de nuestra república. Lo único que se puede extraer en común es que han tenido una especial y morbosa predilección para apostar por el bando perdedor. Ahora ya me entiendes por qué tienen una profunda animadversión por los que vienen de fuera.

—Algo, me imagino.

—Sendero y nosotros no somos más que los últimos en esa enorme saga de quienes han venido desde lejos a trastocar su mundo, nos odian por igual.

—Por eso decía Arturo que no eran rojos.

—Exacto, esta gente lo único que le importa es sobrevivir. Lo peligroso es que para ello se alíen con el bando equivocado, así que un consejo para la vida: jamás les des las espaldas porque no sabes si te ven como amigo o como intruso, por sus palabras no llegarás a ninguna conclusión, saben mentir porque lo aprendieron para sobrevivir.

La conversación continuó cada vez más intermitente, el Doc se retrasó a media columna y las dos horas que ya llevábamos subiendo montañas comenzaron a hacer mella en el orden y la disciplina de marcha. Además, con la altura poco a poco la respiración hacía que hablar se haga más difícil. ¿Cómo es posible

La Guerra de los Tenientes

que exista alguien que pudiera elegir vivir aquí? Tal vez porque nunca lo hicieron, ya que nacieron con ese legado.

De un par de saltos el Doc regresó revoloteando a mí alrededor, supongo que buscando compañía o conversación, ayudado porque se iba de alivio al no cargar un fusil.

– ¿Quieres un caramelo de limón para la sed? – me ofreció.

– Sabías que San Agustín sentenció que la tentación es como la zarza que entorpece el camino de la virtud – le advertí en un vano esfuerzo para librarme de él.

– No, pero estos son buenísimos para cuando te da hepatitis.

Como su respuesta desarmó todos mis argumentos – y los de San Agustín – me quedé callado mirando su mano extendida con el caramelo de limón a medio abrir, de esos con forma de trocito de mandarina.

– ¡Alto! ¡Alto! – y un disparo que resonó en la parte delantera de la columna.

Los actos reflejos y la adrenalina hacen maravillas, en un solo instante mientras me dejaba caer a un costado liberando el seguro del fusil pude ver con el rabillo del ojo a toda la patrulla tendida en el suelo y por delante a Jiménez, de pie, con la pistola en alto apuntado al guía que estaba parado a unos diez metros del camino con una palidez lívida.

– ¡¿Qué ha pasado Jiménez?!

– Que tenía razón con este desgraciado mi teniente – respondía sin dejar de apuntar al guía –, los últimos cien metros ha venido tonteando haciendo como que recogía flores y piedrecillas por el camino para despistarnos, y cuando pensaba que nadie lo estaba viendo ha salido corriendo de la columna hacia la loma.

– Pantigoso, pregúntele por qué huyó de la columna. Y que te responda rápido antes que se lo pregunte Jiménez.

– Dice que no huía, que sólo quería hacer el pago al Apu.

– ¿Que quería pagar qué a quién?

– Es una tradición que tienen en algunos pueblos de las alturas donde dejan unas ofrendas en ciertos lugares, que a veces les llaman apachetas, y parece que quería dejarlo en el túmulo de piedras que hay encima de la loma.

– Dile que venga y que me muestre lo que lleva en la mano. ¡Martínez y Alcántara! Suban y miren lo que hay allá arriba, no toquen nada.

Los Olvidados

El guía se acercó mostrándome unas flores recién cortadas, nada anormal, y desde arriba gritaban que sólo es un montículo de piedras con algunas flores secas. En otras palabras nada.

– Pregúntale por qué hace eso.

– ¿Hacer qué?

– Pues lo del pago.

– Dice que hay que pagar al Apu.

– ¿Pagar? ¿Por qué?

– Que no sabe, que así se hace y siempre se ha hecho.

– Doc, ¿te das cuenta ahora como estos mantienen unas tradiciones ancestrales aunque hayan olvidado su significado original? Estas expresiones culturales afloran desde su subconsciente, han cambiado de nombres de dioses pero no de creencias. Les da exactamente igual rascarle la cabeza a San Antonio que colocar flores a unas piedras.

– ¿San Antonio? ¿No era San Agustín? –preguntó el Doc.

– Son santos diferentes, las mujeres solteras como recurso extremo aplican la fórmula: “San Antonio bendito tráeme un novio bonito”, y le rasan tres veces la calva al santo, dicen que no falla.

– Aaah.

– ¡Toribio! Que se vuelva a recomponer la columna, partimos de inmediato.

– ¡Pantigoso! Dígale al guía que no vuelva a salir de la columna, que la próxima vez que lo haga Jiménez le enviará a hacer pagos directamente al cielo de los Apus, que ganas no le faltan.

Después de tres horas de marcha por fin llegábamos a la puna o parte superior de la cordillera, las indicaciones del terreno eran claras, por fin las pendientes se hacían más suaves, aunque seguíamos por los ancestrales caminos de herradura de los cuáles no nos apartábamos, ya que habían sido marcados por la experiencia de muchas generaciones. Difícilmente encontraríamos un camino más directo a alguna parte.

– ¿Ya llegamos? –preguntó el Doc.

– No, pero ya estamos en la puna.

– ¿Cómo lo sabes?

– Mira a tu alrededor, ya no nos cuesta tanto caminar, además ya hemos dejado abajo los monstruosos cerros que nos rodea-

La Guerra de los Tenientes

ban y se han convertido en lomas y mamelones de pendientes redondeadas. Si es que este frío no te dice algo.

—Es verdad, qué caprichosa es la naturaleza que en tan poca distancia cambie de formas.

—Más que el capricho de la naturaleza fueron los glaciares.

—¿Glaciares? Yo no veo hielo por ninguna parte.

—Ahora no, pero hubo un tiempo, hace mucho, que no había más que eso en estos páramos. ¿Ves a la izquierda aquel cerro con una pared rocosa marcada con un enorme surco en diagonal?

—Sí.

—Es la marca del hielo que un día descendió por su costado. El hielo a enormes presiones y volúmenes puede cortar la roca más dura como mantequilla.

—Ya veo.

—Y mira a tus pies, cómo son los guijarros que pisamos.

—¿Las piedrecillas?

—Verás que tienen formas geométricas con bordes redondeados, señal que en algún momento tuvieron una erosión fuerte, a diferencia de las piedras que encontrarás en los ríos de la costa que son completamente redondas por la erosión continua y cambian de nombre a “canto rodado”.

—¿Otra señal?

—Sí, la vegetación, observarás que en general predominan dos especies.

—Yo veo sólo una alfombrita amarilla de tres centímetros.

—Esa alfombrita amarilla es ichu.

—Creía que el ichu era como un pasto espinoso.

—Y lo es, puede crecer hasta cuarenta y cinco centímetros, sólo que este está sobreexplotado por el pastoreo intensivo de ovejas, que arrancan hasta la última brizna en su afán de conseguir algo comestible. Un pequeño desastre ecológico causado por la mano del hombre.

—¿Y la otra especie?

—Los musgos y líquenes, esas manchas de diferentes tonalidades de verde y amarillo sobre las rocas. Generalmente los verás orientados hacia el norte donde hay mayor radiación solar y son comestibles, pero no te hagas ilusiones, será más nutritivo que tomes la sopa de coles.

—¿Es todo?

Los Olvidados

– No, te falta la señal mas clara. Si ya no te diste cuenta que tus botas se están humedeciendo.

– Algo.

– El suelo siempre está húmedo, al menos la primera capa de treinta centímetros, y verás aflorar agua en ojos de agua o puquiales por todas partes.

– Pero no veo ríos que los alimenten.

– Y hay pocas lluvias, esta humedad es la condensación de las nubes que los vientos traen desde la llanura amazónica a la parte más alta de la cordillera, es una fuente inagotable de agua.

Estábamos en medio de esta charla de geografía cuando la voz del soldado en cabeza avisó que a lo lejos venían tres personas a nuestro encuentro.

– ¿Llevan armas?

– No se puede ver desde aquí, los ponchos los cubren.

– Toribio, la mitad de la patrulla tome una posición de altura. Los demás nos quedaremos a ver que pasa.

– Parece un comité de recepción –comentó el Doc.

– ¿Comité de recepción? Sería más fácil encontrar a Cristo predicando en esta puna.

– Mi teniente, dice el guía que es el alcalde y los notables de su pueblo –avisó Pantigoso.

A los veinte minutos el comité de recepción nos dio encuentro en medio de la nada, el alcalde se presentó a sí mismo y a los miembros de su comitiva. Aunque la denominación de alcalde era muy pomposa porque iba más de Varayoc o representantes elegidos de un poblado que de otra cosa. Una de las características de los alcaldes de estos pueblos es que saben o por lo menos se defienden con el castellano, es requisito indispensable para poder negociar y tratar con gente foránea.

– Soy el alcalde de mi pueblo, al conocer la terrible noticia envié a mi más querido sobrino a alertar a las autoridades para que nos defiendan.

Así que el mensajero era el sobrino del alcalde, pensé, mientras el Doc me devolvía la mirada coincidiendo.

– Por eso hemos venido. Y para que no le pase nada a su sobrino nombré a un miembro de la patrulla para que lo cuidara en todo momento –añadí, señalando a Jiménez el cual devolvió una sonrisa de oreja a oreja a toda la comitiva.

La Guerra de los Tenientes

— ¡Muchísimas gracias, es usted un ángel. Que Dios lo bendiga y que en su infinita bondad lo acoja en su seno! —exclamó el alcalde abrazándose.

— No me dé la gracias a mí, que Jiménez se lleva los méritos.

Aunque el que no salía del asombro era el pobre guía que miraba como el tío agradecía hasta las lágrimas a aquellos que hace un par horas le habían amenazado en convertirlo en Apu si seguía recogiendo flores.

— Ahora, vayamos al tema que nos interesa y nos ha traído. Si le parece bien, mientras vamos caminando a su pueblo nos va contando lo que les pasó a esos desdichados, le aseguro que esto no quedará impune.

— ¿Al pueblo? No, no, los muertos no están en nuestro pueblo, están a media hora de camino.

— ¿Me quiere decir que los muertos siguen donde los encontraron?

— Sí, no sabíamos que hacer por eso mejor avisamos. La gente está asustada.

— Pero... ¿Acaso son tontos? ¿Cómo se les ocurre abandonar los cuerpos en medio de la puna? En estos cuatro días los zorros deben haberse dado un festín.

El alcalde me miró diciendo “No lo pensamos”, aunque el comentario de los zorros pareció no entenderlo. Sin más pérdida de tiempo emprendimos la marcha, con la comitiva y el guía encabezando la columna.

— Doc, aquí hay gato encerrado. No es normal que abandonen a los muertos sin darles sepultura, juraría que saben más de lo que nos dicen.

— ¿Tú crees?

— Sí, no sería la primera vez que toman decisiones y acuerdos comunales para protegerse, algo así como en Fuenteovejuna. Preguntándoles individualmente no sacaremos nada porque todos se cerrarán en la misma respuesta.

— Toribio, agrupa la columna por parejas y que estén atentos.

— Jiménez, ahora no pierdas de vista a los cuatro, en especial al alcalde, que tiene toda la pinta de ser la versión corregida y aumentada del sobrino.

— Sí, mi teniente.

La media hora de camino prometida ya se convertía en una hora de marcha que no tenía visos de terminar, así que mandé

hacer alto horario para descansar, acomodar el equipo, orinar y enterarme de una vez por todas dónde estábamos y a dónde íbamos.

—Toribio, que venga Cayetano con el morral donde guardo las cartas de la zona.

Luego de extender la carta sobre una roca, sostenida por guijarros para evitar que se doblara con el viento, traté de orientarla con la brújula pero no ubicaba la coincidencia de las marcas del terreno con las de la carta.

—Mi teniente, ese cerro que está en la esquina de la carta parece corresponder a aquel que pasamos hace un rato, tenía una doble cumbre —comentó Toribio.

—Sí, tienes razón, ya que lo bordeamos. Por tanto nosotros debemos estar... debemos estar... ¡Mierda! ¡Estamos fuera de la carta!

—Pero no se enfade mi teniente —dijo el soldado Cayetano—, usted tiene en sus manos el plano 32E de la carta nacional, busco en el morral la que sigue o sea el 32F y todo resuelto.

—No pierdas el tiempo Cayetano, esas cartas yo las compré personalmente en el Instituto Geográfico Nacional, donde me dijeron que la carta nacional estaba a un noventa y cinco por ciento terminada, y que faltaban algunas cartas sólo de este sector y algún otro, pero como no había nada interesante en ellas sería poco probable que las necesitásemos.

—¿Y eso es grave? —inquirió el Doc.

—Pues claro que sí, si tuviéramos algún herido sería imposible dar nuestras coordenadas al helicóptero para la evacuación ni para pedir ayuda a otras patrullas. ¡No es posible tener tan mala suerte!

—Pareciera que hay un maricón en la patrulla —dijo gravemente Cayetano—, esos traen mala suerte siempre.

—A mí no me miren yo estoy casado —advirtió el Doc.

—Aguirre, tu usas desodorante con olor sospechoso —dijo una voz.

—¿Cómo lo sabes? Seguro te lo dijo tu hermana —respondió otra.

—¡Silencio! —ordené para cortar las acusaciones mutuas en toda la patrulla— Lo que vamos a hacer es sobre un papel en blanco marcar la proyecciones del relieve del terreno a partir de la última montaña, por lo menos tendremos una referencia con

la cual jalonar el itinerario. Así que... ¡A equiparse y en orden de marcha!

Mientras continuábamos la caminata quedé pensativo por lo que había sucedido hace algunos momentos, era realmente impensable que estuviéramos caminando por algún lugar del país que oficialmente no se conocía, no digo que no hubieran pobladores viviendo en ella desde ha mucho, sino que después de ciento sesenta años de república ni siquiera habíamos terminado de cartografiar nuestra propia tierra. Me pregunté qué otras cosas hubieran sido más importantes como para haber desplazado esta tarea tan básica para una nación y creo que aún no existe respuesta. Estas eran las inmensas carencias con la que nuestro país se enfrentaba cada día, sin embargo la vida continuaba, más por inercia que por otra cosa.

De estos recorridos lo más exasperante suele ser la falta de precisión sobre los lugares y distancias, pedirles a los lugareños es menos que nada, porque aunque en el caso que presten la mejor voluntad, poco en claro llegarás a sacar. Daremos un ejemplo, nosotros estamos acostumbrados a medir las distancias por unidades de longitud, utilizando el kilómetro en general para distancias grandes. Pues aquí esas unidades de medida pierden valor, imaginar un mundo asonado por cataclismos donde no existe el terreno plano y las pendientes van desde los cuarenta y cinco a noventa grados rodeados por descomunales montañas y precipicios de cientos de metros; sólo ya con esta premisa cambian las distancias multiplicándose por dos o tres; pero en la realidad tampoco es esto cierto, porque todo camino se desarrolla por rutas practicables para personas y animales, es decir, con pendientes que vayan hasta los quince grados como máximo y en tramos muy cortos, así la distancia horizontal puede multiplicarse por cuatro o cinco fácilmente.

El Doc que comenzó a acusar el cansancio debido al largo camino y al peso de los chalecos -se lo advertí- ya no estaba tan animado como en esta mañana, se me acercó y ...

–Creo que tenías razón en desconfiar de estos.

–¿Por qué?

–Dijeron que los muertos estaban a media hora de camino, ya llevamos más de hora y media. Creo que si regresamos no podrán reprocharnos nada, la prudencia es buena consejera.

Los Olvidados

—No podemos regresar porque nos echarán una bronca fenomenal por no cumplir la misión, esto por parte de la comandancia. Pero tampoco quiero regresar porque necesito saber qué o quienes son los muertos que nadie reclama, jamás había escuchado de algo así y la curiosidad me consume por dentro.

—¿Y si es una trampa?

—Bueno, en ese caso muertos tampoco faltarán y puedes contar con que esos cuatro que van a la cabeza serán los primeros en ser premiados. Pero ya dudo que sea una trampa, no tendría sentido que nos conduzcan tan lejos, ya pasamos excelentes lugares donde podrían habernos organizado una emboscada.

—Pero, ¿acaso no escuchaste lo que dijo de la media hora?

—Sí... Pero no le hagas caso.

—¿Por qué?

—Te lo demostraré. ¡Jiménez! Dígale al alcalde que venga, que queremos hablar con él -y a los pocos momentos el alcalde estaba caminando a nuestro lado.

—Dijiste que los muertos estaban a media hora de camino ¿verdad? -le pregunté.

—Sí, si, a media hora. Ya estamos por llegar.

—¿Seguro?

—Sí, media hora más y llegamos.

—¿Y no crees que posiblemente demoremos un poco más?

—Puede ser, pero media hora está bien.

El Doc atendía nuestra conversación con unos ojos que no daban crédito a lo que sus oídos escuchaban, y como captó que me reía por dentro estalló diciéndole:

—¡¿Pero tú estás aturdido?! ¡¿Estaban los muertos a media hora de camino o no?!

—Pues sí señor, en media horita llegamos -respondió con cara de desconcierto el alcalde ante la reacción desproporcionada del Doc.

—¡¡¡¿Entonces cómo carajo te explicas que si los muertos estaban a media hora llevemos casi dos horas caminado y aún no lleguemos?!!!

Al parecer la contundente lógica que el Doc sacó a relucir producto de sus intensos y arduos años de estudio en la universidad afloraron una verdad inexplicable, aunque no evidente,

La Guerra de los Tenientes

para el pobre alcalde que nos miraba callado tratando de comprender la rabia del Doc.

Transcurrió un momento en que sólo se escuchaban nuestros pasos y la rabia contenida del Doc. Traté de animarlo diciéndole: No te enfades, puede ser una confusión y su reloj esté averiado.

– Ah, sí. Oye alcalde, estás seguro que tu reloj anda bien.

– ¿Reloj? ¿Cuál reloj? Pero si yo no tengo reloj.

El Doc recién comenzó a entender la causa de tanta divergencia de conceptos, la verdad es que hablábamos no sólo idiomas diferentes sino desde visiones del mundo distintas. Estos señores no usaban relojes por la sencilla razón de que en su mundo los conceptos de minutos, horas y segundos no los necesitaban, para la agricultura o ganadería son irrelevantes y la jornada tiene sólo un amanecer, un atardecer y poco más. Pedirles estimaciones horarias de camino no tenía mucho sentido, aunque como veíamos por lo menos tenían voluntad de colaborar.

– Tú ya sabías de esto –me reprochó ofuscado el Doc.

– Sí.

– ¿Por qué no me lo dijiste?

– La verdad es que me gustaría decirte que era para que aprendieras una lección, pero el verdadero motivo era otro.

– ¿Cuál?

– Es que ya llevábamos caminando más de cuatro horas aburridísimas y a veces hay que hacer estas cosas para alegrar el día, lo siento Doc.

El camino continuó a paso vivo, al parecer la rutina de este paisaje vacío y el deseo de saber de una vez por todas qué pasó con los muertos nos hacían a todos aligerar el paso; aunque pensándolo mejor si eran tantos los muertos entonces habría que llevarlos al cementerio del pueblo más cercano o cuando menos enterrarlos en fosas en aquel lugar. Ambas tareas, por lo duras no me gustaban y tampoco eran parte de mi misión, así que lo mejor sería que el alcalde enviara un mensajero al pueblo convocando a diez o doce hombres con palas, picos u otras herramientas. Estaba en mis pensamientos de organización logística cuando la voz de Pantigoso me de ellos.

– Mi teniente, dicen que ya estamos por llegar.

– ¿Por dónde es?

– Allí, al frente. Cruzando el arroyo entre esas dos montañas.

Efectivamente, cruzando el arroyo de un metro de ancho pasamos a la otra orilla que bordeaba la pendiente casi vertical de un cerro, se habían dado el trabajo de esconder a los muertos, porque aquella hendidura no era posible verse desde muy lejos. Aunque había algo raro, la pared que señalaban tenía un color tierra beige claro a diferencia de la tonalidad general amarillenta del cerro.

Cuando llegamos al pie de la ladera ya se veía más claro, la tierra de diferente color correspondía a un deslizamiento del cerro a causa de las abundantes lluvias recientes, dejando una abertura a nueve o diez metros más arriba de donde estábamos.

—Es allá arriba donde están los muertos, en la cueva —señaló el alcalde.

El terreno removido y la ubicación de la hendidura, que no se distinguía del todo, no me gustaban nada; así que le dije a Toribio que un tercio de la patrulla monte guardia en la parte alta en la montaña opuesta y que los demás se quedaran conmigo.

—¡Martínez y Alcántara! Dejen sus mochilas aquí y suban con cuidado a ver que encuentran.

El terreno removido del deslizamiento de tierras o huayco dificultaba la subida pero finalmente lo lograron, desapareciendo de mi vista con los fusiles preparados. Pasaron más de unos minutos y los exploradores no daban señales de vida, exasperándome más aún.

—¡Martínez! ¡Alcántara! ¡¿Ya llegaron?!

—Eeeh, sí —respondieron sin mucha convicción desde arriba.

—¿Están los muertos?

—Sí, aquí están como decía el alcalde —dijo Alcántara asomando la cabeza por el borde de la pendiente.

—Bien, ¿y cuántos son?

La cabeza de Alcántara desapareció para volver a emerger unos minutos después

—Esteeee... son varios

—¡Oye, re-tonto! ¡Cuéntalos! ¡Parece que el cretinismo es epidemia a esta altitud!

—Los estaba contando, mi teniente... pero como están mezclados es difícil.

No hay duda, si quieres que las cosas se hagan bien hazlas tú mismo, pensé trepando la resbaladiza pendiente seguido del Doc y de los que quedaban de la patrulla, ya que a estas alturas

La Guerra de los Tenientes

nadie quería perderse el misterio que encerraban estos muertos. Resoplando y más sucio de lo que ya estaba llegué al reborde donde me esperaban Martínez y Alcántara con los fusiles a la espalda señalándome la apertura descubierta. Por lo visto era una especie de cueva más ancha que alta y cuya profundidad desde donde yo estaba no era posible determinar.

— ¿Están allí adentro?

— Sí, hay poca luz, pero es suficiente hasta donde hemos llegado.

Me dirigí a la boca de la cueva donde me detuve unos momentos tratando de que mi vista se acostumbrase a la semipenumbra. Se sentía la humedad y el aire viciado que emanada del interior.

— ¿Por dónde están?

— Allí hay un grupo, a la derecha —respondió Martínez, señalándome un montículo a ocho o diez metros de la entrada.

— ¿Junto a las piedras?

— No son piedras.

Miré con detenimiento y el espectáculo sobrepasaba lo que yo o todos los que habíamos estado caminando estos dos últimos días nos habíamos imaginado. Allí, en lo que parecía una depresión de la cueva yacían los muertos, ya convertidos en una ruma de huesos, humanos sin duda por los cráneos que sobresalían.

— Doc ¿Ves esto? ¿Qué opinas?

— Definitivamente... Te puedo confirmar oficialmente que están muertos... Todos.

— Ya lo sé, me refiero a quién hizo esto. ¡Que venga el Alcalde!

El alcalde llegó rápidamente porque al igual que toda la comitiva había subido con la patrulla y permanecía en la entrada de la cueva.

— ¿Quiénes son estos? —le pregunté señalando a los huesos.

— Ya le dijimos que no sabemos nada, que los encontramos por casualidad luego que el desprendimiento abriera la cueva.

— Tanta gente no puede morir y nadie darse por enterado, menos aquí.

— Sí, pero ya le dijimos que nos los conocemos.

— ¿Y de los otros pueblos qué dicen?

—Tampoco, lo primero que hicimos fue preguntar a los pueblos a dos días de camino alrededor y no saben nada. Ellos son los que nos dijeron que mejor avisáramos a las autoridades porque estamos más cerca de la carretera.

—¡Toribio! Que cuatro hombres se queden aquí arriba y los demás bajen, esto último también va para el Alcalde y su comitiva.

Mientras se despejaba el ambiente me acerqué al Doc y le dije:

—Doc, debemos saber quienes son y reportarlo, porque si se llegan a enterar de esto los periódicos los muertos seremos nosotros.

—¿Por qué? Si nosotros no le hemos hecho nada a nadie.

—Eso es lo que tú dices, pero no faltará un imbécil que diga que tú los mataste, o por lo menos el ejército o la policía.

—Martínez y Alcántara, comiencen a recolectar cráneos, con ello sabremos cuántos son.

—Los otros dos, dejar los fusiles y comenzar a rebuscar entre los huesos en pos de alguna pista.

—¿Cómo qué?

—Lo que sea, ropas, calzado, documentos, en otras palabras cualquier cosa que no sean huesos o piedras y que nos diga quiénes fueron estos infelices.

—Oye Doc, ya que eres médico por lo menos dime cómo murieron.

Un cuarto de hora después ya recibía los reportes de nuestras averiguaciones: Martínez comenta que en el primer grupo hay dieciséis cráneos y cinco en otro grupo más a la izquierda, lo que daba inicialmente un total de veintiún; digo inicialmente porque la parte posterior de la cueva presentaba señales de haberse hundido ocultando más osamentas, posiblemente debido a las vibraciones que originaron el desprendimiento principal que dejó a la vista la entrada. Del grupo que buscaba otras señas nada, por lo menos nada evidente porque la luz no ayudaba y trabajaban a mano limpia. Peor aún, según el Doc la pérdida de tejidos blandos hacía que no pudiera determinarse las causas de las muertes, aunque según él los cuerpos pertenecían a personas de diversas edades.

—Aquí hay algo —dijo Martínez, acercándose con uno de los cráneos separados al contarlos.

La Guerra de los Tenientes

El Doc lo cogió y lo miró un momento, frunció el ceño un momento, y luego de darle un par de vueltas me lo entregó. Era un cráneo que en la parte superior izquierda tenía un orificio circular o casi circular.

—¿Es un disparo? —preguntó.

—No lo sé. Martínez déme una bala de su cargador.

—Pues parece que no, observa que el orificio es mucho mayor que el calibre de la bala de fusil, probemos con una bala más gruesa, la de mi pistola.

—¿Concuerda?

—Tampoco, y diría que una bala más grande, una cuarenta y cinco por ejemplo, también quedaría pequeña.

—Es raro.

—Mal asunto Doc, tenemos que dejar esto en claro que ya veo que literalmente vamos a cargar con los muertos.

—Pero si los pobladores no se han quejado es porque no los conocían.

—Eso no quita que hubo un crimen y que nos lo achacarán por la sencilla razón de que están en nuestro sector de responsabilidad. Esto ya es suficiente, si no eres culpable por acción lo serás por omisión. Encontrarás a muchos que se regodearán por ello y créeme que serán más de lo que te imaginas. Esta es zona declarada en estado de emergencia desde hace casi cinco años y pueden haber pasado muchas cosas.

—¡Ah, Claro! —dijo el Doc- Si el problema es tiempo ya lo tengo entonces, por tanto no hay problema.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Pues mira —dijo recogiendo un hueso largo, que me pareció una tibia-, pasa el dedo longitudinalmente por el hueso. ¿Qué sientes?

—Nada, nada en especial.

—¿Pero lo sientes al tacto áspero o liso?

—Áspero.

—¡Esa es la respuesta!

—Explícame.

—Mira, te hablo como médico, los huesos son tejidos vivos que están en contacto con otros tejidos, músculos o tendones por ejemplo, y esta unión debe hacerse mediante cartílagos. Para ello los huesos están recubiertos de una capa llamada

perioestio, que es la que les confiere la textura “lisa” y brillante a los huesos.

– Bien, hasta allí te entiendo. ¿Qué más?

– Pues que al ser una membrana también se degrada con el tiempo, en general podemos decir que en condiciones normales esta desaparece entre siete u ocho años.

– ¿Y aquí?

– En estas condiciones de frío y humedad será mucho más. Lo que demuestra que estos señores ya tienen aquí varios años más de los que pensamos.

– Un alivio para nosotros, pero no para mí.

– ¿Por qué?

– Porque sigo con la intriga de saber quiénes son y por qué están aquí, no se me va de la cabeza que pudieron suceder escenas terribles sobre el suelo que pisamos ahora mismo. ¡Toribio! Dígale al Alcalde que suba nuevamente con su comitiva.

Minutos después aparecía el alcalde y la comitiva por la pendiente, cada vez más sucios, por cierto.

– ¿Me llamaba usted?

– Sí, queríamos saber si existe alguna historia en tu pueblo o en los pueblos de los alrededores sobre la muerte o desaparición de muchas personas.

– No, que yo recuerde.

– ¿Ni historias contadas por los ancianos?

– No, nada.

– Bien, gracias. Espérennos abajo.

Nuevamente la comitiva desaparecía por la pendiente, mas desconcertados que al inicio por estas preguntas.

– Eso descarta los últimos cincuenta años por lo menos, pero no nos da mas pistas.

– ¿Entonces podemos deducir algo más? –preguntó el Doc.

– Difícil, ya te dije que estos pueblos de las alturas tenían una morbosa y suicida predilección por aliarse con los bandos perdedores, y lo hacían con tal ardor que no tardaban en ganarse feroces enemigos. Si mal no recuerdo en esta zona se seguía dando vivas al Rey de España a comienzos de mil ochocientos treinta, diez años después de la independencia, por ello desde la costa les enviaron varias expediciones punitivas para meterlos en cintura por majaderos. Vaya que lo habrán hecho. En otras palabras pudo ser cualquiera en los últimos cuatrocientos años.

La Guerra de los Tenientes

– El orificio del cráneo nos podría dar una pista.

– No sé, ya viste que no corresponde a las armas actuales, si es que realmente fue un arma de fuego, pero entre los años mil quinientos y fines del siglo pasado tampoco hubo muchos cambios en este tipo de armas, al menos en calibre.

– Si seguimos buscando aquí mismo tarde o temprano encontraremos algo que nos dé más pistas. Aunque si tienen más de cincuenta años podrían catalogarse de restos arqueológicos y en ese caso remover el lugar no deberíamos hacerlo.

– Podrá ser delito, pero este sitio no lo excavarán jamás. Aún no están terminadas la mayoría de las excavaciones en la costa. En este país todo está a medio hacer.

Estábamos en la disertación si deberíamos seguir buscando en aquel lugar para sacarnos el clavo del misterio, cuando aparece un soldado resoplando por la pendiente.

– Mi teniente, el comandante a la radio. Desea hablar con usted.

Rápidamente bajé a la estación de radio que Toribio previsivamente había ordenado montar al operador, en vista que parecía que íbamos a demorar en aquel lugar.

– Aquí comandante de patrulla. Cambio.

– Aquí comandante de batallón. ¿Ubicaron el lugar? Cambio.

– Sí, está en las estribaciones nor-orientales de la cordillera sobre los tres mil quinientos metros, encontramos una cueva abierta por un deslizamiento con al menos veintiún cuerpos. Al parecer con una antigüedad importante, pero descartado que sean contemporáneos. Cambio.

– ¿De quiénes eran los cuerpos? Cambio.

– No es posible identificar, definitivamente no corresponde a lugareños. Cambio.

– Me confirmas que no corresponde a violencia actual. Cambio.

– Casi seguro. Cambio.

– Espera un momento. Mantente al aire. Cambio.

Pasaron unos minutos en los que sólo se escuchaba la estática de la frecuencia de la radio, hasta que la voz del comandante volvió a escucharse.

– Comandante de patrulla ¿Estás allí? Cambio.

– Sigo en el aire. Cambio.

– Muy bien. Tú eres de ingenieros, ¿verdad? Cambio.

Los Olvidados

- Afirmativo. Cambio.
- Perfecto, ¿llevas explosivos? Cambio.
- Dispongo de una mochila con seis kilos de dinamita. Cambio.
- Entonces, escúchame bien: procede a volar la cueva y repliegas inmediatamente la patrulla. Asegúrate que la entrada quede sellada. Cambio.

Cuando el comandante dijo esto, todos los que estábamos alrededor de la radio nos miramos con cara de haber no comprendido sus instrucciones, así que quise explicarle la situación real por si no la había entendido.

– Comandante de batallón, el lugar que hemos encontrado no es actual. Posiblemente sea resto arqueológico. No sabemos. Pero no corresponde a violencia actual. Cambio.

– Perfecto, te entiendo claro. Procede a volar la cueva y repliégate. Cambio.

– Repita por favor. Cambio –insistí en un intento de que cambiara de opinión.

– ¡Que vuelas la cueva inmediatamente! ¡Ya lo escuchaste y no vuelvas a preguntarlo! Corto.

El silencio que apoderó a la patrulla decía todo, era una orden terminante y se acabó. El resto de la misión se completó en menos de media hora. Perforar los laterales de la entrada de la cueva, colocar los explosivos, atacarlos o cubrirlos con barro para evitar la pérdida de energía y acondicionar los detonadores con temporizadores de mecha. Al estallar cederían los lados de la entrada haciendo que el material superior se deslice hacia abajo. Con ello también evitaríamos que los restos se vean afectados por la onda explosiva, al menos en parte.

Mientras, ya Toribio tomaba sus provisiones para el regreso organizando la columna de marcha y dando las últimas instrucciones.

- Todo listo para el repliegue mi teniente –dijo Toribio.
- Muy bien, ¡Cárdenas! Encienda las mechas.
- Ya están mi teniente –dijo Cárdenas al descender de la pendiente, cogiendo su fusil.
- ¿Cuántos minutos de retardo?
- Para veinte minutos.
- Bien, estaremos a un kilómetro cuando vuele la cueva. ¡Adelante!

La Guerra de los Tenientes

La marcha se inició en silencio, quedarnos para siempre con el misterio de lo que ocurrió en aquella cueva no gustaba a nadie, pero eran órdenes terminantes. En la parte de atrás de la patrulla caminaban el alcalde y su comitiva que parecían no haberse enterado de lo que estaba sucediendo.

A los diez minutos llamé al alcalde y le dije:

—No te preocupes, ya está todo resuelto y no tienen nada por qué temer. Para la próxima vez que suceda algo no olviden de comunicarnos siempre y contar con nosotros. Ya pueden regresar a su pueblo.

—Sí, gracias, les agradecemos mucho —dijo abrazándome, aunque no sé por qué tenía que agradecernos ya que hasta donde yo sabía ellos estaban igual que antes. Quizás el hecho de estar con nosotros legitimara su puesto en la comunidad como representante e interlocutor válido o algo así. Supongo que esto tendría algún valor para él, imposible saber.

Continuamos el camino desandando en silencio la ruta de ida, cuando estábamos cruzando uno de esos pequeños valles de antiguos glaciares escuchamos un retumbar lejano, algo así como un sordo trueno de tormenta, atenuado por la distancia.

—¿Es esa la voladura? —preguntó el Doc.

—Así es.

—Sonó muy poco ¿No te parece?

—Es así, las voladuras para movimientos de tierras, si están correctamente preparadas, suenan poco porque la mayor parte de la energía se disipa en el material a remover, es lo mejor. Además, ya estamos lejos, más de un kilómetro, creo yo.

—¿Sabes por qué ordenó el cierre de la cueva comandante?

—No estoy muy seguro, pero lo intuyo.

—Yo tengo mi teoría.

—¿Cuál?

—Que ya tenemos suficientes problemas y los restos que encontramos sólo nos traerían otros gratuitos.

—Posiblemente sea lo mejor, aunque tal vez hayamos enterado algo importante en el baúl de la historia —le respondí.

—¿Tú crees que sabiendo la ubicación luego podría excavarse como es debido?

La verdad es que no le contesté, no tenía ánimos para ello porque sencillamente alguien tendría que hacer un registro de

Los Olvidados

aquel sitio para el futuro y por lo visto no seríamos nosotros. Luego de otro largo trecho en silencio el Doc dijo:

—¿Sabes? Me sabe mal abandonar a esos pobres muertos sin cristiana sepultura y...

—¡¿Me quieres decir que ahora quieres desenterrarlos debajo de las toneladas de tierra que tienen encima?!

—No, no iría a tanto. Pero si regresáramos luego con un cura para que por lo menos les dé el responso...

—Mira mi querido amigo, el hecho que los curas hayan hecho votos de castidad no los convierte automáticamente en cojudos, que para eso ya estamos nosotros. Jamás encontrarás a alguno que quiera venir, no ya por los muertos sino por las pobres almas de los moradores de estos pagos. Posiblemente piensen que ya que viven a tres mil metros están más cerca del cielo y no necesiten intermediarios.

—No digo ahora, tal vez podríamos regresar de aquí a unos años cuando esto esté tranquilo. Además seguro que nos enviarán a realizar otros patrullajes por estas zonas.

—Eso no lo dudes Doc, regresaremos a estas tierras más de una vez. No lo dudes.

Han pasado ya varios años, no sé si muchos o pocos, de aquel patrullaje a ese extremo olvidado del país y de esa noche lo único que recuerdo es el silencio en el comedor de oficiales a la hora de la cena, estábamos el comandante y yo en los extremos opuestos de la misma mesa, él no me preguntó nada y yo jamás le pedí explicaciones.

A veces hoy, cuando busco entre los cajones de mi escritorio tropiezo con una carpeta de cartón que en otros tiempos fue azul y cuando la abro, entre otros, hay una copia en papel carbón de un informe cuya única línea escrita dice "Sin Novedad", unido a él con un oxidado clip otro papel ya amarillento en la que con un lápiz hay dibujada una montaña con doble cima y una anotación que una mano hizo rápidamente: "Hacer coincidir con el plano 32F de la carta nacional".

El Horizonte

¿Dónde está el horizonte? La pregunta está mal formulada, lo que todos nos hemos preguntado alguna vez es: ¿A qué distancia está el horizonte, ése que parece tan lejano? Para decepción de muchos, y la mía misma, el horizonte está increíblemente cerca. A nivel del mar, para una persona de estatura normal que se encuentre en la orilla, el horizonte está a cinco kilómetros en base a la curvatura de la tierra. ¡Quién diría que caminando sobre las aguas poco más de una hora llegaríamos al fin del mundo! Claro que el horizonte no siempre es el que está en el mar y que según donde uno se encuentre, éste puede ser una llanura o un conjunto de montañas. Pero sea como fuere, siempre pensamos que está muy lejos, pero no más lejos que no imaginemos llegar.

A eso de la seis de la tarde me encontraba en la parte exterior de la improvisada comandancia del batallón, apoyado en una barandilla de madera que daba al patio principal. Debido a la ubicación de la misma, en una ladera de cerro, yo tenía una amplia vista del paisaje. Llamaba la atención que mi horizonte fuera en la lejanía una enorme y oscura cadena montañosa que iba de sur a norte cubriendo todo el frente a la vista, mostrando unas cumbres como si fueran desiguales dientes de una sierra. El hecho de que entre nosotros y esa cadena de montañas existiera un enorme valle propiedad de un río, que luego se convertiría en aportante de la red amazónica, hacía que la apariencia de aquellas cumbres sea mucho más alejada. Hice unos cálculos y estimé que realmente estarían a poco menos de doce

La Guerra de los Tenientes

kilómetros en línea recta. Su color oscuro las hacía más inhóspitas y yo me preguntaba que quiénes serían los pobres diablos que vivieran en ese rincón olvidado del fin del mundo. Más aún, quién sería al que le tocara ir a averiguarlo.

Como ya era tarde y el sol se ocultaba tras de las montañas me quedé un buen rato mirando el atardecer que reflejaba unas luces amarillas entre aquellas cumbres disparejas. Al cabo de unos minutos escucho mi nombre y veo al comandante del batallón que se acercaba diciéndome:

– Te estaba buscando, pensé que estabas en el comedor.

– No mi comandante, ya luego pasaré.

– Bien, necesito que mañana temprano salgas con una patrulla de reconocimiento y hagas un recorrido por la ruta de Chacras, Condevilla y así por la carretera hasta llegar al puente Huarilla.

– ¿Chacras? ¿Condevilla? ¿Y dónde queda eso mi comandante?

– Bueno eso es más o menos por allí –dijo el comandante señalando con su brazo la cordillera que momentos antes estaba contemplando.

– ¡Me está diciendo que en esos cerros vive gente!

– No claro que no, eso no es posible. Los pueblos que te digo están más allá, detrás de esas montañas.

– Ah, haberlo dicho antes mi comandante –dije para disimular mi asombro, pero para mis adentros poco a poco iba intuyendo que nuevamente me tocaría la parte fea de esta historia-. ¿Y hay carretera para llegar con los vehículos?

– ¿Vehículos? No, no. Existe una carretera que para llegar primero tendríamos que ir al sur hasta la capital del departamento y luego volver a subir tras varias horas. Pero esa no es la intención, lo que queremos es hacer un reconocimiento de la zona, será mejor que partas desde aquí y vayas allá en línea recta –claro que lo de línea recta era un decir, no existía forma de caminar en línea recta.

– Algo más, habla con Arturo, él te dará más detalles. Parece que necesita recoger información sobre algo en particular.

Poco después de cenar me acerqué al despacho del teniente Arturo, el oficial de inteligencia, a quien no había visto en el comedor. Lo encontré sentado en su escritorio ensimismado mirando unas cartas de la zona.

–Pasa, pasa y cierra la puerta –dijo al verme.

–En qué lo puedo servir, mi teniente. El comandante dice que tiene algo para mí.

–Sí. ¿Te ha comentado el comandante que necesitamos que prepares una patrulla?

–Hace una hora me dijo que quería que haga un recorrido por esas montañas que estaban al frente, las que se ven desde la comandancia. Y se ven lejísimas.

–Eso mismo. ¿Y te ha comentado sobre unos pueblos?

–Sí y que recorriera unos pueblos... Condevilla, Charcas...

–El pueblo se llama Chacras, no Charcas. Bueno, miremos la carta que tengo sobre la mesa –dijo girando el plano noventa grados para que yo pudiera verlo mejor-. Estamos aquí, en la base del batallón. Irás descendiendo hacia el oeste, hacia la parte baja del valle en dirección al río, para luego cruzarlo.

Mientras hablaba yo miraba el recorrido, se trataba de un descenso prolongado y con pendiente ligeramente pronunciada, de ningún modo brusca; el cual pasaba por un conjunto de terrazas cultivadas hasta llegar a la parte baja del valle, que era bastante ancho para los estándares de los valles andinos. Sería un desnivel de unos seiscientos metros en total, a cubrirse en varios kilómetros.

–Luego, llegando al río te dirigirás hacia el sur hasta llegar a este pequeño puente que utilizarás para cruzarlo.

–Mi teniente –interrumpí señalando la carta-, ir hasta ese puente del sur me tomará más de dos horas y media bordeando el río. ¿Por qué no usar el puente que está poco más al norte? Sería más fácil y directo.

–El puente del que hablas no existe, era un antiguo puente de madera, hace dos años lo quemaron. La carta no está actualizada. Por eso te digo que es mejor que utilices el puente del sur, aquel no lo quemaron porque es de metal, aunque sólo es peatonal, lo pueden cruzar las personas y los animales.

–Si el puente es peatonal y el puente grande no existe, entonces... ¿Cómo hacen los pobladores para comerciar de un lado a otro del río?

–No comercian, no al menos en gran escala. Observarás que donde estamos parte la carretera a la capital del departamento. Lo mismo sucede con una carretera que está más allá de las montañas, ambas van en paralelo al valle y la gente de un lado

La Guerra de los Tenientes

no depende de la otra. Además observarás que si bien en la margen derecha del río, donde estamos, hay mucha agricultura en la otra no. Su producción es marginal y no me preguntes porqué.

– Ya entiendo. ¿Y luego qué?

– Una vez cruzado el río, volverás a tomar rumbo norte, paralelo al cauce del río y luego cogerás este camino de herradura que sirve para remontar las montañas que vemos desde aquí - dijo moviendo su dedo de norte a sur sobre una parte oscura del mapa. Al fijarme en él observé que la mancha oscura sobre la carta la producían unas juntísimas curvas de nivel del flanco este de esas montañas. Una observación más atenta me reveló que el desnivel a remontar era de algo más de mil trescientos metros.

– Mi teniente, con el descenso y la subida son cuando menos mil novecientos metros de desnivel. ¡En un día! – Arturo me miró pero alzó los hombros como diciendo que ese ya no era su problema. Él se limitaba a hacer su trabajo.

– Una vez cruzadas las montañas continúa tu camino hasta llegar la carrozable de tierra que va hacia al norte. El resto del recorrido lo harás por ella, que tiene un par de desvíos que van a los pueblos que te comentamos: Condevilla y Chacras. Como observarás es un camino relativamente fácil de seguir.

– Hay algo que no tengo claro. Este es un recorrido bastante largo. Pero... ¿Para qué lo hago? ¿Cuál es la finalidad?

– Necesitamos que recojas información de la zona, este sector está bajo nuestra responsabilidad y lo tenemos bastante abandonado, en parte debido a que la actividad principal de Sendero está hacia el Este de nuestra posición y porque no hay asentamientos importantes de población.

– Ya entiendo, sólo un reconocimiento.

– No. Hay algo más que no te he dicho. Tienes que encontrarte con una persona.

– ¿Encontrarme con alguien? ¿Y quién es?

– Es un informante. Tiene unos datos que resultarán importantísimos. Te estará esperando en un lugar cercano a la base, me dijo que en Tinkuy. Saliendo mañana temprano vas a Tinkuy y lo esperas. Lleva un uniforme extra, cuando se incorpore a tu patrulla se lo entregas y pasará desapercibido como un soldado más. No te diré más detalles, cuando cruces el río te

comunicaré por radio nuevas instrucciones.

—Mi teniente, si Tinkuy queda cerca de aquí ¿por qué su informante no viene y partimos juntos desde la base? ¿No sería mejor?

—No. No quiere que lo vean cerca de la base. Prefiere mantenerse de incógnito.

Esa misma noche comencé a organizar la salida. La haríamos por la mañana a primera hora. Llamé al Sargento Semana y me dijo que sólo estaba disponible el sargento Esteban como sargento de patrulla. Lo hice venir.

—Esteban.

—Sí, mi teniente.

—Mañana temprano después del desayuno saldremos de patrulla cuando menos diez días. Organiza una patrulla ligera de quince hombres. Pasa por la proveeduría y que te entreguen víveres para todo el periodo. Asegúrate que los víveres secos estén completos porque al angelito del almacenero le gusta entregar menos de lo solicitado, ya lo tengo entre ceja y ceja.

—¿Armas colectivas? ¿Ametralladora, mortero o lanzacohete?

—Sólo llevaremos el lanzacohete con tres granadas, es lo más ligero. También recoges un fusil a mi nombre. Todo el material: fusiles, munición, granadas y cohetes que estén separados en el almacén. Mañana temprano, luego del desayuno, la tropa los recoge y me esperan en la explanada del batallón. Hoy mismo hablaré con el responsable de comunicaciones y tendrá preparada una radio con dos baterías y un cargador solar. Designa a un hombre que la recoja temprano y pase por la estación de radio para que le entreguen las frecuencias de comunicaciones para los próximos diez días.

Todo indicaba que iba a ser un recorrido tranquilo, no había nada en particular a buscar y, salvo por el paso de las montañas, sería cuando menos un paseo. Eso si el misterioso informante no nos traía sorpresas.

A la mañana siguiente estaba Esteban y la tropa esperándome en la explanada del batallón según lo acordado. Me entregó mi fusil he hicimos una revista rápida antes de partir.

—Esteban, saliendo nos dirigiremos hasta Tinkuy. Allí esperamos un rato. ¿Sabes dónde queda Tinkuy?

—¿Tinkuy? —preguntó Esteban— No sabía de un pueblo que se llamara así.

La Guerra de los Tenientes

—No es un pueblo, es un lugar. Y dicen que está cerca. No importa, preguntaremos en el camino.

Y así fue, nuestra patrulla salió de cuartel bajamos hacia la ciudad y en la calle que daba acceso al mercado municipal nos encontramos a una señora que llevaba un costal de zanahorias para venderlas.

—Señora, buen día. ¿Nos dice cómo llegar a Tinkuy? —la abordé mientras ella dejaba en el suelo su pesada carga. Luego de pensarlo un poco secándose el sudor de la frente nos dijo que era al otro lado de la ciudad, en la salida sur.

En tanto hablábamos con la señora, en la misma esquina que daba al mercado, había un hombre de aspecto andrajoso que estando de pie clamaba cada vez alguien pasaba: ¡Tengo hambre! sosteniendo un pequeño tazón de plástico en la mano. Si el transeúnte no daba muestras de interés gritaba ¡Tengo hambre! con más fuerza. La verdad era que nos resultaba incómodo hablar con la señora de las zanahorias con aquel tipo berreando a nuestras espaldas. Pero lo decía de tal manera que era difícil no sentir compasión del pobre. El sargento Esteban se acercó a él pero en respuesta sólo recibió una mirada de recelo. ¡Esto no puede ser, alguien tiene que hacer algo! —exclamó Esteban.

—Pero buen hombre, vaya a su casa y coma algo, no es bueno que usted esté aquí parado pasando hambre. Le puede pasar algo —le sugirió Esteban con las mejores intenciones del mundo. Pero la mirada de recelo del sujeto se convirtió en una de desprecio total. Gritando aún más fuerte el consabido ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! esta vez a una familia que pasaba por la acera de enfrente. Definitivamente aquel majadero era un caso perdido, ahora entendía porqué no es bueno dar consejos en este país lleno de malagradecidos. Visto lo visto, le dije a Esteban que ya no tratara de ayudarlo y que mejor lo olvide.

Nosotros continuamos nuestro camino atravesando la ciudad, felizmente no era muy grande, y antes de media hora estábamos saliendo por su acceso sur. Vimos a un zapatero que atendía en medio de la calle y le preguntamos por Tinkuy.

—Mire señor, siga por allá. Continúe por la salida de la ciudad —nos aconsejó con media docena de clavos que sostenía entre sus labios.

Seguimos caminando y llegamos a una pequeña rotonda, y en la práctica nos encontrábamos fuera de la ciudad. Pero no había

señas de Tinkuy, ningún cartel lo anunciaba. Así que continuamos por la carretera durante un cuarto de hora hasta encontrar más adelante a una mujer joven que estaba lavando ropa en un arrollo.

– Buenos días, ¿por dónde se llega hasta Tinkuy? –le pregunté a la mujer, la cual dejó de lavar, se puso de pie secándose las manos en la falda y luego de dar un vistazo a los alrededores nos dijo que siguiéramos por un pequeño camino de tierra que descendía hacia el valle. Al menos me parecía que si descendíamos deberíamos ya estar bastante cerca. Poco después estábamos internados entre cultivos de papa y otras tierras en preparación. Andamos casi media hora pero no llegábamos a Tinkuy, muy extraño. Felizmente por el pequeño camino venía hacia nosotros un arriero viejo, con un burro llevando herramientas de labranza. Al pasar a nuestro lado nos detuvimos y luego de saludarlo:

– Buenos Días, caballero. ¿Nos dice el cómo llegamos a Tinkuy?

El hombre se detuvo, ajustó algo en el animal y sacándose el sombrero nos dijo amablemente:

– ¿A Tinkuy? Regresen por el camino por el que han venido, suben y llegarán a una carretera de tierra. Es fácil llegar –respondió, mientras el sargento Esteban me miraba incrédulo. Lo que nos decía no tenía mucho sentido. Alguien engañaba a alguien.

– Perdona... ¿A la carretera de tierra? ¿Dónde pasa un pequeño arroyo?

– Sí señor, por allí se llega.

– Perdona nuevamente, pero venimos de allí. Una mujer que estaba en el camino nos dijo que tomemos este camino.

– ¿O sea que ése no era Tinkuy? –preguntó desconcertado el arriero, que se quedó pensativo un momento mirando alrededor nuestro- ¡Ya sé! Para llegar bien sigan bajando por este camino y van a encontrar una casa de paredes blancas con un árbol muy grande. Cuando lleguen a ella tomarán el camino de la derecha, si van por allí llegarán a Tinkuy. No olvide, tiene que ser el de la derecha.

– ¿Está usted seguro?

– Completamente seguro, señor –dijo con una sonrisa satisfecho de habernos sido útil. Nos despedimos y ordené a Esteban

La Guerra de los Tenientes

que seguiríamos por el camino que nos indicaba el arriero. Mientras caminábamos Esteban comentó:

— ¿Ha visto qué gentes más raras hay por aquí?, mi teniente.

— Sabe Dios, nunca he llegado a entenderlos del todo —dije.

A los diez minutos habíamos llegado a la casa blanca del desvío. El arriero decía la verdad así que seguimos su consejo, pero luego de avanzar un buen rato el camino se estrechaba y a ambos lados sólo había plantaciones de tunales, la mayor parte altos, más altos que nosotros pero de Tinkuy ninguna señal. Nos tomó casi media hora salir de aquel sitio, finalmente desembocamos a una carretera de tierra en la que nos detuvimos para descansar un poco y tratar de orientarnos. Llegar hasta Tinkuy nos estaba costando más de lo esperado. ¿Cómo carajo se le ocurrió a informante de Arturo escoger ese sitio tan difícil de encontrar? Para suerte nuestra apareció por la carretera un camión de color blanco que venía cargado dando tumbos por los baches del camino. Lo hice detener y me acerqué al conductor. Él sí me daría razón de cómo llegar a Tinkuy, no como la manga de despistados que encontramos por el camino.

— Buenos días —saludé.

— Sí, buenos días.

— Señor, nos dice cómo llegamos a Tinkuy.

— ¡¿A dónde?! —preguntaba, el ruido del motor no ayudaba.

— ¡A Tinkuy!

— ¿Tinkuy? ¿Tinkuy? ¡Ah, a Tinkuy!

— Sí, ése... ése.

— HUUUUUUUY, eso sí que está lejos —decía el del camión levantando un brazo como diciendo la que nos esperaba.

— ¡Cómo que está lejos, carajo! ¡Si estamos caminando toda la mañana para llegar a él! —le contesté furioso; ya estaba bien que nos siguieran tomando el pelo. El conductor al ver mi reacción apagó el motor y descendió del camión.

— Pero señor... ¿Cuál es el problema?

— ¡Cómo que cuál es el problema! ¡Estamos toda la mañana caminando para llegar a Tinkuy y la gente con la que nos encontramos no se pone de acuerdo en cómo llegar! ¡Unos dicen que vayamos por un lado, otros por otro y ahora tú que dices que está lejos!

— ¿Eso le han dicho?

— ¡Sí! Eso nos han dicho —le respondí al camionero que se

quedó pensativo.

– ¿Le puedo hacer una pregunta? –me dijo.

– Si, claro. ¿Qué quieres?

– Y usted... ¿A qué Tinkuy quiere ir? –pero me sorprendió completamente con esto último.

– ¿Cómo que a qué Tinkuy quiero ir? ¡Quiero ir a Tinkuy solamente! ¡A Tinkuy! ¡¿Entiendes?!

– Es que hay varios Tinkuy.

– ¿Varios Tinkuy? ¿Cómo que hay varios Tinkuy? No puede haber varios lugares que se llamen lo mismo. ¡Es absurdo!

– Señor, es que Tinkuy no es el nombre de un lugar.

– ¿Cómo que no es el nombre de un lugar?

– ¿Usted no sabe quechua? ¿Verdad?

– No.

– Tinkuy es una palabra quechua que sirve para designar cruce de caminos. Por eso es que la gente no se ponía de acuerdo para orientarlo.

Vaya Dios. Haberlo sabido antes y me evitaba este embrollo. Me había pasado toda la mañana buscando el bendito lugar y resultaba que no existía. El informante ese de Arturo seguramente era alguna especie de atontado incapaz de decir las cosas claras. Claro que la lección más importante es que esto me ocurría por ser un tonto; en estos meses lo poco de quechua que había aprendido se limitaba a lo relacionado con la comida: yacu – agua, mikuy – comida, cachi – sal, runtu – huevo, y poco más. Si hubiera tenido algo de interés las cosas hubieran sido diferentes, pero yo pensaba como todos: ¿A quién le puede interesar aprender quechua? ¿Para qué me serviría? Pero para ser justos los pobladores con su idiosincrasia tampoco ayudaban. Una vez, los primeros días de mi llegada, traté de aprender algo y me propuse a practicarlo; encontré un par de campesinos que estaban conversando sentados en el suelo y traté de unirme a su conversación diciéndoles algo en quechua, pero estos en vez de contestarme se me quedaban mirando con una cara como si les hubiera hablado en marciano. Así no hay quien aprenda nada.

El camionero partió dejándome en medio de la carretera, esta vez blasfemando en arameo. Estaba realmente furioso, el tan misterioso informante me había hecho perder toda la mañana y caminar no sé cuantos kilómetros gratuitamente.

– ¡Operador de radio! ¡Comuníqueme con la comandancia!

La Guerra de los Tenientes

¡Quiero hablar con el teniente Arturo!

Era casi medio día no había avanzado nada en mi misión y el dichoso informante estaba no habido. A los pocos minutos me avisan que Arturo estaba a la radio.

—Arturo, hemos tenido un problema. Cambio.

—¿Cuál problema? ¿Contactaste con la persona indicada? Cambio.

—No Arturo. No hemos llegado a Tinkuy. Cambio.

—¿Cómo que aún no has llegado a Tinkuy?! ¡Te dije que parieras temprano! Cambio.

—Arturo ¿Tú conocías Tinkuy? Cambio

—No, pero dicen que estaba cerca. Cambio.

—¿Sabes quechua? Cambio.

—No. ¿Por qué? Cambio.

—Porque he descubierto que Tinkuy no es un lugar, es la denominación genérica para cruce de caminos. Lo que ese tipo te dijo es que estaría esperándonos en un cruce de caminos pero no nos dijo cuál. Cambio.

Arturo no comentó nada, simplemente permaneció callado. El informante le había arruinado su plan. ¿Cómo iba a saber él en cuál cruce de caminos estaría esperando?

—¡Arturo! ¡¿Me escuchas?! Cambio.

—Sí, sí. Te escucho. Cambio.

—¿Ahora qué hago? Cambio.

—Mira, tú sigue el plan como estaba previsto inicialmente. Haces el recorrido indicado y luego te enviaremos instrucciones. ¿Queda claro? Cambio.

—Sí. Cambio.

—Muy bien. Corto.

—Corto.

En conclusión, había perdido toda la mañana para nada. Ahora lo importante sería descender al valle y cruzar el río cuanto antes. Quería superar las montañas antes del anochecer. Llamé al sargento Esteban y organizamos la patrulla para ello. Llegar al río sería relativamente fácil, sólo había que seguir la pendiente en descenso, luego remontaríamos la corriente y cruzaríamos el puente.

Continuamos con nuestro camino en medio de una gran cantidad de tunales, al parecer la tierra era propicia para ello. Nos venían bien ya que sus frutos refrescaban; con experiencia po-

díamos comer una cantidad enorme en poco tiempo: bastaba sacar el cuchillo, escoger uno que a la vista esté gordo y maduro y le dábamos un golpe con el lateral de la hoja, si caía a la primera era que estaba maduro y dulce. Lo siguiente era casi automático, con una ramita le dábamos unos cuantos golpes para hacerle perder las espinas, con un dedo la presionábamos contra el suelo y con el cuchillo cortábamos los extremos, al final con un tajo longitudinal teníamos el fruto abierto, bastaba ensartarlo con el cuchillo y llevarlo a la boca. Ya era un procedimiento casi mecánico.

Seguimos descendiendo y comenzamos a sentir bastante calor, tanto así que nos quitamos las chompas que llevábamos desde la salida del cuartel. Inicialmente pensé que era la hora del día que elevaba la temperatura, pero luego vimos que era debido a que estábamos llegando a la parte baja del valle. Esto lo descubrimos por unos campesinos que estaban cosechando la tierra, cuando les pregunté por su cosecha de papa me dijeron que no estaban cosechando papa, estaban cosechando camote. Siempre creí que el camote no se sembraba en la sierra, sólo en lugares cálidos de la costa.

La parte más baja y cálida del valle estaba bastante abandonada, menos de la mitad de las tierras parecían trabajadas, las otras estaban descuidadas. Según los pocos habitantes, la gente prefería no alejarse de la parte alta, donde estaban las poblaciones, por algo sería. Después de casi una hora habíamos llegado al río, en el periodo de estiaje en que nos encontrábamos dejaba ver enormes extensiones de terreno pedregoso que formaba parte de su cauce en época de crecida. Aún así estaba bastante cargado, calculé que el ancho sería en ese lugar de entre cincuenta y sesenta metros con aguas torrenciosas y turbias, imposible de atravesarlas sin un puente. Comenzamos a caminar hacia el sur en busca del puente indicado, era casi la una de la tarde y ya era hora de pensar en la comida, a lo lejos llegamos a divisar unas construcciones que se me antojaban casas, estaban entre algunos árboles y un pequeño cañaveral dada su proximidad al río. Los dos exploradores fueron por delante y al cabo de un rato nos hacían la señal que estaba todo "limpio". Cuando nosotros llegamos ambos nos esperaban.

—¿Hay algo? —pregunté.

—No. Han huido —informó uno de los exploradores.

La Guerra de los Tenientes

—¿Quiénes han huido? —pregunté extrañado.

—No lo sabemos, acaban de abandonar este lugar. Mire lo que encontramos —me dijo mientras me conducía por fuera al otro extremo de la construcción mayor. Llegamos a un pequeño hornillo hecho de adobes apoyados en una pared. Por el tizne del humo parecía que se usó durante mucho tiempo. A un lado había una botella de aceite de cocina del cual quedaba un poco, una bolsa de sal y algunos sobres de condimentos usados. Las cenizas estaban aún calientes, quienes estuvieron allí habían huido con prisa ante nuestra llegada. Ordené al sargento Esteban que dividiera la patrulla y registre la zona:

—Esteban: un grupo que revise la casa, otro el cañaveral y otro más los árboles. Que tengan cuidado.

Con un par de soldados yo comencé a verificar las cercanías. Una casa pequeña que divisamos cerca estaba totalmente inhabitable, sólo quedaban los muros exteriores, no había techo y el interior estaba tan abandonado que habían crecido hierbas y matas de espinos que asomaban por las ventabas hacia el exterior. Más llamaba la atención una construcción grande, era rectangular de unos quince metros de largo y estaba hecha de tapial enlucido con barro, se notaba bastante viejo pero aún conservaba su techo de tejas de barro a dos aguas. No tenía ventanas y era imposible ver su interior. En un extremo había un portón grande hecho de madera sólida y permanecía cerrado gracias a cerrojos de hierro forjado sostenidos por dos candados enormes, ambos oxidados en señal que no se habían abierto en mucho tiempo. La verdad es que por su tamaño me pareció una pequeña iglesia de pueblo, sólo que no había pueblo y tampoco tenía campanario. Supuse que podía haber sido un almacén o corral pero no había seguridad, tampoco estábamos para ir derribando puertas así como así.

Al poco regresó el resto de la patrulla. Tal como lo suponía no había ni rastro de los que estuvieron cocinando hace un momento. ¿Quiénes eran? No podía saberlo, quizás pobladores que trabajaban la tierra pero tampoco se veía sus herramientas ni tierras labradas cerca. ¿Por qué huyeron? Tampoco se me ocurría.

—¿Preparamos la comida? Mi teniente —preguntó Esteban.

—No, que la patrulla se mantenga equipada y continuaremos al sur. Buscaremos otro sitio mejor.

—¿Algún motivo? Mire que ya tenemos hasta la hornilla para cocinar preparada.

—No sé, Esteban. Pero no me gusta este lugar. Particularmente cuando minutos antes alguien ha huido de nosotros, cada vez me vuelvo más desconfiado por experiencia que por naturaleza. No me gustaría correr riesgos. Mejor continuamos y en otro lugar preparamos la comida. Con un cuarto de hora de camino estaremos a un kilómetro.

La decisión no fue la mejor, a partir de ese lugar ya no encontramos construcciones en nuestra margen del río. Peor aún, llegamos a una parte en la que el lecho seco del río se ensanchaba bastante en ambas riberas, causando que nos desplazemos entre rocas y piedras grandes calcinadas por el sol sin vegetación alguna. Al cabo de media hora los exploradores se detuvieron mirando la otra orilla del río. Cuando los alcanzamos nos indicaron que habían visto gente con mochilas que se dirigían al norte. Yo miré la otra orilla pero no vi nada.

—Allí no están, están más hacia el norte —dijo el explorador señalando la diagonal que cruzaba el río, y efectivamente se podían ver dos o tres personas caminando. Realmente estaban lejos.

Como en aquel momento era una simple curiosidad, Esteban, yo y unos soldados subimos a unas piedras grandes para observar mejor. Fue en ello cuando los extraños de las mochilas también nos vieron y detuvieron su marcha. Ahora eran ellos los que nos contemplaban.

Saqué mis prismáticos, pero sólo pude ver que eran tres llevando mochilas, no podía distinguir si llevaban armas. Lo que en sí ya era extraño, los pobladores de la zona no suelen usar mochilas sino mantos llamados “quipis” para transportar cargas. Mientras discutíamos con Esteban del origen de esas gentes escuchamos un lejano toc, seguido un momento después de otro.

—Mi teniente, parece que nos están disparando.

—Sí Esteban, nos están disparando pero están lejísimos. Qué cabrones.

—¿Qué hacemos?

—Nombra a los tres mejores tiradores de la patrulla y que vengan con sus mochilas.

—¿Vamos a dispararles mi teniente?

La Guerra de los Tenientes

—¿Y qué pensabas decirles a esos desgraciados? ¿Alto, en el nombre de la ley?

—Bueno... eso exactamente no. Mejor lo usual en estos casos antes de usar las armas: avisarles tres veces que las vamos usar, hacer un tiro al aire de advertencia y ...

—Mira Esteban, te lo voy a simplificar: todo eso se fue al carajo cuando ellos dispararon primero.

En menos de un minuto estaban los tiradores, seleccionados por Esteban.

—Aquí los tiene: los cabos Huerta, Manyari y el soldado Del Solar.

—¿Del Solar? ¿El de la última promoción?

—Ese mismo.

Pues tampoco me debía sorprender la selección de un tirador de la última promoción, es sabido que hay personas que tienen una habilidad natural para disparar con precisión, ¿cómo? No lo sé, simplemente disparaban muy bien si haber tenido una preparación previa, algo casi instintivo.

—Están muy lejos. ¿A qué distancia reglamos los fusiles? —preguntó Esteban.

—Coge el visor del lanzacohete, encuadra a alguno de los que tenemos al otro lado del río y me dices en qué hilo del visor lo ubicas.

Esteban levantó el visor óptico del lanzacohetes y luego de unos momentos de encuadre dijo que estaban en el hilo de los doscientos metros, lo que significaba que la distancia real sería de aproximadamente poco menos de cuatrocientos cincuenta metros.

—Cuatrocientos cincuenta metros es mucho.

—Sí, al límite del alcance efectivo de los fusiles; va a ser difícil. Que los tiradores se coloquen en el suelo con las mochilas de apoyo. Cuando los tengan a punto que disparen, que se tomen su tiempo que no hay prisa.

Así empezaron los disparos, mientras Esteban con el visor y yo con los prismáticos permanecíamos de pie tratando de reglar el tiro, pero la distancia y la reverberación del sol sobre las piedras del lecho del río no ayudaban.

—¿Con qué nos estarán disparando? —preguntaba Esteban.

—Son fusiles, Quizás AKM o FAL. Si es con AKM sus balas llegarán con muy poca fuerza.

—Y si son FAL estamos igualados —completó Esteban.

—Yo no estaría tan seguro. La mayor parte de los fusiles FAL que tienen fueron robados de los puestos de la Guardia Republicana y, si bien es cierto que son tan antiguos como los nuestros, no tienen el desgaste de los del ejército. Son comparativamente nuevos. Es más, los nuestros están tan maltratados y descalibrados que difícilmente creo que sean efectivos a los trescientos metros, mira el interior de las ánimas y sabrás de lo que te hablo.

Esto era cierto, tanto así que cada vez que alguna patrulla recuperaba un fusil a Sendero, los armeros del batallón se peleaban como buitres para extraerles las piezas y reutilizarlas como repuestos para reparar los nuestros. Al final, lo que se enviaba a la comandancia como material capturado no era más que un trozo de metal inútil. Mientras hablábamos escuchamos pasar por sobre nuestras cabezas un zumbido como de shshshshshsh..., parecíase el ruido de una abeja coja.

—Esa pasó cerca.

—Sí Esteban, mejor nos agachamos que no quiero alegrarles la mañana. ¡Escucharme los tiradores! ¡Reglen el tiro de tal manera que apunten de la cintura para abajo!

—¿Disparamos sólo para herir?

—No exactamente, prefiero que el tiro salga bajo porque si es así una bala que toca el suelo rebota y aún puede hacer daño, en cambio aquellas que pasan por encima de sus cabezas se pierden para siempre.

Después de veinte minutos ordené suspender el tiro, definitivamente era una pérdida de tiempo y un gasto inútil de munición. La misma conclusión debieron haber llegado los del otro lado que también dejaron de disparar y continuaron su camino hacia el norte, perdiéndoles nosotros de vista.

Habíamos tenido un contacto pero el resultado había sido negativo, no pudimos acertar en los disparos y, lo que es peor, estando ellos en la otra orilla era imposible perseguirlos, ni aún por el puente peatonal que estaba más al sur, nos llevarían demasiada ventaja. Se nos ocurrió que si efectivamente mantenían su rumbo al norte caminando por la margen izquierda del río podrían ser interceptados por una patrulla de la base que se encontraba en el límite de Huancavelica. Establecimos contacto por radio con la comandancia ya que no podíamos comunicar-

La Guerra de los Tenientes

nos con aquella base directamente dada la incompatibilidad de las radios. Hablé con el oficial de operaciones informándole de la nueva situación, le pareció acertada nuestra sugerencia y nos dijo que ordenaría la salida de la patrulla de la base indicada para su interceptación.

El camino al sur continuó, esta vez más atentos a nuestro alrededor, particularmente a lo que sucedía al otro lado del río. Media hora después, luego de un recodo que hacía el río pudimos divisar el puente buscado. Efectivamente desde donde estábamos podíamos ver el puente metálico, aunque no era el puente de celosías y reticulado que yo me había imaginado sino un puente colgante. Por algún motivo me pareció gracioso encontrar un puente colgante en aquel lugar... ¿A quién se pudo habersele ocurrido? Sea como fuere, significaba que por fin pasaríamos a la otra ribera. Cuando llegamos nuestra alegría se convirtió en una nueva preocupación: sí, teníamos el puente peatonal a nuestra disposición pero Arturo se equivocó al decir que estaba intacto. Este puente también fue quemado como el que estaba más al norte y sólo se mantenía en pie aquello que no había podido ser consumido por el fuego: quedaban los pórticos de hormigón armado que hacían de soporte a los cables principales de las catenarias y las péndolas de acero, pero el tablero originalmente de madera había desaparecido dejando apenas algunas barras tensoras. Además, según veíamos, los pobladores habían tratado de repararlo colocando algunos maderos o troncos en la base espaciándolos para pasar "de a saltos" pero sólo hasta la mitad del puente, amarrándolos con cuerdas, alambres y cualquier otro medio de fortuna imaginable. No era el lugar más seguro para transitar, yo no me fiaba un pelo de aquellos arreglos provisionales.

— Esteban, ¿qué te parece?

— Que esto está jodido para pasarlo.

— Bien, cruzaremos. Pero lo haremos apoyándonos en los cables laterales, por lo menos son de acero. Antes de cruzar nombra a tres tiradores, los de hace un rato estarán bien y que tomen posición desde aquí. Tú y dos más atravesarán el puente por delante, y una vez en el otro lado te diriges hasta aquella loma que está más atrás, desde donde nos darás la señal para que pasemos en seguridad con tu cobertura. ¿Entendiste?

— Sí, mi teniente.

— Algo más, que la gente ajuste su equipo. Particularmente los portafusiles que llevaremos en bandolera. Lo último que quiero es que se nos caiga algo al agua, nunca lo recuperaríamos.

Esteban y los dos designados se cogieron de los cables laterales y comenzaron a cruzar el puente, con los pies en el cable principal del tablero y con las manos cogiendo las péndolas, las cuales estaban muy oxidadas. Al cabo de un rato estaban en la otra orilla y podíamos ver que corrían a la loma designada. Desde allí nos hicieron la señal de que el paso estaba despejado. Yo pasé con el tercer grupo, no era muy difícil pero el agua del río que corría con un bramido bajo nuestros pies infundía respeto; eso de dar pasitos laterales sobre un cable de acero como que no era la forma más rápida de avanzar, pero por lo menos era segura. Así continuaron los otros grupos de la tropa, conforme llegaban iban reagrupándose en la loma.

Finalmente, el último grupo a pasar correspondió a los tres tiradores, los cuales ajustaron su equipo y subieron al puente, a los minutos ya estaban dos en nuestra orilla pero uno demoraba más de lo previsto, algo lo retenía y se había quedado detenido poco antes de llegar a la mitad del puente. Era el soldado Del Solar y Esteban le gritaba para que apurara el paso, pero no se movía de su lugar. Como no había respuesta continuamos gritándole pero sólo nos contestó que no podía cruzar y que mejor se regresaba, dio un par de pasos laterales alejándose pero nuevamente se quedó inmóvil. Todo indicaba que el ruido del agua, la altura y la precariedad del puente le habían infundido miedo y el pobre estaba inmovilizado del pánico. Como no era posible quedarse así eternamente un cabo y yo regresamos por el puente para echarle una mano, cada uno utilizando el cable opuesto de la plataforma. Cuando llegamos, Del Solar estaba asido a los cables de acero de tal manera que era imposible hacer que aflojara los dedos. Tratamos de calmarlo pero no se podía hacer mucho más, ni pensar en cogerlo porque de caer nos arrastraría también a nosotros. Luego de un rato cuando parecía más sereno pudimos coger su fusil y luego la mochila; así, más ligero lo animamos a dar los pasos laterales pero como se cogía con fuerza con las manos hacía temblar todo el puente. Le aconsejamos que descansara por momentos engancho la parte delantera de los tacos de las botas en el cable que pisaba para evitar resbalar. Finalmente, después de un rato, comenzamos avanzar poco

La Guerra de los Tenientes

a poco, al comienzo muy despacio pero luego con algo más de soltura, hasta que llegamos a la otra orilla, esto nos supuso casi un cuarto de hora de retraso adicional.

Una vez reagrupados partimos rumbo norte, para ello tomamos un camino de herradura que transcurría paralelo al río. De ese camino partían pequeños senderos que iban más cercanos a la ribera, supuestamente eran los que tomaron los extraños de los disparos, pero una y otra vez estos caminos regresaban a la ruta inicial. Lo único que conseguimos tomándolos fue prolongar la distancia de recorrido y perder el tiempo, así que decidimos ya no desviarnos de la ruta principal. Dos horas después ya era bastante tarde, no habíamos comido y además llevábamos acumuladas varias horas de retraso. A causa de las demoras, la noche nos cogería a medio camino y ya no sería posible continuar, así que llamé al sargento Esteban y le dije:

—Vamos a hacer alto, se nos viene la noche encima y es mejor organizarnos ahora que aún tenemos un poco de luz.

—¿Y dónde pasaremos la noche si no hay pueblo a la vista?

Efectivamente no había pueblos cerca, pero cada cierto trecho del camino pasábamos por algunas abandonadas casas derruidas o semi-derruidas. Éstas eran siempre de adobes de barro, aunque algunas estaban –o estuvieron- en mejores condiciones que las otras debido a que mientras unas mostraban sus adobes como enseñando sus entrañas, otras fueron recubiertas por un enlucido de yeso blanco que en su momento debió darles un aspecto bastante más decoroso, pero en los que también alguien aprovechó para colocar frases con pintura roja como: “Den Xiaoping maldito traidor hijo de perra” cerrando la oración con una hoz y el martillo.

El denominador común de aquellas viviendas era que todas sin excepción estaban sin techo, pues es costumbre en esa zona techar con planchas de zinc o calaminas que son muy preciadas, además de caras; motivo por el cual era lo primero que se llevaban los saqueadores de casas abandonadas, aunque otras estuvieron techadas con tejas de barro cocidas artesanalmente, y que aún por esto tampoco se libraron de los amigos de lo ajeno. Puertas y ventanas tampoco quedaban aunque algunas aún conservaban los restos de sus marcos.

Normalmente, cuando pasaba por delante de alguna de ellas y estaban cerca al camino me asomaba para ver si encontraba algo

interesante, pero sólo encontraba maleza y hierba que crecía al abrigo de las paredes, uno o dos muros derruidos y poco más. Por lo general sólo constaban un sólo ambiente que suponía era dormitorio, comedor y cocina. Lo que no llegaba determinar era la época en que fueron abandonadas, qué paso con sus moradores, ni quiénes fueron. No era infrecuente encontrar a alguna cuyos muros estaban ennegrecidos por el fuego.

Yo me preguntaba en cómo carajo habíamos llegado a esta situación. Esto aún sabiendo que estábamos en un país de desconcertadas gentes, capaces de prestar oídos a quienes en vez de trabajo y progreso prometían liderazgos mesiánicos; eso sí, en base a discursos apocalípticos

—Esteban, mira aquí a la derecha del camino está esta pequeña casa y treinta metros más adelante está aquella otra; divide la patrulla en tres grupos: uno que limpie y acondicione la casa pequeña, otro la casa grande y el tercero que prepare la comida aquí en la casa pequeña.

—¿Para dormir nos dividiremos en dos grupos? ¿Uno por casa? —preguntó Esteban.

—No. Dormiremos todos juntos en la casa pequeña.

A los quince minutos ya teníamos al grupo de la cocina como los más entusiastas en su trabajo de preparar la comida, ésta no era muy complicada porque para estos casos cuando salíamos por varios días se solicitaba de la proveeduría los víveres correspondientes al período y hombres, pero cogíamos siempre menos de lo que nos correspondía porque nos limitábamos a tomar aquellos que no pesaran demasiado, que no sean perecederos y que pudiera repartirse entre las mochilas de los hombres: arroz, leche en polvo, azúcar, fideos, harina y algunas latas de atún; con lo anterior tendríamos más que suficiente.

El cocinero de turno decidió que la cena sería arroz con leche, nada más fácil: mezclar agua con el arroz, la leche y el azúcar y moverlos hasta que espesen un punto antes de convertirse en engrudo. Para cocinar siempre llevábamos una cacerola que alguien colgaba de su mochila, esto era fruto de la experiencia porque ya sabíamos que no siempre podíamos contar con una, como en este caso, o la que nos podían ofrecer en el camino eran ollas de barro cocido en las cuales preparar cualquier alimento era cuestión de varias horas de cocción atendiendo a la baja capacidad calórica de madera que utilizábamos de leña: ramitas,

La Guerra de los Tenientes

cortezas, palos o, a veces, lo que quedaba del marco de una puerta.

Felizmente el agua nunca fue problema porque en los andes, aunque no son propiamente dicho un entorno pluvial, siempre encontrabas un río, riachuelo –estos los más comunes-, puquiales u ojos de agua de los que podías coger toda la que fuese necesaria; otra cosa es que fuera apta para el consumo humano. Por ello se seleccionaba aquella que fuese la más cristalina –y entendiéndose por ello la menos turbia- y se hacía hervir un buen rato antes de preparar los alimentos. Así, aunque no llegásemos a matar todos los microorganismos que pudiera contener por lo menos los dejaríamos escaldados.

Al cabo de una hora teníamos todo acondicionado y el rancho estaba listo, procedimos a distribuirlo. La tropa se colocaba en fila delante del ranchero que con una cuchara iba repartiendo a cada uno su ración en la taza o tazón que cada quien llevaba en su mochila, ya que hace mucho que habíamos abandonado las reglamentarias gamelas de aluminio, que no se utilizaban por ser ruidosas además que normalmente eran mucho más grandes que la ración que nos correspondía, dando la sensación que faltaba algo al estómago. Las tazas y tazones eran de todo tipo, normalmente cada uno se la agenciaba como sea o encontraba y la guardaba como un bien personal, así que teníamos de infinidad de colores y formas, casi todos de plástico aunque algunos tenían jarros de hojalata enlozada como aquellas que usan las abuelas en sus menajes o bacines.

Terminado el rancho, todos quedamos satisfechos; asumiendo que la ración era generosa y calmaba cualquier apetito, tanto así que quedó un poco y algunos pudieron “doblar” su ración rascando hasta el último arroz de la cacerola. Mejor para el ranchero, así lavarla le sería más fácil.

–Esteban, que apaguen el fuego que vamos a descansar. Organiza cuatro turnos de guardia por parejas. Las guardias empezarán a las siete y media, dentro de quince minutos.

–Sí mi teniente –y enseguida sacó su libreta organizando a los hombres, normalmente un cabo y un soldado.

A los quince minutos, en medio de la oscuridad, Esteban se acerca y me dice:

–Mi teniente, ya está organizado el servicio nocturno. Solicito permiso para iniciarlo.

—Aún no, Esteban. Ordena que se reúnan todos con su equipo completo y cuando estén listos nos vamos de aquí, nos instalaremos en la casa grande que limpiaron esta tarde. Que nadie encienda linternas, cigarrillos, ni haga ruido.

Si algo había aprendido en este tiempo es que en los andes siempre hay alguien observándote, no importa cuán desolado sea el paisaje o cuán falta de recursos fuera la tierra, siempre había alguien. No podías saber dónde o qué estaba haciendo; las montañas eran demasiado agrestes y altas para identificarlos. Además, siempre encontrarías una montaña o elevación más alta de la que tú te encontrabas; por tanto, si Sendero tuviera algún vigía sabía exactamente dónde estábamos. Por ello, una práctica común y conveniente era cambiar de sitio del cual fuiste por última vez visto, así durante la noche, si hacían disparos de hostigamiento lo harían hacia algún lugar desocupado, mientras tu descansabas y los observabas tranquilamente desde tu nueva posición.

Una vez instalados en nuestra mejor ubicación -la casa grande tenía un suelo de cemento- los que no estábamos de guardia nos tendimos en el suelo usando la mochila como almohada mirando a un cielo sin luna tachonado de estrellas. Felizmente aún estábamos en la parte baja del valle, el frío sería soportable y no había señal de lluvias.

Ya me estaba quedando dormido cuando el sargento Esteban, que estaba a mi lado, me dice:

—Mi teniente, ¿se acuerda de las clases que usted daba de orientación por las estrellas? ¿De cómo orientarse por la cruz del sur y la osa mayor?

—Sí, claro -respondí mecánicamente con los ojos cerrados.

—Pues usted dijo que la mejor manera de orientarse era por las estrellas debido a que estas siempre estaban fijas en el firmamento.

—Ajá.

—Pues tenemos un pequeño problema, mi teniente.

—¿Cuál Esteban? -respondí perdiendo la paciencia porque no me dejaban dormir.

—Pues allá arriba hay una estrella que se está moviendo.

—No todo son estrellas, Esteban. Los que se mueven son los meteoritos y les llaman estrellas fugaces. Y ahora duerme.

—Es que esa que se mueve no es una estrella fugaz y creo que

La Guerra de los Tenientes

viene hacia nosotros.

— ¡Diablos Esteban! Eres un pesado que no me dejas descansar. ¿Cuál es tu dichosa estrella que nos persigue? —dije incorporándome visiblemente ofuscado.

— Es esa de allá arriba, junto al cerro de la izquierda.

Me quedé un momento observando el cielo que, aparte de muchas estrellas, no tenía nada de raro.

— Esteban, estás alucinando, no hay nada allá arriba. Las estrellas no se han movido de su lugar en un millón de años.

— Es que usted no puede tomar una referencia base. Si estuviera tendido en el suelo sin moverse como yo la podría ver.

— Bueno, te seguiré la corriente. Mejor así porque me será más fácil dormir enseguida —dije recostándome sobre mi improvisada cama y ajustando nuevamente la mochila a modo de almohada.

— Mire allá, al cielo de la izquierda, junto al cerro. Un poco más abajo de la parte más alta... hay un grupo de cinco estrellas. ¿Las ve? —preguntó Esteban.

— Sí, ya las veo.

— Pues quédese mirándolas fijamente y dígame lo que observa.

Seguí su recomendación mirando a las estrellas indicadas y cuando menos esperaba la estrella ubicada a la derecha del grupo estaba moviéndose hacia el este, casi imperceptiblemente pero... ¡No había duda que se movía!

Pues esto me rompía todos los esquemas, solicité a Cárdenas que me pasara los prismáticos y me quedé observándola un buen rato. No podía ser un avión debido a que avanzaba muy, pero muy lentamente, casi dos grados de arco por minuto, además los aviones tienen códigos de colores rojos, verdes y blancos y esta era sólo blanca. No, definitivamente no era un avión. Lo único que la diferenciaba de las otras estrellas era su brillo: era muy inconstante, es decir, a veces era muy tenue y otras veces resaltaba más, pero nunca como para sobrepasar a una estrella de brillo medio o un planeta. Además tenía la particularidad de ir siempre en línea recta.

— ¿Vio? Se lo dije, hay una estrella moviéndose allá arriba — insistió Esteban.

— Yo también la veo —dijo la voz de uno de los soldados que estaba recostado-, y yo también —añadió otra.

—Pues tienes razón, allá arriba hay una estrella errante que se está moviendo.

—¿Quiere que avisemos por radio a la comandancia?

—Ni lo sueñes, no llames por radio a nadie.

—¿Por qué no? Ellos también la podrían ver.

—No llames porque nos tildarán de locos, que somos los primeros en avistar cosas raras volando.

—¡Pero usted, yo y los demás lo estamos viendo! ¡Es real!

—No insistas con ello y mejor duerme que mañana nos espera un largo día. Ya mañana hablaremos con el cabo de rancho para que nos diga de dónde sacó el agua para la comida, que lo más probable es que sea una alucinación colectiva —le dije zanjando el tema.

Pues terminada la conversación con Esteban no cerraba el tema, porque yo permanecí allí recostado mirando al cielo y a la misteriosa estrella que se negaba a seguir las leyes de la naturaleza, tardó casi tres cuartos de hora en cruzar el arco de cielo que tenía visible desde mi ubicación y luego desapareció detrás de un cerro que estaba en una posición opuesta a la inicial.

Durante mucho tiempo estuve con la duda de qué era aquello que habíamos observado esa noche. Alguna vez se lo comenté a alguien pero la incredulidad era la respuesta de siempre, aunque a mí me quedaba el consuelo que no había sido el único en verla. Años después del incidente, al comprar una revista de divulgación científica en un kiosco de periódicos, encontré un artículo que hablaba sobre los satélites artificiales y entre otras cosas comentaba que era posible, bajo ciertas condiciones, observarlos a simple vista; ello podría hacerse luego del crepúsculo o antes del amanecer cuando los rayos del sol incidían directamente en ellos mientras que en la superficie de observación era noche. Además daba una última condición que era sólo aplicable a aquellos satélites que estaban muy cerca de la tierra, es decir, que no tuvieran órbitas geoestacionarias y por tanto dieran varias vueltas a la tierra en veinticuatro horas.

Así, sin quererlo aquel día, tuvimos un pequeño disfrute que los habitantes de las ciudades ya perdimos hace mucho: contemplar el cielo de la noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, partimos listos para remontar las montañas cuyas pendientes iniciales ya teníamos a

La Guerra de los Tenientes

nuestros pies, el camino estaba claramente marcado por lo cual no había pierde. El inconveniente era que tenía una pendiente muy pronunciada, para nuestra suerte el día estaba nublado, no nos afectaría el sol y ascendimos lo más que pudimos en el menor tiempo. Cuando ya llevábamos recorrido más de la mitad de la cuesta comenzó a llover, al comienzo unas pocas gotas que fueron poco a poco siendo más nutridas; como no había refugio a la vista nos detuvimos y colocamos los ponchos de lluvia y permanecemos de pie casi una hora en espera que escampe. Finalmente nunca dejó de llover del todo pero como ya sólo eran gotas aisladas continuamos la subida, esta vez sobre un suelo resbaladizo que obligaba que asentáramos las pisadas asegurando la firmeza del mismo. Una hora más tarde, en vez de botas teníamos unos zapatotes de barro que pesaban un kilo más cada uno y que era inútil limpiar ya que se ensuciaban nuevamente. Sin embargo, parecía que avanzábamos relativamente rápido. Antes del medio día ya estábamos en las cumbres y recorríamos unos senderos escarpados bordeando simas profundas, de pronto la lluvia aislada se convirtió en un granizo pequeñito pero persistente -¡lo que nos faltaba!- que por suerte no duró mucho impidiendo que cuajara en el suelo y no enfriándonos gran cosa. Al final del sendero de montaña llegamos a una agrupación de casas, cinco o seis, todas ellas abandonadas, pero que a un lado habían huellas relativamente recientes de neumáticos, lo que indicaba la proximidad de una carretera cuando menos. Sería cuestión de seguir las para alcanzar nuestro objetivo.

Una hora más tarde ya habíamos llegado a la polvorosa carretera que conduce a la capital de la provincia, razón por la cual ocasionalmente veíamos pasar un camión en uno u otro sentido, generalmente eran camiones pequeños para poder maniobrar en aquellos caminos infames de curvas imposibles, cargados al máximo para rentabilizar el viaje.

Luego de una curva nos encontramos con una camioneta pick-up blanca, detenida a un lado de la carretera, donde un par de hombres estaban tratando de cambiar una rueda, uno de los cuales al vernos levantó el brazo y nos dio unos buenos días entusiasta. Como ya caminábamos más de dos horas ordené al sargento Esteban que hiciera alto y que la tropa descansa a ambos lados de la carretera. La curiosidad me ganaba y me acerqué

a la camioneta para observar lo que ocurría.

— Buenos días -me saludó nuevamente con una amplia sonrisa un señor algo subido de peso y quien parecía ser el dueño del vehículo, mientras que el otro más joven sudaba la gota gorda tratando de aflojar las tuercas de la rueda.

— Buenos días, respondí. Parece que ha tenido un problema con su rueda.

— Así es jefe, está perdiendo aire y prefiero cambiarla ahora antes que se baje del todo... Perdone, no me he presentado, me llamo Iván Vilca, para servirlo.

— Es un milagro que los neumáticos soporten estos caminos -comenté-. Cualquiera pensaría que no durarían nada.

— Bueno, de durar... duran algo, nuestra principal preocupación no es el desgaste.

— ¿Entonces?

— Lo que es fatal para los neumáticos son las piedras del camino que tienen bordes afilados o puntas, porque éstas pueden llegar a cortar las bandas laterales de los mismos, y una vez que ocurre esto ya no hay nada que hacer, no hay arreglo posible.

— Ya veo, por eso las protege con esas cubiertas laterales -dije señalando una cubierta colocada entre el neumático y el aro de la llanta, que estaba hecha de las bandas de otro neumático más grande y viejo.

— Exactamente, veo que usted es gran observador -dijo con su permanente sonrisa.

— Algo, y usted... ¿A dónde se dirige?

— Como le decía, me llamo Iván Vilca y soy comerciante. Llevo productos que sean necesarios a los pueblos de la zona, ya ve que aquí hace falta de todo.

Esteban, que estaba a mi lado, miraba con recelo la carga que estaba compuesta de grandes cilindros de plástico azules con tapas negras, con unas pequeñas tapitas que se desenroscaban.

— Muy bien, ¿y qué lleva en esos cilindros? -pregunté mientras que el ayudante dejaba su trabajo y nos quedaba mirando sin decir palabra.

— Llevo alcohol -dijo el dueño sin perder la sonrisa.

— ¿Alcohol?

— Pues claro que sí, mire yo soy comerciante de muchos años y como usted me cae bien le voy a decir el secreto de la vida: lo que se debe hacer es comprar barato para luego vender caro.

La Guerra de los Tenientes

—Perdone, pero no entiendo esto del negocio del alcohol -le respondí mientras que Esteban abría una a una las tapitas de los cilindros como quien no quiere la cosa para ver lo que había en su interior, el ayudante lo seguía con la mirada en silencio. El dueño de la carga también lo vio pero hizo como si no lo hubiera hecho y continuó hablándome.

—Mire, ya habrá notado que en estos pueblos la gente es muy dada a beber, es su único escape a la miserable vida que llevan y ya habrá visto las borracheras que se meten por cualquier motivo: la fiesta del pueblo, el cobro de un jornal o hasta en los entierros de los difuntos.

—La verdad es que sí, pero para beber bastaría ir a la tienda del pueblo y pedir una cerveza o un pisco ¿no?

—Bueno sí, le doy la razón, pero lo que usted dice es válido para gente como usted y yo -comentó en un tono más bajo que me confundió porque no entendía lo que me quería decir.

—¿Entonces? -pregunté, mientras Esteban me miraba y asentía en silencio dándome a entender que la carga efectivamente era lo que decía el dueño.

—Sucede que los moradores de estas tierras son muy pobres y no pueden darse el lujo de comprar cerveza o cualquier otra bebida decente, no al menos como quisieran ellos, es decir, para beber sin parar y hasta quedar inconscientes.

—¡Me está diciendo que les da alcohol puro a esta pobre gente! -exclamé indignado.

—No, no, no... no me ha entendido, además así tampoco habría negocio.

—¿Y qué hace?

—Mire, lo que se hace es combinar el alcohol puro que llevo de la siguiente forma: siete partes de agua con tres de alcohol y así conseguimos alcohol al treinta por ciento, una bebida decente con un grado alcohólico del brandy o un buen coñac, de esos que nos puede gustar a gente como usted o como yo -continuó con una sonrisa cómplice.

—Pues no lo había visto de esa manera. Tampoco sabía que vendieran alcohol al treinta por ciento para beber, suponía que sólo servía para uso medicinal.

—¡Pues se vende como pan caliente! La gente va a las tiendas con su botellita para que se las rellenen con un poco de "gasolina", les encanta y los pone como unas motos, y lo mejor de todo

es que con el “rebajo” del grado alcohólico y las ganancias del transporte gano entre diez y nueve veces lo que invierto comprando alcohol en la costa. ¿No le parece un negocio de lo mejor? –dijo soltando una carcajada que a mí no me hizo gracia en lo absoluto, partiendo de hacer negocio con el vicio de los demás.

Para entonces el pobre ayudante ya había terminado su trabajo y estaba guardando sus herramientas en la camioneta completamente sudado, siempre sin decir palabra. El dueño al ver que ya estaba todo casi listo dijo:

– Bueno, bueno, ya es hora de partir. Me ha encantado charlar un momento con usted después de tantas horas conduciendo por estos caminos llenos de soledad. Tome le invito, coja uno – dijo extendiendo una cajetilla de cigarrillos abierta.

– Son americanos, de los buenos, y para usted también señor sargento –añadió extendiendo la misma cajetilla a Esteban, que también tomó uno.

– Muy amable –dijo Esteban.

– Espero verles otra vez por estos caminos –dijo encendiéndonos los cigarrillos-. Adiós y mucha suerte.

– Adiós caballero.

De un salto el sujeto subió a su camioneta y partió rápidamente dando tumbos por el camino en mal estado, dejando tras de sí una nube de polvo blanco que lo persiguió hasta que lo perdimos de vista.

– Parecía un tipo de lo más simpático –comentó Esteban saboreando su cigarrillo.

– Sí, parecía Esteban, parecía, pero nos ha mentido y no era simpático sino un hijo de su madre el muy cabrón.

– Pero... ¿Por qué dice eso? Es sólo un comerciante como cualquier otro, además no nos mintió, llevaba el alcohol que decía. Yo mismo lo verifiqué.

– No lo decía por lo de comerciante. Mientras hablaba y tú revisabas los contenidos yo miraba de reojo las etiquetas que vienen en los cilindros y efectivamente en los que estaban más al exterior tenían una etiqueta que decía Etanol y las características técnicas, pero en algunos otros estaba arrancada parte de la etiqueta y no se leía el contenido.

– Las etiquetas se rompen con la manipulación de los cilindros, yo los miré uno a uno y en todos ellos había alcohol –

La Guerra de los Tenientes

acclaró Esteban sin llegar a entender lo que pasaba.

– Es cierto lo del alcohol, pero mientras tú te fijabas en el contenido yo miraba la parte de las etiquetas que no estaba “rota” casualmente y en aquellas que decía Etanol había en la parte baja tenía una fórmula, mientras que en las que el nombre no figuraba la fórmula era diferente: CH₃OH.

– Lo siento mi teniente, pero yo de fórmulas no sé nada.

– Lo que había en los otros cilindros también era alcohol, pero de otro tipo: metanol, en otras palabras alcohol industrial.

– ¿Y? –inquirió Esteban que no llegaba a entender la gravedad del asunto.

– Que el alcohol industrial es sumamente tóxico y la gente no puede distinguir entre uno y otro y lo más probable es que los combine ambos para no repartir dosis fatales.

– ¡Que cabronazo! ¡O sea que el tipo ése vende matarratas! ¿Pero por qué haría eso si ya ganaba casi diez veces lo que invertía? –exclamó Esteban.

– La razón es que el alcohol industrial es aún mucho más barato que el etanol, casi tres veces menos. No me extrañaría que ese tipo ganara doce o quince veces lo que invertía.

– Mi teniente, debimos detenerlo, eso no se puede hacer. ¿Cómo lo dejó ir?

– Mira Esteban, ese tipo lo único que hacía era transportar unos cilindros con una carga que no es en ningún caso ilegal. No estaba cometiendo delito alguno. Si lo deteníamos y le reteníamos la carga lo primero que haría sería asentar una denuncia por abuso de autoridad y apropiación de su mercadería, y ya verías el lío en que nos meteríamos.

– Pero luego lo vendería por los pueblos y eso sí es un delito –reclamaba Esteban.

– Sí, pero para ello está la policía, el Ministerio de Salud y los alcaldes que deben velar por la salud de los ciudadanos y no nosotros, que ya estamos metidos en bastantes problemas.

– ¿Y usted cree que controlarán la venta?

– Francamente no, ya vez que si este país está rejodido es porque quienes deberían hacer su trabajo no lo hacen. República peruana... donde cada quién hace lo que le da la gana.

Esteban se quedó pensativo luego de dejar caer la colilla que tenía en la mano y pisarla.

– Hay algo más Esteban –agregué-. Si no es él lo hará otro.

Mientras haya mucha demanda y poca educación este será el pan de cada día. Cambiando de tema, que la tropa se equipe que partimos en cinco minutos, ya hemos perdido bastante tiempo.

—Sí, mi teniente.

Nuestro primer punto de recorrido era el poblado de Condevilla, se llegaba a él por un desvío de la carretera principal, felizmente señalado por un letrero pintado a mano, el primero que encontramos en muchos kilómetros. El camino al pueblo transcurría por una zona con vegetación baja y pequeños bosquecillos de eucaliptos, dando un aspecto bastante amable a la zona. Luego de recorrer un buen tramo del desvío pudimos ver desde lo alto nuestro destino, realmente no era un pueblo, sino una agrupación de casas, entre quince y veinte, más o menos organizadas entorno al camino principal. Pero aparte de ello no había nada que le haga merecedor de la denominación de pueblo. Para llegar había que descender por una ligera pendiente de tierra que bordeaba una ladera con árboles. Los exploradores que estaban por delante se detuvieron y nos hicieron señas apuntando a la parte alta del bosquecillo del cerro.

Al observar vimos que descendía por él un grupo de gente, algo que no es común ver a esa hora del día donde todos trabajan en el campo. Una mirada más detallada nos reveló que entre ellos, los que iban por delante, había gente armada. Esteban como medida de precaución hizo que la mitad de la patrulla se dispersara, pero el grupo de personas seguían bajando yo diría más bien que despacio. En un momento los que iban por delante armados nos hicieron señas, como de saludo, las cuales contestamos con cautela. Vestían uniformes, pero no iban uniformados porque cada uno usaba al cual más diferente: verde claro, verde olivo, verde camuflado, beige, etc. Cuando llegaron al camino vimos que era una comitiva que llevaba en hombros una camilla con alguien o algo envuelto. Uno de los uniformados, más o menos de mi edad se acercó a mí y me saludó:

—Buenos días, soy el alférez Valdivia de la Guardia Civil —dijo enfatizando esto último, a pesar que todos sabíamos que desde hace algunos años que la Guardia Civil del Perú no existía como tal desde que fue unificada con las otras policías.

—Hola, nosotros estamos de recorrido por esta zona. ¿Tu puesto está en el pueblo de Condevilla?

La Guerra de los Tenientes

—No, que va. Nosotros venimos del puesto policial de la capital del distrito y estamos comisionados por el juez para el levantamiento.

—¿Levantamiento? ¿Qué es eso?

—Levantamiento, tú sabes. Levantamiento de cadáver —dijo señalando la camilla improvisada con dos ramas y donde había un cuerpo envuelto en mantas.

—¿Levantamiento de cadáver? ¿Qué ha pasado?

—Es un chica joven, dieciséis o diecisiete años. Una pastora que tenía ovejas en los pastos de las alturas, le han disparado ayer por la tarde y hoy hemos subido a recogerla —mientras hablábamos terminaba de juntarse toda la comitiva, probablemente familiares, la mayor parte mujeres que venían cantando una tonadilla repetitiva en quechua con voz chillona.

—¿Puedo ver? —pregunté por curiosidad, aprovechando que todos se habían detenido a descansar y la camilla estaba en el suelo.

—Claro, como no —dijo el alférez Valdivia acercándose a la camilla y levantando una esquina de la manta, dejándome ver la cara de la chica y una herida de arma de fuego de pequeño calibre en el pecho, a unos diez centímetros debajo la clavícula derecha y que no sangraba, probablemente le había perforado el pulmón. Mientras observábamos las mujeres que entonaban su canción repetitiva no cesaban, todos con los ojos rojos del llanto y mascando hojas de coca.

—¿Y Sendero hizo esto? ¿Por qué lo haría? —pregunté.

—¡Sendero! ¿Estás loco?! ¿Qué va a ser Sendero! —respondió el alférez Valdivia con un gesto entre enojo e ironía— Esto no es Sendero, aquí lo que hay es un vulgar crimen y apuesto a lo que quieras que no tardaremos más de dos días en aclararlo.

—¿Es fácil esto de aclarar crímenes? —pregunté en mi ignorancia.

—Aquí sí. Quien lo haya hecho, y ya tengo tres sospechosos, son torpes. Los mueven los celos, la envidia o las enemistades de familias que ya nadie se acuerda cuándo y cómo empezaron. Vamos, lo normal en estos casos, simple ruindad humana. Pero ya verás, citaré hoy mismo a los sospechosos y lo más probable es que el culpable no quiera venir. Habrá que ir a detenerlo.

—Parece que en esto de crímenes y levantamientos tienes experiencia, quién diría.

—¿Tú sabes cuántos levantamientos de cadáver he realizado este mes? ¡Cuatro! ¡Nada menos que cuatro! Primero un compadre borracho que mató a machetazos a otro porque en sus alucinaciones estaba seguro que su mujer le ponía cuernos, uno que se ahorcó no sé porqué, otra que se tomó el veneno de plaguicidas porque el novio se iba con la vecina que tenía un puesto de cebollas en el mercado y ahora esto. Esta gente se mata por quítame esta paja —dijo como quién estaba harto de batallar con lo mismo.

Terminada la charla y el descanso, nos despedimos pero al levantar la camilla para seguir con el traslado, la gente que los acompañaba, las mujeres y los familiares se agitaron y comenzaron a levantar la voz. No entendía lo que decían pero empezaron las discusiones con la policía y parecía una especie de rebelión o motín. Nosotros estábamos al margen pero observábamos en calidad de testigos. Uno de los soldados de la patrulla y que hablaba quechua me dijo que los familiares, ahora que ya habían llegado al camino, no querían que trasladasen el cuerpo de la chica con la policía a la ciudad para su certificación forense.

—¿Y por qué no quieren? ¿Alguna tradición?

—No. Piensan que si se lo llevan a la morgue, luego para poder retirarla tendrán que pagar y no tienen dinero. Por eso no quieren, a pesar que la policía les asegura que no hay que pagar nada.

Lo que contemplábamos era otra de las causas del atraso endémico que sufría la zona y así medio país: ausencia de Estado, por la sencilla razón que la población desconfiaba de él. No era para menos, no recibían nada a cambio y normalmente les complicaba la vida con trámites imposibles que siempre acababan con el pago de alguna tasa; no era nuevo, se lo venimos haciendo con perversa puntualidad desde hace cuatrocientos años. No era este el caso, pero la desconfianza de los familiares era comprensible.

Finalmente la discusión terminó y los policías sólo pudieron continuar con su trabajo cuando redactaron un escrito en que aseguraban a la población que no sería necesario el pago de ninguna clase para recoger a su familiar, claro que el documento tuvo que ser firmado por el alférez Valdivia y dos policías más para certificar su autenticidad. Así es esta gente.

La Guerra de los Tenientes

La marcha de la comitiva seguida por los familiares se reanudó, con las mujeres cantando su repetitiva canción, aproveché para preguntarle a soldado que sabía quechua sobre el significado de la misma.

—¿Sabes qué es lo que dicen en su canción?

—Dicen algo así como que por más que lloren, por más que griten ella ya no volverá.

Al tercer día llegamos al pueblo de Chacras. Según indicaciones recibidas el día anterior debería permanecer en él hasta nueva orden. No conocía el motivo, pero para ser precavidos traté de organizar a la patrulla de manera que el tiempo que pasaríamos en aquel lugar sea lo más descansado posible.

Como llegamos a media tarde no había ni un alma en las calles. Era lo normal en aquellos lugares donde la gente se dedica al campo; utilizan el horario de la granja: se levantan al amanecer, trabajan todo el día fuera y luego se van a dormir cuando cae el sol. Por tanto, además de alguna mujer que estaba secando lúcumas en la puerta de su casa no había nadie a quien pedir referencias, así que temporalmente ordené que la tropa descansara en una esquina de la plaza. Una señora se ofreció a prestarnos su estufa de hierro para que podamos preparar nuestra comida, a cambio de que le cortásemos la leña; naturalmente aceptamos y el resto de la tarde nos la pasamos en ello.

Mientras se preparaba la comida quise dar un paseo para conocer el pueblo, no iba a tomarme mucho tiempo, era pequeño. Salimos con el sargento Esteban y recorrimos sus calles, mejor dicho la plaza y las calles que desembocaban en ella. Llamaba la atención que estaba correctamente “urbanizado”, es decir, calles rectas, casas alineadas, una plaza pequeña con veredas que la cruzaban, hasta se podía decir que era bonita. Contrastaba notablemente con la gran mayoría de los pueblos pequeños de la sierra, donde el orden y la planificación no son precisamente lo más rescatable; siendo por el contrario, la desidia y la improvisación. Daba curiosidad observar que en los muros de las esquinas de las calles habían colocado los nombres de las mismas, generalmente eran de Departamentos; todos los carteles iguales: letras blancas y fondo azul. A todas luces se veía que los pobladores que lo hicieron fueron gente educada y con mucho sentido del civismo, digo fueron debido a que todas estos detalles no tenían el aspecto de ser recientes.

A un lado de la plaza estaba lo que parecía ser una casa de dos plantas que había sido quemada, la fachada se encontraba en buenas condiciones y aún conservaba el techo de tejas de arcilla, pero una columna de tizne negro se elevaba por encima de los vanos de las ventanas y puerta. Por dentro estaba totalmente quemada, con las paredes negras y trozos de carbón por el suelo de lo que alguna vez fueron muebles. Era, o fue, el local municipal; lo que había ocurrido y su historia había sido la misma que muchísimas municipalidades del interior del país, no necesitaban contármelo.

Al frente, justo al otro lado de la plaza había otro edificio de dos plantas, ligeramente más alto, que estaba abandonado y sin techo. Nos acercamos y una señora ocupándose con el cardado manual de lana en la puerta de su casa nos dijo que era el local de la comisaría de la Guardia Civil. Intrigados entramos, a diferencia de la municipalidad éste no estaba quemado sino derruido. Caminamos por entre los escombros y en las paredes quedaban aún pinturas con el escudo de la Guardia Civil, además de himnos y decálogos realizados con pintura esmalte. En la segunda planta estaba lo que parecía habían sido los dormitorios de los guardias, donde se encontraban escritas en las paredes con bolígrafo oraciones a la virgen, frases en alusión a la Guardia Civil y poemas diversos. Recuerdo uno que hacía referencia a la guerra de 1941 contra el Ecuador. Por lo demás no existía nada rescatable entre aquellas ruinas. Luego me enteré que la comisaría había sido abandonada cuatro años antes debido a que sólo contaba con seis guardias, a los cuales les sería imposible repeler cualquier ataque. Al mes de ser abandonada llegaron gentes extrañas de fuera y luego de reunir a la mayoría del pueblo en la plaza para dar vivas a la lucha armada colocaron explosivos en la comisaría, la volaron y se fueron. Lo de la quema de la municipalidad fue después, en otra ocasión, con motivo de unas elecciones presidenciales, según me contaron.

Poco después de las seis de la tarde comenzaron a llegar los pobladores del campo, algunos con animales. Entre ellos llegó el alcalde del pueblo acompañado del agente municipal que nos dieron la bienvenida y se disculparon por no haber estado presentes cuando llegamos. Lo primero que le pedí era un lugar para descansar, ya habíamos descartado el local municipal y la

La Guerra de los Tenientes

antigua comisaría.

Pues el alcalde me contestó que la escuela no podía utilizarse porque aunque sólo era de educación primaria, estaban funcionando las clases como tal en sus dos aulas. Sólo quedaba la opción de usar la casa de algún particular que no estuviera viviendo en el pueblo y que haya dejado su casa sólo con llave. Esta última propuesta no me gustaba debido a que implicaba ingresar a la propiedad de particulares y prefería evitar problemas, así que luego de insistir al alcalde me dijo que tenían una posta médica, pero estaba cerrada con una puerta de metal y la llave la tenía el sanitario que estaba de vacaciones. También estaba el local anexo a la escuela que era para pre-escolar y que no se usaba porque la profesora se fue hace cuatro meses a cobrar su sueldo a la capital del departamento y aún no volvía. Me ofreció el local con la condición de que los muebles los trasladáramos al almacén para evitar que se deterioren. Como el cielo amenazaba con llover aceptamos y a los veinte minutos llegaba el agente municipal con un llavero metálico que era un aro enorme de metal donde colgaba un manojo de llaves de todo tipo, inclusive unas antiguas de bronce de casi quince centímetros y que supuse serían de los cinturones de castidad de las abuelas de cuando sus años mozos.

Para cuando cayó la noche ya estábamos instalados todos, la tropa había montado improvisadas camas en el suelo, mientras que en las paredes teníamos dibujos del pato Donald, además del recordatorio del abecedario. En el patio interior se instaló la estufa prestada para cocinar y se establecieron turnos de guardia nocturnos a partir de las seis de la tarde ya que no contábamos con luz eléctrica permanente, aunque afuera estuvieran instalados los postes habilitados para tal fin, pero el generador principal estaba malogrado desde hace años. Poco después llegaron nuevamente el alcalde, agente municipal y dos personas más cargando unos bultos; al preguntarle qué era, me dijo que había recolectado mantas en el pueblo a razón de una por casa para prestárnoslas y que nos agradecería que cuando nos fuésemos las dejáramos al agente municipal.

Al día siguiente seguíamos a la espera de órdenes, por tanto tampoco había mucho que hacer aparte de preparar la comida y descansar. Ese mismo día, por la tarde, me avisa el centinela que había llegado una camioneta y se había detenido en la plaza,

una persona bajó de ella y fue hasta la antigua comisaría, luego de hablar con la gente que encontró en la calle se volvió hacia donde estábamos.

El centinela de guardia me avisó que ese señor había venido a asentar una denuncia. Le dije que le informara que eso se hace ante la policía, pero el hombre insistió en hablar conmigo porque decía que éramos lo más parecido a la policía que había en aquel lugar.

Ofuscado por tanta insistencia salí a hablar con él; era un hombre mayor, de cuarenta y tantos años diría yo, sin haberse rasurado un par de días y con una cara de no haber dormido bien desde hace ya buen tiempo. No se me antojaba al habitual picapleitos que iba a la policía para asentar una denuncia a su vecino porque una vaca se metió en su terreno.

— Buenas tardes. ¿En qué puedo servirlo?

— Buenas tardes, señor. Mire estoy recorriendo los puestos de policía para comunicar la desaparición de mi hija.

— Mire señor, esto no es la policía. La denuncia se hace en la comisaría correspondiente.

— No señor, eso ya lo hice. Lo que yo hago es buscar a mi hija y estoy recorriendo los puestos de policía y bases militares dejando información sobre ella para que puedan avisarme cuando la encuentren —dijo en un tono de súplica que no encajaba con el típico padre al que su hija se le ha escapado hace un par de días con el novio de turno.

— ¿Y dónde ha desaparecido su hija?

— Aquí tengo todos los datos, señor —dijo abriendo con nerviosismo una carpeta de cartón y entregándome una fotocopia.

Cogí el papel para ver lo que estaba escrito; en él había una fotocopia ampliada de la cara de una chica joven y en la parte inferior estaban sus datos personales y los datos de contacto de la familia. En él decía que había desaparecido el año pasado en el departamento de San Martín, y se prometía que se daría una buena gratificación a quien pudiera dar alguna información que de cuenta de su paradero, concretamente ofrecían mil dólares. El sargento Esteban que había estado leyendo el papel sobre mi hombro murmuró: ¡Eso está a casi mil kilómetros!

Efectivamente la desaparición de su hija había sido hace ya buen tiempo y bastante lejos de donde estábamos. Definitivamente algo no encajaba en lo que nos decía. ¿Qué tenía que ver

La Guerra de los Tenientes

el suceso de su hija, que fue en la selva norte, con nosotros? Nada, a mi modo de ver. Sin embargo el pobre hombre tenía cara de todo menos de querer hacernos una broma o un embuste, simplemente se quedó mirándonos en espera que le digamos algo.

—Perdóneme, señor -insistí-. No entiendo esto. ¿Qué tiene que ver lo de su hija con nosotros?

—Le explicaré lo que ha pasado, señor. Yo soy del departamento de San Martín, soy comerciante y viajo mucho. Hace ya un año y medio un grupo de hombres armados entró en mi pueblo, que está a unos kilómetros de la capital del departamento, y reunió a la gente del pueblo, estuvieron varias horas hablándoles sobre la revolución y luego se fueron llevándose a cuatro jóvenes, entre ellos mi hija que tenía veinte años.

—¿Y por qué o para qué se los llevaron?

—No lo sabemos.

—¿Entonces?

—Avisamos a la policía en cuanto lo supimos, pero no pudieron averiguar nada. Fueron pasando los días y semanas, no había noticias de ella. Mi mujer y yo nos desesperamos y concluimos que sería mejor buscarla por nuestra cuenta. Fuimos a las comisarías de policía y a las bases militares más cercanas con su foto para que nos digan si la habían visto.

—¿Pero nadie supo que le había pasado?

—No. La policía lo único que creía era que había sido Sendero debido a que en esa margen del río no entra Tupac Amaru, el otro grupo. Como no aparecía pensamos que en algún momento la policía o el ejército podía llegar a saber de ella, o se escapara, o que apareciera en otra ciudad, o ... -ya no dijo nada más.

—Está bien, ¿pero qué hace buscándola por estos lares?

—Es que primero fuimos a todas las bases militares y policiales de la zona, sin resultados. Luego fuimos a las de los departamentos limítrofes y así sucesivamente, hasta llegar aquí.

—Perdóneme pero... ¡Me está diciendo que usted se ha visitado todas las bases policiales y militares de medio país repartiéndole las fotos de su hija!

—Sí señor. Ya le dije y nadie me da razón -y me mostró un desvencijado mapa cuyas hojas se salían de tanto doblarlo y desdoblarlo, con cientos de cruces marcadas representando todos los sitios ya visitados.

—¿Y desde cuándo hace esto?

—Desde hace seis meses, no trabajo desde entonces —dijo agachando la cabeza como derrotado. Mi mujer está a cargo de los negocios y me envía dinero para los gastos mientras yo vuelvo con nuestra hija.

La verdad es que la historia del pobre hombre me había dejado sin palabras, jamás hasta hoy había escuchado algo así. Aunque supongo que cualquier padre se desesperaría al descubrir que su hija ha desaparecido, pero lo que hacía el hombre que tenía al frente era algo imposible si alguien lo contaba. Y sin embargo él estaba allí, delante nuestro, con su carpeta llena de fotocopias.

De mi experiencia podría decirle que francamente dudaba que después de todo el tiempo transcurrido desde el secuestro por Sendero pudiera volver a su hija, o que al menos ella estuviera viva. Claro que si se lo decía me convertiría en el cabrón más grande que hubiera existido sobre la tierra. No me gustaría jamás haber estado en los zapatos del pobre hombre. Así que tomé el fajo de fotocopias que tenía en sus manos y le dije:

—Descuide señor. Si llegamos a saber algo le comunicaremos.

—Gracias —dijo el hombre sin mucho entusiasmo.

—Y de aquí... ¿A dónde se dirigirá?

—Cuando termine con el departamento seguiré al sur hasta llegar al departamento de Puno —dijo mientras se daba vuelta y se caminaba hacia su empolvada camioneta.

—¡Hasta la frontera sur! —murmuró Esteban, mientras yo doblaba las hojas por la mitad y las guardaba en mi mochila.

—¿Qué va a hacer con esas hojas? Mi teniente —preguntó Esteban.

—Nada, ¿qué podemos hacer? —respondí levantando los hombros—. Cuando lleguemos a la base del batallón se lo entregaremos al oficial de inteligencia, es todo cuanto está a nuestro alcance.

Luego de estar dos días más en el pueblo a la espera de unas instrucciones que no llegaban, ordené al operador de radio que para la comunicación de la tarde me pusiera en contacto con el oficial de operaciones, que necesitaba hablar con él. A la hora acordada el operador no me decía nada, y ya habían pasado más de quince minutos de la hora del parte, por lo que le mandé a preguntar si el oficial de operaciones no estaría disponible; al

La Guerra de los Tenientes

rato se aparece el sargento Esteban:

– Mi teniente, tenemos un problema con la radio.

– ¿Qué ha pasado?

– No funciona.

– ¿Cómo que no funciona? Si esta mañana hemos transmitido el parte.

– Si, pero que dice el operador que no funciona.

Me levanté y fui hasta donde habíamos instalado la radio. Estaba el operador escudriñándola y dos más que hacían de curiosos.

– ¿Qué pasa con la radio?

– No funciona, mi teniente.

– Eso ya me lo dijeron. ¿Qué es lo que sucede?

– Mire usted –me dijo mientras yo me acercaba a la radio y podía ver que estaba encendida por los leds de frecuencia. Cogí el dial de volumen, lo aumenté y giré los selectores de frecuencia. Mientras los giraba se podía escuchar en el pequeño auricular el cambio de frecuencia.

– Yo veo que funciona y está todo bien. No entiendo cuál es el problema.

– Pruebe a hablar por el micrófono.

Comencé a hablar por el mismo, pero mirando los marcadores de potencia observé que no se movían, la radio no estaba transmitiendo. Algo no estaba bien, las radios que teníamos eran AM Thomson, muy buenos y resistentes considerando el trato vil que recibía de la tropa, sin embargo ya habíamos visto anteriormente que tenían un único punto débil: el combinado. A diferencia de otras radios donde uno habla por un micrófono y escucha por un parlante fijo a la carcasa de la radio, en este modelo tanto el micrófono como el auricular se encontraban todos en una sola pieza con forma de teléfono llamado combinado microtelefónico el cual, a su vez, estaba conectado por un grueso cable de caucho forrado en malla metálica a la radio. Al parecer el punto débil era la conexión de este cable con el combinado que era la parte que más estaba afectada por los movimientos; todo indicaba que uno de los conectores se había roto o desconectado deshabilitando el micrófono. Ahora podíamos escuchar pero no ser escuchados. Mientras revisábamos la radio escuchábamos los partes de otras patrullas a la estación de radio de la base del batallón, pero por más que quisimos

hacernos oír nadie nos podía captar. Era inútil.

Y ahora... ¿qué haría yo con mi patrulla en este pueblo? No nos transmitirían las órdenes porque pensarían que no estábamos al aire. Podíamos estar así una semana más, que eran los días para los que teníamos la lista de frecuencias de transmisión que variaban diariamente, pero luego ni escuchar podríamos. Como alternativa de urgencia existía un método para transmitir que había oído hablar antes pero que nunca había probado por lo engorroso que podía ser y porque pensaba que podía estropear la radio, era el siguiente: como todo equipo electrónico la radio disponía de un cable de toma a tierra para protegerlo de descargas electrostáticas, si el extremo de este alambre lo hacíamos tocar ligeramente con la base de la antena de la radio saltaba una pequeña chispa azul que hacía que en la transmisión se generara un fuerte golpe de ruido que se escuchaba en las frecuencias de trabajo. Si utilizábamos este método seríamos capaces de comunicarnos en clave Morse con el batallón. El problema era que yo no conocía la clave Morse, una vez nos la mostraron en la Escuela Militar pero nos dijeron que no la aprendiéramos, no sería necesario porque íbamos a ser los nuevos soldados del siglo veintiuno, claro que se les olvidó decir: soldados del siglo veintiuno pero en guerras de la edad de piedra.

Afortunadamente el suboficial responsable de las radios había hecho coser en las mochilas que servían para portar las radios un conjunto de procedimientos de operación. Estos procedimientos, que incluían un resumen Morse, estaban fotocopiados y forrados en plástico. El operador de radio me lo hizo saber y parecía que estábamos con medio problema resuelto.

—¿Y qué les decimos?—preguntó el operador.

—Primero debemos hacerles saber que somos nosotros.

Esto último ya sería más difícil. Hace años que nadie usaba Morse y el operador de radio del batallón, el cabo Canessa, tenía todas las cartas de no saber quién era ese señor. La historia de Canessa era curiosa: decía -porque eso es lo que dijo- que llegó a ser el operador de radio del batallón de carambola cuando alguien se enteró o creyó enterarse que era un estudiante de electrónica. Lo cierto es que el pobre no había estudiado nada, sucedió que quería estudiar electrónica en la universidad, se preparó arduamente durante todo un verano y por fin llegó el

La Guerra de los Tenientes

gran día, se levantó muy temprano desayunó café y galletas para estar bien despierto en su examen y se despidió de su abuelita. Tomó el autobús que lo llevaría a la universidad pero a medio camino éste se detuvo ante un control policial. A los minutos subió un policía con casco de antidisturbios solicitando la documentación de los pasajeros. A todos los que tenían más o menos su edad y no tenían la libreta de Servicio Militar actualizada les ordenaba bajar mientras que otros policías los agrupaban a un lado del autobús. No cabía duda, pensó Canessa, era una leva. Seguramente no se habían completado los cupos de nuevos conscriptos y se había ordenado a la policía que haga una batida para detectar todos aquellos omisos al servicio militar y de paso seleccionar buenos candidatos. Esto se ponía feo y lo mejor sería desaparecer antes que los policías reaccionasen, así que Canessa poco a poco comenzó a retroceder como para que pudiese escabullirse en el desorden y arrancar corriendo. Pero antes de que pudiera alejarse sintió una mano que le cogía por el pescuezo hasta casi sin dejarlo sin respiración.

—¿No pensarás escapar? -dijo un policía que lo había retenido.

—No, no señor. Mire... este... yo... ¿sabe?... la universidad... examen -decía mientras buscaba en sus bolsillos en papel que le daba la constancia que el examen era ese día, pero no lo encontraba por ningún lado. ¡Se le había caído!

—¡Pero desgraciado! ¡¿Qué es más importante: la patria o esa mierda de universidad?!... ¡Respóndeme!!

Canessa quería ser sincero en lo que pensaba, pero que quien preguntaba era un policía de casi dos metros con cara de gorila amargado blandiendo una enorme vara a la altura de su nariz

—Estee... ¿La patria, señor?... ¿No? -respondió tartamudeando.

—¡Muy bien hijo! Ahora sube a ese camión y verás como todo saldrá bien.

Canessa subió al camión preocupado. ¿Cómo era posible haber perdido su constancia de examen? Todo esto no era más que un error, una terrible confusión. Él no debería estar aquí. Cuando llegaran a la comisaría de policía pediría un teléfono, llamaría a casa y le diría a su abuelita le traiga la constancia olvidada. Sí, eso haría.

El camión partió seguido por otros dos camiones repletos de muchachos de su edad, algunos de procedencias inauditas: a su lado había uno que lo cogieron cuando estaba trabajando reparando periódicos, también había un vago, dos futbolistas con calcetines rojiblancos que tenían campeonato ese día y tres amigos vestidos con ropa de fiesta que venían de celebrar el cumpleaños de uno, específicamente el del centro que aún seguía inconsciente por el alcohol de la juerga y que cuando despertara se enteraría que desde hace horas había sido reclutado como defensor de la patria ante las hordas maoístas. Seguro que jamás olvidaría su dieciocho cumpleaños, el día en que se convirtió en un ciudadano en toda regla.

Los camiones escoltados por autos de la policía seguían su recorrido a toda velocidad, no deteniéndose en ninguna comisaría cercana que Canessa conociera. Un rumor entre los viajeros del camión decía que irían a un hospital para el examen médico, otros decían que los llevaban a un cuartel para distribuirlos. Pero los camiones seguían su ruta atravesando toda la ciudad. Finalmente estaban llegando al Callao. ¡Qué bien! -pensó Canessa-, irían a la fortaleza del Real Felipe. Desde allí llamaría a su casa. Pero para su decepción los camiones pasaban de largo y continuaban su ruta. Al rato observan que estaban junto al aeropuerto y los camiones ingresaban a él por la puerta de servicio sur, enrumbando a un extremo de la pista de aterrizaje, donde esperaban dos enormes aviones pintados de verde y en cuyo lugar ya estaban otros tres camiones cargados de gente como él. ¡Ya sé, nos llevan al aeropuerto porque vamos a servir en la Fuerza Aérea!

¿Fuerza Aérea? -recordó Canessa-, por lo menos eso sería infinitamente mejor que el Ejército. Los camiones se estacionaron dando espaldas a las colas de los aviones las cuales estaban abiertas y de donde descendían unas rampas.

— ¡A bajar de los camiones! -gritaban los policías.

— ¡Camiones uno, dos y tres en el primer avión!

— ¡Camiones cuatro, cinco y seis al segundo avión!

En menos de dos minutos toda la gente de los tres camiones ya estaba dentro del avión. Canessa observó que no había asientos, parecía un avión de carga porque había unos neumáticos estibados. Un tripulante vestido con un mono u overol verde claro y orejeras naranja gritaba que se sentaran en el suelo mien-

La Guerra de los Tenientes

tras apretaba un botón que hacía que la rampa se elevase y cierre. No había terminado de cerrarse cuando las cuatro hélices arrancaron llenado el ambiente con un ruido ensordecedor que no permitía hablar con quien estaba a su lado.

Canessa seguía preocupado por conseguir la manera de llamar a casa, cuando llegara a donde iban, tal vez un teléfono público serviría. Buscó en los bolsillos de su pantalón para cerciorarse que por lo menos tuviera unas monedas pero en vez de ello encontró un pequeño papel doblado, al sacarlo vio que era su constancia de examen. ¡Hurra! Ya estaba solucionado todo. Se dirigió hasta el tripulante con las orejeras naranja gritándole que ya tenía su constancia, que tenía que dar su examen, que podía quedarse. Pero el tripulante no escuchaba nada por el ruido de los motores y le señalaba el suelo mientras se cogía con fuerza de un cable de acero. Canessa no sabía lo que quería decirle el tripulante, no lo sabía hasta que un tirón que lo hizo rodar sobre los demás le dijo que el avión había tomado pista, a los minutos se encontraba volando hacia un destino desconocido. Al rato algunos de los pasajeros se apiñaban en las pequeñas ventanillas, pero sólo se veían enormes montañas, algunas de las cuales tenían nieve. Definitivamente iba lejos de casa.

Al cabo de una hora sintió que el avión empezaba a descender, a los minutos ya había tomado pista, la cual recorrió en toda su longitud deteniéndose al final de la misma, razón por la cual no llegaron a ver la torre de control y no se enteraban del lugar al cual habían llegado. Cuando descendieron ya les esperaban ocho camiones militares estacionados, cada uno con dos soldados armados con fusiles. Alguien, que parecía ser el que mandaba ordenó que subieran a los camiones a razón de quince por cada uno. También a los del otro avión que llegó inmediatamente después del suyo.

—Señor, señor... ¿A cuál camión debo subir? —preguntó Canessa al que gritaba que suban los camiones.

—¡A cualquiera! ¡Sube a cualquiera! ¡De preferencia al que te de más rabia!

Cuando subieron a los camiones todos se preguntaban del lugar en que estaban, unos decían que estaban en Junín o Pasco, otros en el Cuzco. Al final le preguntaron a uno de los soldados que estaban en el camión y este les dijo que estaban en Ayacucho. ¡No podía ser! —decían unos— ¡De todos los lugares a los

que podían haber ido les había tocado al más jodido!

Partieron los ocho camiones, pero al camión de Canessa sólo lo siguió otro. Al parecer los distribuirían a lugares diferentes; más adelante los dos camiones se unieron a otros tres que llevaban víveres y uniformes. Según se enteró Canessa los cinco camiones conformaban un convoy que los llevarían hasta su batallón que estaba a tres horas de camino, y había pocos soldados en ellos porque esos mismos camiones habían servido para llevar a la tropa que había terminado su Servicio Militar y regresarían en los aviones que trajeron a Canessa y sus compañeros de viaje.

Cuando ya habían pasado casi dos horas por una carretera de tierra los camiones se detuvieron ante la entrada de una profunda garganta en forma de U con un puente de madera en su extremo.

Según decía la tropa, este era un lugar peligroso, el año pasado dos veces habían emboscado a los convoyes en ese sitio, además que habían quemado el puente.

El procedimiento normal hubiera sido enviar un grupo de exploradores y hacer una inspección de la parte alta para asegurarse que no había peligro alguno, pero el capitán que estaba al mando del convoy dijo que no podía ser, habían perdido demasiado tiempo esperando a los aviones con los reemplazos, si hacían eso no llegarían con la luz del día y eso sería peor. Prefería correr el riesgo: la quebrada y el puente lo cruzarían uno a uno los camiones a toda la velocidad. Los camiones que aún no habían pasado y los que ya lo habían hecho darían protección a la distancia al que estuviera atravesando el puente.

La poca tropa que había en los camiones armó los fusiles y se colocaron detrás de la barandilla, listos para disparar. Uno de los soldados de su camión abrió una caja metálica y comenzó a repartir granadas de mano entre Canessa y los pasajeros, entre los cuales estaba el del cumpleaños que tenía una cara como si pensara en cómo carajo tenía una granada en la mano si lo último que recordaba era estar brindando con sus dos mejores amigos.

—¡Observar! ¡Si pasa algo retiran la anilla así y luego las arrojan! ¡¿Entendido?! -fue la breve y única instrucción de uso, y el camión cruzó el puente a toda velocidad como alma que lleva el diablo. Felizmente no pasó nada.

La Guerra de los Tenientes

Finalmente llegaron al batallón muy entrada la tarde. Éste estaba ubicado en las afueras de la ciudad, en una amplia ladera de un cerro con pendiente suave, descendieron de los camiones y fueron organizados en tres grupos: a unos se les tomaba datos, a otros se les cortaba el pelo y al tercero se les entregaban uniformes. Canessa estaba entre los primeros, al cual le llegó su turno:

— ¡Nombre!

— Buenaventura Canessa, señor.

— ¡Profesión!

Esta era la oportunidad de Canessa para arreglar este lío, así que sacó del bolsillo la constancia del examen que debería haber dado esa mañana en la universidad. Se la mostró al que le tomaba los datos, explicándole todo lo que le había sucedido ese día: la policía, los aviones y hasta lo del paso del puente. Sin embargo parecían no oírle y quien registraba los datos personales después de leer la constancia se limitó a asentar en la libreta: “Estudiante de electrónica”.

Y esa fue la historia de Canessa, nadie escuchó su problema ni mucho menos prestaron atención a su constancia. No pudo hacer absolutamente nada para evitar su fase de entrenamiento que duró dos meses, al terminar el mismo alguien revisó su historial y en vista que era un especialista en electrónica —ya no lo consideraban estudiante—, fue nombrado para un cursillo de operadores de radio y en virtud de su amplio currículo le asignaron la más importante: la estación de radio del batallón. Recién ahora, después de dos meses, tuvo libertad para hacer la tan ansiada llamada telefónica, y así lo hizo. Nuevamente pudo conversar con su abuelita:

— ¡Hola hijito! ¡¿Qué tal te va en la universidad?! —decía la despistada abuela que pensaría que la universidad sería como un internado. Sin darse cuenta que el nieto sólo había ido aquella mañana a dar un examen de un par de horas nada más.

— ¡No abuela! ¡No estoy en la universidad! ¡Estoy en el ejército desde hace dos meses!

— ¿El ejército? Yo pensaba que tú querías ir a la universidad. Mira que tonta soy.

— ¡No, no abuela! Me han reclutado, necesito que hagas lo imposible para sacarme de aq...

— ¡Huy que bien hijito! —añadía la cándida abuela— ¿Sabías

que tu difunto abuelito Gumersindo también fue soldado?

– ¡¿El abuelo fue soldado, abuela?!

– Sí hijito, hace mucho tiempo; fue cuando la guerra con el Ecuador. Recuerdo que una vez casi lo matan. Tu abuelo era tan pero tan noble –decía la abuela para dar ánimos a Canessa, quien para entonces ya estaba desmoronado moralmente.

– No olvides decirle al capitán o al que mande en el cuartel que te alimente bien. Que te gustan las lentejas con tocino.

– Si abuela, no te preocupes, se lo diré –contestó resignado Canessa a cumplir íntegro su servicio militar.

La historia de Canessa no acabó aquí. Si bien era cierto que no corría los mismos riesgos que la tropa que estaba en el campo, tampoco le iba mejor ya que como nunca estaba en las listas el Sargento Semana ya le tenía ojeriza, cada vez que le tocaba corte de cabello el sargento le decía al peluquero: “Déjelo de tal manera que pueda verle hasta las ideas”. Además, como estaba metido día y noche en la estación de radio no veía la luz del sol y hasta tenía su cama debajo de la mesa de las baterías. Ya sabemos: las comunicaciones no podían interrumpirse.

El buen Canessa era inconfundible: flaco, pálido, ojeroso y sin un pelo en la cabeza. Si a este tipo le poníamos un pijama a rayas era un auténtico prisionero de un campo de concentración nazi. Pero pese a su currículum de eximio tecnócrata cada vez que alguien tenía un problema con la radio y trataba de comunicarse con el batallón Canessa era el menos indicado para solucionarle los problemas. Concretamente a mí ya me había colmado más de una vez confundiendo las frecuencias de radio y no respetando la prioridad de las transmisiones. Una vez se lo hice saber pero ponía toda clase de excusas, cada cuál más peregrina, creo que sinceras. En otra ocasión le pregunté por una herida cicatrizada que tenía en la cabeza, me respondió que se la hizo de pequeño cuando rodó por las escaleras de su casa con andador y todo. Yo siempre fui un convencido que le habían hecho una lobotomía en secreto. Pero él vivía siempre allí en su estación de radio: trabajaba, dormía y comía, y hasta hubiera hecho sus necesidades si no estuviera el baño a dos pasos. Entrar en el pequeño cuarto de las radios era inquietante, estaban encendidas las tres radios: una FM para las bases del oeste, una AM para las bases de Este y una tercera AM para las comunicaciones con la división. Además estaba el Telex que cada vez que transmitía o

La Guerra de los Tenientes

recibía lo hacía con un ruidoso tac tac toc tac toc... Si a todo esto le sumábamos la radio de mano de Canessa que también escuchaba música, tecnocumbia normalmente, teníamos que el pobre vivía en una cacofonía permanente.

—¿Y si transmitimos un SOS en Morse? Usted sabe: tres puntos, tres rayas, tres puntos –sugirió el operador de radio de la patrulla.

—Ni lo pienses. Con eso lo único que conseguiremos es llamar la atención de medio mundo, y somos una patrulla militar –le respondí mientras escuchábamos los partes de las demás patrullas y bases.

—Entonces hagamos un CQ mientras otros transmiten, así sabrán que queremos transmitir –esta idea ya me parecía mejor.

—Bien, transmite un CQ –le dije mientras que el operador repasaba los códigos de la C y la Q con el extremo del cable de tierra en la mano. Y así lo hizo, pero la falta de experiencia hizo que fuera algo ininteligible hasta para nosotros mismos.

El operador volvió a intentar, pero nada. Las transmisiones seguían su curso, así que le dije que continuara intentándolo una y otra vez hasta que nos escucharan. Recién al octavo intento el operador de una base cercana a la selva se dio cuenta de nuestra intención y se lo hizo saber a Canessa.

—PC parece que alguien trata de hacer un CQ. Cambio.

—¿Sabes quién es? Cambio.

—No, pero lo ha intentado varias veces. Cambio.

—Adelante con el CQ. Cambio –solicitaba Canessa, mientras nosotros pensábamos qué decirles porque con Morse sería muy difícil, si no inviable, enviar una frase larga.

—Hazle un QRJ de equipo malogrado –le dije al operador que mirando su hoja de Morse vio que no eran letras fáciles. Al final transmitió sólo un RJ varias veces, omitiendo la Q.

—Adelante con el CQ. Cambio –repetía Canessa sin enterarse de nuestra transmisión.

—PC están transmitiendo un QRJ, su radio está estropeada. Cambio –aclaraba el operador de la selva

—Estación con QRJ, identifíquese. Cambio –dijo Canessa.

Nosotros no sabíamos que decirle, identificarnos sería: somos la patrulla X que salió el día Y al mando del teniente Z y actualmente estamos en W. Totalmente imposible para transmitir. Pero el operador de la selva salió nuevamente en nuestra ayuda.

–PC la estación con problemas no puede transmitir, mejor vaya preguntando para descartar. Cambio –y esta vez parece que Canessa entendió el mensaje.

– Estación ¿Es usted una base? Cambio.

Nosotros transmitimos dos puntos en señal que “no”.

– Estación ¿Es usted una patrulla? Cambio –respondimos con un punto.

– Bien patrulla. QAP –alertó Canessa para que nos mantuviéramos en escucha.

A los minutos se reanuda la conversación, esta vez ya no era Canessa sino el oficial de operaciones quien dijo que estaba con el suboficial de comunicaciones para poder ayudarnos. Para identificarnos comenzó a nombrar las patrullas que según su parte estaban en el campo, ese día había cuatro y nosotros fuimos la tercera en ser nombrada.

– Entendido patrulla ¿Su posición actual es la última reportada? –un punto de respuesta.

– Bien patrulla, mantenga su posición hasta nueva orden. Repito, no se mueva. Manténgase en su posición que entre hoy y mañana Arturo le dará alcance. Cambio.

¿Arturo? ¿Por qué tendría que venir el oficial de inteligencia hasta donde estábamos? No parecía tener mucho sentido, pero igual le dije al operador que transmitiera un punto en señal de “comprendido”.

– Bien patrulla, le paso con el suboficial de comunicaciones. Me dice que tratarán de enviar la pieza de recambio. Cambio.

– Patrulla ¿Tiene problemas con la batería? Cambio –dos puntos de respuesta.

– Patrulla ¿Tiene problemas con la antena? Cambio –dos puntos de respuesta.

– Patrulla ¿Tiene problemas con el combinado? Cambio –un punto de respuesta.

– Bien patrulla, le enviaremos recambio. ¿Necesita algo más? Cambio.

Le enviamos los dos puntos de respuesta finales y le dije al operador que estuviera permanentemente en el aire por si había alguna novedad, que extendiera las celdas fotovoltaicas para no descargar nuestra batería.

Ahora sólo nos quedaría esperar en aquel pueblo que, por lo demás, no tenía nada de especial. Poca gente por las calles y

La Guerra de los Tenientes

mucho silencio. Hicimos algunos recorridos cortos por los alrededores con la mitad de la patrulla. Llegamos a un pueblo cercano totalmente abandonado, cuya iglesia había perdido su techo, no había nada notable excepto un altar de piedra tallada empotrado bajo el ábside semiderruido. El resto de la zona estaba en las mismas condiciones; regresamos a nuestra base provisional, mejor sería descansar que perder el tiempo.

Al día siguiente, por la tarde, el centinela me avisa que había llegado una camioneta con gente en ella. Salí a ver qué pasaba y veo al teniente Arturo con cuatro soldados más del batallón, todos vestidos de paisano que descendían del vehículo.

—Sin novedad la patrulla, mi teniente —le recibí saludándole.

Arturo me preguntó en dónde estábamos instalados y le señaló el local anexo a la escuela. Nos dirigimos inmediatamente a ella. Una vez dentro, Arturo y los soldados se colocaron sus uniformes.

—¿Qué lo trae por aquí? Mi teniente —le pregunté.

—Luego te lo digo. Mientras, esto es tuyo —dijo sacando el combinado microtelefónico de su mochila, el cual entregué al operador de radio para que lo verificase y reportase la llegada de Arturo sin novedad.

—Necesito hablar contigo a solas —me dijo en voz baja. ¿A qué vendría tanto misterio?

Lo conduje a una pequeña oficina que había en la parte de atrás, cuando llegamos a ella cerró la puerta y nos sentamos en unas sillas de madera.

—¿Sabes a lo que he venido?

—No, ya le dije que no.

—¿Has visto u oído algo fuera de lo común en el pueblo? ¿La gente te ha hablado de visitantes extraños?

—Hace unos días antes de cruzar el puente sobre el río tuvimos un intercambio de disparos con desconocidos. Como estaban en la otra orilla no pudimos perseguirlos y se nos escaparon. Pero hablamos con el oficial de operaciones y me dijo que la base que estaba al norte enviaría una patrulla para darles encuentro. ¿Sabías eso?

—Sí, ya lo sabía. Pero olvídale.

—¿Olvidarlo? O sea que escaparon... ¿Verdad?

—No escaparon, nunca los buscamos. El jefe de la base reportó que envió una patrulla y no encontró nada, pero luego nos

enteramos que jamás ordenó su salida.

—¿Cómo que no? ¡Si ya habíamos establecido contacto, era cuestión de no perderlo!

—Así son las cosas —dijo Arturo mirando al suelo—, aunque no lo creas parece que el jefe de la base tenía un lema: “Si nunca haces nada, jamás te meterás en problemas”.

Hubo un momento de silencio por lo dicho, pero poco podíamos hacer, tristemente esto era cierto. Arturo continuó:

—Ya, pero lo que yo te estaba preguntando es si estando aquí en el pueblo habías oído algo extraño a los pobladores.

—No, nada. Hice las preguntas habituales en estos casos, a la gente, al alcalde y a otros cada vez que tuve una oportunidad y no me han dicho nada que no supiéramos de antemano. ¿Hay algo en particular que deba saber?

—Mira, he venido a capturar al camarada Andrés.

—¿Al camarada Andrés? ¿Y quién es ese tal camarada Andrés?

—Es uno de los mandos militares más importantes de esta zona. ¿No lo sabías?

—Pues no, para mí es novedad. No sabía siquiera que existiera.

—No se hablaba de él porque todos pensaban que estaba muerto hace tiempo.

—¿Y no lo está?

—¡Pues claro que no!

—¿Y sabe dónde se encuentra?

—Dicen que se oculta por esta zona. Tenemos un informante que nos lo ha dicho. Dice que viene a estos pueblos a pedir víveres y cobrar cupos e impuestos revolucionarios a la población de cuando en cuando.

—Necesitaremos alguna descripción o foto para identificarlo, será difícil si se oculta entre la población.

—Mira, tenemos esto —dijo abriendo su mochila y sacando un sobre grueso de papel que me entregó. Yo pensaba que sería la foto del famoso Andrés, pero en vez de ello encontré una radiografía grande, tal vez de un tórax.

—¿Y qué diablos es esto? —pregunté levantando la radiografía a contraluz de la ventana. Era eso: un tórax.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Ése es el camarada Andrés! Ahora... ¿Qué me dices? —preguntó Arturo con entusiasmo,

La Guerra de los Tenientes

esperando contagiarme con su hallazgo.

—Pues lo único que puedo decirle es que creo que el tal Andrés tiene los bronquios un poco congestionados y que debería cuidarse del fresco de la noche...

—¡No, no, no! ¡No entiendes de lo importante de esto!

—¡En eso tiene razón, mi teniente! No entiendo nada de nada. Si me explicara desde el comienzo sería diferente.

—Mira, te contaré la historia del camarada Andrés: resulta que el susodicho era el mando militar de esta zona, hostigaba las bases e imponía su voluntad por estos pueblos. Muchos de los pobladores huyeron de sus casas porque le temían, y así fue por varios años. Pero hace menos de año y medio una patrulla que abastecía a la base que está al norte de aquí se encontró por casualidad con el grupo de Andrés en un pueblo donde estaban tomando víveres de la población. La sorpresa fue para todos, pero mayúscula para Andrés que había bajado con pocos hombres y casi sin armas. El enfrentamiento se desató en medio del pueblo y el grupo de Andrés llevaba la peor parte. Se decía que se le había acabado la munición y trató de huir en medio de los disparos. Un sargento de la patrulla, a quien también se le había acabado la munición de su fusil salió a perseguirlo armado de una pistola, cuando lo tuvo a treinta metros apuntó y disparó.

—Y falló... ¿cierto? -interrumpí el relato.

—No, no falló. Le dio y lo mató.

—¡Pero me acaba de decir que está vivo!

—¡Es que no me dejas terminar!

—Siga, siga que soy todo oídos. Le prometo que no volveré a interrumpirlo.

—Como te decía, el sargento pensaba que lo había matado porque estaba seguro que había acertado en el tiro, y cuando se disponía a verificarlo una explosión se produjo entre los dos. Un soldado de su patrulla había disparado una granada de fusil pero como estaba mal apoyado la granada salió para otro lado, por poco matando al sargento. Cuando se disipó el humo, polvo y las piedras que terminaban de caer el sargento se acercó pero ya no estaba el Andrés.

—Entonces... el muerto se había ido.

—¡Exactamente!... o se lo habían llevado, cosa más que probable.

—¿Y cómo supieron que era el Andrés?

—Porque llevaba una gorra azul, uno de los prisioneros lo confirmó.

—Pero aclarámonos... el tal Andrés... ¿Estaba o no estaba muerto?

—Pues creíamos que sí. El sargento juraba y perjuraba que no había fallado. Pensamos que el pobre herido había muerto escondido por los alrededores. Tanta era nuestra seguridad que se reportó a la comandancia que era muy probable que estuviera muerto. Es más, nuestros informantes decían que ya no se sabía nada de él, había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo que confirmaba nuestras sospechas.

—¿Y no fue así?

—Fue así por un buen tiempo. Hace una semana la policía entró a la casa de un doctor que vivía en Huancayo. Se creía que este doctor era parte del aparato logístico de Sendero y que curaba a sus enfermos, además de proporcionarle medicamentos que secretamente sustraía de los almacenes de la Seguridad Social, donde trabajaba. Lo detuvieron y registraron su casa. El médico estaba muy asustado y como vio que la policía ya sospechaba algo decidió confesar todo lo que sabía: efectivamente había ayudado a miembros de Sendero heridos, pero lo hizo bajo amenazas porque si decía algo se vengarían con su familia. Dio todos los detalles de quienes atendió y salió a relucir el nombre del camarada Andrés, del cuál conservaba la radiografía que tienes entre tus manos.

—Entonces, el tal Andrés no estaba muerto. Pero... ¿Cómo llegó hasta Huancayo? Eso está muy lejos de aquí.

—No lo sabemos. Pero de algún modo se las arregló para llegar herido. Tampoco tenía otra alternativa, no se hubiera podido atender en esta zona.

—Entonces no era realmente grave su herida.

—Sí y no. Te explico, levanta la radiografía y dime que ves.

—Aparte de los bronquios, que insisto debe cuidarse, veo huesos.

—No, eso no. Mira en la parte de abajo junto a la columna vertebral. ¿Ves eso?

—Bueno, veo, veo una mancha blanca... que tiene forma de... de... ¡Caray, es una bala!

—¡Exacto! La bala que le dispararon, el sargento no había fallado.

La Guerra de los Tenientes

— ¡¿Pero cómo puede ser?!

— Treinta metros ya bastante para una pistola y como el tipo estaba en movimiento la bala se incrustó en el cuerpo disipándose la energía pero sin fuerza suficiente.

— Entonces la herida no era grave, se fue a Huancayo, lo atendió el doctor ese que me dice y el tal Andrés regresó a sus fechorías. ¿Verdad?

— No. La herida era en verdad muy grave, cuando lo llevaron hasta el doctor éste no quiso atenderlo por la proximidad a la columna. Necesitaba ver una radiografía para saber cómo estaba por dentro.

— No me dirá también que el doctor ese tenía una máquina de rayos X en su casa.

— Claro que no. Sólo podía hacerse en el hospital. Se los hizo saber a los que trajeron al Andrés, pero éstos lo amenazaron con matarlo a él y a toda su familia si no lo atendía. Viéndose de ese modo presionado no le quedó otra que vestir de médico al Andrés y llevarlo al hospital, en un descuido logró tomarle la placa.

— Esto tiene pinta de película.

— Sí, ya ves que la vida bien contada es más emocionante. Pero continuó: el doctor regresó a casa con la radiografía y les dijo que la cosa era peor de lo que le parecía porque la bala estaba demasiado cerca de la columna, tratar de operarlo probablemente fuese más peligroso que dejar la bala en su lugar y dijo que sería mejor limpiar la herida, tratarlo con antibióticos y esperar. Por supuesto que a los senderistas no les causó ninguna gracia y se quedaron en su casa con el Andrés durante dos semanas hasta que se recuperase.

— ¡Estuvieron dos semanas metidos en su casa!

— Sí. El doctor no podía hacer nada porque siempre tenían a alguien de su familia de rehén. Después de dos semanas el Andrés mejoró algo pero el doctor les dijo que tenía que reposar durante un buen tiempo. Una noche vinieron unos sujetos y se llevaron al herido. Nunca supo a donde.

— Ahora ya voy entendiendo. ¿Pero estuvo desaparecido durante mucho tiempo? ¿Verdad?

— Es cierto, la convalecencia fue mayor de la que todos esperaban. Durante meses estuvo escondido quién sabe dónde y ahora parece que ha regresado. Dicen que está entre estos pue-

blos y la ciudad. Parece que está reorganizando sus fuerzas, las cuales quedaron muy mermadas en su ausencia.

—¿Y cómo sabemos que es él? No tenemos su foto y la radiografía no sirve para estar identificando a la gente.

—Pues para eso tengo mi informante.

—¿No será el tipo aquel que debí encontrarme en Tinkuy?

—Es ese. Olvida el incidente que no fue más que un gaje del oficio. Él me confirma que Andrés está por estos sitios, dice que llega a los pueblos por las noches. Lo único que sabemos de él es que usa el pelo largo, una barba corta y además tiene un diente de oro.

—Lo siento Arturo, es que a aquellos que me fallan una vez yo les pierdo la confianza. ¿Realmente tu informante es de fiar? ¿De dónde lo sacaste?

—De confiar plenamente —aseguró Arturo—. Es un antiguo licenciado del ejército. Ahora trabaja como brigadista para el Ministerio de Salud en las campañas contra el paludismo y la erradicación del anófeles. Eso le permite desplazarse por los valles y la selva sin levantar sospechas.

—¿Anófeles?

—Sí, ya sabes. El mosquito anófeles, el vector de transmisión del paludismo.

—¿Anófeles? ¿Estás seguro de lo que dices? —volví a preguntar confundido.

—Sí. Ya te dije. ¿Algún problema?

—No, nada. Olvídalo, cosas mías. La verdad es que yo siempre pensé que Anófeles era el nombre de un filósofo griego.

—No, no. Estás equivocado.

—Bueno, recapitulando: entonces el camarada Andrés se desplaza por estos pueblos, tiene el pelo largo, barba corta y un diente de oro.

—Exactamente.

—¿Y cómo se te ocurre atraparlo aquí en este pueblo?

—Con persuasión y mucha inteligencia. Estoy convencido que los pobladores saben algo. Probablemente no quieran hablar por temor a represalias, pero saben algo. En los pueblos pequeños es imposible guardar secretos, todos saben todo sobre los demás. Si somos lo bastante persuasivos obtendremos la verdad. Una vez con ello, el tal Andrés caerá; no es necesario usar la violencia.

La Guerra de los Tenientes

—Eso suena muy bien, llevarlo a la práctica es otro cantar. ¿Cómo piensa lograrlo? ¿Hablando con cada uno de los pobladores?

—No. Mira, es muy sencillo. Llamamos a los notables del pueblo y les vamos lanzando preguntas uno a uno, si hay algo raro saldrá o caerán en contradicción. Es un método que nunca falla. A partir de ese momento sabremos a qué atenernos. He pensado lo siguiente: esta noche manda a llamar al alcalde y a otros más que tú creas que puedan ser útiles, yo les interrogaré individualmente y verás que todo sale bien.

—Bien, apenas oscurezca los haré llamar. Cambiando de tema: ¿Sabe que hay un hombre que se está recorriendo todo el país buscando a su hija? —le pregunté mostrándole las fotocopias que nos había dejado el hombre de la camioneta blanca.

Arturo cogió las copias y luego de mirarlas me las devolvió diciéndome:

—Sí, ya lo conocemos. Ha visitado todas nuestras bases entregando copias iguales, y las bases me la envían al batallón. Tengo un montón en la oficina. Inclusive se las entrega a los soldados que encuentra en el camino y a los policías de tránsito de la ciudad. El pobre debe de estar un poco tocado o bastante desesperado.

—Bastante desesperado diría yo. Particularmente en este lugar en donde la vida no es precisamente lo máspreciado.

Al caer la noche, tal como estaba acordado, hice llamar al alcalde, al agente municipal, al profesor de la escuela y al vocal de urbanismo. Los cuales se presentaron puntualmente a la hora indicada. Les presenté a Arturo, al cual saludaron con mucha cordialidad y deferencia. Luego les expliqué que venía de lejos para hacer unas preguntas, ante lo cual se mostraron totalmente —excesivamente, diría yo— llanos a colaborar.

El procedimiento de Arturo era sencillo: llamaba uno a uno a los entrevistados y por separado les iba preguntando respecto a lo que sabían del tal Andrés. Así, si alguien decía algo comprometedor no podría ser identificado por los demás. Este método era totalmente eficaz, salvo que entre los cuatro se encuentren compinchados, algo poco probable.

Las preguntas que hacía Arturo eran muy directas: ¿Conocían al camarada Andrés? ¿Alguna vez lo habían visto? ¿Frecuentaba la población él o sus secuaces para solicitar víveres u otros?

¿Habían escuchado hablar de alguien en la población que sí lo supiera?... y así un largo etcétera. Pero con resultados negativos, todas las preguntas de Arturo fueron contestadas con un no rotundo; no había duda que decían la verdad. Todo indicaba que una vez más nuestras informaciones no eran precisas, peor aún, falsas seguramente. No había ninguna pista que seguir y el buen Arturo tendría que empezar desde cero nuevamente.

Visto lo anterior, para relajar el ambiente Arturo les quiso hablar a todos juntos, y así lo hizo. Los reunió y esta vez los felicitó de representar a su pueblo, a sus intereses y les instó, por el bien de la patria, a seguir colaborando con las fuerzas de seguridad. Que no existía población más segura que aquella misma que era consciente de su papel en la historia.... y así, una larga arenga llena de patriotismo que los mismos entrevistados no dudaron en secundar con toda su fe. Poco les faltó para jurar ante Dios y los santos evangelios que no faltarían en su promesa. Luego de ello les tendió una franca mano uno a uno en señal que ya había terminado la reunión. Los asistentes dijeron que se quedarían un par de minutos en el despacho porque tenían que ponerse de acuerdo en un problema del abastecimiento de agua del pueblo o algo así, a lo que Arturo no puso objeción.

Nosotros, Arturo y yo, nos dirigimos a la salida. Y nos quedamos en la puerta de la escuela. Como la noche era fresca sacó unos cigarrillos, me invitó uno y fumando me dijo:

—¿Qué te parece?

—Pues lo visto. Yo diría que no hay nada por estos lares. A lo mejor lo que te dijeron era en otro lugar, estas cosas suelen suceder —mientras hablaba a Arturo observé a un joven de veintitantos años sentado en el suelo cerca de la puerta que tenía aspecto de preocupado. Ya antes lo había visto por el pueblo pero no le presté mucha atención. Asumí que había llegado con la comitiva, pero al no ser alguien relevante en el pueblo le habían hecho esperar fuera. Al poco rato el sujeto se puso de pie sin decir nada y se quedó con la mirada fija hacia el otro lado de la plaza, sin observar algo en particular. Arturo continuó con nuestra conversación:

—Parece que ha sido un golpe en el vacío. No sabes cuán seguro estaba de capturar al maldito ese de Andrés.

—Andrés... ¡Maldito! —murmuró entre dientes el tipo de la mirada perdida. Arturo y yo lo escuchamos pero él seguía con

La Guerra de los Tenientes

la mirada ajena. Como si meditara o recordara algo pasado, quizás algo terrible. Evidentemente a Arturo le pareció sospechoso y le preguntó:

—Oye tú ¿qué has dicho?

—¡Maldito Andrés! —esta vez lo dijo claramente y con la mirada fija en nosotros. Pero no añadió nada más.

—¿De qué Andrés hablas? ¿De Andrés, el mando senderista? ¿Qué sabes tú?

—Si, Andrés... senderista —dijo el extraño, esta vez se acercó a nosotros, como si reforzara el hecho que hayamos prestado atención en él. Para Arturo y para mí esto no tenía mucho sentido. ¿De dónde salió este tipo?

—¿Conoces al Andrés? —preguntó muy serio Arturo.

—Sí lo conozco... ¡Todos lo conocen! —dijo alzando la voz.

—¿Cómo que todos lo conocen? ¿En el pueblo lo conocen?

—¡He dicho que todos lo conocen! —exclamó con una mirada de furia y levantando sus brazos.

Arturo me miró, no necesitó decir nada. Pensaría lo mismo que yo: habíamos sido engañados y esta farsa hubiera continuado si es que el extraño hombre no hubiera delatado. Todo indicaba que por lo menos gran parte del pueblo estaba involucrado o por lo menos existía un pacto de silencio. Peor aún, si Arturo no pudo obtener nada en los interrogatorios individuales a los cuatro representantes era porque estaban muy bien adoctrinados, probablemente fueran de la mismísima organización política de Sendero, ya me parecía extraña tanta colaboración. Mientras esto sucedía escuchamos a los cuatro representantes que se acercaban a la puerta, conversando y prontos a salir, ajenos a lo que nosotros habíamos descubierto.

—¡Nadie sale de aquí! —gritó Arturo abalanzándose contra los cuatro que ya habían llegado al vano de la puerta, haciéndoles retroceder con el empujón y por el susto. Tanto así que el último de los cuatro, el profesor, rodó por el suelo al ser empujado a su vez por los que retrocedían.

Hubo un instante de confusión ante la reacción y porque la luz era escasa, uno de los cuatro quiso acercarse secundado por otro, con aire de exigir explicaciones. Pero antes que se pusieran a nuestro alcance Arturo había desenfundado su pistola y apuntándoles les gritó:

—¡He dicho que nadie sale de aquí! —haciendo que los invita-

dos, al ver el cañón del arma, queden paralizados sin saber qué decir, mientras que el que había caído se levantaba cogiéndose un brazo que alguien en el alboroto le había pisado.

– ¡¿Pero se puede saber qué sucede?! –preguntó el alcalde.

– ¡Silencio! ¡No se muevan! –insistió Arturo. Poco a poco los invitados fueron conscientes que el asunto se ponía feo.

– ¿Pero por qué nos trata así?

– ¡Cállate infeliz! ¡A partir de ahora quien preguntará y decide quien habla y quién no soy yo! ¡¿Me entendieron?!

– Si... si, señor.

– ¡Levanten los brazos, las manos sobre la cabeza! ¡Eso también va para ti, profesor! ¡Con tu bracito cojo! ¡Más arriba, sinvergüenzas! –vociferaba Arturo.

– ¡Ahora, con las manos arriba regresarán todos al despacho, que recién me van a conocer! ¡Andando! –ordenaba Arturo mientras me pedía que lo acompañara llevando al nuevo personaje de esta historia, el cuál me siguió en silencio, no parecía sorprendido por lo sucedido.

Así los visitantes regresaron al despacho, esta vez en calidad de detenidos por algo muy grave, se les notaba en sus caras y en las miradas que se daban unos a otros.

Cuando vieron al delator hubo un murmullo y una agitación entre ellos, yo solo atiné a decirles ¡Silencio! ¡Todos cara contra la pared! Cosa que cumplieron. Claro que no les quedaba más alternativa, pero con esta clase de gente no nos podemos fiar. El profesor trató de decir algo pero de un grito Arturo lo calló.

– ¡Cállese, asqueroso gusano! ¡Nadie ha pedido su opinión!

Como la situación era tensa pero estable, con los detenidos con los brazos en alto y de cara a la pared, Arturo procedió a interrogar al delator. Esto se aclararía por fin.

– Dices que todos conocen al Andrés.

– ¡Todos conocen al Andrés! –ratificó.

– Y que viene al pueblo a veces.

– ¡Siempre viene! –afirmó con seguridad.

Entre los detenidos se escuchaban murmullos, la inquietud corría en el grupo. Hice que se callaran nuevamente. No fuera a ser que tramaran algo.

– ¿Y tú lo has visto?

– Sí, sí. Yo lo he visto –asintió con energía.

– Y me puedes decir cómo es él –preguntó Arturo, pero el de-

La Guerra de los Tenientes

lator hizo una mueca como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordarlo o quizá para encontrar las palabras adecuadas para describirlo.

—¿Llevaría barba? —insinuó Arturo.

—¡Sí, eso! ¡Eso! ¡Llevaba barba! —dijo llevándose las manos a las mejillas para enfatizarlo.

—¿Y el pelo cómo lo tenía? ¿Largo?

—Largo, muy largo —decía señalando los hombros. Parecía que tenía una imagen más reciente que la de nuestro informante.

—¿Y que más? —insistía Arturo. No había duda, todo encajaba, estábamos en la pista correcta. Siempre lo estuvimos. Mientras el delator permanecía en silencio con una expresión seria. Trataba de recordar algo más.

—Probablemente una señal en particular, ¿un diente de oro? —dije tratando de colaborar.

—¡El diente de oro! —exclamó mostrando los suyos y señalando un diente que le faltaba.

Ya no hacía falta hacer más preguntas, toda la trama había sido descubierta y los detenidos estaban sin piso. No podrían negar lo evidente. Arturo estaba realmente furioso y los hizo girar, siempre con las manos en alto y con el arma apuntándoles.

—¡Raza de víboras! ¡Canallas! ¡Eso es lo que son: una canalla! —pero ante los graves adjetivos el alcalde quiso tomar la palabra.

—¡Silencio! ¡Miserables ladinos y taimados! ¡Pensaban salirse con la suya, pero el plan se les ha desmoronado! ¡Pandilla de tunantes! ¡Qué más podía esperar de individuos de semejante pelaje!

Yo permanecía callado, Arturo sabía expresar mis sentimientos mejor que yo. Lo que más me dolía era ser el perfecto idiota en que me habían convertido, viviendo durante días en la mismísima guarida del lobo, mientras todos se habían estado riendo a mis espaldas. Ya decía yo que es imposible confiarse de esta gente; ya ven, en el primer descuido... ¡zas! puñalada traquera por la espalda. Dada la magnitud del hecho, ya me estaba convenciendo que habíamos capturado a todo el comité regional de Sendero de un solo golpe. Claro que no iban a caer sin luchar y se defenderían a toda costa, con uñas y dientes, como gato panza arriba, lo podía ver con el profesor tratando de

hablar a como de lugar. ¡Qué mentira nos diría ahora!

– ¡Silencio carajo! –seguía vociferando Arturo- ¡Ratas inmundas! ¡Bazofia de cloaca! ¡Me han mentido como unos bellacos! ¡Sí, como unos bellacos, eso es lo que son! ¡Unos bellacos y ruines!

Los detenidos permanecieron en silencio con los ojos muy abiertos esperando que no se le escape un tiro y tratando de digerir la furia de Arturo, quién respiraba con agitación, como faltándole aire luego de tan largo y emotivo discurso. Yo continuaba sin decir nada y la verdad es que echaba en falta una libreta para tomar nota de las palabras de Arturo en aquellos momentos de sutil inspiración.

– Muy bien, ya saben lo que pienso. Tú que tanto quieres hablar... profesor ¿Qué quieres decir? ¿Te remorderá la conciencia y confesarás todos tus crímenes y los de tus compinches? ¡¿Cierto?!

– No señor, yo sólo quería decirle que no le haga caso a ése –dijo señalando al delator.

– ¡¿Y por qué no le voy a hacer caso y a ti sí?! ¡Sinvergüenza!

– Es que ése es el opa del pueblo –dijo, pero su argumento no nos decía nada.

– ¿Qué es eso del “opa” del pueblo?

– Opa, opa, usted sabe: loquito. Opa significa loco en quechua. Está loquito, no le haga caso –explicaba, pero el delator no parecía inmutarse de la grave acusación que le hacían. Más bien sonreía enseñándole los dientes a Arturo repitiendo: “Diente de oro, diente de oro...”.

– ¡Un momento! Hay algo que no encaja aún... ¿Si es verdad, entonces cómo sabe lo del Andrés?

– Es que no sabe nada.

– ¿Cómo que no sabe nada? ¿No lo escuchaste?

– No sabe nada, siempre repetía lo que usted le decía –explicó, mientras mirábamos al loquito que se metía un dedo en la oreja, ajeno a nuestra discusión.

Lo del opa del pueblo fue lo último que esperábamos escuchar, nos cayó a Arturo y a mí como jarro de agua fría; peor para él después del discurso, así que nadie supo que decir y el silencio se apoderó del ambiente, interrumpido sólo por el sonido del presunto delator que se rascaba la cabeza por encima de la gorra. Finalmente, recuperado de la impresión inicial, Ar-

turo retomó la palabra.

— Bueno, ya ven señores que a veces suceden estas cosas, gajes del oficio, así que lo pasado... pasado. ¿No se van a enfadar por este pequeño incidente? ¿No? Además todos cometemos errores. ¿Amigos nuevamente? ¿Sí? —decía Arturo en modo de excusa como restándole importancia al suceso.

No sé si los cuatro realmente perdonaron a Arturo, probablemente todavía estarían acojonados de las amenazas de la pistola y quisieran desaparecer cuanto antes de aquel lugar. Y así lo hicieron raudos, sin despedirse siquiera. Salieron por la puerta principal y cruzaron la pequeña plaza los cinco. Sí, los cinco, porque el profesor arrastraba por las orejas al opa delator con el brazo que no le había quedado “cojito”.

Visto los acontecimientos y fracasada la operación organizada por Arturo se decidió que él regresaría con los cuatro soldados con que llegó, mientras que nosotros continuaríamos en la zona bajo las instrucciones del oficial de operaciones, el cual me comentó que le gustaría que haga una pequeña ronda.

Las indicaciones de detalle las recibí por radio y en resumen consistía en descender hacia el este, por un camino carrozable que teníamos más al norte hasta llegar nuevamente al río para cruzar por el puente Huarilla, que esta vez nos aseguraban que estaba en buenas condiciones porque había un puesto de la policía resguardándolo. Una vez en la margen derecha del río, me dirigiría hacia el sur, recorriendo varios pueblos para finalmente llegar a la base del batallón, de donde habíamos partido. La pequeña ronda era en realidad una vuelta del carajo que no la cumpliría antes de tres días de camino.

A la mañana siguiente abandonamos el pueblo de Chacras, caminamos por la carretera principal y tomamos el desvío que nos llevaría nuevamente al río, esta vez mucho más al norte de donde lo habíamos cruzado inicialmente. Por la tarde, ya muy avanzada, atravesamos el puente y pernoctamos en el pequeño pueblo que había en uno de sus extremos.

Como tenía prisa por terminar mi misión, al día siguiente nos levantamos a la cuatro de la mañana para ganar camino lo antes posible y andar sin el calor del día. Esa mañana, aún en la oscuridad, hacía más frío de lo habitual y partimos con los guantes y pasamontañas puestos. Recién a eso de las cinco y media, cuando comenzó a clarear nos dimos cuenta de la causa del frío: una

densa niebla cubría todo el paisaje, limitando la visibilidad a unas cuantas decenas de metros, contagiando todo con una fría humedad y llenando de escarcha las hojas de los arbustos, incluyendo los cañones de los fusiles que goteaban por un extremo. En vista de que nosotros caminábamos por una carrozable que ascendía por la ladera de una montaña, sería difícil que perdiésemos el rumbo, que para ese entonces tenía como objetivo un pequeño pueblo que tenía feria de productores los días jueves. Para las ocho de la mañana intuíamos que deberíamos estar cerca de nuestro objetivo y los exploradores nos alertaron que más adelante había un grupo de gente reunida en la carretera. No tardó mucho en que llegásemos y tuviéramos un nuevo encuentro en el camino.

Al lado de la carretera habían dos camionetas, una blanca y otra azul, y en cerca de ellas un grupo de personas haciendo un semicírculo mirando algo en el suelo. Cuando llegamos encontré que de la camioneta azul había descendido el alférez Valdivia, el mismo que hace unos días habíamos encontrado a la entrada de Condevilla, y que acompañado de sus policías estaba redactando un documento. Cuando llegué lo saludé, me recordaba perfectamente y me devolvió el saludo, aunque poco entusiasta luego de señalarme el cuerpo de una persona que estaba tendido en el suelo y no lo habíamos visto antes porque lo ocultaba a la vista la camioneta blanca.

—¿Qué ha sucedido? -pregunté.

—Ya ves, otro levantamiento.

—¡Diablos! Tú sí que estás premiado, este es el quinto en el mes.

—No es el quinto, es el primero. Ya estamos día tres -me dijo introduciendo el bolígrafo en la boca, como quien piensa para colocar la frase adecuada en el informe que estaba redactando.

—¿Otro lío de vecinos? -pregunté.

—No, esta vez sí fue Sendero -me dijo haciendo girar el cuerpo yacente que estaba hasta ese entonces boca abajo. Ahora podía ver a un hombre maduro de cuarenta y tantos bien entrados, con una camisa blanca y pantalón claro. En su cara tenía una herida enorme, le faltaba prácticamente el tejido muscular de la parte izquierda de la misma desde la boca hasta casi el ojo, dejando entrever huesos y dientes. Nunca había visto una herida así ni sabía qué la podía ocasionar.

La Guerra de los Tenientes

— ¿Y quién es este sujeto? ¿Por qué lo mataron?

— A la primera pregunta te digo que no sabemos quién es, no porta documentación alguna. Y a lo segundo es que lo mataron porque sí, sin motivo aparente según dicen.

— ¿Me explicas con detalle? Me interesa para mi informe.

— Sí, hoy es jueves. Ayer por la tarde fueron llegando comerciantes al pueblo para la feria de productores que es hoy. Unos comerciantes venían en la camioneta blanca, no se conocían entre sí, simplemente la tomaron en la capital del departamento y cargaron sus productos. Los otros comerciantes que venían con él y el chofer son aquellos que ves allí —dijo señalando tres hombres y dos mujeres a un lado de la carretera—. Ellos pasaron por aquí poco más de las seis de la tarde.

— Mala hora para ir por una carretera en esta zona —comenté.

— Sí, y sucedió lo que podía suceder. Como ya estaba anocheciendo y la luz era escasa al tomar aquella última curva la camioneta se encontraron con una partida de Sendero que había bajado a cobrar su impuesto revolucionario. Dicen que sólo eran cuatro, aunque probablemente hubiera un par más escondidos en alguna parte para dar protección, tu sabes, el grupo de contención; tal vez allá arriba —dijo señalando la parte alta de la ladera del cerro en que nos encontramos.

— Y los asaltaron, ¿verdad?

— Eso en nuestros términos, pero según ellos pedían una colaboración voluntaria para la revolución... eso sí, a punta de pistola por si quedaban dudas. Primero fueron a la cabina de la camioneta y pidieron dinero a los que viajaban en ella, sabían que son los que compran productos en la feria; mientras que a los que iban en la parte abierta les revisaron sus cargas y les tomaron víveres y ropa que llevaban a vender. Parece que tenían hambre —me dijo señalando en el suelo una bolsa vacía de papas fritas que se comieron en presencia de los dueños.

— Ya entiendo, lo que no me cabe es lo del difunto éste. ¿Acaso opuso alguna resistencia?

— No, nada de eso. Cuando los asaltaron los rodearon cuatro, dos pedían el dinero y revisaban la carga. Otros dos estaban vigilando a los pasajeros, entre ellos había un niño, quizás once o doce años con un revolver en la mano.

— ¿Estás seguro que era un niño?

— Por supuesto. Los pasajeros afirman que era un esmirriado

lleno de mocos verdes que le chorreaban de la nariz, el muy desgraciado.

—¿Y qué pasó?

—Pues que el mocoso ése se paseaba con el arma en la mano apuntando a los pasajeros de la parte de atrás, hasta que llegó a la altura de este hombre y se detuvo apuntándole. El sujeto se le quedó mirando fijamente a pesar que tenía el cañón del arma a diez centímetros de la cara, pero no le dijo nada. De pronto el mocoso le disparó en la cara sin más, sin mediar palabra y el pobre hombre cayó desplomado, muerto instantáneamente fuera de la camioneta. A lo mejor no le gustó que lo mirasen.

—¿Así de simple? ¿Sin motivo?

—Sin motivo. Pero fue algo tan estúpido que el que estaba recolectando el dinero y parecía ser el jefe de la partida se puso furioso, dejó lo que estaba haciendo y le quitó el arma y cogiéndole de los pelos comenzó a repartirle patadas delante de todos, ¡imagínate! Según los pasajeros mientras le pegaba decía que había sido un error pasarlo a la fuerza principal y que regresaría a su puesto de base.

Lo que había sucedido no era del todo inaudito para mí, ya antes había escuchado historias tan grotescas como la anterior. Lo triste era que teniendo Sendero esa pobre calidad de integrantes en sus filas, nosotros no hubiéramos podido acabar con ellos, definitivamente no se debía a que eran muy listos o preparados, pero aún así mantenían en jaque a gran parte del país.

—¿Y qué más?

—Que mientras estaba repartiéndole patadas y el mocoso pedía perdón a gritos, alguien alertó que se acercaban las rondas campesinas del pueblo, causando que huyeran precipitadamente y abandonado parte del botín. Los demás comerciantes huyeron corriendo hacia el pueblo pero las rondas no se atrevieron a llegar hasta aquí, estaba anocheciendo y sólo contaban con unas cuantas escopetas. Enviaron un mensajero al puesto policial del puente, quienes nos pusieron en aviso de lo que había sucedido.

—Ya entiendo, pero hay algo que no me explico: la herida que tiene en la cara es demasiado grande para un arma de fuego, revolver en este caso —dije señalando el cuerpo.

—No, claro que no. Pero como te dije las rondas no quisieron acercarse sino hasta hoy por la mañana donde recién lo halla-

La Guerra de los Tenientes

ron, la herida debió ser pequeña pero sangraría profusamente. Los perros debieron comer de ella durante la noche; mira su mano izquierda, también está un poco mordisqueada -me decía que los perros habían hecho esto, yo miré los cerros de los alrededores y observando los pequeños arbustos de ramas secas pensé que más probablemente habían sido los zorros, pero no quise contradecirle.

—¿Y eso es todo?

—No, mira -me dijo mostrándome una bolsa de tela-. Al parecer en su huída a alguien se le cayó esto que encontramos entre los arbustos.

Lo cogí y vi que era un pequeño morral confeccionado con tela de color azul y que parecía hecho para escolares; dentro de él había un cuaderno donde estaban escritas canciones que alguien había dictado y que se suponen eran alegorías a la lucha armada, pero que en realidad eran letras francamente ridículas. También había una radio de mano de color blanco con botones azules que no pasaba de ser un Walkie Talkie de juguete, de esos que usan los niños, y cuyo alcance no sobrepasaría los cincuenta metros. Lo miré detenidamente y estaba muy maltratado, rota la tapa de las pilas y había sido reparado con varias vueltas de cinta aislante de color negro. Definitivamente, como decía Valdivia, en los alrededores debió haber un grupo de seguridad que se comunicaba con los asaltantes; lo encendí pero sólo se escuchaba el ruido de la estática. También había dentro del morral un librito pequeño que cabía en el bolsillo superior de una camisa, de tapas rojas en cuyo interior había citas diversas, algunas de ellas interesantes.

—¿Y quién es ese chino tan feo? -preguntó Esteban señalando la cara grabada en dorado de la portada.

—Es Mao Tse Tung, el que escribió este libro y que Sendero llama "El presidente Mao". Este es el libro rojo.

—¡Este es el libro rojo! -exclamó Esteban ojeando las páginas del librito-. Pues no parece tan peligroso como lo pintan... ¿no?

—No Esteban, los libros no son peligrosos. Los peligrosos son los que lo leen y creen haber recibido alguna revelación divina que les da carta libre para hacer cualquier cosa, inclusive esto -le dije señalando el cuerpo del desconocido.

Por último encontramos unos pequeños binoculares que en realidad eran de aquellos que llevan las mujeres en sus bolsos

de mano y son como cajitas que se abren para ver mejor en las funciones de teatro.

—Oye Valdivia, este caso será más difícil de resolver para la policía que los otros ¿no? —le dije mientras él terminaba de escribir en su tablilla.

—No te puedo decir si es más o menos complicado, pero te aseguro que no vale la pena hacer justicia ni mucho menos ir a buscarlos.

—No te entiendo, tú eres policía.

—Imagínate que arriesgo mi vida y la de mis guardias saliendo a buscar a esos desgraciados, en el mejor de los casos los podría capturar ¿Sabes que seguiría después?

—No, ya sabes que yo de leyes no sé nada.

—Pues bien, toda la partida iría a juicio y se les acusaría de robo a mano armada solamente, es decir apenas siete años de prisión como máximo. Cualquiera abogado de Sendero, de esos que actúan bajo una fachada legal, podría solucionarles la vida fácilmente, por ejemplo, aduciendo la falta de antecedentes penales, no premeditación y así un largo etcétera. Créeme que antes de seis meses estarían en la calle felices. Esa es la ley, vivimos en medio de una guerra y la cobertura legal es la de delincuencia común.

—Me parece que exageras, no puede ser así, no puedo creerlo. Además tienes que considerar que ha habido un crimen, a sangre fría.

—Eso es lo peor de todo, recuerda que quien disparó era un niño. Desde todo punto de vista legal es inimputable, no se le puede castigar ni condenar. A lo sumo le enviarán a un centro de menores uno o dos años y nada más. Esto le saldrá gratis —explicaba Valdivia en tono de fastidio, mientras los demás policías habían envuelto el cuerpo en unas mantas viejas y lo subían a la parte posterior de la camioneta.

—Si esa es la ley, alguien debería cambiarla ¿no?

—¡Já! No me hagas reír. Las leyes las hacen en el Congreso ¿tú crees que a esa gente les importa algo del país? Ya han pasado varios años desde que empezó esto y no han hecho absolutamente nada. No cuentes con ellos. ¿Te enteraste lo del linchamiento en Junín?

—No, no sé de que linchamiento hablas.

—Hace un mes, en Junín atacaron a un pueblo que adminis-

La Guerra de los Tenientes

traba una cooperativa de ganado. Además de matar a todos los animales y dinamitar la maquinaria mataron al administrador, al responsable del almacén y a su mujer. Cuando huían la policía que había sido alertada pudo capturar a uno de ellos a pocos kilómetros del lugar. Era un muchacho que todos lo reconocieron cuando mató al responsable del almacén con una piedra. Sí con una piedra, los mataban aplastándoles la cabeza con una roca para ahorrarse munición. Como estaban lejos de la ciudad, los policías lo mantuvieron en el puesto policial del pueblo contiguo a la espera del traslado. De pronto, un abogado, que nadie supo de dónde salió ni cómo se enteró del hecho, se presentó con la partida de nacimiento del sujeto y demostraba que el asesinato ocurrió exactamente veinte días antes que cumpliera dieciocho años, por tanto era un menor no imputable que le correspondía sólo veinte días en un centro de menores para luego ser liberado. Era la ley.

—¿Esas cosas pasan?

—Sí, pero peor fue después. Las noticias vuelan por estas tierras y antes que pudiera realizarse el traslado, la población indignada se sublevó rodeando el puesto policial, sacando al detenido a viva fuerza; los cuatro policías nada pudieron hacer frente a las más de trescientas personas que los rodearon. Allí mismo en la plaza lo lincharon entre todos, utilizaron sus herramientas de labranza y hasta participaron las mujeres. Del pobre no quedó casi nada reconocible, apenas una mancha roja en el suelo, para más afrenta recogieron lo que quedaba y lo arrojaron al río. No me preguntes porqué hicieron esto último.

Luego de la explicación de Valdivia podía imaginarme el nivel de violencia por inacción al que estábamos llegando, no dije nada y Valdivia permaneció en silencio un momento observando a sus guardias terminar el trabajo.

Habiendo colocado el cuerpo en la camioneta y los policías a bordo de ella, Valdivia se despidió y se alejó en la camioneta azul, dejándonos en la carretera. Mientras se alejaba yo pensaba que había llegado a dos conclusiones: que no existía una verdadera voluntad política —puesto que sería peor que existiera y no la apliquemos por incompetencia— de acabar esto, cualquiera con un dedo de frente entendería que no teniendo leyes adecuadas llegaríamos a un punto de brazos cruzados; la segunda, y más importante, era que una parte considerable de las accio-

nes de Sendero Luminoso se habían reducido a encontrar medios de subsistencia, llegando a este extremo de bandolerismo con la excusa perfecta, exacerbando los ánimos de la población. Tarde o temprano esto estallaría.

Nosotros continuamos con la ruta asignada; al tercer día, tal y como estaba previsto llegamos al cuartel del que habíamos partido hace ya casi dos semanas. Junto con Esteban verificamos la entrega en almacén del material utilizado y luego me pasé por la comandancia para redactar el informe correspondiente, no valía la pena dejar las cosas para luego.

Estuve buscando una máquina de escribir y pasé por el despacho de Arturo que en ese momento estaba sentado en su escritorio como las manos en la cabeza leyendo o estudiando sabe Dios qué cosa. Aproveché para saludarlo y le conté todo lo sucedido desde su partida de Chacras, lo del asalto y el difunto, además de comentarle lo que me había dicho el alférez Valdivia. Finalmente le pedí que me prestara su máquina de escribir.

— Te la presto, pero sólo cinco minutos.

— No, necesito más, una hora por lo menos para redactar el informe completo.

— Para escribir “Sin Novedad” no necesitas más de cinco minutos.

— ¿Sin novedad? Tengo que informar de todo lo sucedido estos días.

— Mira, lo del intercambio de disparos en el río ya es agua pasada, que ya bastante se armó cuando el comandante se enteró que no salió la patrulla en persecución; lo del Andrés en el pueblo de Chacras mejor ni lo mencionemos por amor propio y esto último del muerto en la carretera a nosotros no nos incumbe.

— ¿Y tú crees que estará bien colocar sólo “Sin Novedad”?

— Por último, piensa que el único que leerá el informe seré yo. Así que olvídale y vamos pronto al comedor que ya se hace tarde —y salimos los dos juntos rumbo al comedor de oficiales. Mientras andábamos, Arturo me dijo:

— Algo más: luego de que te asees, que lo necesitas, vente a mi despacho que tengo algo importante.

— ¿Algo importante?

— Sí, mi informante me ha revelado algo sumamente importante.

— ¡¿Tu informante?! ¡¿Ese desgraciado?!

La Guerra de los Tenientes

—No, que va. Ese ya no. Ahora tengo uno que es legal de verdad. Y no me mires así.

Luego de la comida me dirigí a los aseos, realmente lo necesitaba, había estado casi dos semanas fuera, sin bañarme ni cambiarme de uniforme. Y allí frente al espejo y con una barba de varios días hice una recapitulación mental de todo lo acontecido desde mi salida. La única conclusión cierta a que llegué era que por fin podía decir que alguna vez yo llegué caminando hasta el horizonte, no importa lo que digan aquellos que hicieron sus estimaciones sobre distancias. Puedo asegurar que estaba muy, pero muy lejos.

El Abra

Existen palabras cuya sola mención o lectura despiertan en nuestra imaginación lo lejano, lo inalcanzable, el riesgo o un aura de misterio. Una de esas palabras que yo conocí es “Abra”, no sé por qué exactamente, pero aquella era de esas que aparecían de vez en cuando en los libros de geografía, aunque las que recuerdo más son aquellas que veía en los mapas. A veces pasando el dedo sobre uno de ellos la encontraba como: “Abra de..., tantos msnm”, siempre a miles de metros de altura, y de repente surgía en la imaginación un lugar inhóspito cuyo paso en medio del frío y de los vientos de los andes era inevitable para aquellos que querían cruzar la cordillera.

Según mi imaginación las abras o pasos de montaña eran lugares por los que sólo cruzaban a duras penas, con sufrimientos infinitos exploradores, gente desesperada en busca de ayuda y que sólo por ello asumían el riesgo de recorrerlo, o aventureros que tenían poco que perder y a quienes jamás se le volvía a ver. Eran lugares que interconectaban siempre dos mundos en un sentido u otro y permanecían así hasta que por algún otro lado se construía una carretera que dejaba el abra en cuestión en el olvido.

La siguiente es la historia de la primera vez que mi vida se cruzó con un abra, las circunstancias en la que sucedió hicieron que no decepcionara mi inicial visión de ellas.

Después de nueve días caminando por diferentes comarcas de la zona al mando de una patrulla de veinte hombres haciendo lo que se conocía como “control territorial”, ordené hacer un des-

La Guerra de los Tenientes

canso de toda una mañana con miras a preparar el regreso a la base del batallón. El control territorial era una práctica frecuente y efectiva de estar en contacto con la población, especialmente aquella que se encontraba más alejada de los centros poblados principales. En ella se hacían labores de contacto con las autoridades locales, verificación de la organización de las rondas campesinas y, sobre todo, se hacía recopilación de información. No era raro que los pobladores te comentaran esto o aquello que nos permitía una visión más clara de las actividades de Sendero Luminoso en la zona, del resultado de las informaciones de las diversas patrullas que constantemente estaban en el terreno, era posible tener una fotografía más o menos clara de lo que estaba sucediendo. Si estuviéramos en una guerra convencional yo estaría al mando de lo que se conocería como una patrulla de reconocimiento.

Este tipo de altos en los recorridos realmente se agradecían y permitían a la tropa -y a mí mismo-, aparte de descansar, hacer otro tipo de actividades imprescindibles para cualquier soldado que se precie de mantener su condición física: el aseo personal y de la ropa interior; quienes piensen que esto último era provocado por una súbita necesidad de estar presentables o por lo menos de seguir en algo a los dictados de un manual de urbanidad están equivocados, siempre es necesario contar una muda de calzoncillos, calcetines y camiseta limpios. La razón principal era de disponer de un recambio de ropas para utilizarlas al caer la tarde y soportar el frío de los andes, con prendas que no se enfriaran junto con el sudor acumulado en la actividad del día, aunque calzoncillos limpios también ahorraban escaldaduras; igualmente imprescindible era limpiar las botas cuyo cuero se resentía con la humedad del barro; cuando el estado de las mismas era muy lamentable se recurría al método extremo de lavarlas sumergiéndolas en agua para retirar el barro, sudor y todo aquello que se pudiera haber adherido en el camino para luego secarlas al sol, aunque lo normal era simplemente retirar el barro y untarlas con generosas porciones de crema de calzado. Uno se sorprendía que quedaran como nuevas después de este tratamiento, especialmente porque sus juntas permanecían impermeables.

Ya habíamos pasado toda la mañana en estas tareas y estábamos haciendo tiempo para partir, cuando el operador de radio

se acerca y me dice:

– Mi teniente, comunican por la radio que envían radiograma cifrado.

– Bien, recibe el mensaje y cuando lo tengas listo me avisas para darte el cuaderno de cifra.

Los mensajes cifrados se emitían en caso de órdenes muy puntuales e importantes ya que su transmisión era engorrosa, letra a letra, y luego de recibido había que pasarlo en claro manualmente. Los demás mensajes no se cifraban, pero se cambiaba diariamente la frecuencia para evitar o por lo menos dificultar escuchas.

Luego de casi veinte minutos de gritos en los auriculares de la radio, el cabo Cáceres se acercó con un cuaderno con dos hojas cubiertas con caracteres agrupados de cinco en cinco.

– Ya lo tengo mi teniente, necesito el cuaderno de claves.

Un cuarto de hora después Cáceres concluía la tarea: ya está en claro, mi teniente. Cogí el cuaderno y comencé a leer el radiograma. El cual decía así:

De: Comandante de Batallón ...

A: Comandante de Patrulla Oeste

Ref: Orden de Operaciones Nro ...

Se tiene conocimiento que la Compañía Nro 75 de SL con una fuerza de 50 hombres se encuentra agrupándose en el valle del río ..., imponiendo el control en esa zona.

El día 2 Feb a las 10:00hrs la patrulla Oeste deberá agruparse con la patrulla permanente de la base Querao y la patrulla principal al mando del capitán Álvarez, consiguiendo así una fuerza de 90 hombres con los cuales ingresar al valle para restaurar el orden y las leyes. El punto de reunión inicial será la localidad de Quimaya.

La fuerza enemiga deberá ser capturada, en caso de oponer resistencia las fuerzas del orden deberán hacer uso de las armas hasta la reducción de la misma.

Leí el radiograma un par de veces para tener claro las intenciones del mismo y asegurarme que lo había comprendido bien. Sin embargo dejaba lagunas muy grandes: ¿De dónde procedía la patrulla Álvarez? Aquel valle ya es selva alta y yo estaba en un valle interandino... ¿Cómo llegaría? Hoy es uno de febrero,

La Guerra de los Tenientes

¿por qué transmitir este tipo de órdenes a última hora?

—Cáceres, póngame con la comandancia. Necesito hablar con el oficial de operaciones.

—Sí, mi Teniente.

Minutos después Cáceres me comunica: el Capitán Arcadio en la radio, mi Teniente.

—¿Arcadio? ¿Por qué me pones con el oficial de personal? Tengo que hablar con el de operaciones.

—Lo sé mi Teniente, pero él se ha puesto a la radio y dice que lo atenderá personalmente.

—Bien, pásamelo.

Arcadio era un oficial antiguo, de pocas luces y múltiples problemas en la carrera que, por cierto, se los había ganado por mérito propio. Justamente su antigüedad y el deseo del Comandante de Batallón de evitar más problemas hicieron que lo nombraran oficial de personal, mejor dicho, confinado detrás de un escritorio. Por ello sorprendía que las instrucciones de operaciones partieran de él.

—Aquí comandante de patrulla Oeste. Cambio.

—Oye, ¿recibiste el radiograma? Cambio -me dijo salvando toda introducción, como si estar en campaña y hablar por radio fueran un excluyente para la educación y los buenos modales.

—Así es mi Capitán, pero necesito instrucciones de detalle. El valle que menciona está en la selva y yo estoy en la sierra... ¿Cómo llego? Cambio.

—Ese es tu problema. Las otras dos patrullas ya están en camino desde ayer y debes alcanzarlas en el punto de reunión. El dos a las diez sin falta. ¿Entendiste? Cambio.

—Son las doce, para mañana a las diez me queda menos de veinticuatro horas. ¿No hubiera sido mejor que transmitieran las órdenes con anticipación? Cambio.

—Y las transmitimos, pero se nos olvidó comunicarte a ti, así que solucióvalo. Cambio -este tipo de respuestas eran comunes, pero era difícil imaginarse que en un plan de operaciones de apenas tres patrullas se olvidaran de comunicárselo a una, al parecer muchos no entendían que como soldados ese era nuestro trabajo.

—¿Quién es Álvarez? No lo conozco. Cambio.

—Es nuevo, llegó hace una semana. Cambio -esto aclaraba muchas cosas. Conociendo a Arcadio seguro que la operación

olía mal y como Álvarez era nuevo se la enchufó antes de que pudiera darse cuenta en qué lío lo metían. Es curioso ver como poco a poco vamos conociendo las reacciones de los demás.

– Bueno, entonces necesito la frecuencia de radio en la que está Álvarez para coordinar. Cambio

– Mira, coordina con él en la cinco siete uno tres tres cero. Cambio.

– Mi Teniente, estamos en la cuatro siete siete cuatro -me dijo susurrando Cáceres señalando el selector de frecuencias de la radio.

– Perdone Arcadio, pero me está dando una frecuencia demasiado baja. Cambio.

– Sí, ésa, cinco siete uno tres tres cero. Cambio.

– No puedo Arcadio, es una frecuencia demasiado baja. Cambio.

– Pero... ¿A qué te refieres con frecuencia demasiado baja?! ¡Cambia de frecuencia y listo! ¡Cambio!

– ¡Me está dando una frecuencia AM y la radio que tengo es sólo para frecuencias FM! ¡Cambio!

Se oyó por unos momentos sólo el ruido de la estática por la radio y normalmente este sonido en una conversación te decía algo no iba bien, especialmente para ti. Al parecer otro de los “pequeños” fallos de coordinación iban porque cuando se organizaban las operaciones nadie se preocupaba en que las comunicaciones fueran efectivas, como resultado de esto ya existían dos patrullas en marcha y una tercera que tendría que darles alcance de algún modo sin siquiera poder enlazarse por radio.

– Mira, toma nota, tú muévete al punto de reunión y explícale tu problema a Álvarez, que lo solucione él. ¡Cambio!

– Arcadio, una pregunta más, ayer consumimos las últimas raciones de víveres, sólo estábamos abastecidos para ocho días. ¿Cómo hago para alimentar la tropa? Cambio.

– Eso díselo a Álvarez, él ya está enterado. Corto.

– Bien Arcadio, comprendido y Corto.

Ante tan improductivo diálogo preferí terminar la conversación, seguir en el aire no me solucionaría nada ya que lo único que había conseguido es que trasladaran el problema a Álvarez, como si él pudiera arreglar la incompatibilidad de las radios. Aunque lo que más desesperaba era la deficiencia crónica para

La Guerra de los Tenientes

abastecer de alimentos a las tropas, por algún motivo que no llegaba a comprender nuestro nefasto sistema de abastecimiento logístico no era mejor que el que se usaba en la colonia, ocasionando serios problemas no ya en operaciones sino en los acuartelamientos. Dejar de comer un día u otro en campaña, o simplemente no tener una de las tres comidas calientes del día no era infrecuente, aunque tener la ración completa tampoco era para echar campanas al vuelo porque se limitaba a arroz con trigo hervido o unos frijoles negros durísimos imposibles de cocinar a los que la tropa llamaba jocosamente “El frente interno”. Curiosamente, el Jefe de la Compañía de Intendencia de la División, responsable de la adquisición de los víveres, era totalmente inmune a las quejas, como indiferente al malestar que ocasionaba a los que estábamos en operaciones. Nadie se explicaba a razón, ni quién lo permitía.

—Sargento Toribio, que la patrulla se reúna, necesito hablarles.

—Sí, mi Teniente.

Uno de los principios básicos del mando y de la confianza entre los miembros de un mismo equipo de trabajo, en este caso la patrulla, consistía en que todos estuviéramos comunicados e informados de lo que sucedía, así que una vez reunidos procedí a la lectura del radiograma. Los hombres de la patrulla escucharon en silencio y luego de la pregunta de rigor de si todos habían entendido, una voz dijo:

—¿Nos envían a combatir contra toda una compañía, mi Teniente?

—La compañía setenta y cinco es una ficción, no existe —aclaré.

—No entendemos, en el radiograma dice...

—No sé por qué lo colocaron en esos términos, pero les aseguro que la compañía setenta y cinco no existe. Es un rumor que por algún motivo ha calado en el imaginario popular, pero les aseguro que la dichosa compañía setenta y cinco es eso: un rumor, tanto como la compañía cuarenta y dos.

—¿Y cómo lo sabemos?

—Muy fácil, una compañía debería consistir entre cien y ciento veinte hombres armados y en condiciones de combatir, ninguno de los ataques de los últimos años ha tenido esa magnitud.

—Pero cuando atacaron el puesto policial de Ayahuara los policías nos dijeron que eran cientos.

—No lo dudo, pero... ¿Acaso dijeron que todos estaban armados? Seguro que no. Cuando suceden estas cosas utilizan lo que se conoce como la “masa” que no son más que pobladores que son obligados a hacer hostigamiento y “bulto”, pero no son peligrosos, la mayoría de las veces están constituidos por viejos, mujeres y niños. Lamentablemente esos infelices son los que se llevan la peor parte, porque los verdaderos combatientes están detrás de ellos utilizándolos como escudos y al final terminan en medio de dos fuegos, estas bajas serían tomadas por la prensa afín para mostrar los excesos las fuerzas del orden y creen que así ganarían adeptos, a toda luces un cálculo cruel, porque partía del sacrificio de inocentes para los fines de una causa política. Es más, quisiera ser un poco didáctico... Sendero jamás en su historia ha podido constituir una sola compañía de su ejército popular, su organización máxima operativa alcanzada ha sido apenas de pelotones de quince a veinte hombres, y sus acciones más importantes se han realizado con pelotones reforzados o en casos excepcionales juntando dos o tres desplazándolos desde distancias enormes, Huancavelica o Apurímac por ejemplo. Aquí es donde nacen las denominaciones de compañías setenta y cinco o cuarenta y dos, pero sólo como organizaciones temporales y de propaganda.

—¿Y este no sería el caso?

—No lo creo por una sencilla razón: el valle a donde debemos ir es relativamente pobre en productos de subsistencia, están más dedicados al café, cacao y algo de hoja de coca, por tanto, es difícil encontrar sustento para cien hombres durante periodos más o menos largos de tiempo.

—En ese caso parece que nos iremos de paseo, suerte la nuestra —dedució el sargento Toribio.

—Eso depende de cómo lo miremos, ya saben que nos quedan menos de veinticuatro horas para llegar al punto de reunión y lo único que se me ocurre es requisar un par de camiones, pero veo que será casi imposible, por aquí no pasa ni un alma.

—Si camináramos todo el día podríamos llegar a media noche a la carretera principal a la selva y desde allí abordar los vehículos —sugirió Toribio.

—Estaríamos igual, porque nadie en su sano juicio transita

La Guerra de los Tenientes

por esa penosa carretera de noche, es peligroso, y los primeros vehículos pasan a partir de las ocho, si sumas las nueve horas de viaje entre barro y piedras no llegaríamos antes de la tres de la tarde, con suerte. Algo me dice que ya tenemos un buen problema antes de haber empezado.

—Mi teniente -se alzó una voz de entre la patrulla- ése valle está al otro lado de la cordillera, podemos cruzar por el abra y llegaremos rápido.

—¿Abra? ¿Cuál abra? -le interrogué intrigado por la revelación.

—Existe un paso en las montañas, un camino de herradura que conecta los dos valles.

—Pero... ¿Tú lo conoces? Si es así, nos dices por dónde es y te seguimos.

—Bueno, yo no la conozco. Pero un soldado de la promoción que se licenció el año pasado me contó que una vez su patrulla la atravesó y llegaron a la selva. Se lo juro.

—No jures en vano, que es pecado. Cárdenas, tráeme el morral con las cartas, a ver si sacamos algo en claro.

Efectivamente, según las cartas de la zona existía un estrecho camino de herradura que permitía hacer el cruce de la cordillera por un paso entre las montañas desde un punto situado un poco más al sur de nuestra posición actual y, tal como lo presentaba, éste se realizaba por la parte alta en un terreno más o menos plano, esto según el concepto de plano de cada uno, a estas alturas no tener que ayudarme con las manos para caminar para mí ya era suficiente. El primer pequeño problema estaba constituido en subir por el paso de oeste a este, es decir desde el lado en que estábamos, pues el camino, sendero, huella o como quiera llamarse, transcurría en un primer momento por un sector en los que las curvas de nivel de las cartas tenían un densidad tal que significaban subir un desnivel de terreno importante en un tramo horizontal relativamente pequeño. El segundo inconveniente partía del hecho que primero teníamos que identificar dónde estaba el camino ya que, a todas luces, en caso de que aún se conservara, no sería más que una estrecha huella en las montañas a duras penas visible, por tanto, decidí dirigirnos al sur bordeando las montañas más orientales del valle con la esperanza de encontrar a alguien que nos pudiera dar razón de la ruta adecuada.

– Antes de partir quiero decirles algo para aquellos que aún guarden alguna preocupación respecto al contenido del radiograma: ¡Debo recordarles que los soldados del Perú son infinitamente mejores que cualquiera de los esbirros de las horas de Abimael Guzmán!

– ¡Síiiii! –dijeron unos- ¡Claro! –aclamaron otros.

– ¿Y qué es un esbirro? –preguntó una voz.

– Luego te lo explico, mientras tanto te tocará llevar la ametralladora el primer tramo, que me acabas de arruinar la arenga.

Emprendimos la marcha casi de inmediato, con una preocupación más: nuestro último alimento sólido era del día anterior por la tarde y como desayuno apenas tuvimos una infusión de hojas de menta con azúcar, por tanto, la subida a la cordillera sería doblemente penosa, era casi la una de la tarde. La columna tenía un extraño y colorido aspecto, pues habíamos emprendido la marcha sin haber terminado de lavar las ropas, apenas las exprimimos y como estaban más mojadas que húmedas cada cual se las arreglaba colgando las camisetas, calzoncillos y calcetines sobre las mochilas para que secan sobre ellas con el sol de la tarde.

Después de casi media hora de camino avistamos a un solitario agricultor que trabajaba en sus tierras, estaba con su chaquitacla o arado de pie tratando de romper algunos terrones de su parcela o así me lo pareció a mí, pero al ver que nos acercábamos dejó lo que estaba haciendo y nos saludó con el brazo en alto.

– Perdone caballero, pero quisiéramos saber por donde encontramos el camino al abra para llegar a la selva -le pregunté.

El campesino, un hombre con sus años encima lo pensó un momento y nos contestó:

– ¿El abra? ¿Y para qué quieren ir al abra? -pero yo me callé las ganas de decirle que es de mal gusto contestar una pregunta con otra.

– Mire señor, como verá estamos patrullando y siempre es bueno ir a ver que pasa por las alturas, ¿no lo cree así?

– Aaaaah, siiiii, ya veo -me contestó asintiendo quedándose callado y mirándome un buen rato.

– Bueno... ¿Y? –pregunté.

– ¿Y qué?

– Si me dice por donde llegamos al camino que nos conduce

La Guerra de los Tenientes

al abra.

—Sí, hay un camino que va a la selva.

—Claro, ¿y usted lo conoce, supongo?

—Sí, yo solía ir años atrás llevando productos: papa, cebada, cebolla y lo cambiaba por cacao, café y caña de azúcar.

—O sea que conoce el camino.

—Sí, ya le dije.

—¿Y nos puede decir por dónde es?

—Por supuesto, ¿pero no sería mejor que vaya a la carretera y fuera en camión?

—¡No! ¡¿Acaso no ves que a mí me gusta caminar?! —ya estaba perdiendo la paciencia con el tipo.

—Bueno señor, se lo diré, pero como ya le dije que yo hace ya buen tiempo que no voy por allá y creo que ya nadie lo usa.

—Gracias, le escucho.

—Mire señor, ¿ve aquel cerro que tiene esos arbustos en la parte baja, al frente?

—Sí, ya lo veo.

—Pues usted cruza el arroyo que hay cerca y encontrará un camino que comienza a subir, al comienzo es ancho y empedrado, pero ya más arriba se convierte en un caminito que suuube y suuube, por ahí se llega.

Cuando me decía el “suuube y suuube” yo levantaba la mirada hacia el descomunal cerro que teníamos al frente de nosotros. Vaya trepada la que nos esperaba, aunque la experiencia me decía que ese cerro era un enano si lo comparáramos con aquellos que le seguían por detrás y no alcanzábamos a ver por la pendiente del primero. ¡Diablos! ¿Por qué será que a mí siempre me pasan estas cosas?

—Bien, es usted muy amable —le dije despidiéndome—, ¡Sargento Toribio! Que la gente se equipe que partimos de inmediato.

Mientras la patrulla se equipaba, aproveché en hacer una última pregunta al campesino.

—Me dijo que antes utilizaba ese camino y ahora ya no, ¿a qué se debe?

—Bueno, como le dije, antes iba a comerciar productos a la selva con un par de mulas.

—Ya entiendo, ahora que no tiene las mulas no puede ir.

—No, no, todavía tengo mis mulitas. Lo que pasa que ese ca-

mino es muy maltratador para los pobres animalitos y de penita ya no las llevo.

Mi cara de circunstancia supongo que debió ser muy expresiva, como si no fuera ya muy triste nuestra suerte, ahora teníamos que ir por el dichoso caminito que ni las mulas soporaban, al parecer nosotros no le dábamos penita a nadie. Mientras tanto la patrulla ya estaba organizada y Toribio repararía las últimas indicaciones, cuando el campesino se me acerca por detrás y me pregunta:

— Señor, ¿y volverá usted pronto?

— ¿De la selva? ... eeeeh, claro, mañana a las cuatro estaremos de regreso sin falta, por este mismo camino.

— Toribio... ¡Adelante!

Iniciamos la marcha y media hora después ya estábamos en la senda que nos indicaba el campesino, pero rápidamente éste tomó una pendiente importante, aunque su ancho aún permitía el paso simultáneo de dos hombres; en ese trance Toribio se acerca y me dice:

— Mi teniente, no sabía que regresaríamos mañana a las cuatro, pensé que según el radiograma estaríamos varios días en la selva.

— Así es y como pintan las cosas no creo que regresemos antes de un par de semanas.

— Entonces... ¿Lo que le dijo al tipo aquél ...?

— Se lo dije por decir algo, preguntaba mucho y no sabía si era natural curiosidad u otra cosa. No me parecía trigo limpio, aunque no podría explicártelo, lo cierto es que si quieres conservar tu cabeza en estas tierras no confíes en nadie, ni siquiera en tu propia sombra y menos en el cura del pueblo. No me extrañaría si mañana regresamos a las cuatro y nos reciben con una emboscada, no sería la primera vez que sucede.

De las previsiones iniciales que se tomaron para organizar la marcha, la única que se mantenía después de la primera hora de camino era la de los dos hombres que iban cincuenta metros por delante reconociendo la ruta; los demás, como consecuencia del esfuerzo de subir por aquel escarpado sendero ya habían colocado los fusiles en bandolera y se preocupaban más en buscar apoyos y lugares donde pisar en alguna saliente firme sin resbalar, las miradas difícilmente se apartaban de donde era el próximo lugar en colocar el pie o de la mochila del compañero

inmediatamente delante. La costumbre hacía que esta actividad sea casi mecánica y ya no nos preocupábamos de mirar hacia arriba, porque detrás de la cima que se veía había siempre otra más lejana, grande y cada vez con menos vegetación.

Mientras subíamos en silencio traté de tomar la delantera de la patrulla, esto me permitía hacer pequeños altos para controlar el progreso de la columna mientras aprovechaba yo mismo en tomar cortos respiros. Al observar a los soldados desde arriba salía a relucir el penoso estado de su equipamiento: uniformes descoloridos, casi blancos y con zurcidos múltiples hechos con hilos de todos los colores imaginables, chompas de cuello alto que una vez fueron negras y ahora eran grises o azules, estiradas y deformes de tanto soportar directamente las hombreras de asalto y mochilas, ya que por algún motivo que sigo desconociendo desde hace buen tiempo no se repartían camisas, botas de diferentes modelos y estados que cada cual trataba de mantener en la mejor condición posible, y que quienes no lo lograron se resignaron a utilizar zapatillas deportivas con calcetines de fútbol negros. Del equipo individual no podíamos decir que estaba mejor, uno de cada cinco de los hombres simplemente no disponía hombreras de asalto y utilizaban directamente el cinto para colgar sus cargadores y granadas, aunque no faltaba uno, generalmente recluta del último contingente que tenía que llevar sus cargadores en los bolsillos del pantalón. Los portafusiles eran un muestrario de todo lo que existía en los almacenes: de cuero negros, de cuero negros cortitos de tanto rebajar los extremos cada vez que los botones de sujeción se estropeaban, de cuero marrones, de cuero color cuero porque nadie se preocupó darle tratamiento, de nylon verdes e inclusive esos blancos que se utilizaban en los desfiles de fiestas patrias, a los que teníamos que "mimetizarlos" a punta de crema de calzado. Un caso curioso eran las granadas de mano, de las cuales habían tres tipos: las negras que eran las más comunes y que todos habíamos utilizado en los ejercicios o prácticas, por tanto daban más confianza por su retardo conocido de cuatro segundos y medio, las de hierro fundido norteamericanas que se suponían excedentes de alguna de sus guerras olvidadas y que al parecer las primeras tropas que vinieron a esta zona las trajeron de sus almacenes, pero que tenían la feísima costumbre de no explotar o hacerlo parcial-

mente de lo viejas que estaban; y por último las granadas nuevas verdes ovaladas que comenzaron a repartirse unos meses atrás y cuyo origen no nos era claro porque sólo tenían unas inscripciones en indescifrables caracteres cirílicos y un número de serie. De estas últimas se decían que tenían un retardo de cuatro segundos pero alguien, no sé si de broma o por desconocimiento, soltó un rumor que existía un lote cuyo retardo era de menos de tres segundos, ocasionando que sean las apestadas del almacén, pero conforme se iban consumiendo las negras los almaceneros no tenían más remedio que distribuir las a las patrullas que se alistaban. Un día, cuando me encontraba supervisando la entrega de munición a mi patrulla, el almacenero dijo a los que habían recibido estas granadas y reclamaban airadamente que se las cambien por las negras, que ya sólo le quedaban de las “imparciales”; intrigado le pregunté el motivo de esa denominación y me dijo que la tropa las llamaban así porque decían que estas mataban por igual tanto al enemigo como al que las arrojaba. Vaya imaginación.

Estas granadas venían en cajas de madera de veinticuatro unidades y al fondo de la misma había un papel encerado con algo escrito en ese raro idioma que yo suponía eran instrucciones, aunque también podía ser la garantía, un cupón de descuento o cualquier otro papel de esos que siempre vienen al fondo de las cajas cuando compramos algo. Traté de descifrarlo varias veces, pero mientras leía los extraños caracteres sólo me venían a la cabeza esas expresiones que muestran en las historietas cada vez que alguien se martilla un dedo o suelta una grosería.

Esta era la guerra que estábamos peleando, a veces me preguntaba si alguien en algún escritorio sabía de esto o si le importaba, visto lo visto, mi caso no era la excepción y se acercaba más a la norma. A diferencia de lo que muchos podrían pensar por los detalles anteriores descritos no éramos un ejército pobre ni falta de recursos, definitivamente lo que vivíamos era un estado de caos organizativo tal que nadie era capaz de arreglar, ya que el “soluciona tu problema” funcionaba gracias a la iniciativa, creatividad y responsabilidad de muchos. Ese improvisar para resolver pequeños desarreglos, a veces nos enorgullece como ingenioso. Pero esa teoría, en problemas importantes tiene consecuencias muy costosas. Lo terrible era que

este tipo de salidas excepcionales se hubieran convertido en la norma de un ejército en operaciones cuya administración y dirección se ejercía como cualquier guarnición de tiempos de paz... y estas eran las consecuencias. Las lecciones de la historia nos fueron completamente inútiles.

Tal y como era de esperarse, la falta de la comida del día, el cansancio de la caminata y el esfuerzo de la subida comenzaron a hacer mella en la columna que, poco a poco, se hacía más lenta y obligaba a hacer pequeños altos cada media hora. Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando el soldado que iba detrás de mí me dice...

—Mi teniente, mire allí abajo.

—¿Qué pasa?

—Allí abajo, hay una parcela y una casa.

Asombrosamente, un poco más debajo de donde estábamos había una parcela pequeñita, colgada de un risco en un estrecho espacio de forma triangular y relativamente plano en una saliente de la montaña, y en la cuál no habíamos reparado por no estar en el camino mismo sino a unos cuarenta metros más al sur, la parcela se veía trabajada pues los surcos estaban bien definidos y crecían unas pequeñas plantas que no lograba identificar, lo sorprendente era su ubicación, casi a medio camino de la parte superior del abra y en un aislamiento total, aunque lo del aislamiento era relativo porque se veían restos de otras parcelas igual de reducidas colgadas de la montaña, pero todas abandonadas hace ya tiempo probablemente cuando llegó Sendero Luminoso y los pobladores prefirieron huir a las ciudades o pueblos. En el lado más cercano a la ladera de la montaña había una construcción a la que el soldado había llamado casa, pero era más bien un pequeño habitáculo construido con piedras, barro, adobes, palos, plásticos, cartones y todo medio de fortuna imaginable que pudiera dar un mínimo resguardo.

—¡A ver, esos dos de allá abajo...! ¡Coayla y Fernández! ¡Vayan a investigar que hay en esa casa!

Los dos soldados dejaron sus mochilas en el camino y tomaron una estrecha senda que iba en dirección a la parcela con los fusiles preparados. Al acercarse se detuvieron un momento al borde de la parcela, luego se fueron acercando a la construcción, finalmente Fernández entró despacio con Coayla esperando

afuera. Parece que le hizo una señal o le dijo algo porque rápidamente lo siguió; momentos después Fernández aparecía por la puerta y haciéndonos unos gestos con los brazos gritó algo así como: ¡Está preparando la comida! La voz se corrió por toda la patrulla pero con diferentes versiones: hay comida allá abajo, está lista la comida, nos esperan con la comida, etc. Y antes que pudiera decir algo todos estaban corriendo a la pequeña casa para no perderse la succulenta ración que les esperaba.

Antes de dos minutos estaban todos en la puerta de la cova-cha tratando de entrar, por cierto, algo que era materialmente imposible, me acerqué y me abrí paso. Cuando entré la visión del interior nos volvió a la realidad, a la dura realidad. Allí adentro en la única y mísera habitación de apenas metro y medio por dos, y que servía de dormitorio, cocina y demás funciones, vivía sola una vieja que al parecer era la propietaria de la parcela. Lo verdaderamente curioso de esta abuela era su aspecto: vestía todo de negro incluyendo falda y sombrero, era pequeña, encorvada, muy delgada, con una larga trenza de cabello gris, sus manos huesudas, de esas que resaltaban sus venas verdosas y con uñas largas y sucias, si a esto le sumábamos que tenía una nariz desproporcionadamente grande ya teníamos la perfecta bruja malvada de los cuentos, nunca he sido buen fisonomista pero calculé que tendría unos trescientos años de edad, más o menos. Será mejor que no desatemos su ira -pensé-, no fuera a ser que nos convierta en sapos a todos y luego me echen la bronca en la comandancia exigiéndome un informe.

Su escaso mobiliario consistía en un pequeño jergón que servía de cama, silla y depósito, y a su costado estaba la cocina hecha en una banqueta de madera que tenía encima una bolsa de sal a medio consumir, un trozo de pan duro con la consistencia ligeramente inferior a la del granito, y finalmente un par de piedras que hacían de soporte al hornillo de leña, con una pequeña latita que utilizaba a modo de olla, en donde trataba de hacer hervir a duras penas una papita. Lo que Fernández quiso decir era: “Está preparando SU comida” y no “NUESTRA comida”. Durante los minutos que estuvimos allí, en ningún momento la abuela se dignó a mirarnos y toda su atención se concentraba en el agua que intentaba hacer hervir. Así es esta gente, indescifrable.

La Guerra de los Tenientes

– Pantigoso, pregúntele si la parcela de afuera es suya.

– Dice que sí.

– ¿Y qué siembra?

– Dice que ají picante.

Bueno, como ya no tenía sentido seguir perdiendo el tiempo en aquel lugar y le dije a Toribio que reagrupe la patrulla en el camino principal.

– Mi teniente –dijo Fernández, que era el que más sufría por la falta de comida-, permítame un minuto para hablar con la abuela.

Fernández se acercó a la abuela y hablando en quechua la trató de convencer que compartiera su comida. Como única respuesta recibía un “manam” (no).

– Mira abuela, te cambio mi chompa por tu comida –ofreció Fernández.

– ¡Fernández! Ni se le ocurra cambiar su equipo –le advertí.

– Tengo dos chompas, esta nueva que me he comprado y la vieja que me dieron hace un año y la tengo guardada en la mochila. Mire es ésta –dijo mostrándome su antigua y penosa chompa.

– Bueno, en ese caso no digo nada.

– Mira abuela, toca, toca, está buenísima, como nueva. Te la cambio por tu comida –le decía Fernández.

La abuela miró la chompa nueva de reajo, sin tocarla y luego de unos momentos de meditarlo le dijo finalmente “ari” (sí). Fernández le dio la chompa y cuando fue a coger la lata que servía de olla, la abuela puso la mano y le dijo: “La lata no, sólo el pan”.

Fernández se debió sentir estafado, pero a estas alturas seguro que el hambre podía más que su orgullo, así que aceptó a regañadientes cogiendo el pan y guardandoselo en el bolsillo de su pantalón. Finalmente nos enteramos que la abuela podía ser vieja, pobre e ignorante, pero de tonta no tenía un pelo.

– Fernández, venga.

– Sí, mi teniente.

– Ahora que usted está en mejores condiciones que el resto de la patrulla vaya y releve al cabo Copa con la ametralladora el resto del camino.

– Sí, mi teniente.

Pronto retomamos el camino cuesta arriba, aunque ahora un

poco más frescos luego del imprevisto descanso tomado. No dije nada pero los recientes sucesos en la casa de la abuela me dejaron pensando... "He cambiado mi abrigo por un pan", caramba, parece el título de una novela desgarradora o cuando menos uno de esos anuncios para concienciar sobre el hambre de los negritos del África. Asombroso todo lo que tenemos que ver en esta vida. A veces pienso que para el enemigo sería más efectivo en vez usar bombas y fusiles colocar una olorosa y humeante parrillada de carne frente al cuartel, seguro provocarían una desertión en masa; aunque estoy siendo un poco injusto con la tropa, porque según creo que esto del hambre voraz es algo común en los soldados de todas las latitudes, al margen de si están o no bien alimentados.

La pendiente comenzó a suavizarse por tramos, señal que ya estábamos entrando al abra propiamente dicha, pero como ya eran más de las seis de la tarde y el sol no incidía directamente en nosotros el frío comenzó a calar el ambiente, por suerte la actividad física de la caminata nos mantenía relativamente calientes. Estando ya en una parte de más fácil transito por tener menos pendiente, pudimos aligerar el paso, pero de ninguna manera estábamos en terreno llano. Por su misma naturaleza de paso de montañas, éstas flanquean al camino y muchas veces impiden la luz directa del sol, especialmente en las mañanas y al atardecer.

Habíamos avanzado otra media hora y los dos hombres que iban por delante explorando el terreno hicieron alto y se agacharon, unos instantes después nos hacían señas con los brazos.

– Toribio, que la patrulla se disperse a los lados del camino.

– Ya están mi teniente, ¿qué pasa allí adelante?

– No lo sé, pero esos dos nos están haciendo señas. Acompañame a ver qué han encontrado.

Un par de minutos después estábamos junto a los dos hombres que iban por delante, uno los cuales me mostraba en su mano extendida un objeto metálico que había recogido del suelo.

– Mi teniente, es una bala del nueve –dijo Toribio.

– Efectivamente y no está percutada. Al parecer se le cayó a alguien –dije examinándola detenidamente-, y no parece de la nuestras.

– ¿Cómo lo sabe?

La Guerra de los Tenientes

—Observa las marcas en el culote, tienen las iniciales CPZ 87 y una estrella. No son de la misma fábrica que utilizamos, las nuestras son todas FAME.

—¿Seguro?

—Casi, pero será mejor que nos cercioremos. ¿Quiénes tienen pistolas?

—El operador de radio Cáceres, el cabo Copa y usted.

—Que traigan sus cargadores y los revisamos.

Minutos después no quedaban dudas que no eran de las nuestras.

—Mi teniente, son todas FAME 79 y 84, definitivamente no son nuestras.

—Ni por casualidad son de nuestros almacenes, además las otras dos patrullas han ido por la carretera del sur.

—Pero pudo ser alguna otra patrulla, quizás tiempo atrás.

—No parece posible Toribio, sabemos que hace mucho que las patrullas no vienen por esta zona, además aún no está oxidada, la pátina del tiempo no la ha recubierto y ni siquiera ha perdido el brillo, yo diría que no tiene aquí más de una semana como mucho, quizás menos.

—Lo cierto es que las balas no llueven y por tanto esta no cayó del cielo, mi teniente.

—Algo me dice que el paso por el abra es más transitado de lo que creíamos.

—¿La compañía setenta y cinco?

—No sigas con ello, ya te he dicho que no existe. Pero es muy probable que sean los que estamos buscando, porque sólo transitando por estas zonas podrían burlar todos los controles que hay en las carreteras y pasar de la sierra a la selva con tanta facilidad.

—Vaya, vaya, con todo lo que vamos encontrando las cosas se van aclarando —dijo Toribio.

—El viejo de abajo sabía algo y se lo calló, no sabemos si por miedo a las represalias o por ser un colaborador, otro tanto con la abuela... aparte de usurera y amarrete.

—Si nos pasa algo le aseguro que regreso y le pido cuentas a patadas al viejo curioso, ya decía yo que preguntaba mucho —amenazó Toribio.

—No Toribio, no es buena, la venganza nunca es buena y si es con ira es pecado capital... pero si realmente sucediera algo te

agradeceré que le propines unas cuantas de mi parte. Ya luego moveremos cielo y tierra para conseguir una bula papal.

—¿Bula Papal? ¿Qué es eso?

—Es una autorización y bendición especial que otorga el Papa, así este tipo de pecadillos blancos, como reventar a patadas al viejo chismoso, no se contabilizan para nuestra entrada al cielo. ¿No crees que sea una gran ventaja?

—Sí, pero... ¿Y ahora qué hacemos?

—Por lo pronto avanzaremos, aún tenemos la misión de agruparnos con las otras patrullas, pero ahora lo haremos extremando las precauciones. Vamos a hacer lo siguiente... quiero a cuatro hombres en vez de los dos actuales con cartuchos de proyección en los fusiles y las granadas de fusil con el estuche abierto, si nos emboscan será desde arriba; con las granadas de fusil les haremos perder ventaja y algo de iniciativa. Relévate a los dos hombres de la cabeza que ya deben estar cansados y que a partir de ahora con los ojos muy abiertos, rotándolos cada treinta minutos. Ubícate en la parte posterior de la patrulla yo me encargo de adelante.

—¿Ud. cree que nos habrán visto?

—No lo sé, recuerda que ellos tampoco nos esperaban por estos lares y probablemente terminen más sorprendidos que nosotros. Quizá ahora sea una oportunidad nuestra.

—Pero estos también colocan vigías.

—Pues no me sorprendería que nos estuvieran observando, desde aquí abajo es difícil saberlo, aún con los binoculares. Pero aún podemos hacer algo... los dos últimos hombres de la columna que vayan disimuladamente mirando hacia atrás de tanto en tanto, muchas veces los que se ocultan para observarnos no resisten la tentación de sacar la cabeza una vez que ya hemos pasado, es la curiosidad que todos llevamos dentro.

Reunimos a la patrulla y les informamos de la situación, todos escucharon con atención y la seriedad se sentía en el ambiente, antes de partir nos dimos cinco minutos de descanso que todos aprovecharon para limpiar los fusiles y aceitar los mecanismos.

Reanudamos la marcha con las nuevas disposiciones, esta vez con un paso más moderado que el anterior debido a que ya no sólo nos preocupábamos de llegar a nuestro destino a como diera lugar, sino que prestábamos atención a todas las señales del terreno, especialmente a las alturas y líneas de fe de los cerros

que flanqueaban el camino. Estos eran impresionantes y amenazadores, aún considerando que nos encontrábamos a la nada despreciable altitud de más de tres mil metros y todos ellos con un aspecto grisáceo, ya que al ser más de las seis y media de la tarde los rayos del sol caían oblicuamente. Si alguien nos hubiera estado observando desde las cimas de los cerros aledaños seguro que vería unos pequeños puntos que avanzaban en columna en medio de la inhóspita inmensidad de la cordillera. ¿Quién dijo que en este país había mucha gente?

Después de casi una hora, la luz del día comenzó a perderse rápidamente y el frío ahora ya era más notorio, especialmente en las partes menos protegidas de la cara y las manos, instintivamente acelerábamos el paso porque así manteníamos el calor corporal, pero media hora después ya prácticamente había caído la noche.

—Mi teniente —dijo acercándose Toribio—, ya casi es de noche.

—Sí, ya veo que la visibilidad es reducida, aunque también es una ventaja porque tampoco podrán vernos y en medio de la oscuridad es difícil coordinar una emboscada exitosa. Recuerda que estamos en luna nueva y lo mejor que podemos hacer es seguir avanzando para que no nos ubiquen en la última posición en que nos vieron.

—En contrapartida nosotros tampoco podremos ver el camino y así será difícil avanzar —me recordó Toribio.

—Sólo nos queda acelerar el paso, no me gustaría pasar la noche en este lugar y quiero salir cuanto antes del abra. Mientras tanto, todavía podemos avanzar un poco más. Lo bueno de estos caminos de herradura es que puedes darte cuenta cuando estás caminando por ellos y cuando no, ya que es un suelo firme, a diferencia de la alfombra de hierba del terreno no transitado.

—Mi teniente, a partir de este momento dispondré que reduzcan el intervalo entre hombre y hombre, es mejor caminar más juntos.

—Bien, y haz otra indicación... por ningún motivo enciendan linternas ni cigarrillos, en medio de esta oscuridad nos detectarían a kilómetros.

—¿Algo más?

—Sí, ubícate al final de la columna. No permitas que alguien se retrase, si se pierde alguno habremos arruinado la operación

porque tendríamos que detenernos todos a buscarlo. A partir de este momento, si nos llegaran a disparar, pase lo que pase, sólo haremos cuerpo a tierra y no devolveremos el fuego con los fusiles; es un gasto inútil de munición y lo único que conseguimos es que ubiquen nuestra posición a partir de los fogonazos de los disparos. En vez de ello que abran fuego los hombres que tienen las granadas de fusil preparadas, esas no se ven cuando se disparan y caen desde arriba; como no es necesario ser totalmente preciso para hacer blanco les generará una confusión que les quitará las ganas de estar cerca de nosotros.

Finalmente la oscuridad total de la noche llegó, era luna nueva pero había algunas estrellas en el firmamento, aún podíamos guiarnos por los pasos de quien iba por delante y la respiración de aquel que iba detrás. Quien lo llevaba mal era el hombre que iba a la cabeza de la columna porque no tenía clara la referencia de donde pisar, a veces el camino daba un giro brusco o pasaba por algún afloramiento de rocas que había que remontar, en esos casos el pobre normalmente terminaba por los suelos y en algunas ocasiones también el que venía detrás de él. Por esta razón el hombre “punta” se relevaba cada quince minutos. Si alguien nos hubiera estado observando a la luz del día observaría a un grupo de soldados en columna que avanzaba tanteando el terreno tal y como lo hacen los ciegos por las calles.

Cuando la oscuridad se hizo verdaderamente impenetrable no quedó más remedio que echar mano del visor nocturno que disponíamos, el cual era el único elemento material moderno que nos diferenciaba de los soldados de hace cincuenta o cien años. De estos visores, que no son más que amplificadores electrónicos de la luz natural –ya sea de la luna o de las estrellas–, existían dos tipos: unos cuyas baterías eran cuadradas que no disponíamos de recambios y por tanto estaban abandonados a su suerte en los almacenes, y otros que necesitaban baterías tipo doble A, es decir las comerciales y por ello utilizables. El pequeño inconveniente es que te los entregaban en el almacén sin baterías y a partir de ese momento era tu problema, conseguir las pilas no era demasiado difícil ya que normalmente podías encontrarlas en las tiendas de algunos pueblos en el camino, que vendían unas de carbón de fabricación nacional y cuya duración y potencia no era mucha, aunque la tropa le extraía hasta el último electrón a golpe de piedra. Después de diez días de

marcha lo que nos quedaba de baterías parecían más dedos machacados que pilas, así que teníamos que racionar su uso a lo indispensable, encendiendo el visor por tramos y luego apagándolo hasta el siguiente. En estas circunstancias un par de pilas alcalinas hubieran valido su peso en oro, pero estábamos en las más profundas entrañas del Perú y era pedir demasiado.

Caminamos así durante casi una hora, pero el ritmo de progresión era lento en aquellas circunstancias en la que el frío era cada vez más penetrante, especialmente por los delgados pantalones de drill que usábamos. El hombre punta me comunica que el visor ya tenía poca potencia y el terreno estaba cubriéndose de una densa neblina, este tipo de fenómenos atmosféricos son comunes en esta zona, eran las que proveían de humedad a las alturas a partir de su condensación, normalmente las traían los vientos del este desde la llanura amazónica y eran las responsables de que por la mañanas el paisaje apareciera mojado con un rocío abundante o con una escarcha general, si además de niebla hubiera caído la temida helada.

Estábamos concentrados en nuestro accidentado avance cuando en la parte de atrás de la patrulla se oyeron unos gritos, lo que nos obligó a detenernos.

– ¿Qué pasa allá atrás?

– ¡Alguien se ha caído! –advirtió una voz.

– Se ha caído el soldado Cárdenas, mi teniente –dijo Toribio.

– ¿Dónde está? ¿Lo ven?

– No, nada, está muy oscuro, pero lo escuchamos.

Pedí el visor al hombre que iba en punta y me dirigí con una linterna al lugar donde se escuchaban los gritos.

– Es aquí abajo –dijo Toribio.

– El visor es inútil, con esta niebla sólo se refleja una pantalla blanca. Usaré la linterna.

– ¡Pero nos verán!

– Toribio, a estas alturas ya estamos todos jodidos. Nos habrán escuchado a kilómetros con el alboroto que hemos creado. Mira, allí está Cárdenas.

Efectivamente estaba Cárdenas tendido en la pendiente del cerro, afortunadamente más que caer había rodado por una pendiente pronunciada, pero no caído, lo que hubiera sido fatal.

– ¡Cárdenas! ¿Te encuentras bien?

– Sí, sólo un poco magullado.

—Toribio, que dos hombres dejen sus mochilas y fusiles y bajen con cuidado para ayudar a subir a Cárdenas.

Los dos hombres se dejaron resbalar por la hierba húmeda que había comenzado a condensar la niebla, guiados por el haz de la linterna que los llevaba hasta donde estaba Cárdenas. Al llegar hablaron un momento con él y lo incorporaron, al parecer se sostenía solo. Le quitaron la mochila, recogieron su fusil e iniciaron una lenta subida por la pronunciada y resbalosa pendiente. Luego de casi diez minutos Cárdenas llegaba con la ayuda de los otros dos.

—¿Te has hecho daño?

—No, mi Teniente. Pero he perdido un cargador y una grana da de mano.

—¿Quiere que envíe a más hombres para buscar el material? —preguntó Toribio.

—No. Ni hablar de ello, no vale la pena arriesgar personal para recuperar equipo.

Si hubiera sido un poco más vertical... si hubiera sido un precipicio... si... ahora que las cosas se ponían color de hormiga recién tomábamos conciencia de la temeridad rayando en la estupidez que estábamos cometiendo. ¿A quién en su sano juicio se le ocurre cruzar un paso de montañas sin conocerlo, sin el mínimo equipo y abrigo apropiado? ¿Y en medio de una oscuridad cuya negrura no permitía siquiera ver la palma de tu mano a diez centímetros? ¿Y si te hubieran dicho que tenías que cruzar territorio controlado por el enemigo? Por primera vez maldije esos planes de operaciones de estrategias de escritorio que jamás habían tenido ni por asomo experiencia en condiciones reales.

Lo peor del incidente es que nos retuvo casi media hora y por la falta de actividad física nuestros cuerpos se comenzaron a enfriar rápidamente, particularmente la parte posterior de las rodillas donde más de uno comenzó a sentir calambres. Las otras partes del cuerpo no iban mejor, los pantalones delgados y las chompas viejas no abrigaban mucho y quienes tenían la esperanza de cambiarse la ropa interior por otra que no esté mojada por el sudor, tampoco lo tenían mejor porque la ropa lavada al mediodía aún no había secado. A partir de este momento el que menos colocaba el fusil a la espalda y cruzaba los brazos colocando las manos debajo de las axilas para conservar

La Guerra de los Tenientes

el calor. El camino se hizo cada vez más penoso.

– Mi teniente, ¿tiene usted hora? – dijo Toribio.

– Son más de las nueve y media.

– Ha comenzado a soplar un viento, estos luego empeoran y no podemos estar expuestos.

– Tienes razón, pero abrigo contra el viento por aquí no encontraremos, sólo nos queda seguir caminando y salir del abra a como de lugar.

– ¿Sabe usted dónde estamos exactamente?

– Ni idea, supongo que ya habremos avanzado más de la mitad, pero en medio de esta oscuridad es imposible saberlo, no tenemos puntos de referencia. Lo único que tengo claro es que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

– ¿Cómo sabemos si vamos bien?

– Imposible saberlo, lo peor de todo es que el tramo que falta puede estar flanqueado por desniveles importantes y nos podemos desbarrancar, la próxima vez no tendremos tanta suerte como Cárdenas.

– ¿Quiere que me ponga delante para ir tanteando el terreno?

– No. Mira, en estos momentos es más probable que resbalásemos por un precipicio o que desaparezcamos en una fosa, así que correremos el riesgo de encender sólo una linterna; que la lleve el primer hombre para asegurarnos que vamos sobre terreno firme.

– Pero nos verán.

– Seguro, pero no nos queda otra alternativa, el viento ya comenzó a soplar.

Después de media hora delatando nuestra posición, creí tener la sensación que el terreno se hacía más suave o que íbamos en más tramos en descenso, aunque esta apreciación podría ser falsa porque aún así teníamos pendientes rocosas para subir. En los tramos que eran relativamente seguros y de fácil tránsito el que iba a la cabeza aceleraba el paso para avanzar lo más rápido posible y tratar de salir cuanto antes de la infernal senda en que nos habíamos metido, pero cuanto más avanzábamos, más se nos echaba el mal tiempo encima, el viento comenzó a soplar con fuerza y la sensación térmica comenzó a descender rápidamente.

– Toribio.

– Sí, mi teniente.

—Que se reduzca al mínimo la distancia entre hombre y hombre. Y que cada uno se agarre en la mochila o las hombreras del que está delante de él. Este lugar no es seguro ni para el diablo.

Avanzamos una media hora más pero cada vez la progresión era menor, hasta que la luz de la linterna del que iba por delante comenzó a iluminar en círculos su posición, como si buscara algo o se hubiera perdido.

—¡Mi teniente, venga a ver esto! —llegó la llamada de adelante.

—¿Qué pasa? —dije protegiéndome del viento con las manos mientras llegaba.

—Mire que extraño es este suelo.

Efectivamente, en el suelo había un hoyo de forma cónica de poco menos de un metro de profundidad y dos de diámetro en su boca. No me parecía natural ya que jamás había visto algo así.

—Toribio, ¿ves esto?

—Sí, es extraño, quién lo habrá hecho y para qué.

—No sé, nunca había visto algo igual. Y menos aquí, en medio de la nada.

—¡Mire, allí hay otro! —dijo el soldado con la linterna iluminando otro hoyo a unos cuatro metros a un lado.

—Sí, es otro igual, ¿qué carajo será esto?

—Mi teniente —dijo Toribio—, aún hay más hacia donde está el otro, son seis hoyos y todos en una fila.

—Métete en uno y mira si hay algo raro en el fondo.

Toribio entró al hoyo de un salto y comenzó a tantear el fondo del mismo golpeando con la planta de las botas, mientras yo le iluminaba con la linterna.

—No, nada. Es un hoyo como cualquier otro, el fondo es de tierra aunque con un polvillo blanco en la base que no puedo identificar. Lo mejor de todo es que protege del viento.

—¿Protege del viento? ¿Seguro?

—Bueno, bastante, pero en la parte de arriba se cuele un poco.

—¿Cuántos hombres entran en el hoyo cómodamente?

—Probemos, ¡Esos cuatro de allá: meterse al hueco, a ver si sirve como refugio!

—Sí, estamos bien, el viento entra un poco, pero está mejor que estar parado allá arriba.

—Toribio, nos quedamos aquí. Es el único refugio del viento hasta el momento y no sabemos cuanto nos falta para salir del

La Guerra de los Tenientes

abra, si seguimos nos vamos a congelar.

– A falta de alternativa... ¿Será seguro quedarnos aquí?

– Vamos a colocar dos puestos de escucha, uno camino arriba y otro camino abajo.

Durante las noches no tiene sentido colocar puestos de vigilancia ni de observación, ya que por la oscuridad no es posible identificar algo por la falta de visibilidad; sin embargo los puestos de escucha permiten detectar si alguien se acerca por los ruidos de las pisadas o por las voces. Evidentemente el hombre “escucha” tampoco podía dar la alerta a los miembros de la patrulla usando la voz, para ello se implementaba un método de aviso que consistía en un cordel que iba desde el puesto adelantado y estaba atado al brazo o la pierna de uno de los que estaban descansando, y que el “escucha” tiraba con fuerza repetidamente en caso de necesidad, de este modo se podía correr la alerta entre todos los miembros sin hacer ruido.

– Toribio: nombra cinco turnos de guardia de una hora de tres hombres, dos estarán en el camino y el tercero que sea alguien que permanece en el hoyo. El resto que se distribuya en cinco hoyos consecutivos a razón de tres por cada uno.

– A Dios gracias que encontramos estos huecos, de lo contrario creo que de esta no salimos. Colocaremos las mochilas en los bordes para proteger del viento –añadió Toribio.

Al parecer un hada madrina o ángel de la guarda nos habría reservado estos hoyos que nos protegían del viento, aunque no del frío, porque parecía que nos congelábamos más que cuando estábamos fuera, era sumamente raro, pero puestos a escoger el mal menor, mejor no decir nada.

Miré mi reloj y era casi la una de la mañana, todavía nos esperaba una larga noche de frío y nosotros con el poco abrigo que llevábamos. Según mis cálculos ya habíamos cruzado por la mayor parte del abra, pero no era posible saber si faltaba mucho o poco para salir del endiablado paso en el que nos habíamos metido. Si teníamos suerte, y como yo pensaba, ya teníamos la mayor parte del trecho recorrido, probablemente al amanecer los primeros rayos del sol nos darán directamente desde la llanura amazónica, pero eso estaba por verse.

Lo de dormir o descansar pasaba por ser un decir, era materialmente imposible hacerlo en los hoyos donde permanecíamos acurrucados, en los que si bien es cierto se filtraba poco viento,

la sensación de frío, por algún motivo que no sabría explicar, era cada vez más intensa.

Luego de una hora los puestos de escucha regresaron diciendo que con el viento no se podía oír nada y se estaban congelando allá expuestos. Tenían razón, nadie en su sano juicio y con un dedo de frente se le ocurriría transitar por esos parajes en medio de la ventisca, excepto nosotros, claro está.

—Toribio, que los escuchas cambien de posición que hagan su guardia en cada hoyo pero con la cabeza afuera. Que el relevo se haga entre los miembros del mismo hoyo.

Casi una hora después la situación se hacía insostenible el viento rugía y se colaba por cualquier resquicio que hubiera. De las voces que llegaban de los otros hoyos deducíamos que tampoco dormían y no lo estaban pasando mejor. El año pasado dos soldados de otro batallón murieron de frío en la parte alta, uno de ellos tenía una herida en un pie y el jefe de patrulla, para no arriesgar al resto, hizo que se quedara en un abrigo improvisado junto con otro compañero para que pasara con él la noche mientras conseguían una camilla. Al día siguiente cuando fueron por ellos los encontraron congelados.

De un salto Toribio entró en nuestro hoyo y me dijo:

—¡Mi teniente, la gente se está congelando, no podemos continuar aquí!

—Olvidalo, Toribio. Ni hablar de caminar con este viento. Si salimos de aquí estaremos del todo perdidos.

—Tenemos que hacer algo.

—Haremos esto: recorre los hoyos de la derecha y diles que se replieguen a los dos primeros, en el que estoy yo y el de mi izquierda. Nos concentraremos en dos grupos.

—Somos demasiados, diez personas en un hoyo no cabemos.

—Que se quiten las hombreras, los cintos y las mochilas, que las acomoden alrededor del borde de los hoyos, les dará movilidad y en algo protegerán del viento. Los fusiles apoyados en las paredes.

Toribio recorrió los hoyos pasando la voz de replegarse, la tropa no lo pensaba dos veces y, poco a poco, de un salto los primeros hoyos se llenaron de gente que al tratar de protegerse del frío y buscar calor abrazaban a sus compañeros. Al final sí cabíamos casi diez por hoyo, que se habían convertido en una maraña de brazos y piernas.

La Guerra de los Tenientes

A eso de las cuatro de la mañana el viento dejó de soplar poco a poco y con ello, aunque el frío que no remitía, por lo menos se hacía más soportable. Para las cinco de la mañana lo único que se oía era la respiración de cada uno de nosotros.

A las cinco y media Toribio me dice:

— Mi teniente, mire allá arriba.

Al levantar la vista se podía ver en el cielo un pequeño triángulo rojizo que lentamente crecía. ¡Era el sol que comenzaba a iluminar las cumbres más altas que flanqueaban el paso! ¡Por fin se acabaría la noche! Pero una cosa era que le sol iluminara las cumbres y otra que nos llegara a nosotros, que seguíamos sumidos en la oscuridad y el frío asociado a ella. Ninguno de los que estábamos en los hoyos nos movimos hasta casi las siete, que fue cuando de a pocos el sol comenzó a iluminar nuestra posición. Poco a poco comenzamos a salir entumecidos por el frío y ojerosos, el que menos estaba con las manos en los bolsillos, pues los guantes de lana protegían poco contra el viento de la noche y comenzábamos a caminar dando vueltas para desentumecer los miembros, particularmente las piernas y los pies, aunque lo más efectivo para estos últimos era descalzarse y someterlos a intensos masajes para volver a restablecer la circulación sanguínea, no era raro retirarse los calcetines encontrarse con los dedos blanquecinos, casi azules, además de adoloridos.

Lo más triste de todo, después de la terrible noche que habíamos pasado, era que no teníamos nada para desayunar, o peor aún, sólo desayunaríamos un poco de resignación. Uno que otro buscando en sus bolsillos sacaba un cigarrillo que lo fumaba solo o lo compartía entre dos o tres en silencio. Yo hacía tiempo aprovisionando una y otra vez las balas del cargador de mi pistola.

El agua de las cantinas estaba totalmente helada. Aún así, los que nos atrevimos, aprovechamos para un pequeño aseo. Mojábamos dos dedos y pasábamos la humedad por la frente, ojos y mejillas para luego secarnos rápidamente con las mangas de la camisa. Cepillarse los dientes fue un poco peor porque se hacía con furia del dolor en las muelas que producía el agua fría como el hielo.

— Toribio: en quince minutos partimos, que la tropa haga una limpieza rápida de los fusiles, verifique su munición y comience

a equiparse.

— ¡Ya escucharon! —alertó Toribio— ¡En diez minutos hay revista de armamento! ¡Ajustar los equipos!

Partimos con la misma organización del día anterior, tres hombres en punta y Toribio cerrando la columna. Nuestro paso no era muy rápido, los efectos de la noche y entumecimiento de las piernas se mantendrían hasta que entrásemos en calor. Efectivamente parecía que estábamos en la parte final del abra porque, aunque no descendíamos, tampoco había subidas de pendiente, al cuarto de hora se hizo claro que descenderíamos, el suelo se inclinaba muy ligeramente, imperceptible a la vista pero no a las piernas que rápidamente sentían que el esfuerzo era menor.

No había transcurrido mucho, cuando uno de los hombres de la cabeza daba el alto a alguien que se suponía venía al encuentro de nosotros. Me adelanté y allí al frente nuestro estaba un hombre, campesino a todas luces, con un saquillo colgado del hombro y una pequeña azada en la mano izquierda, que permanecía callado mirándonos con mucha extrañeza.

—Cabo Cajas, mire que lleva ese hombre en el saco... Y usted ¿Quién es? —pregunté al inesperado visitante.

—Me llamo Agustín Quilla, vivo en el pueblo de allá abajo, cerca. ¿Pero ustedes quiénes son? —preguntó intrigado.

—Lleva sólo un poco de papas blandas —decía Cajas observando detenidamente el contenido del saco.

—Somos una patrulla del ejército —le dije al interrogado.

—Sí, ya sé, pero... ¿De dónde han salido?

—Pues venimos del otro lado de la cordillera, acabamos de cruzar el abra.

—¿El abra? ¡¿Y lo han hecho por la noche?! Nuuuu señor, no camine de noche por las alturas porque hace mucho frío, además del viento —vaya consejo, maldita la hora en la que me lo daba, aparte que me estaba dejando como un tonto.

—Bueno, hacía un poquitín de frío, pero para pasarlo mejor no metimos en unos huecos que hay un poco más arriba en el camino —le dije mientras el tipo abría los ojos.

—Nuuuu señor, por la noche no debe meterse en esos huecos, está muy mal lo que ha hecho. Eso no se haaace.

— ¡Dame una razón por la que no puedo pasar la noche en los malditos huecos! —pregunté perdiendo la paciencia, seguro me

La Guerra de los Tenientes

respondería con alguna tontería de sus antepasados o alguna superstición.

—Señor, esos huecos los hemos hecho nosotros para congelar en la altura las papas por la noche y hacer chuño o harina por deshidratación al frío; cuando las recogemos al día siguiente las pobres están tiesas de lo heladas que están —dijo mientras todos los que lo rodeábamos nos mirábamos con cara circunstancia, especialmente Toribio.

¡Mierda! ¡Por eso es que casi morimos congelados allá arriba! Esos jodidos huecos servían para helar papas por la noche y nosotros bien acurrucados que la pasamos. Vaya estupidez que había cometido, ojalá nadie se entere de esto, me lo callaría como uno de mis mayores secretos; además me prometí que jamás volvería a comer chuño en respeto al sufrimiento a las que fueron sometidas las pobres papitas.

—No se preocupe, tenga por seguro que no volverá a ocurrir. Cambiando de tema, ¿me puede decir el camino al pueblo de Quimaya?

—Si claro, como no. ¿Pero al pueblo de Quimaya Alta o Quimaya Baja? —inquirió el campesino.

—¿Qué es eso de Alta o Baja? —le pregunté extrañado.

—Es que hay dos pueblos: Quimaya Alta y Quimaya Baja.

—¿Cómo que dos pueblos que se llaman igual?! ¡¿A qué clase de gente se le ocurre fundar dos pueblos que se llamen igual?! —

—No se altere caballero, esto tiene su explicación. Sucede que hace años los padres de nuestros padres fundaron el pueblo de Quimaya Alta, que esos tiempos se llamaba Quimaya a secas, No había Alta ni Baja Quimaya.

—Bien hasta allí todo normal, como Dios manda —sentenció.

—Con el paso del tiempo, al crecer el pueblo y la población, muchos se dieron cuenta que las buenas tierras no eran suficientes para todos y propusieron mover todo el pueblo unos kilómetros más abajo. Pero otros más se negaron, especialmente los que sí poseían buenas tierras y ellos no quisieron moverse. Así fue que una parte del pueblo se trasladó a la nueva ubicación mientras la otra permaneció en su lugar.

—Bueno, pero hubiera bastado que los que se fueron fundaran un nuevo pueblo con otro nombre, ¿no?

—Sí señor, pero lo que no contaban era que uno de los que se fueron era el alcalde y él dijo que no dejaría el cargo que sagra-

damente juramentó servir y decretó que el verdadero pueblo era el nuevo y no el antiguo. Así empezó la cosa y ahora los de Quimaya Alta son enemigos irreconciliables de Quimaya Baja desde hace dos generaciones. Así es señor.

Toribio se me acercó diciendo:

—¿Y a dónde deberíamos ir? ¿Que dice el radiograma?

—Pues que yo recuerde no decía nada de Alta o Baja, pero déjame verificarlo —le dije desdoblado el papel con el radiograma transcrito que saqué de mi bolsillo.

—No, aquí no dice nada.

Otro ligero problema que teníamos era que las cartas de la zona no siempre estaban actualizadas, y cada quién tenía su propia versión, ya que muchas veces se construían a partir de trabajos anteriores, como levantamientos topográficos para irrigaciones. Lo más probable es que este cambio no se viera reflejado en las cartas de la comandancia de la División y sabe Dios hacia dónde se habría dirigido el capitán Álvarez con su tropa.

—Mire —le dije al campesino—, díganos el camino para llegar a Quimaya Alta y luego iremos a Quimaya Baja.

—Le recomiendo que si quiere ir a Quimaya Baja vaya directamente desde aquí porque entre los dos pueblos hay un río profundo que obliga dar un rodeo de casi una hora —advirtió el campesino.

—Bien, gracias por su ayuda. Una última pregunta... ¿Mucha gente usa el abra? ¿No habrá visto por casualidad gente extraña transitar estos últimos tiempos?

—No señor, ya nadie pasa por allí desde que abrieron la carretera hace años. Nunca he visto a nadie, se lo juro —respondió.

—Gracias nuevamente, puede continuar con su camino —le dije, mientras él recogía sus pocas pertenencias y continuaba su camino—. Toribio, ven un momento.

—Sí mi teniente, ¿Qué haremos?

—Puestos a tener que caminar primero iremos a Quimaya Alta y si no es ése el lugar no nos quedará más que ir a Quimaya Baja dando el rodeo. Ese tipo de las papas congeladas no creo que nos haya dicho toda la verdad.

—¿Nos mintió con lo de Alta y Baja? —preguntó Toribio.

—No, nos mintió con lo del abra; no me creo que en todos estos años jamás pasara nadie. ¿Recuerdas la bala que

encontramos ayer por la tarde?

—Es una sospecha, la gente ha caminado por estos lugares muchísimos años hasta antes de la llegada de la carretera y estas huellas quedan marcadas para siempre, y no necesariamente han transitado constantemente —comentó Toribio.

—Es posible, pero esa bala no cayó del cielo y el camino es paso obligado por donde congelan sus papas. Apostaría que sabe algo más de lo que dice saber, pero lo más seguro es que nunca no los diga. Organiza la columna nuevamente, nos vamos a Quimaya Alta, partimos en cinco minutos.

La columna se reorganizó y comenzamos un franco descenso, inicialmente por pendientes suaves y luego por otras no tanto, siempre con un desarrollo horizontal. A veces daban ganas de cortar camino y pasar de un lado del camino a otro pero esto normalmente significaba dejarse resbalar por los cerros y tratar de detenerse como pudiéramos al llegar al siguiente tramo. Normalmente terminábamos con las rodillas adoloridas y los dedos de los pies destrozados.

El paso de la sierra a la selva se hacía rápidamente, parecía increíble que en tan poca distancia pasásemos de una tundra helada a una selva tropical, la diversidad climática era asombrosa. Mientras descendíamos, primero pasábamos por entre malezas secas que luego se iban convirtiendo en arbustos cada vez más grandes que, poco a poco, se iban cubriendo de verdor, todos eran iguales. Media hora más y unos pequeños arbolillos hacían presencia para luego dar paso a árboles propiamente dichos. Lo mismo sucedía con el clima, poco a poco sentíamos calor y el que menos se quitaba las chompas y continuamos descendiendo en camisetas o camisas solamente.

Aunque estábamos en selva alta el terreno era muy abrupto ya que aún estábamos a casi mil metros de altura, la definición correcta sería de una sierra con muchos árboles. A eso de las nueve hicimos entrada al pueblo de Quimaya Alta. La denominación de pueblo era un poco exagerada, si podíamos llamar pueblo a la docena de casas agrupadas en orden ninguno alrededor de lo que parecía una plaza principal de tierra. Las casas eran de una mezcla de tapial de barro con techos y vigas de madera sin tratar, cubiertos por calaminas de zinc que habían sido reutilizadas mil veces por la cantidad de huecos y dobleces que mostraban. Como sucede en todos los pueblos cuyos habi-

tantes se dedicaban al campo, éste estaba prácticamente vacío a esta hora de la mañana, a lo sumo una que otra mujer secando granos de café extendiéndolos sobre plásticos azules. Según supimos, en el otro extremo del pueblo estaba el único hombre mayor de edad con el que podíamos tomar noticias, era el dueño del aserradero.

Lo del aserradero también era mucho decir; se limitaba a una sierra circular que se hacía girar por medio de un ingenioso mecanismo de fajas y cintas, a partir de unas ruedas que estaban al pie de una caída de agua.

– Buenos días –saludé.

– Buenos días, señor. ¿En qué lo puedo ayudar?

– Necesitaba conocer si por estos lugares han pasado otras patrullas estos días.

– Pues no, por aquí no viene nadie hace años –respondió secándose el sudor de la frente.

– ¿Y en Quimaya Baja? –pregunté.

– ¿Qué será pues? –respondió mirando el tronco que trataba de cortar sin mucho éxito. Estas eran el tipo de respuestas que muchas veces daban pero que dejaban más dudas que certezas. Alguien dijo sobre esta gente que si alguna vez te encontrabas a alguno en una escalera sería imposible deducir por su expresión si estaba bajando o subiendo.

– Y usted, ¿qué está cortando? –pregunté para ganar un poco de confianza.

– Es madera –vaya respuesta-, yo hago cuartones o vigas de tres, cuatro o cinco pulgadas de grosor para luego venderlas. Tengo dos ayudantes que todos los días salen a la selva a buscar caoba u otra madera de valor. Cuando encuentran un árbol, entre que lo cortan y trocean, pueden estar una semana en el monte, cuando me traen la materia prima arrastrada por caballos yo la trabajo, a la semana puedo preparar ochenta o cien pies cuadrados de madera.

– ¿Pies cuadrados? –preguntó uno de los soldados que estaba a mi lado.

– Sí, señor. La madera se mide en pies cuadrados y se consigue multiplicando el ancho por el alto en pulgadas y luego el largo en pies.

– Qué interesante. Dígame, ¿cómo llego a Quimaya Baja? –pregunté con la intención de partir cuanto antes.

La Guerra de los Tenientes

—Mire señor, usted debe regresar por donde vino hasta llegar al río, a partir de ese momento deberá bordearlo corriente arriba hasta llegar al puente de madera, cuando lo cruce encontrará un camino que desciende. Ése es el camino, sígalo usted y llegará sin falta. No tiene pierde.

—Una última pregunta... ¿Conoce a alguien que se llame Agustín Quilla?

—¿Agustín Quilla? ¿Agustín Quilla? No me suena de nada —respondió.

Sin perder más tiempo hicimos la ruta indicada, la caminata río arriba se hacía en medio de malezas donde nos recibieron nubes de mosquitos que se dieron un festín a costa nuestra, luego de media hora llegamos al puente o al tronco que hacía de puente, porque eso era: un árbol que alguien o algo había derribado de un extremo y que ahora era “el puente”. Atravesando el mismo, el camino se hizo más amable ya que tenía pocas pendientes y era relativamente ancho, podíamos caminar en dos columnas, afortunadamente bajo la sombra de los árboles.

Luego de un buen trecho pude divisar desde lo alto el pueblo de Quimaya Baja. Uno de los hombres punta regresó para decirme que efectivamente se divisaba tropa en la plaza del pueblo.

Mandé hacer alto a la patrulla y dispuse que se arreglaran los uniformes y el equipo antes de entrar, no quería que se viera la evidente imagen de desarrapados que teníamos y ordené hacer la entrada en el pueblo en columna de a dos.

Llegamos y al entrar a la amplia plaza, que no era más que un descampado de tierra con trozos de pasto, observé a la tropa que estaba descansando en los alrededores de ella, aprovechando los tejados de las casas. Alguien me hizo una seña y pude distinguir al subteniente Moreira que me señalaba a su derecha a alguien que estaba sentado sobre un tocón de árbol. Definitivamente ese sería el capitán Álvarez y me dirigí a él.

—Buenos Días mi capitán, soy el jefe de la patrulla oeste presentándome según el plan de operaciones —le dije saludándole, mientras Álvarez se ponía de pie.

—Oiga teniente, usted es un irresponsable. Tenemos a todo un plan de operaciones que ya está empezando mal porque usted ha llegado tarde. ¿Qué hora tiene?

—Son las diez y treintaycinco. Mi capitán.

— ¡Las diez y treintaycinco! ¡Mire, usted está llegando al punto de reunión treinta y cinco minutos tarde! ¡¿Dónde está su mística?! —dijo, enfatizando la última interrogante.

La verdad es que como sabía que me iban a decir algo por llegar tarde ya me había hecho a la idea de alguna amonestación, pero la última pregunta me rompió todos los esquemas. Lo cierto es que después de todo lo que habíamos sufrido estuve a punto de decirle dónde exactamente me había guardado la susodicha mística, pero como siempre me he considerado un buen militar me lo callé, además de ahorrarme problemas. De nada serviría contarle todas las peripecias pasadas para llegar.

— Lo siento mi capitán, pero he recibido la orden al medio día de ayer y hemos acelerado el paso lo más que se pudo para llegar a tiempo.

— ¡No es excusa! ¡No es excusa! ¡Lo tendré en cuenta! Ahora lo más importante es que preparemos el rancho que mi tropa no ha desayunado. Así que los víveres que trae póngalos a disposición de los rancheros que ya tienen las cacerolas listas, con leche y avena bastará para nuestro desayuno.

— Perdone mi capitán, pero mi patrulla no trae víveres ni para nosotros mismos.

— ¡Me dices que no han traído nada de víveres!

— No, excepto un soldado que ha conseguido un pan.

— ¿Un pan?

— Olvídelo, es una historia muy larga. A efectos prácticos... de víveres... nada.

— ¿Y las tropas de refresco?

— ¿Tropas de refresco? ¿Cuáles tropas de refresco? Mi patrulla está hace diez días en operaciones. Desde el veintidós de enero.

— ¿Seguro?

— Claro que estoy seguro, veintidós de enero... día de San Anastasio. Usted sabe...

— Aquí dice que tú pasarías por la base del batallón y traerías víveres, munición extra y una patrulla reforzada —me dijo extendiéndome una copia en papel carbón del plan de operaciones.

Leí el plan de operaciones y efectivamente describía todo lo que comentaba Álvarez, con pelos y señales. A decir verdad, aquel papel era una obra maestra académica.

— Verá mi capitán, esta es la primera vez que veo este docu-

La Guerra de los Tenientes

mento. Yo todo lo que tengo es un radiograma con la misión, pero del cómo... nada de nada. Ya me parecía raro y hablé con Arcadio expresándole mis dudas iniciales pero se limitó a decirme que usted solucionaría todos mis problemas. A propósito... ¿Se los digo verbalmente o le preparo una lista?

—¡Operador de radio! Comuníqueme con la comandancia, con el oficial de operaciones —tronó Álvarez desentendiéndose de mi consulta.

—Teniente, ordene a su tropa descansen mientras trato arreglar esta aparente confusión.

A los cinco minutos el operador de radio avisa que el capitán Arcadio estaba al aire, Álvarez tomó el auricular y le dijo.

—Arcadio, ya llegó la patrulla oeste. No trae víveres ni refuerzos como me explicaron en el plan. Cambio.

—Sí Álvarez, la patrulla oeste se le informó tarde y ya no le pudimos hacer venir al cuartel para que recoja lo necesario. Cambio.

—Y ahora... ¿Qué hago? Cambio.

—Tú sigue con el plan normal, no hay ninguna modificación. Repito, todo normal. Cambio.

—¿Cómo que siga con el plan normal? ¿De qué vamos a vivir estos días? Cambio.

—Álvarez, aquí en la comandancia tenemos muchos problemas. No nos añadas otros. Cambio.

—¿Cómo que no envíe problemas?! ¡Si son ustedes quienes me tenían que proporcionar los suministros! ¡Cambio! —dijo Álvarez que comenzaba a alterarse en el diálogo.

—Álvarez, tú ya eres capitán. Deberías desplegar más iniciativa. Cambio

—¡¿Pero de qué me estás hablando?! ¡¿Cómo voy a alimentar a noventa hombres?! ¡Cambio!

—Mira, tú ya estas en la selva, repito en la selva. Cambio.

—¡¿Y eso que tiene que ver?! Cambio.

—Que todos sabemos que en la selva hay comida, mucha fruta, animales, pero sobre todo fruta. Ya quisiéramos nosotros estar en tu lugar, aquí no hay fruta y no nos quejamos. Cambio.

Álvarez se quedó en silencio tratando de asimilar lo que le estaban tratando de decir; me miró pero yo sólo alcé los hombros porque poco podría aportarle.

—Arcadio, dígame, me van a enviar víveres sí o no. Cambio.

—Pero... ¿No me entiendes? ¿Para qué quieres víveres si estás en la selva? ¡No seas pesado! Cambio.

La cara de desconcierto de Álvarez pasó a una de furia con una velocidad pasmosa y dijo gritando por la radio:

—¡Arcadio, pásame con el comandante, dígame que no nos moveremos de aquí hasta que nos envíen las provisiones! ¡Cambio!

—Imposible, repito, imposible. El comandante está fuera y no llegará hasta dentro de dos horas. Cambio

—¡Pues bien, esperaré! ¡No me moveré de aquí hasta hablar con él! ¡Nos vemos en el aire en dos horas! ¡Corto!

—Correcto, tú te lo buscas. Corto

Pues del diálogo salió a relucir algo que existe en el imaginario popular: que en la selva hay abundancia de comida, que bastaba estirar un brazo para coger toda la fruta que quisieras, pero eso sólo ocurría en la viejas películas de la Isla de Gilligan o en Tarzán de los monos. La realidad es otra: es un ambiente hostil y que es necesario muchísimo esfuerzo para que la tierra, pobre en nutrientes, pueda producir. De allí que normalmente se apliquen cultivos resistentes a entornos adversos como café.

Visto el alto obligatorio de dos horas que teníamos ordené que la tropa descansara y se distribuyera alrededor de la plaza. Mientras yo me daba una vuelta para conocer el pequeño pueblo.

Cuando estaba caminando al frente de la pequeña capilla de la plaza observo a un grupo de soldados bajo la sombra de un cobertizo, entre los cuales destacaba alguien con una amplia sonrisa y bigote... ¡Era mi amigo el Doc! ¡Sorpresa la mía de encontrarlo por estos lugares!

—¡Hey Doc! ¡Cuánto tiempo sin verte! —le dije con un abrazo.

La verdad es que no lo veía desde apenas seis semanas, pero nunca nos despedíamos, porque los militares éramos como gitanos yendo de una parte u otra y sabías que tarde o temprano nos volveríamos a ver.

—Mira que los he venido a acompañar.

—Pero Doc, tú deberías estar en la comandancia del batallón y no en una patrulla.

—La verdad es que me aburría como una ostra y quería despejar un poco, pensé que no estaría mal tomar un paseo.

—Pues a mal árbol te arrimas, porque el paseo te durará por

La Guerra de los Tenientes

lo menos quince días y tendrás poco tiempo para pescar u otro tipo de relax.

– No te preocupes, yo soy duro como el acero, ágil como el tigre y valiente como el león.

– Bien por nosotros... ¿Pero cómo te han permitido venir dejando al batallón sin médico?

– Es que está el otro médico.

– ¿Otro médico?

– Bueno, es un teniente odontólogo nuevo, pero servirá igual para el trabajo que hay: curaciones de pequeñas heridas en los pies y otras de ese tipo. Imagínate la cara que pondrá cuando tenga que curar una almorranas después de tantos años mirando dientes. ¡Les va a decir a sus pacientes que esas caries tienen muy pero muy mala pinta! ¡Juás! ¡Juás! –dijo el buen Doc soltando una sonora carcajada.

– Cambiando de tema... ¿Qué llevas a la espalda? ¿Un fusil?, La última vez que nos vimos estabas a un paso de convertirte en el apóstol de la no violencia –le pregunté al Doc con una sonrisa.

– Esto fue antes que nos emboscaran cuando íbamos a abastecer en convoy a las bases del sur. Yo salté del camión y me oculté en la cuneta del camino, desde allí los podía ver pero no tenía como dispararles.

– Los hubieras matado con tu desprecio.

– Si hubieras estado allí no te haría tanta gracia, lo peor de todo es que no dejaban de dispararme. ¡Imagínate! ¡A mí! ¡Que jamás le he hecho daño a nadie!

– Supongo que estarás hablando del enemigo, porque los soldados del batallón ya le tienen terror a tu enfermería, dicen que tú curas todo, desde apendicitis a fracturas, con ese jarabe horrible... ¿Cómo se llama? ¿Broncotosmil?

– No le veo el chiste, hago lo que puedo con lo poco que tengo –replicó el Doc con cara de pocos amigos.

– No te enfades, sólo es una broma... tú sabes que soy tu amigo incondicional y que si llegara a pasarte algo me encargaría de que no quedara impune... ¡Clamaría venganza en la cima del cerro Tamputoco si fuera necesario!

– Bueno, bueno, no te pases.

– Oye Doc, ya que estás aquí y ahora que recuerdo... ¿qué pasó con la granada de mano que te di la otra vez?

El Abra

- Ya no la tengo, la cambié.
- ¡¿Cómo que la cambiaste?!
- Verás, un día me la vio un soldado y me dijo que esas granadas negras ya estaban pasadas de moda, y que si quería me la cambiaba por la suya que era nueva y mucho mejor.
- ¿Y tú que hiciste?
- Pues ni tonto acepté, aprovechando que el soldado tenía cara de muchachito inocente, ahora tengo esta granada nuevecita, mira que bonita –me dijo sacando del morral una granada verde ovalada.
- Hazme un favor, aléjate un poco y no juegues con eso.

Al final todo quedaría en espera de lo que se hablara por radio con la comandancia respecto a los abastecimientos, de ello dependería que la operación continuara o se detuviera en su primer día. Pero eso ya es otra historia que sería mejor tratarla en otro momento.

Y así, como quien no quiere la cosa, conocí cómo era un abra y lo que tuvimos que sufrir para atravesarla, cierto es que quedé tan escarmentado que me prometí jamás cometer la tontería de volver a recorrerla. El tiempo me haría conocer después cuán equivocado estaba.

La Emboscada

Siempre creí, y aún lo creo, que la máxima aspiración que puede llegar a tener un soldado es hacer aquello para lo cual es entrenado por muchos años: entrar algún día en combate. Algo similar como a una cirugía, supongo, a la que puede aspirar un médico luego de tantos años de estudio. Sin embargo, este pensamiento que pareciera derivarse la lógica del sentido común, en realidad no era tan común. Sea como fuere un día se nos presentó la ocasión de poner en práctica todo lo aprendido en aquellas aburridas tardes de instrucción bajo el sol.

Tras dos horas de espera el operador de radio avisó que ya tenían conexión con la comandancia, el capitán Álvarez, el subteniente Moreira y yo nos acercamos a la radio.

– Álvarez, aquí comandante de batallón. Cambio –se escuchó por el altavoz.

– Aquí Álvarez. Cambio.

– He hablado con Arcadio y me informa que ha habido una falta de coordinación y no tienes las provisiones que corresponden. Cambio.

– No se de quién es la falta de coordinación, pero a mí no me ha llegado nada. Cambio.

– Bien, he dispuesto que te las envíen con los camiones de comerciantes que bajan a la selva. Cambio.

– Bien... entiendo. Cambio.

– Pero hay un problema, hoy es miércoles y los comerciantes no bajan hasta el viernes para las ferias, así que estos dos días tendrás que arreglártelas. Cambio.

La Guerra de los Tenientes

– Bueno, si me asegura que para el viernes tengo todo no creo que haya mucho problema. Cambio.

– Álvarez, una cosa más. Ya informamos a la comandancia que ustedes ya están en el punto de reunión inicial y por tanto la operación no debe detenerse. Cambio.

– Entiendo, me pone en un problema pero ya veremos cómo lo solucionamos. Cambio.

– Bien, eso es todo. Corto.

– Corto.

Al parecer las cosas ya estaban enrumbando por buen camino y ahora quedaba en manos de Álvarez la cuestión de organizarnos. Nos llamó a Moreira y a mí para coordinar.

– Ya escucharon, para el viernes tendremos las provisiones pero mientras tanto tendremos que arreglárnoslas para comer.

– Eso es mejor que convertirnos en monos y buscar plátanos para sobrevivir –comentó Moreira.

– Sí, esta mañana Arcadio casi me saca de quicio con sus brillantes comentarios –respondió Álvarez.

– ¿Usted conoce al capitán Arcadio?

– Por supuesto que sí, es dos años más antiguo que yo. No ha cambiado nada.

– Bueno... ¿Ahora qué hacemos? –pregunté.

– ¿Qué se te ocurre?

– Mi capitán, lo único que podemos hacer es pedir ayuda a los pobladores para que nos proporcionen yuca u otros alimentos a cambio de la promesa de devolvérselos el viernes por otros productos, particularmente con arroz, harina o leche. Aceptarán si les damos la seguridad de que se lo devolveremos. El único problema será si no llega completo lo nuestro, terminarán odiándonos.

– Bien, vamos a hacer esto. Tú –dijo señalándome– te encargarás de ello a partir de este momento y, como tu patrulla es la menos descansada, permanecerá aquí hasta el viernes para la recepción de las provisiones. Mientras, Moreira y yo empezaremos a recorrer el valle, a partir del viernes nos darás alcance.

– ¿Qué es lo que piensa hacer en el valle? Mi capitán.

– Ya has visto el radiograma, menos claro no podía ser. Habla de la presencia de Sendero, pero en el camino he estado hablando con los pobladores de la zona y no saben nada. Creo que por aquí no hay gran cosa y lo que hablan de la comandancia son

La Emboscada

informaciones poco exactas. Yo creo que lo que quieren es que hagamos una inspección detallada de los pueblos del valle y de la organización de las rondas campesinas. Será un paseo.

—¿Y qué recorrido deberíamos hacer?

—Inicialmente pensaba bajar en dos grupos en paralelo, uno a cada lado del valle, pero ahora con esto de la demora de suministros y los cambios de fecha bajaremos en un solo grupo por la margen izquierda del río, subiremos luego por la derecha. Miremos la carta para organizarnos.

Álvarez sacó su estuche de cartas y yo el mío extendiendo las que correspondían, pero él no tenía ninguna a la escala deseada, la única que se acercaba era una correspondiente a 1:500.000, demasiado pequeña como para mostrar detalles del terreno, así que siguió buscando en su estuche. Yo tenía una de 1:100.000, la que me había servido para llegar y marcaba el abra pero sólo cubría una esquina del valle.

—Es extraño, diría que te faltan cartas —comentó Álvarez.

—No faltan mi capitán, no existen en esa zona.

—¿Cómo lo sabes?

—Forman parte de un cuadrante no cartografiado de la carta nacional. Ya lo verifiqué en el Instituto Geográfico Nacional. Lo siento —le dije. Esto ya lo había comprobado, pues como en los batallones no había suficientes cartas de las zonas de operaciones, los oficiales tenían que sufragarlas de su propio bolsillo.

—No puede ser, siempre hay algo —dijo Álvarez.

—Había unas fotos satelitales inutilizadas por nubosidad y unas fotografías aéreas sin trabajar de hace ocho años.

En otras palabras, sólo tendríamos nuestra imaginación para organizarnos porque no había cartografía que valga. Las fotografías aéreas que en su momento vi no ayudarían porque al no estar trabajadas no mostraban claramente las coordenadas geográficas, la nomenclatura de los accidentes del terreno y me parecía que tampoco tenían la altitud ni hora de exposición, por lo que tampoco podíamos deducir las alturas de objetos y accidentes geográficos a partir de la proyección de las sombras. En definitiva poco menos que nada.

—Entonces, a partir de tu carta, la continuidad del valle se encuentra...

—Más o menos a la altura de su pie izquierdo, mi capitán.

—No importa —dijo Álvarez—, mantendremos mi plan. En la

La Guerra de los Tenientes

margen izquierda hay cinco pueblos y en la derecha siete. Si vamos bajando y subiendo a razón de uno por día recorreremos todo el valle en dos semanas, no tiene pierde.

—Sí, mi capitán.

—Bueno, pero ya perdimos más de medio día. Entonces, haces lo que te he dicho, consigues los víveres de la población, prepara el rancho de la tarde y yo partiré a las cuatro hacia el siguiente pueblo. Asegúrate de entregarme víveres para dos días.

Conseguir los víveres fue más complicado de lo que suponíamos, la gente desconfiaba de la promesa de devolución, porque si ello sucedía no tendrían para comer, finalmente tuve que convocar al alcalde y redactar un acta donde nos comprometíamos a cumplir con nuestra parte del trato, el pueblo entregaría yucas, café y un poco de azúcar. Tampoco tenían mucho más que ofrecer.

Preparada la comida, las patrullas de Álvarez y Moreira partieron siguiendo el curso del río por su margen izquierda, pensaban llegar al siguiente pueblo en dos o tres horas, dependiendo del camino.

Nosotros nos instalamos en la única aula de la escuela del pueblo, que estaba construida con tablones de madera, con la intención de desocuparla por la mañana para que los niños puedan utilizarla al día siguiente. La noche cayó rápidamente y se organizaron los turnos de guardia correspondientes, pedí a Toribio que tenga todo listo para que la patrulla desayune a las seis y media. Por fin tendríamos un día tranquilo después de casi dos semanas.

Al día siguiente nos levantamos temprano y aprovechamos para asearnos en el pequeño arroyo que corría detrás del pueblo, mientras que el cocinero terminaba de cocer las yucas del desayuno que aún le faltaban un poco. Estaba afeitándome usando un claro de agua como espejo cuando en la entrada del pueblo se formó un pequeño alboroto con hombres armados, la gente salía de sus casas y corría hacia ellos, parecían que los conocían. Al vernos, los visitantes corrieron hacia nosotros con sus escopetas, eran tres.

—¡Teniente! ¡Teniente! Somos de Yumacente —dijo jadeando uno, mientras que los otros permanecían callados pero con gran inquietud.

—Yumacente es el pueblo que está a continuación del nuestro

La Emboscada

pero por la otra orilla del río, a dos horas de camino –me aclaró el alcalde que también había salido de su casa.

– ¡Nos están atacando! ¡Sendero está atacando a nuestro pueblo desde las cinco de la mañana! ¡Nos enviaron a que pidiéramos ayuda a los demás pueblos y en el camino nos dijeron que ustedes estaban aquí!

La noticia me cogió desprevenido, mas aún a esta hora de la mañana, lo cual me hizo dudar de esta gente desconocida que venía armada. El alcalde al ver que no daba mucho crédito me dijo:

– Estos son de las rondas de Yumacente, nosotros los conocemos, son de fiar. Con ésta sería la tercera vez que Sendero los ataca en cuatro años. Se la tienen jurada porque fueron las primeras rondas en organizarse.

– ¡Haga algo por favor! ¡Que están matando a nuestra gente! – suplicaba el mensajero.

– Bien Toribio, que la gente se equipe en estos momentos, tienen un minuto que partimos de inmediato.

– ¿Y el desayuno de la tropa? Ya está listo –preguntó Toribio.

– Después. Salimos a Yumacente y a media mañana seguro que ya estaremos de regreso. Alcalde, envíe un mensajero al capitán Álvarez y dígame lo que ha sucedido.

Salimos a paso largo, con los mensajeros que nos incitaban a ir más rápido porque no llegaríamos a tiempo. El camino o lo que ellos llamaban carretera consistía en una trocha de tierra en muy mal estado que iba bordeando entre las montañas de tupida vegetación de la margen derecha del río.

– Toribio, que todos los fusiles estén cargados y al seguro, cuatro hombres con las granadas de fusil listas, en columna de dos, a cada lado de las cunetas.

Avanzamos rápidamente y, luego de casi hora y media caminando, desde uno de los recodos del camino pudimos divisar el pueblo de Yumacente, el cual estaba en un promontorio exterior del camino, montado lo que parecía ser un pequeño espolón de la montaña entre la tupida vegetación de la selva alta y esto hacía que tenga una sola vía de acceso. Desde donde estábamos se podía ver una pequeña multitud de gente sobre lo que parecía ser una explanada a la entrada del pueblo. A todas luces el ataque ya había terminado.

Hicimos nuestra entrada al pueblo mientras que un grupo

La Guerra de los Tenientes

importante de gente con armas, escopetas en su mayoría, nos rodeaba. Antes de llegar a la entrada, sobre el camino había tendidos tres cuerpos de hombres muertos, los tres sin camisa que sólo llegué a mirar de reojo porque antes de indagar más se me presentó el jefe de las rondas del pueblo, se llamaba Antonio Segura.

— Teniente, soy el jefe de las rondas, hemos resistido desde las cinco de la mañana. Antes nos habían atacado pero jamás como ahora, no han dejado de dispararnos.

— ¿Esos tres son de tu pueblo? -le pregunté señalando a los que estaban en el suelo.

— No, esos son terroristas que murieron en el ataque, son los que trataron de entrar por aquí -dijo señalando el acceso principal al pueblo-, el primero y el segundo murieron cuando le disparamos con la única carabina que tenemos y el tercero con una escopeta porque hasta llegó a entrar al pueblo lanzando una granada. Estas eran sus armas dijo mostrándome tres escopetas que llevaba un rondero a su lado.

Las examiné y eran dos de tiro sencillo y una de doble cañón, viejas pero funcionaban perfectamente y sus mecanismos bien engrasados. Me sorprendió una de ellas que al parecer se le había roto la culata y la habían reemplazado por otra hecha artesanalmente de madera y en la base habían colocado, para atenuar el retroceso del disparo, un trozo de caucho obtenido de la suela de una zapatilla deportiva, a la que le habían dado forma con una navaja, muy ingenioso.

— ¿Y entre tu gente ha habido bajas?

— Si mi teniente, han matado a una niña de seis años y a su madre de veintitrés, además que tenemos varios heridos, en su mayoría de perdigones de escopeta.

— ¿Y cómo a ellas dos solamente?

— Es que cuando nos atacaron, todos menos los ronderos con armas se retiraron a la parte posterior del pueblo y eso permitió que la parte que da al camino quede sin protección, del monte salieron algunos y comenzaron a llevarse por el camino una vaca que había afuera. La niña de seis años salió a impedirlo porque era suya y su mamá al verlo fue tras ella, la mataron de un tiro desde allá arriba -dijo señalando el cerro del frente-, la niña se quedó sentada llorando con la mamá muerta y también le dispararon, era un blanco fácil. Como no podían llevarse a la

La Emboscada

vaca también mataron al animal los muy malditos.

—¿Y toda esta gente armada son los ronderos de tu pueblo? —dije señalando la multitud que nos rodeaba.

—No, han venido de otros pueblos para ayudarnos cuando se enteraron, pero han llegado tarde, hay mucho camino. Teniente, necesito hablar con usted a solas, acompáñeme a la escuela.

Lo acompañé a la escuela que estaba poco después de la entrada del pueblo, junto con gran parte de la patrulla y varios ronderos que al parecer eran de su confianza; al entrar vi que había un rondero con una escopeta y un niño que estaba sentado a su lado.

—A este niño lo hemos capturado teniente.

—¿Lo han capturado? ¿Y cómo? ¿No me dirás que también tenía un arma?

—No, no, estos no sirven para combatir, los usan para distraer. Cuando empezaron los disparos salieron de no sé dónde un montón de niños a la carretera, por donde usted vino y gritaban y saltaban, también tiraban piedras.

—¿Y cómo lo capturan?

—Es que no dejaban de gritar y molestar, uno de los nuestros salió con una escopeta de feria, esas de aire comprimido para espantarlos, ellos se asustaron y corrieron, pero éste en su huida se cayó y como los demás lo pisotearon se desmayó, el rondero se acercó y lo arrastró hasta el pueblo. Se despertó cuando ya había pasado todo.

—Bueno, pero es sólo un niño no les podía hacer mucho.

—Es que eso no es lo importante, he hablado con él y dice que sabe dónde se esconden, es un lugar que se puede acceder desde un camino que parte más al sur del valle dando un rodeo, es un poco largo pero podemos cogerlos.

La idea me pareció descabellada, esto de hacer rodeos hasta un sitio desconocido no sonaba muy bien, pero seguí escuchándole.

—Teniente, con su patrulla y los ronderos del pueblo lo podemos hacer. Créanos que somos los primeros en querer vengarnos de este ataque.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al niño.

—Me llamo José.

—José... ¿Qué?

—Sólo José —respondió dando a entender que no tenía o cono-

La Guerra de los Tenientes

cía su apellido, esto pasaba cuando sendero se llevaba a niños muy pequeños para adoctrinarlos y formar futuros cuadros combatientes.

– ¿Cuántos años tienes?

– No sé –me respondió. Si no sabía su apellido menos sabría su fecha de nacimiento, pero creo que no llegaba a los ocho.

– ¿Qué te pasó?

– Fuimos a castigar a los cabezas negras y me caí. Cuando me di cuenta ya estaba aquí.

– Dile al teniente de dónde han venido –dijo el jefe de las rondas.

– De Huayrac.

– ¿Huayrac? –pregunté.

– Huayrac, era un antiguo asentamiento con casas de una hacienda que está al otro lado, fuera del valle. Hace años que nadie vive allí porque es peligroso ya que estaban aislados. Cuando se construyó la carretera, hará ya más de veinte años, la gente pensaba que sería buena idea colonizar esa zona pero luego la abandonó para venir a vivir al valle.

– ¿Y eso está lejos?

– No mucho, si bajamos por el valle tres horas llegaremos a un lugar llamado Montevideo y de allí parte una trocha que llegaba a ese lugar en dos horas.

– Me dices que en cinco horas llegaremos... ¿Y Sendero?

– Ellos llegarán antes porque seguro tomarán una ruta directa desde aquí. Lo mejor es que no sabrán que llegaremos por el antiguo camino y los vamos a coger desprevenidos.

– Tu idea no me parece mala, pero preferiría ir con la patrulla del capitán Álvarez que está al otro lado del valle.

– No es posible, él demorará mucho en llegar y esos malditos ya habrán escapado. ¡Tiene que ser ahora! Mire teniente, vamos con todos los ronderos aptos de Yumacente, los quince mejores, con ellos y su patrulla somos bastantes, mi gente no le fallará, se lo prometo.

A decir verdad, los ronderos estaban furiosos y pedían venganza por lo que le habían hecho a su pueblo, por lo menos no se podía dudar de la lealtad de esa gente.

– ¿Y cómo llegaremos? ¿Alguien conoce la ruta desde Montevideo?

– Sí teniente, aquí este hombre –señalando a un rondero de

La Emboscada

veintitantos años- que era de allá y luego con su familia se vino a vivir a Yumacente.

– Déjame pensarlo un momento y te digo algo. Toribio, reúne a la patrulla.

A los cinco minutos estaba reunida toda la patrulla en la sala contigua de la escuela.

– Ya están enterados de lo que ha pasado, los ronderos dicen que podemos legar hasta donde se esconden en cinco horas, no parece muy lejos. El problema es que el capitán Álvarez recién se debe estar enterando de lo que ha ocurrido, mientras se prepara y llega hasta aquí podrían pasar cuatro horas, sería muy tarde. Soy de la opinión de salir en este momento.

– Mi teniente –dijo Toribio-, la gente ya ha descansado todo un día, estamos frescos.

– Bien, como no hay forma de comunicarse por radio con la patrulla del capitán Álvarez informaremos de esto a la comandancia y que ellos les avisen.

– Mi teniente, no tenemos radio –dijo Toribio.

– ¡¿Por qué no tenemos radio, carajo?!

– Porque usted dijo que salíamos en un minuto y el ranchero era el operador de radio, que la había desmontado para la limpieza. Además, como pensábamos regresar en un par de horas dejamos en la escuela la radio, el desayuno listo y casi todas las mochilas con las mantas y lonas. Pero no se preocupe, me encargué de cerrar todo con llave, aquí la tengo dijo mostrándome una llave de bronce.

– Estamos doblemente jodidos. Haremos esto: enviaremos un mensajero del pueblo a Álvarez –dije sacando mi libreta de notas del bolsillo y escribí:

Mensaje Nro 001 – Muy Urgente

Para: Barrabás

De: Caifás

Visto los acontecimientos y ante la necesidad de tomar acción inmediata, he dispuesto las siguientes medidas:

1. Esta mañana partí rumbo naciente hasta la tercera marca de la carta. A partir de ese momento, según necesidad, informaré a Anás de la buena nueva.

2. De ese entonces dividiremos las fuerzas en dos: La primera avisará

La Guerra de los Tenientes

a Bernabé, la segunda se moverá al segundo punto de la carta para regresar posteriormente si las condiciones lo ameritan y, lo más importante: La tercera y principal, al mando de Anás, se moverá pero sólo hasta Moscú donde esperará los refuerzos prometidos.

3. *En el hipotético caso que el punto anterior no sea factible, todo el mando será asumido por Mendez, quien dispondrá el retorno a Moscú con la mitad más uno de las fuerzas.*

Agradeceré el cumplimiento estricto de la presente sólo hasta que las posibilidades se agoten en el punto tres.

(Fdo)

H. CAIFÁS

Terminado el mensaje, lo levanté leí un par de veces para asegurarme que fuera claro y que todos lo vean, inclusive los ronderos y los curiosos del pueblo. Le di un doblez para que sea fácil su transporte.

—Esto es muy importante y no debe ser conocido por nadie -le dije al jefe de los ronderos-, necesito un poco de pegamento ya mismo.

—No se preocupe señor, ya le he solicitado.

Momentos después estaba pegando los bordes del mensaje asegurándome que no quede ningún resquicio libre, y le escribí sobre la cubierta con letras muy grandes “Secreto”, pedí un mensajero voluntario.

—¿De qué pueblo eres? -pregunté.

—De San Joseyacu.

—Bien, toma este mensaje y entrégaselo al capitán Álvarez que está en el otro lado del valle, debes hacerlo cuanto antes, así que parte de inmediato. Es muy, pero muy importante que se lo entregues en su mano y por ningún motivo nadie debe conocer su contenido, cuídalo con tu propia vida. ¿Entendiste?

—Sí, señor. Descuide que entregaré su mensaje sin falta. Confíe en mí.

—En ti confío. Parte ya mismo que se hace tarde -le dije, mientras el voluntario mensajero salía corriendo, aunque con el calor que hacía seguro que su ritmo se reduciría y, en todo caso, el mensaje no estaría en poder de Álvarez hasta el medio día.

—Toribio: que la gente se equipe y revístalos, mientras lo haces yo coordinaré con las rondas que están fuera.

La Emboscada

—Sí, mi teniente.

—Antonio -le dije al jefe de las rondas-, selecciona a dieciséis de tus mejores hombres y que todos estén armados, saldremos contigo a Montevideo ahora mismo. Otra cosa, dispón que a esos que están en la carretera los entierren.

—No. A esos no los vamos a enterrar en el cementerio de nuestro pueblo -respondió enfadado. No quise contradecirle.

A los cinco minutos teníamos los dos grupos organizados en la carretera mientras una multitud nos observaba. Sin más, iniciamos el camino hacia Montevideo.

—¿Montevideo es un pueblo? -pregunté a jefe de los ronderos mientras caminábamos.

—Era un pueblo, hace años fue quemado y sólo quedan algunas paredes.

—Entonces, ya no vive nadie.

—Es un sitio peligroso, nadie quiere vivir allí y lo abandonaron.

—Cambiano de tema, necesito que me designes a un hombre de confianza.

—¡Adrián! Te llama el teniente.

Al momento estaba con nosotros un rondero joven y flaco con una escopeta y un pequeño morralito de lana. Dígame -dijo.

—Necesito que cruces el valle, en los pueblos de arriba debería estar el capitán Álvarez con su patrulla, alcánzalo y dile lo que ha sucedido y que estamos yendo a Montevideo para ver si podemos alcanzar a la columna de Sendero. Dile que se dirija a Yumacente que yo deberé estar regresando hoy mismo a las seis o siete de la tarde, aquí nos encontraremos.

—Bien teniente, se lo diré.

—Una cosa más, Adrián. No pases por Yumacente, necesito que llegues al otro lado del río sin que te vean.

—Comprendo -dijo, internándose monte abajo para llegar al río.

La marcha continuó y como nos quedaban más de dos horas gran parte del camino se hizo en silencio para no cansarnos con el paso largo. En un momento Toribio se me acerca y me pregunta sobre el mensajero, le extrañaba que enviara dos mensajes.

—Sucede que al mensajero que enviamos desde Yumacente lo conocía todo el mundo y había mucha gente de otros pueblos.

La Guerra de los Tenientes

¿Confiarías en todos ellos sin conocerlos?

—No.

—Pues yo tampoco. No me extrañaría que al pobre le pasara algo en el camino; si ello sucediera, Dios no lo quiera, le arrebatarían el mensaje que envié a Álvarez.

—Ya entiendo. Y nadie sabe que ha enviado otro mensajero desde aquí.

—Efectivamente. Ya me imagino la cara de Sendero cuando traten de descifrar el mensaje que envía Caifás. Probablemente les de el yuyu, un soponcio o algo parecido.

La ruta continuó por el camino polvoriento que cada cierto tiempo pasaba por unas pequeñas caídas de agua, las cunetas habían desaparecido por la maleza y los arbustos, y teníamos árboles de todo tipo a ambos lados. A Montevideo llegamos un poco antes de lo esperado, era una entrada del camino en forma de amplia herradura dominado por unas alturas llenas de maleza. A ambos extremos había lo que quedaba de unas casas, normalmente unos cuantos muros de adobe y algunos de cemento. Pero no mucho más.

—Bien, ya llegamos -dije al ver lo que quedaba del pueblo-. ¿Por dónde continuamos?

—Espere -advirtió Antonio-, mandaré a dos hombres a investigar -y mandó a dos ronderos que se acercaron sigilosamente por detrás y se internaron en el monte por un sector que parecía en subida.

—¿Por qué tanto misterio?

—Este sitio es peligroso, aquí mataron en el ochenta y cuatro a un soldado de una patrulla que venía de dar protección a los pueblos en la época de las elecciones. Le dispararon desde allá arriba y le dieron en el pecho, por eso he enviado a esos dos -me dijo, se apreciaba que era un tipo prudente.

Al rato nos hacían señales que podíamos subir al monte donde ellos estaban, todo indicaba que habíamos llegado a una especie de trocha que iba a alguna parte.

—Toribio, organiza a la gente y que lleven los fusiles listos. Antonio, necesito que intercales a tus ronderos entre los soldados porque están más acostumbrados al monte y seguro verán indicios que nosotros no podemos ver.

La primera parte del camino era por el monte mismo y nos obligó a subir por unas alturas llenas de vegetación, pero luego

La Emboscada

de media hora salíamos a algunos claros. Todos abandonados, con mucha hierba alta y un suelo húmedo color amarillo donde resbalaban las botas. Después de hora y media continuábamos por entre la selva por una trocha apenas identificable, al menos para mí porque estaba llena de ramas y, lo peor de todo, de ramitas que colgaban con espinas que rasguñaban la piel y la dejaban con ardor, especialmente para aquellos que sólo estaban con camisetas a causa del calor; la primera lección era que para atravesar el monte es necesario llevar camisas de manga larga. Luego de casi tres horas de camino y siendo casi las tres de la tarde la ruta no parecía tener fin y ya comenzaba a preocuparme, porque estaba perdiendo la orientación. Ordené un alto para descansar, todos lo necesitábamos. Llamé al jefe de los ronderos.

— El camino parece ser más largo de lo que pensábamos.

— Sí, parece que sí —dijo mirando las copas de los árboles.

— ¿Tú conoces ese sitio, Huayrac? —pregunté.

— Yo fui a un lugar cercano, pero lo hicimos por otra ruta, más al sur.

— ¿Y cómo sabes que vamos bien?

— No conozco esta ruta, el que la conoce es el rondero que está de guía, Andrés.

— Llámalo, para que nos cuente algo —dije, y a los minutos estaba con nosotros.

— Tú conoces el camino a Huayrac, ¿cierto?

— Sí, señor. Yo vivía cuando era niño en una parcela cercana, no en Huayrac mismo, porque mis padres eran peones, pero vimos que era mejor estar cerca de la carretera y nos fuimos al valle.

— ¿Y el camino que estamos usando es el bueno?

— No estoy seguro, parece que sí, lo que pasa es que está muy abandonado.

— ¿Y cuándo fue que usaban el camino?

— En esa época yo tenía nueve o diez años.

— ¿Me dices que tu guía no ha pasado por este camino desde por lo menos diez años?! —pregunté al jefe de las rondas.

— Ya le dije que ese sitio lo abandonaron tiempo atrás por estar lejos de la carretera, pero mire que seguimos por un camino, está un poco abandonado, pero hay gente que ha transitado por aquí, se lo puedo asegurar. Si no lo hicieran, la selva se lo habría

La Guerra de los Tenientes

tragado y no dejaría nada, eso pasa en unos pocos meses - explicó el jefe de las rondas.

-Te voy a creer. Andrés -dije al guía-, entonces se supone que vamos a llegar a un pueblo abandonado, ¿verdad?

-¿Pueblo? No, no, Huayrac no es un pueblo, es un lugar. La gente normalmente no acostumbraba a construir pueblos sino que construía sus casas cerca de sus parcelas.

Continuamos el camino, el ritmo de avance se resintió a pesar que dos ronderos iban por delante con sus machetes abriendo la vegetación y facilitando el trabajo, pero lo que cortaban eran las ramas grandes y no las pequeñas que hacían tanto daño a la piel como las otras. Siendo más de las tres de la tarde y el no haber comido -¡otra vez!-, ni desayunado, a pesar que casi lo teníamos listo, volvió a hacer mella en la tropa; pero aparte de ramas con espinas, fango amarillo y árboles no había nada más. Salimos a un pequeño claro con hierbas muy altas y mientras avanzábamos observé montículos de arenilla fina del suelo perfectamente colocados al lado del camino, supuse que estábamos por llegar y eso era arena que algunos obreros juntaban para la obra, un soldado que iba por delante dio un grito y la columna comenzó a correr, luego me enteré que esos montículos los hacían unas avispas negras que construyen sus nidos en el suelo y el pobre había pisado uno, causando que una avispa pequeña y negra le picara en el dorso de la muñeca con saña, porque según testigos luego de clavarle el aguijón la avispa dio un par de vueltas sobre sí misma para asegurarse que su estilete quedara bien clavado.

Seguimos avanzando y los ánimos cada vez estaban más por los suelos, el hambre, el cansancio, el sudor y el calor pasaban factura. Poco a poco comenzaba a arrepentirme de haber venido a este sitio desconocido llevado por lo que me decían los ronderos. La selva era cada vez más tupida y a pesar que era un día soleado nosotros estábamos en una semipenumbra permanente, las copas de los árboles cubrían todo y no dejaban pasar los rayos del sol. No llovía, pero siempre goteaba del agua acumulada en las hojas, no sabías si la humedad de tu uniforme se debía sólo al sudor o a estas gotas que de vez en cuando caían de las copas.

Media hora adicional de camino y llegamos a un terreno irregular con grandes árboles, me refiero a esos cuyos troncos no

La Emboscada

pueden abarcarse con los brazos de varias personas. Íbamos en columna de a uno por el estrecho sendero cuando observo que los que iban por adelante volvían la cara con el dedo en la boca, en señal de silencio hacia los que estaban más atrás, pero en vez de detenerse y agacharse seguían caminando.

Más adelante, en un recodo, el soldado que iba delante de mí me hizo la misma señal. Pero yo no entendía lo que pasaba.

—¿Qué pasa? -le pregunté en voz baja.

El soldado que me precedía se limitó a volver a hacer la señal de silencio y a señalar al árbol que estaba al lado nuestro, a la izquierda de la senda. Yo lo miré pero aparte de tener un tronco arrugado, viejo y oscuro no le vi nada raro. Como vio que yo no me enteraba, el mismo soldado me señaló la base del árbol... la cual no existía. ¡El tronco del árbol flotaba a unos cuarenta centímetros del suelo! ¡No tenía raíces! Alcé la vista y horrorizado observé que lo que estaba a mi lado no era en realidad el tronco de un árbol sino un descomunal avispero de más de dos metros que colgaba de la gruesa rama de otro árbol. Por supuesto que las avispas que lo habitaban no serían muy amables, así que aceleré el paso para largarme cuanto antes del lugar aquel.

Avanzamos unos treinta metros y pronto empezamos a escuchar gritos de dolor y exclamaciones, instantes después pasaban corriendo desesperados por nuestro lado todos los que marchaban en la cola de la columna, entre soldados y ronderos. Al parecer algún despistado golpeó el avispero con la culata del fusil causando la furia de la colmena. Muchos no pudieron contener una risa por los pobres de detrás ante el incidente que los de iban por delante procuraron alertar. Aunque puedo asegurar que de gracioso no hubiera tenido nada, ni aún mirando al pobre rondero medio calvo que tenía una avispa clavada en el centro su coronilla mientras que él se mordía la mano para no gritar de dolor.

Poco después del encuentro con las avispas los guías que iban por delante se detuvieron y comenzaron a discutir algo en voz baja. Yo me acerqué a ellos.

—Teniente, ya debemos estar cerca, estamos en un sitio que alguna vez fueron haciendas -me dijo uno de los guías.

—¿Hacienda? ¿Cuál hacienda? Si seguimos en medio de esta infernal selva.

—No señor, donde estamos fue una hacienda.

La Guerra de los Tenientes

—Yo sólo veo unos árboles de todo tipo, maleza, espinas y fango. Los troncos de esos árboles no crecen así de un día para otro. ¿De qué cultivos me hablas?

—Se lo juro que sí fueron tierras de cultivo, mire ese árbol frutal que tenemos a la derecha -dijo señalando un árbol de mediana altura que estaba a unos veinte metros, raquíutico si lo comparáramos con los de su entorno, en el que al final de sus ramas se podían ver algunos pequeños frutos amarillentos que colgaban.

—¿Te refieres al limonero?

—No es un limonero, es un naranjo.

—¿Naranjo? Estás delirando. Mira y compruébalo, es un limonero. ¿Cómo van a ser naranjas eso que cuelga de sus ramas?

—Se lo demostraré -dijo saliendo del camino y descolgando un par de los pequeños frutos.

Al cabo de unos segundos me los mostraba, efectivamente no se parecían mucho en forma a los limones aunque sí en tamaño. Los abrió por la mitad con su machete y me los ofreció y, para mi sorpresa, al probarlo tenían un sabor más dulce que ácido, pero tampoco era una naranja como los evangelios mandaban, además que estaba llena de pepitas y poca pulpa. La explicación que encontré a estos raros frutos estaba en el abandono de muchos años, probablemente décadas, de estos cultivos. La selva tiene sus propias leyes y poco a poco se fue adueñando de estas tierras alguna vez desbrozadas y cultivadas con mucho esfuerzo. Lo demás era sólo cuestión de tiempo, las especies autóctonas fueron reemplazado a las foráneas y las pocas que sobrevivieron se veían en una decadencia por falta de polinización adecuada, fertilizantes y de selección artificial, degradándose al estado actual. Recién caí que aquello a lo que normalmente estamos acostumbrados al comprar en un mercado fue cuidadosamente seleccionado y mimado para que se pareciera a lo que nos gusta.

Seguimos avanzando por un tramo en el cual yo no era capaz de distinguir entre selva virgen y selva que ha reclamado su territorio, pero a la media hora el guía nos dijo que había encontrado unas tumbas. Eso parecía interesante -pensé- y me acerqué hacia donde él estaba.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Allí, mire usted está casi pisando una -dijo señalando el sue-

La Emboscada

lo. Miré a mi lado, pero lo único que pude notar de diferente era que el suelo tenía algunas ligeras ondulaciones y nada más, eso en medio de los árboles que suponía habían crecido posteriormente.

– Es verdad, son tumbas pero parecen muy antiguas, dijo el jefe de los ronderos. Es que casi ni se distinguen.

– ¿No será de la antigua gente de Huayrac?

– No, señor. Aún no hemos llegado y no sabía que estas existieran –dijo el guía desconcertado y mirando a su alrededor-, parece que este no era el camino original.

La curiosidad y el cansancio hicieron que me detuviera un momento. Nadie coloca tumbas en medio de la selva, debería haber alguna pista más –dije rebuscando entre la maleza con la punta del fusil.

– Aquí hay algo –dijo un soldado que con el baquetón mostraba un trozo de hierro, reja o algo así que estaba tendido en el suelo oculto entre hierba.

Lo movimos un poco, porque estaba oxidado, en muy mal estado luego de su lucha contra el tiempo. Parecía que había tenido una pequeña forma de arco, estaba hecho con hierro forjado. Revisando los restos con mucho esfuerzo podíamos distinguir algunas letras que podrían ser el nombre algo así como “.orn.. .hetz..” y más abajo un poco más claro “.47”. Esto de por sí ya era más extraño, porque el nombre no parecía ser castellano, tal vez... ¿Alemán? Pero sobre todo llamaba la atención el cuarenta y siete. ¿Sería mil novecientos cuarenta y siete?

– Si es el del cuarenta y siete esto tiene alrededor de cuarenta años, ¿no? –le dije al jefe de los ronderos, quien se quedó mirando el trozo de metal.

– Es extraño, yo era pequeño en esa época, pero dicen que antes de llegar la carretera a comienzos de los setentas sólo vivían “chunchos” en el valle –dijo refiriéndose a los indígenas que habitan en la selva, siendo a veces esta denominación usada despectivamente.

– Bueno, imagínate que los pobladores del valle son descendientes de los “chunchos”.

– No es así.

– ¿Por qué?

– Porque todos los pobladores del valle somos migrantes o mejor dicho colonos venidos de la sierra, todos somos quechuas

y lo habrá notado porque ése es nuestro idioma.

Pues ese era un buen argumento que no supe como refutarle, al rato otro soldado encuentra un nuevo trozo de metal pero en peor estado que el anterior, porque de todo el conjunto sólo podíamos leer un nueve... ¿Cuarenta y nueve? Sea como fuere esto era un misterio para todos nosotros, probablemente hubo en la década de los cuarenta gente, quizás extranjeros, que vivieron aquí; lo cual no es en sí ningún problema. Lo extraño es que aún hoy este lugar era de aquellos que podríamos llamar del fin del mundo, pero ellos llegaron cuando menos veinticinco años antes de la construcción de la carretera, por tanto su arribo a este sitio y su vida misma debió ser una auténtica odisea. La pregunta que quedaba en el aire era: ¿A quién y por qué le interesaba irse a vivir tan lejos de todo? ¿Qué pasó con todos ellos? ¿Murieron o se desengañaron de las promesas de la selva y se marcharon? Lo único cierto es que el poco rastro de su paso eran esas casi desaparecidas tumbas sin nombre. Luego, una señora mayor que vivía en un pueblo del valle y que según decía vino con los obreros que construían la carretera nos diría que éstos contaban que valle abajo habían visto entre los chunchos a una chica rubia que no hablaba castellano; la verdad es que era difícil creerle porque ese tipo de historias abundan en la selva y no sabemos si es verdad o la viva imaginación de la gente.

Seguimos avanzando casi una hora en medio de la selva y la columna se detuvo a una señal de los que iban adelante, me acerqué y pregunté lo que pasaba, el guía nos dijo que allí al frente, sobre una pequeña colina sin árboles había una casa. Le pregunté si eso ya era Huayrac y me dijo que no, que sólo era una casa, aunque parecía que estaba muy abandonada.

—Toribio, tú y cuatro hombres más los guías acérquense con mucho cuidado a esa casa y miren que hay.

Toribio seleccionó a los cuatro más próximos a él y partió con mucha cautela mientras nosotros permanecíamos agazapados en la senda. Poco antes de llegar a la cima de la colina permanecieron tendidos un momento hablando y luego dos soldados saltaron y se acercaron a lo que parecía a un portón sin puerta, mientras que los demás los cubrían, siguiéndoles cuando los primeros entraron. A los minutos Toribio salió y nos hizo señas de que todo estaba despejado. Poco después llegamos y entré a la casa, aunque dudé mucho de que se hubiera tratado alguna

La Emboscada

vez de una casa, era rectangular con techo a dos aguas y tanto las paredes como el techo estaban hechos de calamina de cinc, claveteadas en vigas de madera que se mostraban muy deterioradas; por lo demás estaba absolutamente vacío y como el suelo era de tierra a mí me pareció un galpón para animales, pero no había más pistas; realmente parecía bastante abandonada. En las esquinas y entre las vigas había unas enormes arañas que colgaban en sus profusas redes colocando sus patas a pares, y dando la forma de una X, alguien me dijo que no eran venenosas pero no intenté comprobarlo. En la parte exterior había un poste de madera de casi cuatro metros, que no sabía decir cuál era su utilidad pero estaba lleno de muescas, parecía que en otro tiempo formó parte de una de las vigas. Un soldado aprovechó para trepar por el mismo para ver si se podía ver algo a lo lejos, y efectivamente avisó que había casas más adelante.

— Andrés sube tú y mira —le dije al guía mientras éste dejaba su escopeta en el suelo y comenzaba a subir por el poste.

— Hay tres casas teniente, aquél es Huayrac. Hemos llegado.

Subí por el tronco y pude divisar en otra loma llena de árboles, los tejados de dos construcciones y una tercera adicional que sobresalía sobre las otras. Aparentemente no estaban muy lejos, trescientos o cuatrocientos metros, pero para llegar había que descender por la depresión que nos separaba y era monte tupido.

— Toribio, Antonio. Ya estamos por llegar. Según lo que sabemos estos deberían estar descansando y haremos lo posible para cogerlos desprevenidos. Nos organizaremos en tres grupos: dos de asalto, yo voy en uno, Toribio te encargas del otro y que el cabo Copa se encargue del grupo de seguridad. Los grupos de asalto irán por la izquierda y derecha de la trocha y el de seguridad por ella misma pero sin sobrepasarnos. Avanzaremos lo más que podamos hacia las casas y no asaltaremos si no es con mi orden. ¿Queda claro?

— Sí, mi teniente. ¿Y los ronderos?

— También, tres grupos de cinco, distribuidos uno por grupo de tropa.

— Va a ser difícil llegar sin que nos descubran —advirtió Toribio-, estos siempre dejan gente vigilando los caminos para que no los sorprendan.

— Pensaba lo mismo, pero no hay alternativa. Lo ideal sería si

La Guerra de los Tenientes

pudiésemos capturar algún centinela sin que se den cuenta, pero si éste dispara o comienza a dar la alarma entonces es señal que debemos asaltar las casas antes de darles tiempo a reaccionar. Una cosa más, que la tropa limpie las ánimas de sus fusiles, he visto algunos cañones con barro de tanta caída que hemos tenido.

Avanzamos según lo organizado, pero los que íbamos fuera de la trocha las pasamos canutas porque había una cantidad enorme de espinas y maleza que se enganchaba en los uniformes y los fusiles, amén que sólo podíamos avanzar agazapados. Para cubrir los trescientos metros necesitamos más de media hora por la dificultad del terreno; cuando ya estábamos cerca y pudimos distinguir con más claridad las tres edificaciones, vimos que sobresalía una de dos plantas cuya parte superior era de madera y la inferior de bloquetas de cemento, la segunda era de una sola planta de bloquetas y adobes y, la más pequeña, sólo de chapas de cinc. Hicimos alto y llamé a los jefes de grupo.

—No he visto centinelas... ¿Y ustedes? —pregunté.

—Tampoco, y eso que envié los ronderos por delante —añadió Toribio—, parece que se han descuidado.

—O estarán durmiendo —dijo el cabo Copa—, habrán llegado tan cansados como nosotros y como están aquí desde hace horas sintiéndose seguros se habrán ido a dormir.

—Lo cierto es que no se ve ni un alma, mejor si están durmiendo. Vamos a hacer lo siguiente: Copa tú y tu gente se quedan a la entrada, distribúyelos en línea y que estén con las armas listas, especialmente contra puertas y ventanas, me preocupa esa casa de dos plantas porque nos dispararían de arriba.

—¿Y nosotros? —preguntó Toribio.

—Tú y tu grupo asaltan la casa de bloquetas de la derecha, y el mío la de dos plantas de la izquierda. Avisa a tu gente que cada uno se mantenga en su sector para no cruzarnos y por ningún motivo avancemos de la mitad hacia delante, que nos podemos cruzar con el fuego de Copa.

—¿Y la casa del medio? —preguntó señalando la pequeña de calaminas.

—Esa me preocupa menos. Copa, ten la ametralladora lista, si nos disparan desde ella la barras, las balas traspasarán las chapas de cinc como si fuera papel, es una tontería usarla como refugio. En dos minutos entramos. A sus puestos.

La Emboscada

Avisé a mi grupo quienes sacaron sus granadas de mano y aflojaron los seguros para poder utilizarlas con rapidez, particularmente dentro de las casas. A los dos minutos vi que tres hombres de Toribio corrían y se agazapaban a un lado del muro de su objetivo, lo mismo hizo mi grupo en el muro de cemento de la casa de doble planta pero manteniendo un par de hombres en el monte que nos daban protección por si alguien se asomaba por la ventana superior. A mi orden entramos en la planta baja que no tenía una puerta propiamente dicha, sino que era medio muro faltante, no había nadie aunque sí algunos muebles rústicos y ropas desperdigadas por el suelo. En una esquina encontramos un cajón de arena, similar a los que se usan en la instrucción militar y en donde estaba una maqueta perfecta del pueblo de Yumacente y los puestos en que se habían organizado para atacarles, no había duda que habían salido de aquí, esta casa no estaba abandonada. Para acceder a la segunda planta se hacía por una escalera de mano que subía por una apertura del piso superior cuyo suelo era de madera, pero para averiguarlo era necesario subir y asomar la cabeza, siendo un blanco perfecto. Por detrás de nosotros apareció Toribio diciendo con excitación: ¡Ya tenemos a uno! Yo lo miré con un dedo en los labios indicándole que no haga ruido y señalando la escalera.

—¿Están allá arriba? —preguntó en voz baja.

—No sé, para averiguarlo alguien tiene que subir.

—¿Quiere que yo suba?

—No, es arriesgarse, se me ocurre algo mejor, dame tu granada.

—¡Los va a volar!

—No, eso hace mucho ruido y es muy violento -le dije en voz baja desenroscando la espoleta de su granada y dejándola inerte-. Vamos a darles el susto de su vida -y lancé el cuerpo de la granada por la abertura para que la vieran y del susto salgan corriendo antes que estallara. Pero lo único que escuchamos era el rebote de la misma sobre una pared y cómo rodaba sobre nuestras cabezas un par de metros por el piso de madera, pero ningún otro ruido.

—No hay nadie -dijo Toribio subiendo por la escalera y al asomar la cabeza avisó que estaba vacío, sólo había una cama de madera.

Al parecer la información que nos había dado el niño captu-

La Guerra de los Tenientes

rado por los ronderos no era del todo exacta, luego del ataque no regresaron a Huayrac a reagruparse.

– Mi teniente, le voy a dar una sorpresa. Yo ya tengo a un angelito, estaba en la otra casa –me avisó Toribio.

– ¿Y en la casa pequeña?

– Allí no hay nada, sólo una ruma de maíz, ya miré. Pero el angelito no es lo más importante, sino lo que tenía –dijo Toribio.

– ¿Tenía un fusil?

– No, mucho mejor: una radio –decía, mientras íbamos a la casa que había asaltado.

Al entrar a la casa vi al detenido sentado en una silla de madera resguardado por dos soldados y al frente una mesa, también de madera sobre la cual había una radio negra, del tamaño de un maletín de mano, de marca “Yaesu”, que estaba encendida, la fuente de alimentación era una batería de doce voltios grande, como las usadas en los camiones y la antena colgaba entre las ramas de dos árboles cercanos

– Dónde están los demás –le pregunté.

Me contestó algo en quechua que no entendí pero asumí que decía que no sabía nada y que era inocente. Al revisar la radio se podía ver dos números de frecuencia escritos con bolígrafo azul sobre un trozo de esparadrapo pegado en la parte frontal de la radio. Las frecuencias eran 5522 y 3525, correspondían a onda media AM y significaba que se comunicaban a largas distancias, probablemente hasta la costa o a cualquier capital de departamento. Tomé nota de las frecuencias en mi libreta.

– No sabe cómo lo cogimos a este –dijo Toribio-, pateamos la puerta de la casa y al abrirse lo vimos sentado feliz con la radio y los auriculares puestos. Por eso no nos escuchó cuando llegamos.

– ¿Y qué escuchaba? ¿Una transmisión de órdenes? –pregunté.

– No, escuchaba esto –dijo levantando los auriculares que yo cogí y coloqué en mi oído, era música chicha.

– ¿Con quién te comunicas normalmente? –pregunté, recibiendo la conocida respuesta en quechua de no sé nada, soy inocente.

– ¿A dónde han ido los demás? –igual con la respuesta el muy terco, a todas luces no podríamos sacarle nada.

Llamé al jefe de los ronderos para que lo interrogara en que-

La Emboscada

chua, pero por más esfuerzo que hacíamos el hombre seguía dando evasivas: que no sabía, que sólo escuchaba radio de casualidad, que era inocente. Luego de un rato creímos que efectivamente sólo sabía quechua. Toribio comenzó a perder la paciencia y me dijo que le estaban entrando ganas de fusilarlo.

— A mí también, pero ya sabes que no podemos.

— No me hagan nada y les diré a dónde han ido —dijo el que no sabía castellano al escuchar el comentario de Toribio, haciendo que los demás nos quedemos en silencio observándolo.

— ¡A patadas te voy a partir el cu...! —exclamó Toribio abalanzándose sobre prisionero. Si no era porque los ronderos lo cogieron ya estaría repartiéndole al desgraciado.

— ¡Ha visto mi teniente! ¡Ha visto! ¡Nos toma por imbéciles!

— Cálmate Toribio que quiero hablar con este fulano. ¿Dónde está la gente que vivía aquí? —le pregunté.

— Se fueron ayer por la tarde al valle —dijo.

— ¿Y para qué fueron al valle?

— Para castigar a los cabezas negras de Yumacente —respondió sin saber que veníamos de allí y que los ronderos eran del pueblo.

— ¿Y de allí a dónde irían?

— Regresarían a Huayrac —me respondió, los demás nos miramos, el niño había dicho la verdad.

— ¿Y cuándo regresarían?

— Apenas acabaran con esos malditos. Deberían haber regresado a las tres.

— Ya van a ser las seis de la tarde y no ha regresado nadie, nos estás mintiendo.

— No le miento, por eso los estoy esperando, puede que se hayan demorado un poco pero ya llegarán.

Salimos de la habitación Toribio, Antonio y yo, para decidir qué hacer ante esta inesperada situación.

— No han llegado, yo creo que han sospechado algo y se han largado a otra parte, se supone que nosotros caminado cinco horas llegaríamos después de ellos y hemos demorado nueve pero estos aún no llegan. No pueden haber demorado tanto —dije.

— Yo no lo creo, esa gente tiene que venir, ya son dos los que nos dicen lo mismo. Algo les pudo hacer que se retrasen —

La Guerra de los Tenientes

argumentó Toribio.

—Podemos esperarlos en su propia base, así les daríamos el susto de su vida, pero por otro lado no me gustaría pasar la noche aquí, estamos aislados -repliqué.

—Esos tampoco van a pasar la noche en el monte teniendo sus bases tan cerca -insistía el jefe de los ronderos-. Llegarán hoy, seguro.

Mientras hablaba no dejaba de pensar que habíamos tomado una base de Sendero Luminoso sin disparar un solo tiro, habíamos capturado a uno de sus hombres y la radio con la que se transmitían órdenes, probablemente regionales. Habíamos tenido mucha suerte, quizás lo más prudente sería regresar.

El jefe de los ronderos insistía una y otra vez en esperarlos y para no decepcionarlo le dije:

—Esperaremos sólo media hora, de lo contrario probablemente no vendrán esta noche y prefiero irnos antes de que nos falte luz.

—¿Y los esperaremos aquí? -preguntó Toribio.

—No, es de tontos. Les prepararemos una emboscada en el camino, es más seguro. Llama al detenido.

—Dime, si regresan hoy... ¿cuál es el camino por el que vendrán? -pregunté al sujeto de la radio.

—Hay dos caminos, uno por allí arriba señalando unos árboles y el otro por allá abajo después del pueblo.

—Sí pero cuál crees que utilizarán.

—Cualquiera, utilizan cualquiera de los dos. Podría ser el de abajo pero no es seguro.

—¿Y ahora qué hacemos mi teniente? No sabemos por donde vendrán.

—Sí, sabemos los caminos, pero no cuál. Montaremos dos emboscadas.

—Pero si nos dividimos seremos pocos.

—Hagamos lo siguiente, con tu grupo de asalto organizamos la emboscada de arriba. Con el mío hacemos lo mismo en la ruta de abajo y que Copa mantenga su grupo aquí en las casas como refuerzo a la zona donde se produzca la emboscada real.

Estaba dando las instrucciones cuando escuchamos un pájaro que graznaba sonoramente en la selva, un rondero que estaba cerca me dijo con los ojos muy abiertos: teniente, ése pájaro avisa cuando vienen extraños.

La Emboscada

—¿Qué has dicho?

—Que ése es un pájaro avisador, cuando vienen extraños grita, deberíamos tener muuucho cuidado.

—¡No me molestes! Déjate de tonterías con tus supersticiones. ¿No quieres colocar una calavera en la puerta para que silbe? Ya que estás aquí te incorporas al grupo del sargento Toribio y luego me cuentas si alguna hormiga te cuenta algo nuevo. ¡Desaparece de mi vista!

—Cabo Copa, reúna a toda tu gente y manténgalos así. Si la emboscada se produce en uno u otro lado tú, sin más orden, te diriges a apoyarlos. Nombra a alguien que desmonte la radio y que la guarden en una mochila junto con sus cables. Y la batería también.

—Perdón, mi teniente. La batería es de camión pesa demasiado para llevárnosla.

—Tienes razón, destrúyela. Toribio, vamos con tu grupo para organizar la emboscada.

Caminamos unos treinta metros y ya estábamos sobre un estrecho sendero que se notaba muy transitado; encontramos un recodo con hierbas altas que dominaba unos quince metros de senda.

—Toribio, coloca a cuatro a la vera misma observando y a los otros inmediatamente detrás para que no los vean. Si llegaran por este camino no les dispaes a la primera, deja que pasen por lo menos la mitad y cuando estén en ello les das con todo para causar el máximo caos. ¿Queda claro?

—Sí, por supuesto, mi teniente.

—No te olvides, que pase un buen grupo -insistí mientras me dirigía de regreso a las casa para organizar la otra emboscada más abajo y Toribio se quedaba dando instrucciones a su grupo. Al pasar por la casa de bloquetas veo a Copa y a sus hombres, sentados contra la pared aprovechando el descanso mientras que mi grupo se acoplaba.

Cuando llegamos a la parte baja observamos el camino que mencionó el prisionero, era también una senda y la explicación de su uso era porque pasaba al lado de un pequeño ojo de agua; estaba rodeado de una vegetación menos tupida que la de arriba aunque más seca, miré mi reloj para estimar cuánto tiempo estaríamos apostados y eran las seis de la tarde con ocho minutos. Reuní al personal y estaba dando las instrucciones de que

La Guerra de los Tenientes

nadie debería hacer fuego sin mi orden, cuando desde arriba se escuchó un solitario disparo.

—¡Vaya torpes! —exclamé contrariado—. Toribio está organizando a su gente y a alguien se le escapa un tiro, acabamos de joder todo el plan.

Pero luego se escuchó otro tiro y enseguida explosiones de granadas de mano, no pasaron muchos segundos antes que se convirtiera en un pandemonio de disparos y ráfagas que resonaban por todos lados. ¡Vámonos! —grité—. ¡Ya han llegado por donde está Toribio! —y subimos corriendo, pero cuando pasamos por la casa todo el grupo de Copa y los ronderos estaba cuerpo a tierra.

—¡Levántense carajo! ¡Les dije que apoyaran al primer grupo emboscado y ustedes están aquí tendidos!

—Es que los tiros también llegan hasta aquí.

—¡Ese no es motivo para dejar solo a Toribio! ¡Rápido a apoyarlo!

Después de la orden el grupo de Copa y el mío corríamos hacia donde creíamos que estaba Toribio, pero a pesar que yo había estado hace un momento con él no me acordaba del camino exacto y los disparos retumbaban en la selva muy cerca.

—¡Es por aquí mi teniente! —me advirtió un soldado que me observó desorientado y lo seguí, llegando hasta las hierbas altas donde estaba el grupo de Toribio, la gente estaba cuerpo a tierra disparando sus fusiles como locos y gritando: ¡Están al otro lado! Pero todo era confusión y no se veía nada por la espesura de la selva. Pregunté por Toribio y este apareció con cara desencajada.

—¡Mi teniente! ¡Dispare que son muchos! ¡Son muchísimos! ¡No se veía el fin de la columna!

—¿Pero eran ellos?!

—¡Sí! ¡Dispare que nos van a joder! —gritaba desesperado pero yo no veía nada desde el suelo y tampoco pensaba ponerme de pie para averiguarlo.

—¡Toribio! ¡Organiza a la gente en línea de una fila, que con este desorden nos vamos a fusilar entre nosotros!

La tropa de Copa llegaba detrás de mí y trataba de buscar un lugar donde ubicarse, los que ya estaban más tiempo sacaban sus granadas de mano y las lanzaban al frente causando que cada vez que estallara una cayera sobre nosotros una lluvia de

La Emboscada

hojas secas de los árboles de lo cerca que estaban.

— ¡Hey! ¡Esos que lanzan las granadas asegúrense de arrojarlas lejos! ¡Explotan muy cerca!

— ¡Ellos nos están lanzando las tuyas mi teniente! ¡Nos van a rodear! —seguí gritando Toribio y la verdad es que ya me estaba preocupando.

Lo que sí era cierto es que se escuchaban con claridad voces al frente, también gritos desesperados, que según mis cálculos esa gente no estaba a no más de una treintena de metros de nosotros pero no se podían ver por la espesura de la vegetación.

— ¡Copa! ¡¿Dónde está la ametralladora?! —grité.

— ¡La tenía Manrique! —me respondió— ¡Pero no sé donde está!

— ¡Ametralladora! —grité llamando al responsable— y los demás soldados también gritaban desesperados ¡Ametralladora! ¡Ametralladora!

— ¡Ya voy! ¡Ya voy! —apareció Manrique por el camino con la ametralladora en un brazo y el cofre de munición en el otro.

— ¡Pedazo de inconsciente! ¡¿Dónde carajo te habías metido?! —le dijo una voz que no identifiqué.

— ¡Es que la munición me pesaba! —respondió en tono de disculpa.

— ¡Ponte adelante a la izquierda y bárrete todo el frente con la ametralladora! ¡Pero ya! ¡Dispara a treinta centímetros de altura del suelo para que no falles! —le ordené.

A los segundos Manrique había aprovisionado la cinta de la ametralladora y disparaba una ráfaga larga constante hacia todo el frente apoyándose en el bipie de la misma. Mientras tanto, yo me arrastraba de lado haciendo que se adelanten los que estaban muy atrás para evitar accidentes. A veces se escuchaba un toc seco cuando una bala daba en un árbol cercano.

No había pasado mucho cuando la ametralladora dejó de disparar y vimos que Manrique se ponía de pie y corría hacia nosotros pidiendo que le den un fusil.

— ¡Oiga! ¡Regrese a su ametralladora! —le grité.

— ¡No sirve! ¡La ametralladora no sirve! Ya no dispara.

— ¡Cómo que no dispara! ¡Es imposible fundir el cañón!

— ¡No es el cañón! ¡Es la munición, se ha acabado!

— ¡Cambia de cinta!

— ¡No hay cintas, ya las consumí todas, estaban unidas! —dijo Manrique que ya estaba a mi lado. El desgraciado había abierto

La Guerra de los Tenientes

fuego como le dije y una vez que apretó el disparador no lo soltó hasta que se consumió toda la munición, el muy salvaje había quemado doscientos cincuenta cartuchos en poco más de un minuto.

— ¡Coge mi fusil! -le dije lanzándoselo- ¡Pero regresa a tu ametralladora! ¡No la vuelvas a abandonar!

— ¡¿Y usted?! -preguntó Toribio.

— ¡No te preocupes! ¡Yo tengo mi pistola!

Desenfundé mi pistola he hice un par de disparos hacia el frente, de donde creía que venían las voces o me parecía ver alguna sombra, pero luego caí en que estaba disparando a ciegas y que más útil sería que ponga orden en la descomunal confusión que se había montado, donde se escuchaban disparos y ráfagas por todas partes, además de insultos que hacían alusión a la madre que los parió de uno y otro bando, peor para Sendero porque había que reconocer que para esto la tropa tenía un especial don creativo.

Mal que bien la ametralladora había hecho su efecto en el frente desorganizando lo ya desorganizado por Toribio, quitando las ganas de poner una resistencia que aún podía hacerse con aquellos que estaban mucho más atrás de la zona de emboscada.

El ritmo de los disparos comenzó a decaer y del otro lado se escuchaban gritos de ¡Huyan, es él ejército! y otros que preguntaban: ¡¿La policía?! ¡No, no. Huyan, ha venido el ejército!

Toribio se percató de ello y me dijo:

— ¡Están huyendo!

— ¡Toribio avanza por tu lado con la mitad en línea, yo avanzaré con el resto! ¡Vamos en paralelo!

Nos pusimos de pie y avanzamos poco a poco tratando de disparar sobre algún blanco fijo, pero por la parte que yo iba sólo había maleza, mientras Toribio avanzaba cerca de la senda y por su lado se escuchaban gritos y disparos. Habiendo avanzado unos cincuenta metros ordené alto porque ya no se escuchaban tiros y también porque nos estábamos internando en un monte que desconocía.

Me dirigí hacia donde estaba Toribio y me dijo que habían huido pero también le habían dado a uno, señalando a un cuerpo tendido en el piso. Ordené a mi grupo que se desplegara para dar seguridad a los alrededores.

La Emboscada

— ¡¿Qué carajo pasó Toribio?! Explícame ahora.

— Sucede que estábamos esperando para la emboscada y a los minutos que usted se fue aparecieron, hacían mucho ruido porque cargaban cosas, cacerolas o algo así. Los que estaban adelante no estaban armados, eran lo que llaman “masa” pero pudimos ver más atrás otros que sí lo estaban. Dejamos pasar uno, dos, tres, así hasta diez, fue cuando observo que la senda no tenía fin, eran muchísimos. Así que les dije a los de mi grupo que usen las granadas mientras yo les disparaba y en un par de segundos se montó este infierno. Créame que pensaron que el diablo se les venía encima, jamás se imaginaron que los esperaríamos en su propia casa —me dijo mientras yo miraba mi reloj, eran las seis y veinte. Todo había ocurrido en apenas doce minutos aunque a mi me pareció mucho más.

— ¿Tu gente está completa? —pregunté.

— Sí y los ronderos también. Hemos estado juntos en todo momento.

— Aún así les causamos muy pocas bajas para todo lo que les hemos disparado, particularmente las granadas —dije, pero luego averiguaría que normalmente las granadas de mano, al menos las que teníamos, difícilmente mataban a alguien en campo abierto y generalmente te rociaban de pequeñas bolitas de metal que te dejaban herido pero no deshabilitado del todo.

— No crea, por donde hemos venido hay mucha sangre en el suelo, si han logrado escapar es porque hay monte tupido pero heridos seguro que tienen muchos. Hubo un tipo que parecía desorientado y se apareció a menos de diez metros delante de nosotros con una mochila en las manos, le disparé y se cogió el abdomen pero se las arregló para escabullirse entre los arbustos.

— Y a éste, ¿lo cogieron en su huida? —pregunté señalando al que estaba muerto en el suelo.

— Sí, ya estaba herido. Mire la rodilla —dijo señalándola y observé el pantalón roto con sangre—. Eran dos los que huían, el otro lo estaba ayudando, pero nosotros aparecimos detrás de ellos y, al vernos, giró con una pistola en la mano disparando sin alcanzarnos porque nos tiramos al suelo. Cuando nos volvimos a levantar el que lo ayudaba había desaparecido y este nos quiso volver a disparar, pero el soldado Alca le soltó una ráfaga. Ésta es su arma —me dijo mostrándome un revólver que tomé en mis manos, era un Smith & Wesson .357 plateado de

La Guerra de los Tenientes

cañón largo, las cachas parecían que alguna vez se estropearon y las había reemplazado por otras talladas en madera; abrí el tambor y tenía las balas completas. Sólo faltaba una, con la que hizo su único disparo. Traté de descargar las otras balas y observé que ofrecían resistencia, al sacarlas haciendo presión observé que no tenía la munición original sino que habían colocado en el tambor balas del nueve milímetros automático, un calibre parecido, pero ligeramente más grande, y para poder adaptarlas a la recámara habían limado tanto la bala como la parte superior del casquillo, ingenio no les faltaba. Cerré el tambor y guardé el arma en mi mochila, a todas luces su último dueño ya no la necesitaría, y me quedé observándolo: estaba amarillo, la boca, labios y encías de verde oscuro y emanada un olor fuertísimo que no podía identificar.

– Es la combinación del alcohol y la coca – dijo un rondero.

– Lo de mascar coca te lo acepto como una costumbre de la zona, pero lo del alcohol no lo entiendo – dije.

– Es para darse valor, pero tiene pinta de que ha estado bebiendo desde esta mañana.

– Y está amarillo... ¿También del alcohol?

– No este sujeto tenía paluco... ya sabe, paludismo.

– Pero eso son fiebres ¿No?

– Sí pero la piel también suele ponerse de un color amarillo terroso, por eso también le dicen fiebre amarilla, estaría enfermo hará ya mucho tiempo.

Aprovechando que estaba el rondero y asumiendo que el muerto al portar un revólver tendría algún rango de importancia en la organización de Sendero, le pedí que lo revisara para saber si portaba algo de interés. El rondero revisó los bolsillos de los pantalones y del delantero izquierdo sacó una libreta que había sido confeccionada con la mitad de un cuaderno escolar con sus hojas cosidas con hilo, y también sacó un folio de papel doblado en cuatro que me entregó.

Abrí la libreta y revisé las hojas que estaban escritas, todas ellas con bolígrafo rojo – porque sólo escribían con tinta roja para ser consecuentes con su línea ideológica-, pero sólo encontraba lo que ya conocía de otras ocasiones: fragmentos del “Pensamiento Gonzalo” que a todas luces había sido dictado, poemas y loas a la revolución mundial, extractos del libro rojo de Mao Tse Tung e insultos al maldito perro revisionista y trai-

dor de Deng Xiaoping. A veces los insultos y frases hechas se repetían una y otra vez en las hojas al igual que en los cuadernos de caligrafía de los niños de primaria.

Desdoblé la hoja suelta y observé una lista con muchos artículos, pésima caligrafía y con una ortografía peor aún; así t0MT3s equivaldría a tomates. La revisé varias veces para tratar de descifrar su secreto significado en clave en medio de aquella combinación caótica de mayúsculas y minúsculas, pero luego me di por vencido, por más retorcida que fuese mi imaginación sólo era la lista de la compra. Toribio me observaba esperando que dijese que había hallado alguna pista.

—¿Ha encontrado algo mi teniente?

—Era un asesino -le respondí luego de revisar una vez más aquel escrito.

—¿Un asesino? —preguntó Toribio asombrado- ¿A quién pudo haber matado? ¿Cómo lo sabe?

—Aquí está la prueba -dije extendiendo la hoja de papel ante sus ojos, quién lo leyó detenidamente.

—Aquí no dice nada de eso.

—¿Cómo que no? Asesinaba al idioma si piedad.

Mientras hablábamos llegó Copa con su gente y el resto de los ronderos que traían al detenido de la radio.

—¿Quién era este? -le pregunte señalando al muerto.

—Era el Crispín -respondió, y se me pasó por la cabeza que con ese nombre al finado le habíamos hecho un gran favor.

—Aquí hay otro -dijo un soldado de atrás señalando un cuerpo en el suelo a un lado de la senda a unos veinte metros.

Llamé a un rondero que estaba cerca y le pregunté si era uno de los que les atacaron temprano pero me dijo que no sabía, que sólo era un senderista. Me acerqué y pude observar el cuerpo, le faltaba la mano derecha hasta la altura de la muñeca, se podía ver que había sido arrancada de cuajo porque los restos de piel colgaban como trozos de un guante. En la parte posterior derecha de la cara se podía ver una herida, algo así como una quemadura oscura que iba de atrás hacia adelante.

Lo que no podía determinar era qué le había causado la muerte y lo más extraño aquello de la falta de mano, porque una bala de fusil difícilmente haría eso. El rondero que estaba a mi lado lo miró y me dijo que se había matado solo.

—¿Se ha matado solo? Explícame eso.

La Guerra de los Tenientes

—Sí mi teniente, este tonto se mató solo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por la mano, yo ya he visto a varios así y cuando no se mueren se quedan sin dedos.

—Pero no me has dicho lo que le ha pasado.

—Sucede que Sendero no tiene suficientes granadas de mano para todos, entonces ellos mismos se las hacen artesanalmente con latas. Cogen una pequeña y la rellenan de dinamita combinada con tuercas, clavos y todo lo que se les ocurra, y como no tienen mecanismos de tiempo entonces usan mecha lenta común y corriente.

—Pues alguien les debería decir que hagan mechas más largas ¿verdad?

—Las hacen pequeñas para ahorrar material y para que no se las devuelvan luego de lanzarlas.

—Ya entiendo, entre que encienden la mecha con cerillos y la lanzan les queda poco tiempo.

—Es que ni encender la mecha hacen, sus mechas son de dos centímetros o menos.

—¡Dos centímetros! —exclamé— Estos desgraciados deben estar desquiciados. Dos centímetros no dan tiempo para nada, tal vez dos segundos o tres en el mejor de los casos y desde que la enciendes, a diferencia de las granadas de mano en las que el tiempo se contabiliza desde que la liberas.

—Así es, por eso la encienden con el cinturón —dijo señalando el cinturón de cuero del difunto, que tenía sobre el lado derecho pegados unos raspadores laterales cortados de unas cajitas de cerillas.

—Ya veo, ya veo.

—Cortan un par de cabecitas de los cerillos y las introducen por un extremo de la mecha asomando un poquito y amarrándolas con hilo de algodón. Así las mantienen siempre listas. Para encenderlas basta que hagan asomar el extremo de la mecha y en el movimiento hacia atrás como para arrojarla, la hacen rozar con el raspador del cinturón y se enciende la mecha inmediatamente, eso les da unos dos segundos para lanzarlas.

Esto explicaba todo, a este tipo le había estallado su artefacto en la mano y de allí el origen de la quemadura en el lado derecho de la cara. Lo que le pasó exactamente sólo podía imaginarlo: una duda de último momento, un ruido inesperado,

La Emboscada

algún soldado que lo haya visto primero y disparara obligándolo a agacharse o cubrirse, cualquier cosa que le haya podido consumir sus preciosos dos segundos y el resto ya era historia, especialmente para él.

– Toribio, en nuestro informe hay que colocar también lo de este hombre, ya averigüé la causa de la muerte.

– ¿La explosión?

– En su caso anotaremos que fue un accidente de trabajo.

Mientras hablábamos, un rondero se encargó de registrar el cuerpo por si encontraba algún documento de interés como en el anterior, pero este pobre diablo no traía ni eso; rebuscando en el bolsillo del pantalón sacó una única moneda y me la entregó. Era una moneda de hace menos de diez años pero que debido a las continuas inflaciones del país había visto reducido su valor nominal a poco menos que nada, por lo que su utilidad era nula. Luego de girarla varias veces entre mis dedos mirando al difunto murmuré: “La moneda de Caronte”.

– ¿Qué es eso de Caronte? Mi teniente –preguntó intrigado Toribio.

– Caronte, según la mitología, era el barquero de Hades, se encargaba de transportar las almas de los muertos a través de un enorme río hasta el lugar de descanso final. Por ello, por tradición a todos los muertos se les enterraban con su moneda para el pago que inexorablemente se cobraría Caronte.

– ¡Ah! Ya entiendo, era una especie de óvulo que todos los difuntos tenían de pagar.

– Óbolo, Toribio, óbolo. Y aquellos que no tenían su moneda estaban condenados a vagar por las orillas del Hades cien años hasta que Caronte se apiade de ellos.

– ¿Y qué hacemos?

– Se la devolveremos –le dije extendiendo la moneda de vuelta al rondero, quien con mucho cuidado la volvió a colocar en el bolsillo del pantalón del muerto y le dio unas palmaditas para que quede fija en su lugar.

– Es usted muy bueno.

– ¿Bueno? Eso depende, ya verás la descomunal bronca que le pegará Caronte a este infeliz cuando vea la mierda de moneda con la que le pensaba pagar.

La gente se comenzó a agrupar entorno nuestro cuando escuchamos un revuelo que venía hacia nosotros.

La Guerra de los Tenientes

—Mi teniente -llegó el cabo Copa corriendo-, dicen los ronderos que están escuchando voces, parece que se están reagrupando, tenemos que salir de aquí.

—Lo mismo pienso Toribio, organízate a la gente que nos largamos cuanto antes.

—¿Pero por dónde? ¿Por donde vinimos? —preguntó Toribio.

—No, ni hablar de ello. Nos van a estar esperando, si salimos por esa ruta estaremos muertos, debe haber otro camino. Que venga el detenido.

Trajeron al capturado que estaba con las manos atadas y Toribio le pregunto cuál era el camino para salir al valle sin necesidad de tomar el camino por el cual habíamos llegado. El detenido empezó a decirle que habían varios pero que a veces no recordaba porque él no lo usaba mucho y poco a poco comenzó a mezclar palabras en quechua, hasta que se cada vez más difícil entenderle. Por suerte yo ya tenía tiempo en la zona y podía saber cuando alguien quiere o no quiere cooperar, para ello lo mejor era hacerse el tonto y que no entienda, así que aparté a Toribio y me acerqué al detenido.

—Escúchame bien cojudo, que desde que te he conocido sólo has conseguido hincharme las pelotas -le dije desenfundando la pistola y apuntándole-, voy a contar sólo hasta cinco para que me digas el camino bueno para salir de aquí, de lo contrario te prometo que te mueres... uno, dos, tres, cuatro...

—Es por allí abajo, yo lo guiaré -respondió agachando la cabeza y con un castellano que sería la envidia del mismo Cervantes. Al parecer, sin quererlo, yo había descubierto la cura contra la amnesia, la cual se podía tratar efectivamente, no con vitaminas pero sí con minerales, plomo para ser más precisos.

—Bien por ti, veo que eres una persona sensata. Me gusta tratar con personas razonables -le respondí dándole unas palmaditas en el hombro.

—Toribio, una última orden antes de irnos, baja rápido con cuatro hombres y prende fuego al almacén de alimentos y a la casa de madera. Tienes un minuto -al rato Toribio regresaba con los ronderos que ayudaron iniciar el fuego en lo que era el almacén y la casa del "capitán" según palabras del detenido.

—¿Encendiste el fuego?

—Sí ya está, pero no se ve porque recién empieza, lo hemos extendido en varios puntos.

La Emboscada

—¡Toribio! ¡Nos largamos! El detenido por delante, no quiero pisar una trampa, pero que esté atado a uno de los soldados y también que vayan en punta dos ronderos por si ven algo que les parezca sospechoso.

Toribio organizó la columna con ronderos distribuidos entre la tropa y con los hombres en punta para que ayudaran a guiarnos según las instrucciones del detenido.

—¡Escucharme todos! ¡A partir de este momento quiero que todos los fusiles estén cargados y al seguro!

Partimos con el rumor del fuego que habíamos iniciado y que había cobrado rápidamente fuerza; luego de media hora de avanzar por un camino, que no tenía nada de camino porque estaba plagado de zarzas espinosas y troncos caídos, observamos claramente que estábamos subiendo por una pendiente de suelo húmedo y resbaladizo, que no permitía pasar a más de uno a la vez en medio de la tupida vegetación. Al cuarto de hora Toribio me dio el alcance preocupado.

—Mi teniente, dicen los ronderos de atrás que creen que nos están siguiendo.

—Que la columna avance y nosotros esperamos aquí hasta llegar al final de la misma.

A los cinco minutos ya la cola de la columna estaba a nuestra altura con los dos soldados y los dos ronderos de retaguardia con cara de preocupación.

—Sigamos avanzando —dije—, no hay que parar, cuéntenme que ha pasado mientras caminamos.

—Que creemos que nos siguen, mi teniente —alertó un rondero—, varias veces hemos escuchado voces y hasta golpes de machetes. Nos están siguiendo y no deben estar muy lejos.

—¿Tú qué crees Toribio?

—Pienso igual, eran muchos y a estas alturas ya deben saber que éramos menos de lo que pensaban; probablemente alguien nos observó desde algún escondrijo luego de la emboscada. Sugiero que vayamos lo más rápido posible para que no nos alcancen.

—Inútil Toribio, esa gente conoce el camino mejor que nosotros, son más eficientes caminando en el monte y las huellas de la tropa por el camino son inconfundibles. Nos alcanzarán antes de lo que pensamos, lo mejor es detenerlos.

—Si nos quedamos aquí con la patrulla nos rodearán y esta-

La Guerra de los Tenientes

remos igual de jodidos que allí abajo.

– Eso si nos quedamos. Pero se me está ocurriendo una idea mejor. Dile al soldado con el botiquín que venga con el sobre del hilo de sutura y tú consigue entre la gente tres cargadores de fusil completos, y medio metro del cordón detonante que lleva Mendoza.

– ¿Y para qué quiere el botiquín? –dijo Toribio.

– Que me lo traiga y luego te lo cuento.

– Aquí está el cabo Tocto con el botiquín, los cargadores y el cordón –dijo Toribio, que no demoró más de dos minutos en reunir lo solicitado.

– Tocto, saca el hilo de sutura y asegúrate que tenga la aguja insertada. Cuando lo tengas listo me avisas.

A los cincuenta metros ya teníamos el material preparado y nos colocamos en una parte del camino que se estrechaba entre ramas bajas.

– Toribio, escúchame, yo me quedaré aquí con Tocto, Mendoza y un rondero. Tú avanza y llévate a la columna lo más rápido que puedas, haces un alto a unos cien metros de aquí. Llegando nos esperas.

– ¿Y qué piensa hacer?

– Vamos a minar el camino, es la única forma de detenerlos si es que en verdad nos siguen. Ahora, no pierdas tiempo y llévate a la gente.

– Mendoza, tú ponte al lado del camino con el fusil apuntando ese tramo que puedes ver por delante, tienes casi treinta metros de campo de tiro. Toma los tres cargadores y tenlos a tu lado, si observas que aparecen dispara en automático con ráfagas cortas para que parezca que es una ametralladora y sigue así hasta que se te acabe la munición, con eso te aseguro que se les quitará las ganas de andar muy cerca; que el rondero se ponga un poco más adelante y si ve algo que se ubique a tu lado y te ayude a recargar. Tocto ayúdame: toma tu granada, desenrosca la espoleta e introduce un nudo grueso de cordón detonante por el orificio que deja, cuando la tengas lista me traes todo junto.

El resto del trabajo lo hicimos en menos de tres minutos pero parecía que fueron tres horas, con el cordón detonante restante amarramos la granada de Tocto a la mía que sí llevaba espoleta y a su vez la amarramos a la base de un arbusto al lado del ca-

La Emboscada

mino; cuando lo tuvimos preparado nos faltaba sólo el mecanismo de activación.

–Tocto, ata el extremo del hilo de sutura al otro lado del camino y tráelo hasta donde estoy yo, pero no lo tenses, que esté suelto para que se confunda con las ramas que cubren el piso y no llame la atención –dije aprovechando que el hilo de sutura tenía la textura, color y resistencia del hilo de pescar.

Tocto se acercó como le había dicho mientras que Mendoza no perdía de vista el camino, si aparecían los que se suponía nos seguían estropearían nuestro trabajo.

–Tocto, ¿tienes el extremo de la aguja? Bien, ahora yo voy a quitar la anilla de la granada, observarás que en la parte superior quedará un pequeño agujero que dejará el pin de seguridad, necesito que metas la aguja en él pero sólo tres milímetros.

–Tres milímetros es muy poco mi teniente, se va a soltar, la aguja de sutura es curva y no se sujeta fácilmente.

–No se soltará si lo colocas bien, con ello me aseguro que ningún manitas venga a desactivarla. Bien, ahora no sueltes la aguja que voy a aflojar la palanca de seguridad de a pocos. Cuando sientas que la aguja se queda enganchada me avisas, y si se suelta también para volver a hacer presión sobre el asa.

La aguja no se soltó pero se mantenía en una posición de equilibrio, aún cuando Tocto ya no la sostenía.

–Tocto, oculta las granadas y el cordón detonante con ese montoncillo hojas secas, que no quede visible. Bien, ya lo tenemos. Nos vamos, pero antes suelta tu paquete curación vacío y déjalo en el suelo, a metro y medio en el camino, más delante de la granada y que sea visible. Mendoza, recoge tu fusil y los cargadores y comienza a replegarte con el rondero, que te seguimos.

Mendoza comenzó a regresar por el camino y cuando vimos que ya estaba todo listo le dije a Tocto que se retirara y yo lo seguí a toda velocidad. A los minutos habíamos alcanzado la columna que nos esperaba y los cuatro estábamos bañados de sudor por el calor, la humedad y la carrera.

–Ya lo tenemos minado Toribio, reorganiza la columna que continuamos.

–Mi teniente... ¿Por qué abandonamos el estuche del paquete curación? ¿No se suponía que no debíamos dejar huellas? –

preguntó el cabo Tocto.

—El problema de usar las granadas como minas es que no estallan al paso, sino a los tres o cuatro segundos después que alguien haya pasado, que pueden bien ser diez metros, alejándolo de la onda explosiva y los fragmentos de metralla; como el estuche que dejamos está inmediatamente después de la trampa lo que sucederá es que quien active la mina se detendrá a recogerlo y estudiarlo, es lo primero que se le ocurriría a cualquiera, es la curiosidad que llevamos todos dentro.

—¿Y qué hago yo con esto? —dijo Tocto mostrándome la espoleta de su granada.

—Deshazte de eso que es peligroso, arrójalo lo más lejos que puedas en el monte.

El camino continuó pero rápidamente tomó una pendiente importante en medio de tanto árbol y suelo húmedo que hacía que todos resbalásemos, especialmente la tropa que estaba poco acostumbrada a caminar en la selva cuyas botas de cuero no eran apropiadas para ello. Para asombro mío, el prisionero no se quejaba ni resbalaba a pesar de estar con las manos atadas a la espalda; por lo visto el sujeto ya tenía mucho tiempo en esta zona y se la conocía al dedillo. Lo de la subida no me preocupaba porque era señal que estábamos remontando las alturas que flanqueaban el valle y por tanto parecía que íbamos por buen camino. Estaba en esas meditaciones cuando se escuchó detrás nuestro una explosión atenuada algo a sí como un drumdrum seguida de un par de disparos que hicieron que la columna se detuviera y miráramos hacia atrás en silencio.

Toribio se me acercó y me dijo:

—Los ronderos tenían razón, nos estaban siguiendo los muy cabrones y han pisado la mina.

—¿Hace cuánto que estamos caminando desde que colocamos las trampas?

—Casi un cuarto de hora, mi teniente, un poco menos.

—En condiciones normales sería un kilómetro pero en esta selva seguro que menos de cuatrocientos metros. Nos estaban pisando los talones, Toribio.

—¿Colocaremos otras trampas?

—No es necesario, pasará buen rato antes que se den cuenta de lo que ha sucedido, para ellos sólo ha sido una explosión a su paso y no saben qué la provocó. Y así lo supieran, mejor aún,

porque lo pensarán dos veces ante de continuar por un camino que consideran minado. Además ya queda poca luz y quiero avanzar todo lo que podamos hacia el valle antes que nos coja la noche, que nos quedará poco menos de media hora de luz, así que dile a los que están en cabeza que continuamos y que lo hagan con paso largo.

Avanzamos media hora por el suelo húmedo pero no encontrábamos ningún claro para detenernos y seguimos caminando con los uniformes totalmente empapados de sudor, que hacían que la sensación de sed sea cada vez mayor a pesar de estar en una selva lluviosa. ¡Qué ironía: barro por todos lados y agua por ninguno! Cuando quedaba ya apenas luz llegamos al pie de dos especies de palmeras en la que en su base habían caído sus hojas grandes y por lo menos nos servirían para no estar en contacto con el suelo.

—Toribio, nos quedamos aquí, que el personal se desequipe a ambos lados y que cada quien trate de acomodarse alrededor de los dos árboles. A un costado que también se ubiquen los ronderos y que se encarguen de vigilar al prisionero. Por ningún motivo se enciende luz alguna.

—Sí, mi teniente —dijo Toribio organizando al personal.

—Una cosa más Toribio. Revista a la gente y me informas como estamos de munición.

A los diez minutos ya estaba todo listo y Toribio se me acercó con un papel diciendo:

—Mi teniente, tengo malas noticias.

—No me jodas. ¿Qué ha pasado?

—Es la munición, nos queda menos de la mitad. La tropa ha consumido en promedio casi tres cargadores en la emboscada, de los cinco que llevaban, aparte de toda la que correspondía a la ametralladora. De las granadas de mano se han gastado la mitad y las granadas de fusil están todas completas. Pero hay quienes han gastado más que otros, al soldado Estafenaro sólo le quedan diecisiete cartuchos.

—¡Me cago en la puta que los parió a todos, carajo! ¡Toribio, reúne a la tropa que quiero hablarles!

La tropa se reunió alrededor mío en cuclillas o sentados acomodándose en el poco espacio libre que teníamos en aquella penumbra.

—Señores, no he tenido tiempo para conversar con ustedes

La Guerra de los Tenientes

desde esta tarde, lo de la emboscada salió muy bien y creo que todos hicieron su trabajo como se esperaba. Pero hay algo que no es correcto: todos sabemos lo que es la disciplina en el tiro y eso no lo hemos cumplido, hemos consumido la mitad de nuestra munición en sólo unos minutos y aún no hemos llegado al valle. Probablemente la necesitemos si las cosas no van como quisiéramos, y aún estando en el valle tampoco lo tenemos resuelto porque nadie nos la repondrá. La munición no llueve del cielo.

—Es que algunos comenzamos a disparar en automático y con las ráfagas se iba consumiendo muy rápido —se escuchó.

—Pues no está bien, el tiro normal con los fusiles es en semi-automático, tiro por tiro, para tomar puntería antes de disparar y no hacerlo como locos. Quisiera que entiendan algo respecto de la munición: cada bala le cuesta fabricarla al país casi un dólar, que es casi lo mismo que lo que se invierte en la educación diaria de un niño o en los programas de nutrición y, según mis cálculos, esta tarde hemos consumido munición suficiente como para dejar desnutridos o analfabetos a los niños de una escuela media, no me pregunten cuál pero ya los jodimos. Así que no quiero que esto vuelva a suceder, terminantemente prohibido colocar el selector de tiro en automático.

El silencio cubrió la oscuridad porque ya no podíamos vernos las caras largas y nadie hizo comentario de la reprimenda recibida.

—Una última pregunta: ¿Es la primera vez que entran en combate? —pregunté.

—Sí mi teniente, es la primera vez —dijo alguien.

—Visto esto último, quiero decirles algo que también considero que es muy importante y que me gustaría que todos lo supieran... ¡¡Estoy sumamente orgulloso de todos ustedes!!!

—¡¡¡Nosotros también!!! —contestaron algunos mientras aplaudían y se reían por primera vez en todo el día-. ¡Les hicimos correr a esos salvajes como nunca! —decía otro, mientras otra voz comentaba que los matamos del susto, y más risas.

—¡Silencio! —ordenó Toribio-. Nos escucharán a kilómetros.

—Bien, voy a dar la siguiente disposición: es importante tener la ametralladora abastecida, así que cada hombre sin falta entregará diez de sus cartuchos a Manrique para que tengamos tres cintas completas.

La Emboscada

– Pero a mi sólo me quedan diecisiete –reclamó Estafenaro.

– Tienes razón, tú no darás diez, tú darás doce por ser el más idiota de la patrulla... ¡Y tienes sangre en la cara para reclamar cuando allá abajo has quemado más de ochenta cartuchos en unos segundos, apostaría que no acertaste a nadie! Toribio, quítele el tapón de gases al fusil de Estafenaro, a partir de ahora que lo use como rifle de repetición.

– Estafenaro, pero que imbécil eres –dijo alguien que estaba a su lado.

– Manrique es otro idiota que nos ha metido en este problema quemando todo lo de la ametralladora –dijo otro.

– ¡Silencio! Aquellos que no estén de acuerdo con lo dispuesto los autorizo a partírle el trasero a patadas a Manrique cuando hayamos salido de esta. Eso sí, previa entrega de la munición.

– Ya te jodiste, Manrique –dijo otra voz en la oscuridad.

– ¿No sería mejor que distribuyéramos por igual la munición? –preguntó Toribio.

– Ni lo pienses –contesté-, que cada quien cuide lo suyo, así aprenderán a valorarla.

– Toribio: vamos a organizar dos puestos de guardia. Uno adelante y otro atrás en el camino, cada uno con dos soldados y un rondero –dije dando por terminada la reunión y tratando de acomodarme en un lugar para descansar.

– Mi teniente, una última pregunta –dijo acercándose Toribio: ¿Usted ya ha estado en combate antes?

– No, para mí también era la primera vez.

La oscuridad finalmente se hizo total, mientras que cada quien trataba de acomodarse como podía en el lugar que había elegido; pero como aún era temprano, no más de las ocho, nadie tenía ganas de dormir y el que menos estaba sentado comentando lo de la tarde, la experiencia de cada uno y las anécdotas entre risas, echándose en cara la actitud de cada cual.

Pero por más que hablábamos no se nos pasaba que en todo el día no habíamos comido nada, y lo más triste era que el desayuno que dejamos ya estaba casi listo cuando partimos. Pero esto era soportable, lo insufrible era la sed que teníamos que no había forma de aplacarla después de haber caminado y sudado tanto. El cabo Tocto se me acercó y me dijo:

– Mi teniente, en el último recodo del camino, a unos treinta metros del puesto de guardia, escuché el ruido de agua que co-

La Guerra de los Tenientes

rría, déme permiso y traigo un poco para todos.

– Te ha parecido, Tocto, aquí sólo hay fango.

– No, mi teniente. Un rondero también lo escuchó y puedo ir con él. No nos tomará más de cinco minutos.

– ¿Y cómo piensas traer el agua?

– El rondero también tiene en su mochila una vasija de plástico grande, será suficiente.

– Tienes sólo cinco minutos y coordina con el que está de guardia en el camino para que no te confunda en la oscuridad.

Tocto salió mientras que los demás nos quedamos sentados esperanzados en que lo que escuchó fuese efectivamente agua, pero Tocto no regresaba y ya tardaba más de lo acordado.

– Dile al que está de guardia que nos avise si está Tocto cerca.

– Dice que no lo ve, pero que los escucha, no están lejos.

A los minutos se escuchaban los pasos del buen Tocto que llegaba jadeando de la caminata.

– Mi teniente, lo conseguí, tengo agua. Sírvase usted un poco y luego lo vamos pasando a la gente para que todos beban de la vasija.

– Gracias -le dije, mientras otros le decían cosas como: “Tocto, eres un campeón” y “Eres lo máximo”.

Cogí la vasija en la oscuridad con las dos manos porque era grande, aunque de plástico, y sorbí un poco; luego de saborear y secar la garganta pude deducir que Tocto había encontrado un manantial donde brotaba un líquido prístino con un sabor tan bueno que jamás había probado en mi vida, era un verdadero manjar de los dioses. Me disponía a dar un segundo y largo trago cuando alguien, no recuerdo quién, encendió su linterna alumbrando la vasija preguntando si había para todos. Lo que vi no se parecía en nada a lo que mi imaginación me decía, porque lo que tenía en mis manos era una vasija desvencijada cuyo contenido era una asquerosa agua color marrón, esas de charca, que ni siquiera te permitía ver el fondo y en la que flotaban restos de hojas y sabe Dios qué.

– ¡Apaga esa luz! -le ordené.

Como decía, el agua estaba buenísima, creo que la mejor que había bebido en mi vida, así que continué saboreándola. Aunque probablemente haya sido un poquitín parcializado con mi opinión debido a la sed que tenía. Si alguien me hubiera visto y filmado podía haber vendido mi imagen para esos anuncios de

La Emboscada

Coca Cola donde muestran a alguien refrescándose bebiendo al calor del verano. No había pierde.

– Gracias –dije–, pasa la vasija a los demás.

Como era de esperarse, el contenido de la vasija se quedó corto y Tocto tuvo que hacer dos viajes adicionales para saciar la sed de todos. Una vez logrado, los ánimos se calmaron y la gente regresó a las conversaciones referidas a la emboscada de esta tarde. Yo estaba preocupado por salir cuanto antes de ese lugar, no estaba seguro de nuestra posición, pero la suponía; lo peor era que estábamos incomunicados y con la prisa con la que salimos no llevamos la radio pensando que sería cuestión de horas, ya había pasado todo un día y el tramo que nos esperaba no se presentaba corto. Si bien con la radio no se solucionaba el problema de la falta de comunicación con Álvarez, por lo menos me podría comunicar con el batallón y ellos luego con las otras dos columnas. Teníamos la radio capturada que serviría perfectamente por ser AM, pero no había forma de hacerla funcionar por falta de batería. Estaba en ello cuando en la oscuridad escuché la conversación entre susurros de tres soldados que estaban al frente de donde yo estaba:

– ¿Nos seguirán? –preguntó alguien.

– Imposible, el teniente puso dos granadas en serie y estallaron –dijo otra voz que me pareció Mendoza.

– Es más, en este momento el senderista ése ya debe estar en el cielo.

– No seas idiota. No puede estar en el cielo, era un comunista y esos no creen en Dios.

– ¿No creen en Dios? ¿Es verdad? –preguntó un tercero.

– Claro que no. ¿No sabías que en Rusia los comunistas se comían a los niños?

– No, la verdad que no.

– Entonces... si no está en el cielo... ¿Dónde está?

– En cualquier parte menos allí –dijo el otro, haciéndose un silencio momentáneo.

– Se me ocurre algo.

– ¿Qué cosa?

– Si no cree en Dios y nosotros rezamos muy fuerte como para enviar su alma al cielo entonces lo joderemos doblemente, porque cuando llegue seguro que lo echarán a patadas –dijo, mientras las carcajadas se repartían entre quienes lo escucharon,

La Guerra de los Tenientes

incluyéndome. Vaya disparatada idea, en la próxima misa que vaya me acordaré de él.

Como ya era entrada la noche la gente se fue durmiendo poco a poco, aunque con dificultad porque la temperatura bajó a un punto que era mejor cubrirse con algo como una lona o pequeña manta, que algunos llevábamos en las mochilas. Para quienes tienen una idea diferente, la selva no siempre es un paraíso tropical y cálido, por las noches la temperatura baja sensiblemente, particularmente cuando uno se encuentra a lo que corresponde a la selva alta.

Aquella noche dormí muy poco, hice un inventario de todas las fuerzas con que disponía, estas se reducían a diecinueve soldados de entre dieciocho y veinte años, parecían muy jóvenes pero yo mismo tenía sólo veintitrés; también con una docena de ronderos armados de escopetas y poco más. Nadie sabía dónde estábamos y yo mismo no estaba seguro. Viéndolo fríamente habíamos cometido una temeridad que rayaba en la estupidez al adentrarnos tanto en el monte; para suerte nuestra Sendero tampoco lo había pensado, así que desde ese punto de vista estábamos en tablas. Sólo nos quedaba pensar que al día siguiente tuviéramos por lo menos la misma suerte que hasta ahora habíamos tenido. Siempre pensé que la suerte es para los tontos, que es mejor trabajar para ello, pero por esta vez no nos vendría mal un poco.

Al día siguiente nos levantamos temprano, a las cinco y media cuando recién aclaraba. Trataríamos de caminar lo más que pudiésemos antes que el calor húmedo se haga sentir. Estaba guardando mis cosas en la mochila cuando observo que el soldado Centeno tenía una herida en la cabeza y sangraba –o había sangrado– profusamente.

–Centeno... ¿Qué le ha pasado a usted? ¿Con qué se ha golpeado?

Centeno me miró extrañado al oír mi pregunta, como si no supiera de qué estaba hablándole.

–¿Qué herida? Yo no me he golpeado.

–En el costado de tu cabeza, encima de la oreja tienes una herida y te ha sangrado –le dije, mientras él colocaba su mano donde le señalaba y al ver su sangre se paró de un salto del susto.

–¡Yo no me he golpeado! ¡No sé de donde sale esa sangre! –

La Emboscada

dijo atemorizado mirándose la sangre de las manos, mientras todos le observábamos.

-Yo también estoy sangrando en la mano, mi teniente -dijo otro mostrándome una pequeña herida en el canto exterior de su mano izquierda con sangre.

Lo extraño era que ninguno de los dos recordaba haberse hecho daño y que las heridas eran pequeñas, pero no se habían secado como una costra cualquiera, sino que la sangre estaba relativamente fresca, concretamente la de Centeno no era en la cabeza sino detrás del lóbulo de la oreja y por ello tenía sangre en los cabellos. Los ronderos que también vieron el alboroto se acercaron hasta que uno exclamó: ¡Mierda! ¡Aquí hay vampiros!

-¿Vampiros? -preguntó Toribio, para quien la existencia de los mismos era una ficción de películas.

-Pues parece que por aquí sí -dijo el rondero mirando las copas de los árboles-. No lo sabía, es extraño verlos en el valle.

-¡Diablos! ¿Y por qué les han mordido en la cabeza y la mano? ¿No deberían chuparles la sangre del cuello? -insistía Toribio.

-No, eso es mentira -aclaró el mismo rondero, que al parecer era conocedor del tema-, lo que hacen es acercarse cuando estamos durmiendo y producen una herida pequeñita con sus dientes, que no se siente porque su saliva es como un anestésico. Los vampiros evitan la luz del día y muerden sigilosamente a humanos en sus cabezas o pies, que normalmente son las partes descubiertas cuando dormimos.

-Pero si la herida es pequeñita... ¿Por qué sangra tanto?

-Lo que pasa es que su saliva hace que no se coagule y por eso sigue goteando.

-¿Entonces no me desangraré? -preguntó el aún asustado Centeno.

-No, pero ese no es el problema. El problema es que a veces esos bichos tienen rabia y te pueden contagiar -explicó para calmarlo pero lo asustó aún más.

-Toribio, que a ambos se le haga una limpieza profunda con alcohol -ya no me fiaba un pelo del agua de ayer-, y llegando al valle informaremos de esto para que les apliquen vacunas anti-rábicas en alguna posta de salud. Y ahora teníamos otro problema: evitar que esos bichos terminen con nosotros a mordiscos, no tenemos mosquiteros y si pasamos otra noche en el

La Guerra de los Tenientes

monte ya me imagino como despertaremos mañana.

–No teniente, a nosotros ya no nos morderán –replicó el rondero, conocedor de los hábitos de esos animales.

–¿Por qué? ¿Ya se llenaron?

–Porque por alguna razón los vampiros gustan más de la sangre de unos que de otros y seguramente les volverán a morder a esos dos –dijo señalando a los mordidos.

–Entonces es una buena noticia. ¡Qué alivio! –exclamó Tocto.

–¿Cómo que buena noticia?! ¡Esa bestia casi me ha arrancado media cabeza y poco ha faltado para que me quede sin orejas! –replicó Centeno.

Luego de la limpieza pudimos observar claramente las heridas realmente eran pequeñas, con la apariencia de unas raspaduras, muy lejos de los dos puntos que se suponen dejan los colmillos clavados. Cuando estuvo todo listo y los ánimos calmados continuamos con el camino que aún tenía tramos en ascenso, así que la columna volvió a ser de uno en uno, mientras seguíamos a los guías y al prisionero. Mantuvimos este ritmo unas tres o cuatro horas aprovechando que la mañana era aún fresca, pero poco a poco el calor comenzó a apretar y la gente comenzó a cansarse rápidamente.

Seguíamos caminando y parecía que habíamos ganado altura, porque si bien la selva era igual de espesa por lo menos el suelo no tenía tanta humedad. Era casi la una de la tarde y la falta de comida se hacía sentir, las magras yucas de la cena de antesdeayer ya no eran suficiente, sumándole el segundo día de camino que llevábamos, el avance era francamente lento y cada media hora nos deteníamos a descansar cubiertos de sudor.

En uno de los descansos obligados Carvajal, uno de los soldados de la última promoción, que venía en la cola de la columna se acerca y me dice:

–Mi teniente, allá abajo he visto una gallina. ¿Puedo dispararle? Ya tendríamos que comer.

–¿Gallina? Estás alucinando, en la selva no hay gallinas.

–Sí, le juro que he visto una y es negra, está al frente de esa depresión, en una rama. Permítame dispararle.

–Negativo, nos oirán en toda la selva.

–Por favor, mi teniente, sólo una bala.

La cara de hambre del pobre, la de toda la patrulla y la mía propia me convencieron de dar algo de crédito a la alucinación

La Emboscada

de Carvajal, así que le dije:

— Está bien, pero sólo un tiro. Te estoy diciendo que no existen gallinas en la selva.

— Gracias -dijo el soldado-, regresando al final de la columna donde tomó posición y luego de un buen rato tomando puntería hizo un único disparo.

— ¿Le diste? -preguntó Toribio.

— Sí, ha caído. Voy a buscarla.

Como la gallina estaba al frente de la pendiente de la que estábamos, había que descender por entre el follaje de la selva, desapareciendo Carvajal rápidamente de nuestra vista. Luego de esperar unos minutos sin noticias de él nos comenzamos a inquietar, tanto por él como por la presa que probablemente perdió. Finalmente Toribio gritó a la espesura.

— ¡Carvajal! ¿Estás allí?

— ¡Sí, mi sargento! -respondió una voz que llegaba desde abajo.

— ¡¿La encontraste?!

— ¡Sí, ya la encontré!

— ¡Entonces sube!

— ¡No puedo!

— ¡¿Por qué?!

— ¡Es que pesa mucho!

De todas las respuestas que esperábamos oír esta era la menos esperada. ¿Qué clase de animal o bicho raro pesaría tanto que no podía sacar Carvajal?

— ¡Mendoza! -gritó Toribio- Baje y ayude a subir a Carvajal.

Minutos después subían por la resbaladiza ladera ambos cogiendo de las alas al animal abatido, quienes lo dejaron en el suelo. Calculaban que pesaría entre siete y ocho kilos. Definitivamente era enorme, era un pajarraco de color negro cuyo plumaje relucía al sol, la cabeza tenía un pico amarillo y cresta pequeña con un rojo sangre impresionante. Lo primero que se me ocurría es que era una especie de buitre o algo así, aunque se parecía en tamaño a un pavo.

— Es un Paujil -explicó un rondero.

— ¿Un qué?

— Un Paujil, es un ave de la selva, llegan a crecer así de grande.

— ¿Y es comestible? -pregunté.

La Guerra de los Tenientes

— ¡Claro que sí! Su carne es buenísima.

— Bien Toribio, haremos un alto para preparar el rancho y comer, que dos ronderos ayuden a preparar la comida.

La preparación se hizo relativamente rápida, los ronderos despellejaron y trocearon el Paujil con sus afilados machetes en minutos, y es que había para todos por lo menos un trozo no tan pequeño del animal, que cada quien ensartaba en el baquetón de bronce de limpieza de su fusil y hacía dorar sobre un fuego preparado con madera no muy seca, que humeaba bastante pero que la altura y las copas de los árboles contribuían a disipar. Puedo decir que la carne estaba muy buena, a medio camino entre pollo y pavo, pero más parecida al pavo por su color. El bendito pajarito nos cayó literalmente del cielo.

Estábamos repletos de satisfacción haciendo la sobremesa de nuestra inesperada y succulenta comida, que cada quien —entre los que también me incluyo—, terminaba de dar cuenta chupando hasta el último de los huesitos, cuando el rondero que lo había identificado inicialmente y estaba sentado a mi lado dijo:

— No debimos haber matado a pobre Paujil.

— ¿Nu? ¿Y pur que nu si se puele saber? —pregunté con un hueso en la boca.

— Es que el Paujil es un ave en peligro de extinción y quedan pocos, están protegidos y está prohibido hacerles daño —esto lo dijo como amonestándonos por haberle disparado. ¡Cuando él mismo casi se atraganta con la rabadilla!

— Mira, lo siento mucho, pero en estos momentos los que estamos en peligro de extinción somos nosotros, así que era él o nosotros, la naturaleza es así de cruel —repliqué justificándome—. Y ahora que estamos con la barriga llena que Toribio me envíe al detenido que quiero hablar un momento con él.

A los minutos aparece un rondero con el detenido, a quien le dije que se sentara para hacerle unas cuantas preguntas ya que hasta ahora no había tenido tiempo de interrogarlo. Me extrañó su cara de angustia, luego me enteraría que era debido a que no comió nada porque el rondero que debió darle su ración de Paujil dio cuenta de la ella en vez de entregársela.

— ¿Cómo te llamas? —pregunté.

— Mauro.

— ¿Por qué atacaron el pueblo de Yumacente?

— Yo no sabía nada, porque recién...

La Emboscada

– Vuelves a decirme que no sabías nada y a patadas te haré cambiar de opinión. Tú eras casi mando, a cualquier miembro de base no le dan la responsabilidad de hacerse cargo de la radio. No vuelvas a mentirme.

– Los atacaron porque eran el origen de las mesnadas.

– ¿Las qué?

– Los ronderos –respondió, dándome entender el desprecio que sentían contra aquellos campesinos que se organizaban para defenderse. Esto era lo que Sendero Luminoso realmente temía porque destruía toda la base por la cual captar gente, sin población a quienes controlar estarían perdidos.

– ¿Y cómo lo organizaron?

– Estuvieron ensayando durante un mes, Fidel el mando militar lo organizó todo –Sendero organizaba sus jefes en lo que llamaban mandos: político, militar y logístico, en ese orden de prioridad e importancia. Se suponía que el mando político era quien dirigía por encima del mando militar, pero la escasez de cuadros mínimamente preparados hacía que muchas veces las funciones las asumiera una sola persona.

– O sea que el mando de tu columna era Fidel, el mando militar. ¿Y el mando logístico?

– Era el Cirilo, pero eso era antes.

– ¿Por qué? ¿De qué?

– Porque el Fidel estaba con una mujer del pelotón, la Georgina, y cuando éste salía afuera el Cirilo la llamaba. Además el Cirilo ya le había reclamado que él siempre se quedaba con las mejores cosas que conseguían.

– ¿Y qué pasó?

– Un día el Fidel que tenía su pistola le dijo al Cirilo que quería hablar a solas con él y se internaron en la selva. En la tarde el Fidel regresó sólo y no dijo nada. Pero todos sabíamos que lo había matado.

– ¡Huy! –exclamó Toribio– ¿No que eran comunistas y para ellos todos son iguales?

– Son comunistas, pero ya aprenderás que cuando ellos proclaman que todos son iguales... en realidad quieren decir que unos son “más iguales” que otros. Pero sigamos con la historia principal y no con la telenovela. Mauro, o sea que nuestro amigo Fidel organizó todo.

– Eso fue al comienzo, porque dos semanas después llegó el

La Guerra de los Tenientes

doctor Rodríguez...

—¿De qué Rodríguez me hablas? ¡¿Del cojo Rodríguez?! — pregunté asombrado porque el tal “cojo Rodríguez” era el mando regional, a quien era imposible dar caza, muchos decían que no existía y era sólo una ficción.

—Es el mando político regional, pero no está cojo —aclaró Mauro.

—Caray —dijo Toribio—, si el mismo cojo Rodríguez organizaba esto, entonces sí que era importante.

—Sigue, sigue... ¿Y qué pasó con Rodríguez?

—Dijo que la guerra ya había alcanzado el equilibrio estratégico y deberíamos pasar a la ofensiva, por eso ordenó que la compañía setenta y cinco atacara Yumacente.

Esto último causó un silencio general entre los que estábamos sentados, especialmente a la tropa, pues según lo que decía el prisionero ¡la compañía setenta y cinco existía! La habíamos emboscado en su propia base causándole bajas y eso siendo nosotros, la patrulla más débil del valle, mientras que Álvarez los estaba buscando quién sabe donde. Pero también sacaba a relucir la estupidez monumental que yo había cometido llevando a mi patrulla a la mismísima boca del lobo, de la que ahora tratábamos de salir como sea y de un modo desesperado. Si las cosas no salieron mal fue simplemente porque los sorprendimos de una forma que jamás se hubieran imaginado, tuvieron un susto mayúsculo al encontrar al ejército en su propia base cuando habían pasado años sin que nadie los molestara. Luego me enteraría que tampoco estaban en las mejores condiciones, del enfrentamiento en la mañana anterior con los ronderos tampoco salieron bien parados y, sin contar los muertos que dejaron en el pueblo, había un número de heridos, algunos graves, que volvían con ellos y fueron la causa del retraso en su regreso. Tuvi- mos mucha suerte de no terminar mal, demasiada diría yo. Pero aún así había algo que no cuadraba con respecto a la famosa compañía setenta y cinco que quería aclarar.

—Tu pelotón, el que vivía allá atrás, ¿cuántos eran? — pregunté.

—Casi treinta, más o menos.

—Pero no todos eran fuerza principal —combatientes, propiamente dicho en el lenguaje de Sendero—. ¿Verdad?

—No, la fuerza principal éramos catorce antes y luego doce,

La Emboscada

los demás eran base -léase gentes no aptas para combate: niños, mujeres y viejos.

- Bien, entonces sólo treinta, eso no es una compañía y...

- Perdón mi teniente -interrumpió un rondero de Yumacente que escuchaba con atención-, cuando atacaron nuestro pueblo había mucha gente por todos lados, más de treinta.

- Eso es lo que estoy tratando de aclarar -respondí.

- ¿Quiere decir que Rodríguez trajo a toda esa gente?

- No, no. Él era mando político y vino a ordenar solamente, pero dejó antes de irse a cuatro hombres con fusiles -respondió Mauro.

- ¿Sólo cuatro? ¿Y por qué no dejó a más? Diez o veinte.

- ¿Pero cómo iba a dejar más si sólo eran ocho? -preguntó extrañado el prisionero.

- ¿Pero no me estás diciendo que Rodríguez era mando principal? Debería ser jefe de una fuerza grande.

- Y lo es, señor. Pero él jamás ha venido a la selva con su gente, ellos se quedan en las alturas mientras que Rodríguez viene sólo, acompañado de una escolta de siete u ocho hombres como máximo.

Más pistas, ese era el motivo por el cual aquel tipo era tan escurridizo, normalmente no estaba cuando las cosas se ponían color de hormiga, organizaba todo y luego desaparecía dejando a los pobres combatientes y bases que se enfrentaran con el ejército. Pero lo mejor era que con una escolta pequeña de buena tropa podía escapar rápidamente de una persecución, máxime si conocía bien el terreno y no tenía el lastre de llevar gente sin preparación militar.

- Bueno, con treinta más cuatro todavía estamos muy lejos de los cientos que todo el mundo habla, menos de una compañía.

- Los demás comenzaron a llegar de la selva.

- ¿Cuál selva? Si ya estamos en la selva.

- Es que los otros venían de más adentro, de La Convención y desde Satipo.

- ¡Pero eso está a más de ciento cincuenta kilómetros y no hay carretera! -exclamé incrédulo.

- Vinieron caminando bordeando los ríos, demoraron más de dos semanas en llegar y llegaron muy mal, había mucha gente con paludismo y hepatitis, sobre todo en las bases. Al final nos juntamos casi cien, pero la fuerza principal no llegaba a treinta.

La Guerra de los Tenientes

Diablos -pensé-, esos sí que la estaban pasando mal confinados en el fin del mundo, la marcha que habían realizado habría sido realmente penosa; ahora ya no extrañaban las deserciones de las que oíamos hablar, y también explicaba que cuando atacaran un pueblo el principal objetivo eran los almacenes y las tiendas, porque era el único medio de conseguir provisiones. Mientras el prisionero hablaba yo tomaba notas a lápiz en una pequeña libreta para hacerle un resumen a Arturo.

Así que la unión del pelotón de Fidel, la gente de Rodríguez y los pelotones que llegaron de la selva baja formaron la compañía setenta y cinco, las cosas iban tomando sentido poco a poco.

—¿Y cuándo ya estuvieron todos listos para atacar Yumacente?

—Una semana antes ya nos habíamos juntado todos.

—¿Y vivían todos en las tres casas que encontramos?

—No las casas estaban para los mandos y los combatientes, los demás tenían que dormir en el monte.

—¿Y qué comían?

—Solamente yuca, mañana y tarde. No había más -esto explicaba el lamentable estado físico de los hallados muertos.

De lo anterior había que hacer una aclaración referente al cojo Rodríguez, ya que siempre se hablaba de él, pero como todos los personajes escurridizos éste se llenó de un conjunto de leyendas: que si era cojo, que si iba a caballo, que era un doctor etc. Lo cierto era que ni era cojo ni era doctor, en realidad tenía una alta movilidad y era un mando de importancia en la estructura nacional de Sendero, ya que cuando menos era el jefe de lo que vendría a ser los departamentos de Huancavelica, Ayacucho y probablemente Junín, lo que ellos llamaban el Comité Principal, y que había recibido educación superior. Su historia personal se remontaba al inicio de la subversión muchos años atrás y demostraba el perfecto conocimiento del terreno de quien ya lo había recorrido una y mil veces. Pero en lo único que teníamos certeza era en que nadie conocía su identidad verdadera, y durante el tiempo que estuve allí jamás se le pudo capturar. Muchos años más tarde, cuando Sendero estaba prácticamente derrotado y sus mandos casi todos apresados o muertos, la policía capturó a uno de los últimos mandos activos de la organización llamado el Camarada Feliciano, mayúscula sería mi sorpresa cuando anuncian que su zona de acción co-

La Emboscada

respondía a donde habíamos estado y entre sus numerosos apelativos estaba el de “cojo Rodríguez”, no menos lo fue cuando se reveló su verdadera identidad y resultó ser el hijo de un antiguo oficial del ejército al que mi padre conocía de tiempo. Pero así es la vida, no cabe duda que este mundo es un pañuelo y esa es otra historia que no viene al caso.

– Bueno Mauro, seguimos con el interrogatorio. Cuéntame lo del equilibrio estratégico, que no acabo de entender.

– Rodríguez dijo que después de varios años de lucha armada habíamos ido quemando etapas y ahora estábamos en condiciones de derrotar al putrefacto gobierno genocida y reaccionario e instalar la república popular de nueva democracia, bajo la correcta dirección del partido –esto último lo recitó como quien se lo han hecho repetir mil veces.

– Pues parece no ir muy bien lo que planean, ni siquiera han podido tomar un pequeño pueblo –le refuté.

– No importa, la dirección del partido ya nos lo había advertido. Si fallábamos no era por nuestros enemigos, que son eso, figuritas en el aire y tigres de papel como dijo el presidente Mao. Toda derrota es a causa de los revisionistas que están infiltrados; por eso en el partido siempre existe una lucha de dos líneas –replicaba, pero a todas luces a este tipo ya le habían comido el coco con tanta frase hecha.

– ¿Y eso por qué lo dices?

– Eso está definido desde el tercer congreso histórico, debíamos acabar con los malditos revisionistas.

– ¿Tercer congreso? –preguntó Toribio que se sumó al interrogatorio-, ¿Y dónde fue eso?

– En la Tercera Internacional.

– ¿En dónde? –volvió a preguntar Toribio.

– En la Tercera Internacional, señor.

Toribio, que había captado la importancia de tener informaciones a mano se me acercó y en voz baja me dijo:

– Mi teniente, esto de las reuniones es muy importante. Si llegamos a contactar con la columna del capitán Álvarez podemos aprovechar el factor sorpresa ir hasta el lugar de la “Tercera Internacional” y les damos un golpe del que no se repondrán. No puede quedar muy lejos.

No le respondí y me quedé mirando al buen Toribio, que vio en mi expresión que algo no iba bien.

La Guerra de los Tenientes

—Lo siento mi teniente, olvidaba que no tenemos cartas de la zona y estamos bajos de munición. Pero aún así, sugiero que llamemos a la comandancia y reportemos con carácter de urgente que los muy malditos se están reuniendo en la Tercera Internacional y que salgan a buscarlos.

—Toribio, lamento hacer de aguafiestas pero no podemos ir porque la Tercera Internacional no es un lugar, es una organización y hace mucho que dejó de existir.

Al ver el detenido que Toribio y yo estábamos hablando de otro tema quiso enterarse de algo sobre su futuro inmediato:

—¿Y a mí, qué me va a pasar?

—Pues haremos lo que se hace en estos casos: cuando lleguemos a la ciudad te entregaremos a la policía. A partir de ese momento tendrás saldar las cuentas pendientes que tienes con la justicia. Agradece a tu suerte, porque si de mí dependiera te aseguro que hace mucho estarías en un lugar donde las llamadas al infierno se hacen con tarifa local.

—¿Y qué es una tarifa local?

—Esteeee... olvídale.

Como ya habíamos descansado bastante y el interrogatorio poco a poco estaba tomando tintes surrealistas, ordené que la tropa se equipara y que partíamos en cinco minutos. La marcha continuó con un calor abrumador, pero con la ventaja de que el terreno ya no era tan escarpado; probablemente estábamos en la parte superior de esta pequeña sierra, aunque con los árboles que teníamos sobre nosotros era imposible saberlo con exactitud.

Luego de dos horas llegamos por fin a un pequeñísimo arroyo, con agua esta vez cristalina, que no tendría más de tres centímetros de profundidad y medio metro de ancho, demás está decir que todos nos abalanzamos sobre él cayendo de rodillas y sorbiendo el agua con los labios hasta saciar la sed. Un rondero me dijo que esa no era la forma de tomar agua porque nos mojábamos las rodillas y me mostró la técnica que usaba: cogía una hoja grande de un árbol y le hacía un doblez interno formando un recipiente cónico que servía perfectamente para recoger agua sin siquiera mojarse los dedos. Esa sería una lección que no olvidaría jamás.

A raíz de la refrescante sorpresa con la codiciada agua, decidimos hacer un “gran alto” de media hora bajo la suposición

La Emboscada

que ya estaríamos cerca al valle y nos sentamos en círculo sobre unos troncos caídos. La selva estaba siempre llena de este tipo de troncos, a veces apoyados sobre otros o cruzados por el suelo en diferentes estados de descomposición. Quien dijo que los árboles morían de pie nunca vino por estos parajes. A unos metros sobre el extremo de un tronco pudriéndose por la humedad había una hermosa orquídea amarilla con base roja intensa que nadie quiso tocar por la inutilidad de hacerlo. Mientras conversábamos pasó por entre nosotros una avispa enorme, del tamaño del puño de un niño, color verdosa, zumbaba e iba dando vueltas en ocho por donde estábamos a menos de medio metro del suelo. Evidentemente a nadie se le ocurrió la estupidez de tratar de espantarla siquiera y nos quedamos inmóviles observándola en silencio; luego de un par de vueltas más descendió y estando a ras del suelo se detuvo haciendo algo por entre unas hierbas y luego comenzó a batir sus alas furiosamente arrastrando un bulto por el suelo, cuando la vimos con claridad tenía entre sus patas... ¡una araña igual de enorme y verde! De esas peludas que a veces muestran en los documentales, poco a poco comenzó la avispa a tomar velocidad hasta que se elevó unos diez o veinte centímetros del suelo y se fue volando con su presa entre las patas. Siempre me he preguntado cómo carajo hizo para encontrar el bicho ese en medio de la hierba.

Emprendimos la marcha casi a las tres de la tarde, el terreno comenzó a tomar una ligera pendiente de descenso con lo cual caminábamos más ligeros y los ronderos me confirmaron que ya estábamos descendiendo al valle, para mí esto era una noticia fabulosa. Luego de media hora comenzaron a aparecer los primeros cafetos de las tierras cultivadas del valle y más adelante se alternaban con plantaciones de plátano. A eso de las cuatro salimos a un claro donde se podía ver desde lo alto el pueblo de Yumacente, definitivamente esta era la ruta tomada por Sendero, y desde donde estábamos también se podía ver tropa en la plaza del pueblo, el mensajero enviado había encontrado al capitán Álvarez y nos estaban esperando.

El descenso lo hicimos en unos minutos y todo el pueblo salió a recibirnos, especialmente los familiares de los ronderos que no sabían qué les había pasado, entre ellos apareció el capitán Álvarez furioso y antes que pueda decirle nada me soltó:

La Guerra de los Tenientes

— ¡Teniente! ¡Es usted un irresponsable! ¡Es la segunda vez que hace esto en menos de tres días! ¡¿Dónde se ha ido?! ¡¿Qué clase de mensaje me envía?! ¡¿Quién carajo es Caifás?! ¡No sabíamos nada de ustedes desde ayer! ¡Le voy a hacer un informe que...!

— Lo siento mi capitán pero no tuvimos tiempo, además como encontramos la columna de Sendero en su base y les tomamos su radio, además del prisionero...

— ¿Me dices que te encontraste con Sendero?

— Bueno sí, y tenemos las armas que los ronderos capturaron ayer y como le decía... la radio... dos bajas confirmadas, un número no determinado de probables y un prisionero que ade... — mientras le hablaba, a Álvarez se le iba quitando la expresión de enojo y miraba con curiosidad lo capturado y escuchaba con detenimiento lo que nos había pasado y todo lo que habíamos obtenido como información, como lo de las frecuencias de radio, la compañía setenta y cinco y todo eso.

Yo no era el único que hablaba, pues a los de la patrulla la tropa que estaba en Yumacente también los acosaban de preguntas y cada uno tenía una historia particular que contar, especialmente los ronderos que habían dejado a sus familiares en el pueblo y ante la falta de noticias algunos la noche anterior habían “leído la coca”, es decir los restos que quedan en la base de una taza al preparar una infusión de hojas de coca y habían concluido que todos estaban bien. Finalmente, calmados los ánimos nos sentamos con Álvarez en el colegio y le hice un informe verbal detallando todo lo ocurrido estos dos días.

— ¡Moreira! —ordenó el capitán Álvarez—, póngase en contacto con la comandancia del batallón, debemos de dar cuenta urgente de todo lo que “hemos” capturado.

Cuando se dio el enlace radial Álvarez estuvo buen rato hablando por radio, así que aproveché para salir y dar una pequeña vuelta en el pueblo, que hasta ahora no lo conocía. Saliendo me encontré con el Doc quien directamente me dijo:

— Mira tú, la mala suerte que tengo. Vengo caminando hasta aquí y me pierdo la poca acción que hay. Es una suerte perra.

— Poco podías hacer Doc, fue algo fortuito, nadie lo planificó y menos lo pensó. Sucedió y sucedió. Lo siento, otra vez será.

— ¿Te imaginas que se construya una máquina del tiempo y podamos viajar en él? Cuántas cosas veríamos.

La Emboscada

—Siento decepcionarte Doc, pero la máquina del tiempo ya existe hace tiempo.

—¿Ya existe? ¿Dónde?

—No vayas tan lejos, tengo una -le dije, a lo que de inmediato su expresión pasó de entusiasmo a decepción.

—No me tomes el pelo, no estoy para bromas. ¿Qué es eso de que tienes una?

—No estoy bromeando y es sencillísima de construir. No se necesita ser un gran científico. Pero para que veas que te aprecio te contaré el secreto: lo primero que tengo que hacer es ir a la cocina, coger unas rebanadas de pan y hacer unas tostadas muy, pero muy, calientes...

—¿Y que más?

—Luego las unto con mantequilla y quedarán humeantes, me siento a saborearlas y verás que en un "plis" ya me transporté a mi época de niño. Así de fácil.

—Así no vale, eso son sólo recuerdos.

—Es tanto o mejor de efectivo, piensa que cuando seas viejo tus recuerdos serán tu único futuro... ¿Deseas un cigarrillo, Doc? -le dije extendiéndole uno.

—No, gracias, no fumo.

—¿Será porque eres médico y sabes que no es saludable? -le dije mientras encendía el mío.

—Bueno... algo, pero la verdad es que no fumo porque una vez probé uno y no me gustó.

—¿Y bebes?

—Tampoco, una vez probé la bebida y no me gustó.

—¿Y tienes hijos Doc?

—Claro.

—¡Ya sé! ¡No me lo digas! ¡Sólo tienes uno!

—¡¿Te has propuesto joderme el día?!

El veinte de Febrero, día de Santa Paula, estábamos en el punto inicial. Después de dieciséis días en los que el capitán Álvarez hizo un recorrido completo de todo el valle, mientras que yo y mi patrulla permanecimos en Yumacente y los pueblos aledaños para evitar nuevas sorpresas, las cuales como era de esperar no se produjeron.

Esa mañana, casi al mediodía, llegó un mensajero enviado por Álvarez. La carta recibida ordenaba que inmediatamente replie-

gue mi patrulla hasta el punto de reunión en Quimaya Baja, donde Álvarez había instalado su puesto de comando.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde alcancé a Álvarez sin mayor novedad, Moreira estaba verificando la preparación del rancho de la tarde. Al llegar, Álvarez me pidió que montara mi radio para comunicarse con la comandancia, al parecer la suya tenía un problema de carga y la comunicación se perdía rápidamente. Mientras el operador de radio preparaba el enlace, Álvarez mandó a llamar a Moreira para darnos instrucciones.

Según Álvarez ya habíamos alcanzado los objetivos de la misión, el valle estaba pacificado y habíamos reducido notablemente la actividad de Sendero. El resto sería cuestión de las rondas campesinas que deberían ser permanentemente apoyadas, pero en lo que a nosotros respecta habíamos cumplido. Además, tampoco podíamos permanecer más tiempo porque los víveres recibidos apenas durarían para un par de días, ello sin contar con que la munición tampoco había sido repuesta. Su idea era partir al día siguiente temprano al puesto de comando del batallón, tomaríamos la carretera y saldríamos por la entrada sur del valle, donde pasaríamos la noche, para luego continuar nuestro regreso; ello nos tomaría unos dos días. Definitivamente, en vista de la cantidad de tropa, estaba descartado el uso de vehículos civiles, no conseguiríamos los suficientes y sólo nos quedaría caminar. Allí mismo dispuso que organizásemos las patrullas y distribuyésemos las cargas para que las jornadas sean lo más ágiles dentro de lo posible. Quedando que ya estaba todo organizado nos dirigimos a la radio para informar de nuestros siguientes pasos.

Al llegar a la radio, la encontramos en funcionamiento y el operador estaba hablando con Canessa.

—Operador, dígame que me ponga con el comandante de batallón —ordenó Álvarez.

Momentos después una voz se escuchaba por el altavoz de la radio.

—Oye, Álvarez ¿qué quieres? Cambio —se escuchó, de inmediato nos dimos cuenta que quien hablaba no era el comandante sino el Capitán Arcadio.

—Arcadio, necesito hablar con el comandante o en su defecto con el oficial de operaciones. Cambio —contestó Álvarez con una expresión de recelo.

La Emboscada

—Imposible, imposible. El comandante está en una reunión importantísima y no puede hablar contigo. Cambio.

—¿Y el oficial de operaciones? Cambio.

—No te preocupes por él. Dime lo que necesitas y ya está. Cambio —insistió Arcadio y nosotros ya nos estábamos hartando de que el oficial de personal se entrometa en la radio.

—Mira Arcadio, ya hemos terminado con la misión. Ya informé al comandante de todo y estoy organizando el repliegue para mañana, así que... ¿me escuchas? Cambio.

—¡Un momento! ¡Un momento! —se oía por la radio— ¡¿Quién te ha dicho que debes replegarte?! Tú quédate allí, ya veremos cuándo regresas. No puedes tomarte esas libertades, así que te quedas y ya está. ¿Entendido? Cambio.

Esto último tenía carácter de orden terminante, luego de escucharlo nos quedamos en silencio mientras que Álvarez se iba poniendo cada vez más rojo de furia, hasta que estalló.

—¿¿Qué has dicho?! ¿¿Con quién crees que estás hablando?! ¿¿Lo que dices te sale a ti o es una orden del comandante?! ¡Si es una orden del comandante la quiero hoy misma aquí y en papel! ¡Quiero ver su firma! ¡No he terminado: mañana se me acaban los víveres y exijo, métete bien en la cabeza, exijo los víveres completos mañana mismo! ¡Verás si falta un grano de arroz, te aseguro que esto llegará a inspección! ¡Cambio!

Parecía que la airada protesta de Álvarez no estaba contemplada por Arcadio, quien guardó silencio un buen rato. A estas alturas todos teníamos claro que eso de quedarnos nacía de él y no del comandante. Finalmente su voz se volvió a escuchar:

—Mira Álvarez, aunque parece difícil voy a hacer lo imposible para que vuelvas de inmediato. Mirándolo bien, puedes regresar bajo mi responsabilidad que yo mismo se lo informaré al comandante. Cambio —esto último lo dijo como si nos hiciera un gran favor del cual deberíamos estar agradecidos eternamente.

—Bien. Entonces preparo el repliegue. Cambio —respondió Álvarez.

—No te preocupes. Eso sí: debes estar mañana por la tarde aquí en el batallón sin falta. Cambio —agregó Arcadio, pero esto nos intrigó porque no veíamos la razón de tanta prisa, todos sabíamos que eran cuando menos dos días de camino.

—Espera, espera. El regreso nos tomará dos días, saldremos

La Guerra de los Tenientes

mañana temprano y pasado llegaremos al batallón. Cambio.

– Imposible, no podemos esperar. Debes estar aquí mañana por la tarde cuando mucho. Ni un minuto más. ¿Entendiste? Cambio –insistía Arcadio.

– ¿Pero por qué tanta prisa por regresar? Cambio.

– Es para que alcances a tomar el convoy que va a la División y puedas tomar el avión. Cambio.

Cada vez que hablaba Arcadio las cosas se hacían más confusas. No entendíamos lo que quería decirnos pero había algo más que no conocíamos y no lo decía.

– ¿Y para qué debo tomar el avión? Cambio.

– Es que debes tomar el avión para que puedas ver a tu esposa que se encuentra mal, hace tres días nos avisaron de ello. Cambio.

Nuevamente se hizo el silencio, Álvarez miraba la radio con una cara de enfado. Finalmente preguntó con rabia contenida:

– ¡¿Por qué no se me informó de esto antes?! ¡Cambio!

– Tú sabes, tú sabes. Las operaciones son muy importantes. Además... ¿Cómo sabemos que realmente es urgente? Así que esa fue la orden del comandante. Cambio –dejando entender que él no tenía nada que ver con el asunto.

La rabia contenida por Álvarez finalmente escapó y comenzó a gritar mientras aporreaba a la radio como si ella fuera la culpable de todo.

– ¡¿Cómo que es la orden del comandante?! ¡Arcadio, tú eres el oficial de personal y el comandante hace lo que tú le recomiendas! ¡Cambio!

– Lo que pasa es que tú no tienes en cuenta las circunstancias. Cambio.

– ¡¿Pero de qué carajo de circunstancias me hablas?! ¡Cambio!

– No hay oficiales. Repito, no hay oficiales. Sólo somos veintiséis en todo el batallón y eso es muy poco. Cambio.

– ¿Cómo que muy poco? ¡¿Me dices que no había uno solo disponible de veintiséis?! ¡Cambio!

– Sí había otros, pero no eran capitanes. Tienes que ser comprensivo. Cambio.

– ¡¿Cómo que no hay capitanes disponibles?! ¡¿Y tú qué carajo eres?! ¡¿Acaso no eres capitán?! ¡Tú deberías estar aquí, eres de infantería, y no calentando el trasero en un escritorio! ¡Cambio!

– Mira, no te voy a responder si te pones faltón. Cambio –

La Emboscada

contestó adolorido Arcadio.

—Mañana estaré allí y te aseguro que tendremos una conversación. Corto.

—Una cosa más. Cambio —insistió Arcadio y ya nos temíamos lo peor.

—¿Y ahora qué quieres? Cambio —respondió de mala gana Álvarez.

—No te olvides de traer toda la fruta que puedas, si fuera posible en cajas de ocho kilos que son muy necesarias aquí en la comandancia. Si puedes que cada soldado lleve una caja. ¿Entendiste? Cambio.

Álvarez no contestó, simplemente apagó la radio hastiado. Todo se había estropeado por la culpa de Arcadio. Allí mismo Álvarez nos reunió a Moreira y a mí, estaba sumamente enfadado, además de la preocupación de no saber qué pasaba con su familia, así que nos dijo que apenas la tropa pasara rancho iniciábamos la marcha hasta la comandancia del batallón. Moreira le explicó que aún así no llegaríamos para mañana por la tarde, sería inútil. Comenzamos a barajar alternativas, una era que Álvarez con una escolta de cinco hombres partiera por la carretera en algún camión que transportaba productos y yo me quedara al mando del resto de la tropa, haciendo la ruta inicialmente planificada, pero tampoco parecía una buena idea. Finalmente Moreira recordó que había una forma de reducir la distancia de camino utilizando el abra que nosotros habíamos empleado hace casi dos semanas.

—¡Es verdad! ¡Tienes razón Moreira! ¿Podemos utilizar el abra? ¿Verdad? —dijo preguntándome esto último. Claro que parecía sencillo para quienes no lo atravesaron antes, pero después de casi haber muerto congelado no me parecía una buena idea desde ningún punto de vista.

—Mi capitán, la verdad es que no creo que el abra sea un lugar apropiado para cruzar, el camino es muy malo y además el frío que hace allí arriba no podemos ignorarlo, máxime cuando la tropa no tiene abrigo.

—¿Cómo que es imposible atravesarla?! —preguntaba enojado Álvarez, que buscaba una solución a su problema.

—No he dicho que sea imposible, sólo que no es recomendable.

—¿Acaso tú no la cruzaste?

La Guerra de los Tenientes

—Si, pero...

—¿No llegaron todos?

—Sí, ya le dije que...

—Eso quiere decir que sí es factible, ¿verdad?

—Bueno, eso según...

—No se habla más. Después de rancho partimos. Es una orden que no quiero que me contradigan. En estos momentos vayan preparando a sus patrullas.

Álvarez no quería hablar más del tema, luego de la experiencia que nosotros tuvimos no me gustaba un pelo la idea pero ya estaba ordenado y sólo me quedaba preparar a la tropa para lo que se nos venía. Cuando Toribio se enteró que después de rancho, empezando el anochecer iniciaríamos la marcha, sólo atinó a decir: "No el abra, no. Otra vez no por favor, no de noche".

Para nuestra suerte poco después Moreira se acercó a Álvarez y le informaba que tenían un problema con el rancho, parte se había estropeado porque en una de las ollas habían vertido una bolsa de avena malograda que tenía gusanos y tenían que arrojarla al río, por tanto no había rancho suficiente para todos. Como Álvarez seguía empecinado en cruzar el abra de una vez dijo que se repartiera el rancho que no estuviera estropeado entre todos, esto sería poco más de media ración por hombre. Cuando dijo esto a mí se me ocurrió una idea que me permitiría evitar el paso del abra esa noche y sin dudarlo se lo planteé:

—Mi capitán, soy de la opinión de que no es recomendable que la tropa cruce el abra mal alimentados, es un esfuerzo muy grande y con este frío puede ser contraproducente.

—Ya dije que partimos inmediatamente, no se habla más.

—Sí mi capitán, pero el abra es muy estrecha y sólo es posible transitar en columna de uno, así lo que podemos hacer es lo siguiente: usted y Moreira parten de inmediato con la tropa que consumirá el íntegro del rancho preparado, mientras que mi patrulla preparará el suyo y saldremos unas horas más tarde, con ello todos estarán bien alimentados y, lo que es mejor, mi patrulla servirá como un elemento en la retaguardia que dará protección al grueso de la columna, a la que alcanzaremos mañana temprano forzando el paso.

Álvarez se quedó pensativo, aunque la idea no le gustaba mucho tampoco parecía mala y, lo mejor de todo, es que no retrasaba la hora de llegada deseada. Así que después de unos

La Emboscada

instantes dijo:

—Tienes razón, es importante que la tropa reciba rancho caliente suficiente, lo haremos como tú dices. Eso sí, nos tendrás que dar alcance en la mañana sin falta. Moreira, proceda a repartir el rancho a nuestras patrullas que ya partimos, la patrulla que sale después preparará el suyo propio.

Sin quererlo mi idea había dado resultado, llamé a Toribio y le dije que nombrara a cuatro soldados para que prepararan nuestro rancho, nosotros saldríamos más tarde. A Toribio le parecía esta idea peor que la anterior, pero tampoco dijo nada y se centró en lo del rancho, quería usar las mismas ollas que se habían utilizado y ahora servían para repartir el rancho. La tropa de Álvarez y Moreira se iban alistando conforme recibían su ración, se notaba que tenían prisa por partir y los sargentos de patrulla apuraban a la tropa. En aquella confusión vi al Doc, se dirigía hacia mí, era extraño verlo con su fusil a la espalda y su jarro metálico en la mano con su ración de avena y leche.

—¿Ya estás listo Doc?

—Yo siempre estoy listo. Oye ¿tú crees que lleguemos al cuartel para mañana?

—Supongo que sí, el abra nos ahorrará unos buenos kilómetros.

—¿Y no será peligrosa? Yo nunca he cruzado una.

—Lo único que te puedo decir es que el riesgo es el mismo que corremos todos los días, ni más ni menos. Pero ánimo, si quieres montamos una de esas sesiones en donde se lee la coca y nos aseguramos que no pasará nada —dije esto último para animar la conversación pero al Doc como que no le gustó mucho.

—¡Vaya, ahora me vienes con supersticiones!

—Es sólo imaginiería de la gente, Doc. No hagas caso.

—¡No más imaginiería de la que hay en una misa común y corriente!

—Doc, parece que tú no eres muy devoto que digamos.

—No soy poco devoto, soy un total descreído. Estoy convencido que después de la muerte no hay nada más.

—En ese caso vivirás más tranquilo sin el peso de tener que rendir cuentas en el futuro.

—Ni creas, es muy triste. Cada vez que voy al entierro de un amigo me entristezco mucho porque yo sí sé que será para

La Guerra de los Tenientes

siempre. No los volveré a ver jamás. En todo caso, si fuera creyente lo más probable es que eligiera irme al infierno, no soportaría el cielo.

—¿Qué cosas dices? Doc, ¿De dónde sacas esas ideas tan raras?

—Simple razonamiento: ¿Tú dónde preferirías pasar el resto de la eternidad? ¿En el cielo que está lleno de viejas cucufatas o en el infierno con todas las putas? -preguntó el Doc. No le respondí, pero no dejaba de tener razón, su lógica era sencilla y aplastante, ni Lutero lo hubiera hecho mejor. Gracias a Dios que el Doc era médico y no teólogo, el cisma al que arrastraría a la iglesia sería un acontecimiento nefasto.

La tropa de Álvarez inició la marcha, partieron por el camino que daba acceso al pueblo y momentos después veíamos la columna subiendo la montaña que teníamos al lado. Les quedaría poco menos de una hora de luz, tendrían que darse prisa para alcanzar el acceso superior al abra. Hice llamar a Toribio para que me informara de cómo iba el rancho.

—Ya lo estamos preparando, en una hora tendremos todo listo. Nos faltaba leña y hemos tenido que conseguir de los alrededores.

—Bien, cuando esté todo listo me avisas.

—Lo que podemos hacer es ir organizando a la tropa para la marcha mientras tanto, de modo que apenas servimos la comida partimos -sugirió Toribio.

—No Toribio, tengo otros planes. Que la gente tenga su equipo listo, pero no partiremos después de rancho. Partiremos en la madrugada.

—¿En la madrugada? Pero si usted le dijo al capitán que...

—Le dije que les daríamos alcance por la mañana. ¿Tú crees que sea una buena idea partir ahora? A ellos les ocurrirá lo mismo que a nosotros: estarán dando palos de ciego en la oscuridad en esa infernal senda y avanzarán a paso de tortuga. En vez de ello nosotros descansaremos y partiremos en la madrugada, a las cuatro, de modo que avanzaremos más rápido y tendremos la luz del amanecer a nuestras espaldas. Así que una vez terminado el rancho que la tropa descanse, que ya saben lo que nos espera. ¿Entendiste?

—Sí, mi teniente.

—Bien, organiza un servicio de guardias hasta las cuatro de la

La Emboscada

mañana, que a las tres y media nos despierten.

– Mi teniente, algo más, escuché que hablaba de la misa con el capitán médico.

– ¿Y?

– Que el capellán del batallón dijo que no deberíamos temer porque Dios estaba con nosotros ¿cierto?

– Cierto Toribio, pero tampoco por ello debemos bajar la guardia. Recuerda que a veces Dios cambia de bando y ayuda a nuestros enemigos.

– ¿A ellos también los ayuda? ¿Y en qué casos?

– Normalmente cuando ellos son más, no me pidas que te explique el porqué.

A las cuatro de la mañana, como estaba previsto, partimos del pueblo y tomamos la misma ruta que tomó Álvarez horas atrás. Sólo había oscuridad, pero el camino era sencillo de recorrer, la pendiente era suave y en algunos casos podríamos ayudarnos con las linternas, así que en poco menos de dos horas ya estábamos en la parte alta del abra. Para cuando entramos en ella el cielo comenzaba a clarear y podíamos ver algo del camino, el cual era cada vez más notorio conforme transcurría el tiempo. El frío era penetrante, pero a diferencia de la vez anterior no había viento, al menos no a esta hora. Lo del frío era soportable si no nos deteníamos. Caminar por el abra con la claridad que nos proporcionaba la luz del amanecer era totalmente diferente a la vez anterior, por lo menos ahora no nos tropezábamos con las piedras del suelo, el camino era distinguible y nos sorprendía que los accidentes naturales como afloramientos de rocas hubieran estado tan cerca a nosotros.

Como el paso que llevábamos era rápido, poco después de un par de horas adicionales ya habíamos remontado más de la mitad del camino y comenzamos un descenso suave, cuyo único inconveniente era que las cumbres rocosas que dejábamos atrás interceptaban los rayos solares del amanecer haciendo que, paradójicamente, mientras más avanzaba la mañana tuviésemos mayor sensación de frío; al lado del sendero podíamos ver la escarcha que la noche había dejado sobre la pequeña hierba de la altura. Definitivamente la decisión de partir en la madrugada fue acertada.

Por fin, poco antes de las ocho estábamos en franco descenso por aquella pendiente que tanto nos costó subir, la inclinación

La Guerra de los Tenientes

era tal que más que descender lo que hacíamos era tratar de no resbalar y caer por alguna ladera, avanzábamos muy rápido y fue cuando los hombres que iban de exploradores comenzaron a gritar y hacernos señas. Nosotros nos detuvimos para escucharles mejor, ellos estaban en un pequeño promontorio que hacía de espolón en el cerro y podían ver hacia abajo algo que no estaba en nuestro campo visual, pero igual no alcanzábamos a entender lo que nos decían. Al ver nuestra inamovilidad uno de ellos corrió hacia nosotros subiendo la ladera, seguía diciendo algo que tampoco llegábamos a entender hasta que llegó a nuestra altura con el rostro desencajado.

— ¡Jodidos! ¡Los jodieron! —gritaba.

— ¿Jodidos quién? ¿De qué hablas? —preguntábamos.

— ¡Los jodieron carajo! ¡¿No me entienden?! —decía con expresión de horror, pero no llegábamos a entender su susto.

— ¡Cálmate y dinos que ha pasado abajo!

— ¡Han emboscado a la patrulla del capitán Álvarez! ¡Los jodieron a todos!

¡Mierda! —pensé-, ahora entendía su desesperación y, antes que nadie dijera nada, corrimos todos hacia el promontorio donde los habían visto. Cuando llegamos vimos un terrible espectáculo: más allá abajo, muy abajo, al final de la pendiente, podíamos distinguir apenas lo que parecía ser lo que quedaba de la patrulla de Álvarez. No estaba muy claro pero se advertían las formas de algunos cuerpos por el suelo, unos pequeños fuegos dispersos que emanaban un humo color azul y poco más. Definitivamente algo les había pasado... y muy malo.

— ¡Los emboscaron! —dijo Toribio.

— ¡Toribio bajemos a ayudarlos! ¡Que la tropa arme los fusiles y descienda!

No tuve que decir mucho más, la tropa arrancó corriendo hacia abajo, tratando de mantener el equilibrio y no desbarrancarse, muchos se deslizaban por tramos y otros tratábamos de no coger demasiada carrera que luego no pudiésemos controlar. Avanzábamos como bólidos para ayudarlos, pero ya no se escuchaban disparos, tal vez ya había terminado todo y sólo encontraríamos restos. ¿Cómo pudo suceder esto? ¿En qué nos equivocamos? —pensaba-. Pero recién ahora caía en cuenta que habíamos cometido error tras error todos estos días. ¿Acaso ya no recordaba lo del tipo curioso ese que preguntaba cuándo

volveríamos? ¿De la bala que encontramos en el abra y que a alguien a quien no conocíamos se le cayó? ¿O de aquel que se caba papas en el abra por congelamiento y que en el pueblo no conocían? Definitivamente me sentía culpable, tenía parte de responsabilidad por lo sucedido; pero más responsable era Álvarez que no quiso escucharme, su terquedad los condujo a esto, claro que él iba apremiado por su problema personal. El verdadero culpable de esto era Arcadio, sí Arcadio. Sus órdenes oscuras y sin sentido, el haber ocultado información había hecho que llegásemos a esta situación. Él era el culpable de todo.

Habíamos descendido gran parte del cerro y las rodillas nos ardían, mientras que los dedos de los pies estarían despellejados de tanto tratar de frenar nuestro descenso por la pendiente. También tenía otras preocupaciones: ¿Qué pasaría si Sendero aún estaba abajo si nosotros teníamos aún poca munición? ¿No sería peor? Sea lo que fuese ya estaba hecho y no había marcha atrás. Ahora podía ver mejor lo que quedaba de la patrulla de Álvarez: había gente tendida en el suelo pero que se movía, no estarían todos muertos, y se estaban agrupando. Cuando finalmente llegamos nos sorprendimos porque el espectáculo era otro: efectivamente la tropa tenía un aspecto de estar muy mal pero no parecía una emboscada. Los pequeños fuegos que veíamos desde lo alto eran pequeñas fogatas hechas de ramitas, y los que pensábamos que eran heridos eran aquellos que se habían tendido en el suelo y levantaban los adoloridos pies descalzos hacia el fuego para calentarlos. Aún así nadie decía nada, apenas unos gemidos mientras caminábamos entre ellos. Ahora entendíamos todo: tal y como podía suceder a Álvarez y a su patrulla le sorprendió la helada en el paso de montaña y este era el triste resultado. No pasó mucho cuando desde una pequeña fogata vi que alguien venía corriendo hacia nosotros, era Álvarez y ya me imaginaba la bronca que me echaría así que me preparé mentalmente para recibirla, pero en vez de ello, al llegar exclamó con unos ojos que se salían de sus orbitas:

— ¡Dios mío! ¡Terrible lo que hemos sufrido allá arriba! ¡No te puedes imaginar! -decía alzando los brazos.

— Mucho frío hace allá arriba -agregué tratando de afirmar sin mentir.

— ¡Pero eso no fue todo! ¡Se desató un viento del carajo que

La Guerra de los Tenientes

casi nos arrastra a un abismo! ¡Muchos lloraban del dolor cuando se les congelaron los dedos de las manos y los pies!

—Sí mi capitán, mucho viento, se lo dije.

—¡Imagínate que casi se nos congelan hasta los huesos! —fue lo último en decir antes de darnos la espalda e irse a calentar las manos a la hoguera más cercana, mientras dejaba a mi vista al Doc que estaba unos pasos detrás de él; había llegado sin que lo notásemos mientras Álvarez me hablaba. Su aspecto era tanto o más lamentable que el de los demás: con las botas desamarradas, la camisa fuera del pantalón, la correa desabrochada y la gorra torcida. Se quedó allí mirándome en silencio, con sus ojeras y con un palo o rama que tenía en las manos —¿para qué la quería?—. Pasaron unos instantes para luego, sin dejar de mirarme ni cambiar de expresión, dijo solamente:

—Tengo sed.

Por algún motivo, escuchar las conmovedoras palabras del Doc me hicieron recordar las misas de Semana Santa, pero era imposible no sentir compasión por el pobre que había salido del cuartel sólo para buscar aventuras y casi muere congelado. Así que presuroso saqué mi cantina que colgaba del cinto y mientras desenroscaba la tapa le decía:

—Sí, sí. Por supuesto Doc, no te preocupes. Mira, toma esta de mi cantina, que tengo un poco de agua con limón, está fresquita y adem...

—Tengo sed de justicia —aclaró con voz queda, pero esto último como que no me lo esperaba.

—¿Justicia? Esteee... ¿Justicia? No, no... Mira, tengo sólo esta con limón y ... —pero no dejó que terminara de hablar, se volvió y se fue, triste y solo, con su palo en la mano y su gorra torcida.

Lo cierto es que fue una verdadera putada haber permitido que Álvarez realice el cruce del abra en esas condiciones, yo lo sabía, pero como él insistió tanto dejé de prevenirlo. Y cuando estuvo frente a mí con su expresión de haber sufrido lo indecible y con los ojos rojos estuve a punto de echarme a reír; cosa que por supuesto no hice, no hubiera sido correcto; además me quedé pensando en algo que muchas veces aún me atormenta: ¿En qué lugar de mí guardaría ese pedacito de maldad que me impulsaba a hacer estas cosas?

Y así, sin querer ni proponérmelo, estuve en combate. Esa se-

La Emboscada

ría la primera vez. Hay quienes toda una vida se entrenan para este momento que a veces nunca llega o, como en mi caso, todo se reduce a unos instantes que luego formarán parte de un recuerdo más largo. Después de todo hay quien dijo: la vida del soldado es esa... largos periodos de espera y tedio, y sólo unos breves momentos de acción.

La Misa

De lo poco que conozco de las guerras, al menos de la que me tocó vivir, es que estas se ganan o se pierden en el corazón de la gente. A cuenta de ello, aunque muchos en aquel momento consideraban lo contrario, nuestro Jefe de Batallón insistía en esto hasta el cansancio. Al comienzo lo veíamos pregonar sólo, horas de horas bajo el sol. Pero, poco a poco sus ideas comenzaron a dar frutos, lo que le motivaba en continuar en su prédica.

A partir del mes de marzo se consideró volver a retomar el contacto directo con la población, particularmente en aquellas zonas donde existía una densidad suficiente de pobladores que justifiquen el desplazamiento permanente de tropas. Este era el caso del pueblo de Cajastambo situado a treinta kilómetros al norte de la base; el cual fue elegido para comenzar nuestra particular ofensiva.

Este pueblo no nos era ajeno, su historia podría resumir la historia común de los pueblos de esta zona: hace años contaban con un pequeño puesto policial que fueron los primeros en caer ante los grupos subversivos, ordenándoseles replegarse a destacamentos de capital de provincia. A partir de ese momento quedaron a su suerte y la policía sólo regresaba en casos muy puntuales, y retornaba de inmediato dejando a esta gente como estaba antes. Otro tanto sucedía con el ejército, sólo que cuando éste intervenía era porque las cosas habían pasado a mayores, pero el resultado era exactamente igual.

Lo peor de todo era que la población colaboraba poco con nosotros, pero más que renuencia era temor, porque en estos años de abandono habían sido infiltrados por elementos de Sendero

que convivían con ellos y controlaban todos sus movimientos. Sin embargo, esta posición no les era gratuita, varios años de terror comenzaban a subvertir los ánimos de los pobladores que ya estaban hasta el hartazgo de tener que convivir con unos sujetos que los controlaban día y noche, cobraban cupos y no trabajaban con el pretexto de “El Partido”.

Todo esto ya había dejado de ser un secreto para nosotros. Arturo, el oficial de inteligencia, poco a poco conseguía las informaciones relativas a este pueblo, aprovechaba que los martes había feria de productos y la gente bajaba a vender sus cosechas o animales y comprar aquello que le era de necesidad. Por otro lado también teníamos a los desplazados que habían abandonado sus pueblos al sentirse amenazados y se habían asentado en otras poblaciones más cercanas al cuartel. Con todo lo anterior teníamos informaciones bastante precisas de los mandos logísticos, militares y políticos que estaban infiltrados, quiénes eran, dónde vivían. No eran más que seis y era sorprendente que tan pocos pudieran controlar a tantos. Arturo era muy cuidadoso con lo que le decían y contrastaba las informaciones para evitar que lleguen acusaciones motivadas por rencillas y odios personales... pueblo chico, infierno grande.

Pero el suceso que nos decidió a actuar fue que un martes un grupo de madres de familia que habían venido a hacer unas gestiones al Centro de Salud se toparon con el Jefe de Batallón, que casualmente estaba en el lugar, y aprovechando que no había testigos que las reconocieran lo abordaron:

—Comandante, tenemos un problema. Tenemos miedo y no podemos hacer nada. ¿No pudiera usted ayudarnos?

—Ustedes viene del pueblo de Cajastambo, ¿es cierto? Según me dicen no hay mucho movimiento en esa zona.

—No. No es verdad, todo el pueblo está controlado por dos sujetos y otros cuatro que les secundan. Son el Alipio y el Marcos los que nos tienen así, son pocos pero nos amenazan que si hacemos algo llamarán a otros que nos castigarán. Haga usted lo que esté en sus manos.

El comandante se volvió y miró a Arturo como diciendo que se confirmaba lo que ya sabíamos y que las informaciones que disponíamos eran bastante precisas.

—Miren señoras, ustedes no se preocupen, cuando vayamos pondremos las cosas en orden y la vida volverá a la normalidad.

Luego de ello elegirán a sus autoridades legítimas, empezando por el alcalde.

—¿Y cuándo vendrán?

—Ya les avisaremos en su momento, por lo pronto esperen.

—Algo más comandante, nos gustaría que cuando vinieran podamos celebrar una misa en la iglesia del pueblo. Fíjese que está cerrada desde hace tres años, el cura del pueblo fue el primero en huir y ya nadie ha querido venir. Imagínese que ni bautizos se hacen y todos los niños pequeños no son más que diablillos candidatos a irse al limbo si les pasara algo.

—No se preocupen. Tienen mi palabra que pronto tendrán misa. Mientras tanto, regresen y no cuenten a nadie de nuestra conversación.

—Gracias comandante, se lo agradeceremos infinitamente.

Los días pasaron, y dos semanas después, luego de una cuidadosa planificación se hizo la entrada al pueblo. Llegamos a las cuatro de la mañana con un destacamento y directamente fuimos a los lugares donde se sabía de antemano donde estarían los sospechosos. La entrada a las cuatro de la mañana no era casual, ya que muchos eran trabajadores del campo y estos normalmente salen a las cinco a trabajar a sus parcelas.

La requisa dio resultados, un par de armas de fuego y abundante documentación. Los dos sujetos y lo incautado fueron puestos a disposición de la policía que nos acompañaba. Así, para las seis de la mañana ya el pueblo estaba liberado y el comandante iba por la calle principal recibiendo los saludos de la gente, congratulándose en que sí era posible derrotar al terrorismo sin disparar un solo tiro. En ese trance una mujer se le acerca y le dice:

—Comandante, gracias, muchas gracias. ¿Cuándo podremos tener la misa que nos prometió?

Al parecer el comandante ya había olvidado el tema de la misa, y poco a poco comenzó a recordar a la mujer como una de las que habían hablado con él hace unas semanas.

—Mañana sin falta tendrán su misa. Les di mi palabra y eso es suficiente.

—Muchísimas gracias, ya sabíamos que usted no nos defraudaría.

Al medio día el comandante comisionó al teniente Aspíllaga para que vaya y en el término de la distancia venga con un sa-

cerdote para poder cumplir con la promesa de la misa. Para ello hubo que ir a la ciudad y hablar con las autoridades eclesiásticas correspondientes. El resultado no pudo ser más desalentador, sólo habían tres sacerdotes disponibles, uno estaba haciendo visitas en unos pueblos del sur y no habría tiempo para traerlo, el que estaba en la ciudad ya era muy viejo y no estaba para los trotes de llevarlo hasta el pueblo, no vaya a ser que en vez de celebrar una misa terminemos en medio de un funeral y, por último, el mejor candidato se negaba porque una semana antes una comisión de otro pueblo ya le había llamado para celebrar misa por el día de su santo patrono; pero la razón de fuerza mayor era que ya le habían pagado por adelantado los “gastos” que le pudiera acarrear, además de las respectivas limosnas para la caridad.

Aspíllaga trató de convencerlo de todas las formas posibles, inclusive hasta con amenazas, pero el cura nada de nada. Firme en sus trece y terco como una mula. ¿Qué más le daría dar una misa en uno u otro lugar si todos somos hijos de Dios? – preguntaba Aspíllaga-. Parecía que las limosnas para la caridad pesaban mucho y como Aspíllaga estaba más como para recibir limosnas que para repartirlas, no podía hacer alguna contraoferta que le haga cambiar de opinión al santo hombre.

Finalmente tuvo que resignarse y volver a la comandancia, justo cuando estábamos reunidos los oficiales. Por supuesto que el comandante montó en cólera con el buen Aspíllaga por haber fracasado en su misión, y en medio del sermón que le estaba soltando porque su palabra estaba empeñada, Luís, mi amigo y perfecto inútil oficial de rancho, pidió la palabra y dijo:

– Mi comandante no hay problema, yo tengo la solución.

– ¿Y cuál es?

– Muy fácil, aquí a mi lado tenemos a mi preciado compañero de promoción de la Escuela Militar que, hasta donde yo sé, es ducho en estos temas de fe ya que se desempeñó con mucha eficiencia y devoción su época de monaguillo –dijo señalándome el muy tarado.

– ¿Es verdad teniente? –dijo el comandante.

– Bueno, algo. La verdad es que lo de monaguillo es cierto, pero todo lo demás es producto de la imaginación de mi amigo, causada por el exceso de alcohol en los fines de semana.

– ¡Perfecto! –exclamó el comandante-, no se hable más. Ma-

Mañana usted se encargará de celebrar la misa y asegúrese que sea lo más real posible, aproveche esta tarde para repasar su catecismo y no deje nada a la improvisación. Y para usted teniendo – dirigiéndose a Luís- le encargaré los aspectos logísticos asociados a la misma, así que consiga cuanto antes una sotana, un monaguillo como Dios manda y el burro para que haga su entrada triunfal al pueblo. Ya pueden salir de la reunión y hacer los preparativos consiguientes. Adiós -nos despidió.

Salimos de la sala de reuniones y apenas pusimos pie en el patio exterior le dije:

–Luís eres un imbécil, mira en el problema en que nos has metido gratuitamente por abrir tu bocota. La próxima vez que se te ocurra otra genial idea te agradeceré que hagas un rollito con tu lengua y te la metas por el trasero.

–Pero... ¿Cuál problema? Al contrario, he propuesto una solución perfectamente posible. ¿Quién se dará cuenta de que no eres sacerdote?

–Para ti estas cosas te pueden parecer chiste porque no eres más que un pagano, ya me había dado cuenta de ello la otra vez que asistimos a misa y estabas durmiendo la resaca del día anterior mientras el cura daba el sermón. Y para cuando sonó la campanilla diste un salto pensando que era el camión de la basura que se te venía encima.

–Pero míralo por el lado positivo, ya vez como al comandante le ha encantado la idea y seguramente esto se verá reflejado en nuestro legajo como un mérito.

–Tu siempre pensando en como sacar ventaja y ahora haciéndole el “trepe” al comandante para quedar bien, como si no te hubiera visto cuando jugamos fútbol: “Que buen disparo mi comandante”, “el pase le salió fabuloso mi comandante”, “ganamos gracias a usted mi comandante”. Eres simplemente despreciable.

–Gracias, pero no me lo merezco. Me sale natural.

–Bueno, déjate de estupideces y consigue todo lo necesario para mañana, que no quiero más problemas, acuérdate que para la sotana soy talla “L” americana, al monaguillo tendré que pasarle revista y lo del burro ni lo sueñes. Mañana tú nos llevarás con un jeep del batallón y no se hable más.

A eso de las seis de la tarde yo ya tenía un resumen escrito de la misa. Total, no iba a ser difícil porque siempre se repite la

misma fórmula, pero como soy previsor preparé un pequeño resumen para tenerla a mano. Tocaban a la puerta de mi habitación y al abrir me encuentro al buen Luís con unas cajas conteniendo sotas, cordones, relicarios, estampitas y un sinfín de artilugios que preferí no saber de dónde y cómo diablos los había conseguido, así me evitaría más problemas.

—Ya tienes todo lo que me pediste, menos lo del burro. Pero ahora falta lo mejor... te presento a... ¡Tu nuevo monaguillo! ¡Ta taaan! —dijo tirando de la puerta y dejando ver a un sujeto con una sotanilla blanca con bordados en las bastas.

—¡El soldado Olórtegui! ¡Cómo se te ocurre traerme a este desgraciado como monaguillo!

—Pero... ¿Cuál es el problema? Es bajito y con cara de niño, es perfecto para lo que necesitamos.

—¡No es bajito, es un enano! Y de niño... ¡Nada! Apostaría que tiene unos huevos más grandes que los tuyos. Pero eso no es lo peor porque este tipo es un delincuente, hace dos meses lo encontraron robando azúcar del almacén, y luego nos enteramos de que antes de ser soldado era un carterista que se dedicaba a robar a las ancianitas en los parques cuando se distraían dando comida a las palomas. La policía ya lo tenía fichado y como se veía acorralado se presentó como voluntario al servicio militar y así despistarlos.

—No es así mi teniente —dijo el desgraciado de Olórtegui gimiendo—. Lo del azúcar fue una casualidad porque la encontré afuera del almacén y lo que estaba haciendo era tratar de devolverla antes que se estropeará. Lo de la policía tampoco es cierto, se lo juro por lo más sagrado, por mi santa madrecita que está bajo tierra, yo jamás le he hecho daño a nadie, son solo calumnias de otros para empañar mi reputación. Se lo juro.

—Escúchame enano, será mejor que te corrijas. No estoy dispuesto a pasar por alto tus tonterías. Para mañana temprano te quiero ver correctamente vestido y que cumplas con tu personaje, porque de lo contrario saldremos en las noticias con el titular “Feligreses horrorizados: sacerdote revienta a patadas a monaguillo por sinvergüenza”. ¿Entendiste?

—Si mi teniente, no se preocupe.

—Luís, aquí falta algo —le dije rebuscando en las cajas.

—¿Qué falta?

—Falta el vino, el cáliz y los caramelos.

La Misa

—Buscaré el vino. No sé dónde sacaré un cáliz. Y los caramelos... ¿para qué los quieres?

—Para repartir a los niños al salir de misa, les hará mucha ilusión.

Al día siguiente temprano Olórtegui y yo estábamos listos y perfectamente ataviados, y aunque se suponía que estábamos en una zona “limpia” no por ello me confiaba y llevaba la pistola cargada debajo de la sotana que, a decir verdad, me quedaba como hecha a medida. Olórtegui había tomado en serio mis amenazas y se había rasurado cuidadosamente, tanto así que sus mejillas rosadas realmente parecían el culito de un bebé.

—¿Ya tienes todo?

—Sí, mi teniente. Excepto el cáliz, me dijo el teniente Luís que ya me lo haría llegar.

Estábamos en la explanada del cuartel esperando, cuando vemos que entra por la puerta principal un jeep conducido por Luís a toda velocidad.

—Casi no llego... ¿Están listos?

—Claro que sí. ¿No habrás estado buscando un burro?

—Pues no, ¿por quién me tomas?

—Vamos que llegamos tarde. Me dice Olórtegui que falta el cáliz.

—Faltaba, aquí está —dijo sacando una bolsa de papel de entre sus pies y entregándoselo a Olórtegui, quien lo guardó en el costalillo de tela que portaba.

—Sabe Dios que iglesia habrás profanado, Luís. Ni me lo digas.

—¿Cómo me crees capaz de algo así? Veo que no me conoces. Vamos que llegaremos tarde.

El trayecto lo hicimos a mucha velocidad, pero el infame estado del camino de tierra y fango sólo lograba que vayamos dando tumbos de un lado a otro. De vez en cuando pasábamos por delante de alguna patrulla que iba por el camino dándonos protección de “cortina”, los cuales se quedaban mirándonos con extrañeza ante nuestra peculiar indumentaria.

Después de casi una hora llegamos al pueblo, ya eran las diez y teníamos la misa programada para las doce.

Casi de inmediato fuimos rodeados por una multitud de pobladores que nos daba la bienvenida. Mientras Olórtegui y yo bajábamos, Luís apagó el motor y colocándose de pie en el jeep

La Guerra de los Tenientes

dijo:

— ¡Les presento al reverendo... Francesco! ¡Sí, Don Francesco Topo di Gigio! —dijo señalándome, mientras yo trataba de interiorizar el nuevo nombre con que había sido bautizado, aunque hubiera preferido otro menos complicado-. ¡Este santo varón ha venido desde muy lejos para atender vuestras plegarias, espero que traten a este buen hombre de Dios como se merece después de tanto esfuerzo!

Mientras, yo iba cogiendo la multitud de manos que se extendían para poder tocar al nuevo visitante, ahora ya sabía lo que sentía el Papa, y les dije:

—No por favor, lo de reverendo es demasiado formalismo. Me bastará que me llamen Hermano Francesco.

—Sí reverendo, descuide. No lo olvidaremos.

—¿Alguien sabe quién tiene la llave de la sacristía? Mi ayudante y yo necesitamos prepararnos antes de la misa —pregunté.

—No se preocupe, el agente municipal ya lo está esperando en la iglesia. La hemos limpiado y dejado como nueva —advirtió alguien.

Tal y como me adelantaron, la pequeña iglesia estaba abierta y nos esperaba el encargado municipal. Un pobre hombre cojo y medio tuerto.

—Pase usted su señoría, la sacristía está abierta para que pueda utilizarla.

—Gracias, es usted muy amable. Nos puede dejar solos.

—Sí, claro reverendo Don Francesco, descuide —dijo abandonando la iglesia el tuerto de Notredame.

—Olórtégui, vamos a preparar todo para la misa.

—Pero si yo de misas no sé nada mi teniente.

—¡No me digas teniente! Nos vas a delatar.

—Entonces como lo llamo... ¿Reverendo?

—Pues claro que no. Dime, dimeeee... “Maestro”

—A sus órdenes maestro, dijo con un fuerte golpe de tacón y en posición de firmes.

—Bien hijo mío, veo que aprendes rápido. Bueno, no perdamos el tiempo, esto de la misa es muy sencillo, especialmente para ti que casi no vas a hacer nada. Lo primero que debes saber es que en todo momento debes estar a mi diestra.

—¿Dónde queda eso, maestro?

—A mi derecha hijo mío. Seguimos, ten a la mano el vino que

deberás escanciar en el cáliz cuando yo te diga.

– ¿Y qué es eso de escanciar, maestro?

– Escanciar significa servir el vino. Deja de interrumpirme y mejor pregunta todo lo que no sepas al final. Durante el transcurso de la misa deberás estar de pie con las manos juntas. Deberás saber que hay dos momentos importantes que es en la consagración; en los que debes hacer sonar la campanilla que tienes a tus pies.

– ¿Pero cómo sabré que momento es ese, maestro?

– Fácil, tú debes estar en todo momento con la oreja parada. Cuando yo diga: “Tomad y comed todos de él” o “Tomad y bebed todos de él” es el momento. Debes hacer sonar la campanilla con un sonido largo y constante.

– Esto parece más fácil de lo que pensaba.

– Espero que no olvides lo que te he dicho: “Tomad y comed...” -mientras hablaba con Olórtegui observé que un grupo importante de personas entraba por la puerta de la iglesia. Olórtegui, arregla todo sobre el altar que voy a recibir a esta gente que parece estar muy ansiosa para empezar, aún cuando falta más de una hora.

– Hermanos y hermanas -les dije-, comprendo vuestro entusiasmo pero entenderéis que aún faltan dos horas para empezar y necesito este tiempo para mis meditaciones.

– Sólo queríamos hacerle una pregunta, reverendo Francesco, ¿vamos a tener eucaristía? -preguntó la mujer que encabezaba el grupo.

– ¿Eucaristía? Pues claro que sí .

– Pues es una buena noticia porque queríamos participar.

– ¿Y?

– Que para participar primero tenemos que confesarnos.

¡Diablos! La noticia alteraba sustantivamente mis planes, ni se me había pasado por la cabeza esta posibilidad y si me negaba comenzaría a levantar sospechas. Pero luego de pensarlo un instante asumí que sería algo sencillo, bastaría con sentarme, escucharles, poner cara de circunstancia y luego lanzarles una pequeña penitencia, para luego decirles con aire de suficiencia: “Estas perdonada hija mía, puedes ir con mi bendición y no piques más”. Así de simple, ¿cómo no se me habría ocurrido antes?

– Por supuesto hija mía, no hay ningún problema. En estos

momentos paso al confesionario y les agradeceré que hagan cola ordenadamente, que hoy hay perdón de sobra para todos.

De inmediato me dirigí al confesionario y tomé una posición cómoda porque sabía que estaría un buen rato, de un momento a otro la cola del perdón se hizo enorme con gente que llegaba de todos lados. ¿De dónde salieron tantos? Sólo había dos posibilidades: estas eran gentes sencillas que sinceramente querían purificar su alma o este pueblo era la versión moderna de Sodoma y Gomorra con tanto pecador redomado.

Cuando creí que estaba listo abrí la ventanilla, aspillera, pósti-go o como se llame del confesionario he hice la señal para que empezaran a pasar uno a uno. Para mi sorpresa la primera que se presenta era una mujer que ya la había visto antes mero-deando por los alrededores.

– Ave María purísima.

– Sin pecado concebida, padre.

– Dime hija, en qué te puedo ayudar.

– He pecado, padre.

– Claro, pero podrías ser un poco más explícita.

– Mire padre, le confieso que he pecado de sospecha. Le cuento que tengo una vecina, es muy buena, no lo niego; pero creo que le es infiel a su marido porque éste se va a trabajar muy temprano y ella se va a la casa del carpintero con cualquier excusa y a veces no regresa hasta tarde. ¿Usted cree que debería decírselo al marido? La duda me atormenta y no sé que decisión tomar. ¿Qué me aconseja padre?

Cierto es que lo primero que se me vino a la cabeza era aconsejarle que se tomara cuatro litros de cicuta, pero debía mantener la compostura y el saber estar correspondientes a mi alta investidura.

– Hija mía, la duda es un pecado muy grave y meter las narices en la vida de los demás otro tanto, pero como hoy es un día especial lo podemos solventar con unos doscientos padrenuestros y unas monedas en la alcancía de San Cirilo. Así que vete hija mía, yo te perdono.

– Pero padre, aún no he terminado...

– Sí hija, estás perdonada y no te olvides de la limosna para los niños pobres... ¡El que sigue!

Pues con mi primer cliente saqué cuentas de lo que me esperaba, al final en vez de contarme sus pecados lo que iba a

conseguir es que me revelaran la vida y obra de sus vecinos, amigos, enemigos, familiares y todo cuanto se habían aguantado en decir estos tres años. ¿Qué me importaba a mí la vida de los demás? ¡Nada! Pero luego de darle una vuelta caí en que esta gente seguro sabrían decirme más sobre los detenidos de la mañana, sus movimientos, contactos, etc. Arturo estaría asombrado de la cantidad de información que podría conseguir de una manera tan sencilla, se moriría de envidia. Así que cambié de táctica y decidí que lo mejor era recabar un poco de inteligencia. Estaba ensimismado en mis astutas elucubraciones cuando golpean en la ventanilla.

—Padre, ¿está usted allí? —dijo un hombre de edad madura con cara de no haber dormido.

—Sí hijo, estaba meditando en cosas importantes —no mentía—. Ave María purísima

—Sin pecado concebida.

—Padre, tengo un problema muy grave. Tengo una hija ya mayor, ella es estudiosa, trabajadora y muy buena, pero desde hace unos meses viene saliendo con un chico del pueblo. No lo conocía bien antes y creo que tampoco lo conozco hoy del todo, pero desde que está con él ha abandonado los estudios y yo siempre quise que ella vaya a la ciudad a continuar en la universidad, me hacía ilusión que fuera maestra. ¿Qué cree que debo hacer padre? ¿No estaré pecando de egoísta pensando sólo en lo que yo quiero y no en lo que mi hija desea?

—Mira hijo, tu caso, como padre que eres, comprendo que es un poco difícil. Me gustaría aconsejarte pero necesito conocer más detalles para que mis palabras te sean útiles.

—Claro padre, pregunte nomás.

—Me gustaría que me cuentes más detalles sobre el Marcos.

—¿Marcos? ¿Cuál Marcos? El chico con que sale mi hija no se llama Marcos.

—Hablo del Marcos, ése que la policía detuvo esta mañana junto con el Alipio.

—Ah, sí. Pero... ¡¿Qué carajo tienen que ver esos desgraciados con el problema de mi hija?!

—¡Tú no lo sabes! ¡Probablemente tu hija tampoco! ¡Pero Satanás sí que lo sabe! ¡Los designios del señor son inescrutables! ¡Son cosas que necesito conocer para ayudarte! ¡Si la duda te vence estarías cometiendo apostasía!

La Guerra de los Tenientes

Parecía que el método que estaba empleando no era muy efectivo: o la gente no quería colaborar con el enviado del señor o yo estaba siendo un poquitín directo. En todo caso, como vi que mi cliente se estaba enfadando preferí despacharlo con unas veinte avemarías para que termine pronto y se vaya a vigilar a su hija, que seguramente en estos momentos el buen novio se la estaría almorzando aprovechando que su padre no estaba en casa.

– ¡El que sigue!

– Aquí estoy, padre –me dijo otra mujer entrada en carnes que se arrodilló al otro lado de la celosía mostrándome sus dientes con una amplia sonrisa. No me extrañaría que fuese ella la que se iba a la casa del carpintero al medio día.

– Ave María purísima.

– Sin pecado concebida, padre.

– Dime hija, en qué te puedo ayudar.

– Padre, déjeme decirle que estamos muy contentos de que haya venido. No sabe cuánto lo estábamos esperando.

– Gracias hija.

– Padre, es usted muy joven ¿verdad?

Lo que me faltaba, una depravada que se fijaba en los hombres castos o tal vez algo estaba sospechando. Prefería esto último.

– Bueno hija, las apariencias engañan.

– Sí padre, como le decía, estamos a gusto que nos acompañe, antes venía siempre el padre Avelino, pero como ya estará enterado se murió el año pasado y sin volver a pisar ésta su iglesia de toda la vida. A propósito padre, usted... ¿De qué congregación es?... ¿Dominico? ¿Jesuita?

Pues sí, sospechaba algo, me lo imaginaba. Habría que deshacerse de ella de inmediato antes que sus sospechas se convirtieran en certezas

– Soy deeee... los Capuchinos Franciscanos –soltándole lo primero que se me vino a la cabeza.

– Que bien, padre. Los franciscanos son de lo más bondadosos. Pero dígame padre, tenía entendido que los franciscanos usaban sandalias y usted usa botas de cuero –dijo, señalándome los pies que sobresalían debajo de la cortinilla de confesionario.

¡Mierda, mierda, mierda! La vieja estaba a punto de tirar por los suelos todo el plan que habíamos montado. Había que pen-

sar rápido y deshacerse de ella lo antes posible, se estaba volviendo peligrosa.

– Hija mía, es cierto lo de las sandalias. Pero el Santo Padre ha emitido una nueva encíclica... esteee... laaa... “TOTUS PARABELLUN”, sí esa, donde prescribe unas bulas especiales a nuestra congregación para utilizar el calzado que más se adecue a las circunstancias.

– Aaaaah... padre, ¿y es eso latín? –dijo la gorda metiche que seguía sospechando.

– No hija, deberías saber que desde el Concilio Vaticano todas las comunicaciones de la Santa Madre con su rebaño se pueden hacer en lengua vulgar, en este caso en italiano. Pero aún así no trates de entenderlo porque se hizo en un italiano antiguo, tú sabes, el que hablaba Dante, es la ley de los hombres *Per secula seculorum* –respondí mientras el latín comenzaba a fluir naturalmente por mis labios, aunque esto último no tenía mérito si estaba pensando en su enorme trasero.

Ahora me gustaría que sacara una mejor respuesta que la mía. La gorda ya había comenzado a caerme mal, tanto así que me entraban ganas de prenderle fuego a esos tratados de conservación de especies y arponear a cuanta ballena se me cruzara en el camino, ya comenzaba a entender a los japoneses. Pero no –me dije-, no puedes hacer tamaña salvajada, recuerda que ahora eres un hombre de Dios y para ello existen métodos legalmente instituidos, por ejemplo la inquisición: a elegir tendría la hoguera o despellejarla viva en el potro.

– Perdone padre mi ignorancia, es que no lo sabía –respondió compungida.

– No tenías como saberlo hija mía, no hay nada que perdonar. Nosotros recibimos boletines mensuales donde nos informan de las últimas novedades. Pero hija, no estamos aquí para hablar de mí sino de ti. ¿Conoces al carpintero del pueblo?

– Pues sí. ¿Alguna razón?

– Es que se ha corrido un rumor en el pueblo que tú vas a su casa de vez en cuando para pedir una tacita de azúcar y luego demoras en regresar.

– ¡Dios mío! ¿Quién puede estar diciendo esta barbaridad? ¡Si la que hace eso es la Gloria. Ella sí...!

– Pues hija mía, en el pueblo se dice que también tú lo estarías frecuentándolo, cosa que yo por supuesto que no me lo creo,

La Guerra de los Tenientes

porque puedo ver en tus ojos tu alma casta y pura, pero ya sabes: la mujer del César no sólo debe ser honesta sino parecerlo también. Imagínate si se enterara tu marido.

— ¡No lo quiero ni pensar! ¿Y ahora qué hago?

— Fácil, rézate unos doscientos rosarios y verás como se soluciona todo. Yo me encargaré del resto. No te olvides de la limosna.

— Sí padre, sin falta.

— ¡El que sigue!

Las confesiones continuaron, yo no conseguía la más mínima información útil y ya me conocía la vida de cada uno en sus diferentes versiones. Lo peor de todo es que se estaba prolongando demasiado y a este ritmo no me alcanzaría para empezar la misa a tiempo, así que resolví ser más expeditivo en despachar a mis parroquianos y para no darle muchas vueltas a las penitencias me fijé un estándar: si era mujer, mocita y agraciada con unas cinco avemarías se iba, pero si era gorda, vieja y fea de menos de treinta padrenuestros no se salvaba, claro que no podía ser tan rígido así que las penitencias se distribuían extrapolando mis medidas base. Para los hombres era mucho más sencillo, todos se iban con diez credos. Así, con “Tarifa Plana”, no importando lo que me contaran.

Yo mismo me sorprendí que llegara a tomar decisiones tan salomónicas, al parecer me había tomado muy en serio mi papel. Creo que este sería el primer caso en que el hábito sí haría al monje.

Resuelto el problema de los pecados del pueblo y siendo casi las doce me dirigí raudo a la sacristía para los últimos preparativos e instrucciones para Olórtegui:

— ¿Dejaste todo listo?

— Sí, mi teniente, perdón, maestro. Sobre el altar está el cáliz y el pan que nos consiguió el maestro Luís, porque decía que si utilizábamos hostias de verdad nos excomulgarían por disueltos.

— Excelente. Mira, la gente ya está entrando en la iglesia y ocupando las bancas. Cuando yo te diga salimos, tú vas detrás de mí y pones tu cara de inocente, la misma que ponías cada vez que la policía te cogía, y cuando lleguemos no olvides lo de la campanilla.

Llegado el momento salimos Olórtegui y yo, se hizo un silen-

La Misa

cio respetuoso en la iglesia y todos se pusieron de pie ante nuestra entrada, cosa que facilitó las cosas para empezar.

– Hermanos, Buenos Días.

– Buenos Días –contestaron en coro.

– Estamos aquí para celebrar esta santa reunión con todos ustedes y así retomar el orden natural de las cosas que había sido alterado por unos desaprensivos. Amén.

– Amén –volvieron a contestar en coro.

– Ya que estamos juntos nuevamente iniciaremos la ceremonia con nuestros cantos de alabanza, para que el señor nos escuche y sepa que ya estamos aquí –dije, pero el silencio fue la única respuesta. Un pequeño detalle que pasé por alto era el tema de los cantos y no sabía cuales ellos conocían, así que me arriesgué empezando yo solo con una sencillita: “Juntooooo como hermanos, miembros de la iglesiaaaa...” Y para mi suerte sí la sabían, así que en pocos segundos ya tenía a todo el auditorio con voz en cuello, pero quien más ayudaba con su voz era una señora que estaba en la primera banca alentando a los demás a que cantaran con más fuerza y que de vez en cuando me miraba esperando mi aprobación, a lo que yo le correspondía con un guiño como diciendo: muy bien hija mía, cuando vayas al cielo tú serás la única que te saltarás la cola de la entrada.

– Podéis tomar asiento. Empezaremos la liturgia de la palabra con la lectura bíblica que nos corresponde. ¿Alguno de los presentes que desea hacer la lectura?

Sin tener yo que repetirlo, un joven se levantó y se dirigió al atril donde reposaba la Biblia, pero en vez de abrirla y empezar a leer la cogió y se me acercó diciendo:

– ¿Padre, me puede señalar la lectura que corresponde? ¿Es alguna parábola?

– ¡¿?!!!! –otro detalle más que se me pasaba- Bueno hijo, la del nuevo testamento.

– Si padre, ¿pero me la podría señalar?

– Claro hijo, esteee... léete de la página trescientos treinta a la trescientos cincuenta –dije por decir algo. Total... la Biblia está llena de enseñanzas así que cualquiera vendría bien, pensé.

– Gracias padre –y el muchacho empezó la lectura con voz fuerte y clara haciendo énfasis en las oraciones que consideraba más relevantes. Y así, como quien no quiere la cosa y para horror mío estuvimos casi media hora conociendo el Apocalip-

sis.

Mientras tanto, yo permanecía sentado, con cara de profunda preocupación cada vez que el orador hablaba de la lluvia de fuego y azufre que nos esperaba. De vez en cuando daba unas miradas al cáliz que había conseguido Luís. Efectivamente era un cáliz pero había algo en él, no sabría decir qué exactamente, que me llamaba la atención, tal vez era un poco grande. ¡Bah! Imaginaciones mías.

Al final el pobre lector casi termina sin voz y apenas concluyó con el "Te alabamos señor" le lancé el guiño a la mujer de la primera de banca que de inmediato comenzó a chillar a todo pulmón con el "Juntoooooos como hermanos, miembros de la iglesiaaaa...", lo cual me dio tiempo para planificar con detalle mis próximos movimientos y evitar desafortunados incidentes como el de la lectura bíblica.

– Hermanos, pongámonos de pie.

– Continuaremos con esta santa ceremonia con la eucaristía, para ello pediré que os pongáis de rodillas, piensen en vuestros pecados y muestren arrepentimiento de todos ellos. Ustedes ya saben, no bastará con arrepentirse, el requisito indispensable para el perdón está en el propósito de enmienda.

– Amén –dijeron, mientras se colocaban de rodillas.

Ya había llegado el momento principal de la ceremonia y mientras mi rebaño estaba concentrado en sus pecados lancé una mirada a Olórtegui como diciendo: puedes empezar. A lo que me contestó con otra como diciendo: ¿Empezar qué?

– Sirve el vino en la copa –le pedí con un susurro extendiendo el cáliz, pero en vez de ello se agachó y abrió el costalillo que tenía a sus pies, y extrajo la botella de vino que le dio esta mañana Luís, con corcho y todo. Yo lo miré horrorizado, no podía haber sobre la tierra un monaguillo tan torpe como Olórtegui.

– No se preocupe mi teniente –dijo con un susurro y sacando algo de su bolsillo-, tengo el modo de abrirla –y me mostró un sacacorchos de tirabuzón.

– Pues ya estás tardando en abrirla, cojudo. Y no me llames teniente.

Como demorábamos un poco más de lo acostumbrado, algunos feligreses comenzaban a inquietarse y levantaban sus miradas para ver qué pasaba.

– ¡Hermanos! Cuando digo arrepentirse de sus pecados me

refiero a TODOS, no me creo que en dos minutos hayan reflexionado en todo lo que pueden haberle hecho a vuestro prójimo en estos tres años, por acción u omisión. Así que a recapacitar que os estoy viendo desde esta posición privilegiada – amenacé para poner nuevamente orden, con ello conseguiría por lo menos un par de minutos más.

Mientras yo hablaba, Olórtegui trataba de descorchar la botella de un modo disimulado, cosa que no era fácil sin un punto de apoyo, así que la colocó entre sus rodillas sujetando el cuello de la misma con una mano y haciendo girar el sacacorchos con la otra, pero parecía que aún así no era suficiente. No dándose por vencido hizo un esfuerzo más y el corcho comenzó a girar para empezar a salir con un ruidoso “Hiiiiiiiiii Hiiiiiiiiii”, hasta que un sonoro ¡Plop! retumbó por toda la iglesia y Olórtegui levantaba en alto la botella en señal de triunfo.

– Escancia el vino hijo mío –le dije con voz suave. Mientras yo estaba con los ojos cerrados meditando escuchaba un glub, glub, glub cuando servía el vino-. ¡Detente insensato que es para un sorbo y no para emborracharme! Ahora combínalo con el agua para rebajarlo que me has vertido casi medio litro de vino.

– ¿Agua? ¿Cuál agua? –preguntó Olórtegui.

– Olvídalo. ¡Hermanos poneos de pie!

En este momento continué con la fórmula correspondiente que se dice en estos casos, como era larga y no me la había aprendido, hacía uso de mi resumen que precavidamente había redactado el día anterior y lo tenía sobre el altar. Y mientras levantaba el cáliz con mucha teatralidad a la altura de mis ojos pude ver la pequeña plaquita que había en la parte inferior del mismo, en la que se podía leer con claridad la inscripción “Campeón 4to campeonato de fútbol 1976”. ¡Pues eso era lo que me llamaba la atención, el maldito de Luís me había dado una copa de fútbol en vez de un cáliz y por ello me extrañaban las asitas laterales!... ¡Qué cabrón! ¡Me las pagaría! Y todo esto lo pensaba mientras tomaba un generoso y prolongado trago de vino de textura amable. Por lo menos este vino era bueno y no el infame caldo que Luís conseguía a precios de risa para los brindis luego de cada ceremonia en el cuartel.

Terminado el vino, y antes que surtiera efecto, procedí lo más rápido a repartir el pan, para ello solicité que los que quisieran comulgar hicieran cola en el pasillo central de la iglesia y, como

La Guerra de los Tenientes

era de esperar, este se llenó con tanta alma que yo mismo me había encargado de limpiar hace unos momentos. Un guiño a la mujer y de inmediato se reanudó el “Juntooooooos como hermanos, miembros de la iglesiaaaa...” consabido y así el momento estaba amenizado.

Terminada la comunión regresé a mi puesto y me dispuse a dar finalizada la ceremonia.

—Hermanos, así como el Señor perdonó nuestros pecados, nosotros perdonaremos a los que nos ofenden. Hermanos daos el abrazo de la paz -y un alboroto se sillas, bancas y saludos se extendió en la pequeña iglesia mientras se abrazaban fervorosamente entre familiares y vecinos, los mismos a los que habían delatado en el confesionario.

—Hermanos, podéis ir en paz.

—Demos gracias al señor -respondieron en coro, mientras yo lanzaba un último guiño y ya saben... “Juntooooooos como hermanos, miembros de la iglesiaaaa...”

Terminada la ceremonia y despejada la iglesia le dije a Olórtégui: toma todo lo nuestro que nos largamos inmediatamente, hasta ahora hemos tenido suerte. No quiero que se estropee todo a último momento. Pero al salir por la puerta principal la sorpresa fue mayúscula, porque nos topamos con una multitud que nos esperaba.

—¡Padre Francesco, padre Francesco! ¿Se quedará en nuestro pueblo? -dijo una voz.

—¡Sí quédese!...¡Que se quede! ¡Que se quede! -dijo otra.

—No saben cuánto me gustaría hermanos, pero comprenderán que hay muchas almas que salvar en este decadente mundo lleno de falsedad -decía tratando de salvar la situación y mientras me empujaban de uno y otro lado la pistola se me estaba escurriendo debajo de la sotana. Si caía al suelo estaría perdido porque la excusa de que la utilizaba para exorcismos no me valdría. Pero todavía tenía una carta bajo la manga y en este caso nunca mejor dicho porque el día anterior hice coser en la parte interior de las mismas de la sotana las bolsas de caramelos que pedí a Luís, este truco ya lo conocía de los curas con los que hice mi primera comunión, que inmediatamente rompí y comencé la arrojar al aire.

El gesto dio el efecto deseado, no sólo los niños se arrojaron al suelo, sino los adultos empezando por los abuelos y las abuelas.

Con ello el efecto de dispersión fue inmediato -mejor que las granadas lacrimógenas-, lo que me dio oportunidad de salir airoso del trance y comencé a alejarme de la iglesia por la calle principal, mientras un par de abuelos de aspecto inofensivo se quedaban en el atrio sacándose los ojos por un caramelo de limón. Mientras caminaba por las calles despejadas iba recibiendo los saludos de las gentes que estaban en las puertas de sus casas.

– Buenos días señor cura -decían.

– Buenos días hijo mío -respondía.

Entre las muchas personas que me saludaban por la calle me volví hacia una voz conocida. ¡Era ella! La señora que como mi ángel salvador me sacó de apuros con sus cantos en la iglesia. Así que no podía dejar de agradecerle como era debido.

– Hola hija mía, me gustó tu entusiasta participación en la misa. ¿Cómo te llamas?

– Padre, me llamo Gloria y vivo en la otra calle, justo enfrente de la carpintería.

Mira las sorpresas que da la vida, así que esta es la Gloria de la que me hablaron en el confesionario, ya sólo me quedaba conocer al carpintero galán y mi curiosidad quedaría consumada.

– Muy bien hija, que gusto volver a verte.

– Padre, quería decirle una cosa ya que hoy yo no me confesé ni comulgué. No lo creí apropiado.

– ¿Y por qué no? -pregunté intrigado.

– Pues en el pueblo todo el mundo habla de mí. Sucede que desde hace un par de años estoy separada de mi marido.

– Pero esto es un tema personal, ¿no?

– Sí, en parte. Debíó quedarse entre nosotros, pero está en boca de todo el pueblo, hace dos años de tanto beber alcohol a mi marido le dio un delirium tremens y se subió al campanario gritando que se iba a tirar si no regresaba con él.

– Mira hija, lo único que puedo aconsejarte es que la próxima vez que tu marido amenace con arrojarlo de lo alto del campanario dile que ni lo intente, porque se va a matar, dile que le pusiste cuernos y no alas.

– Es que a veces me siento mal.

– No importa hija mía, por lo que a mí respecta ya hiciste tu buena acción por hoy y ya te has hecho merecedora de un pedacito del cielo.

La Guerra de los Tenientes

Estaba en la conversación cuando por el extremo de la calle principal apareció el jeep conducido por Luís –me las pagaría- acompañado del comandante, quienes al vernos enrumbaron hacia nosotros.

– Mi comandante, le presento a fray Francesco –dijo Luís.

– Mucho gusto en conocerlo –dijo el comandante conteniendo la risa-, me habían hablado mucho de usted, las noticias de sus andanzas por estos lares han llegado a tierras lejanas.

– Gracias hijo, veo que tú también eres de los buenos. Ya habrá tiempo de charlar contigo sobre mis peripecias en este valle de lágrimas, además de prevenirte de las tentaciones del maligno –le advertí mirando a Luís.

– Acompañeme hermano Francesco, que esta mañana he hablado con el “altísimo” y me ha encomendado nuevas y emocionantes misiones para usted.

Y así terminó mi breve pero enriquecedora llamada del señor. A veces me pregunto: ¿Estuvo bien lo que hicimos? Yo lo veo de esta manera: estas gentes necesitaban en quien creer y les dimos un poquito de esperanza en vista que los representantes oficiales del cielo no estaban disponibles y, voto a Dios que lo intentamos. Es curioso que sea en estos tiempos donde la iglesia se queja de que escasean las vocaciones. La mía no faltó y podrán contar ella cuando les sea necesario.

En todo caso, si no estuvo del todo correcto, por lo menos tengo a mi favor que lo hicimos de buena fe. Por tanto, según creo, se me contabilizaría como un pecadillo blanco que a lo sumo me añadiría sólo unos cuantos a los cientos de años en el purgatorio que según mis cuentas ya llevo acumulados por delante.

La Tuberculosis

Como en la mayoría de los ejércitos, en aquella época el nuestro estaba conformado por conscriptos que eran llamados al servicio militar obligatorio. Lo de obligatorio era un decir, porque era obligatorio para quien no pudiera evadirlo. Teóricamente, como las plazas a convocar cada año eran mucho menor que la disponibilidad de jóvenes en edad militar, se debería hacer un sorteo para determinar quiénes harían el servicio militar y quiénes no. En la práctica quienes lo hacían eran aquellos que no tenían los medios para evitarlo; como consecuencia, normalmente eran jóvenes de escasos recursos y generalmente de pequeños y lejanos pueblos.

Cuando comenzó la subversión se pensaba, erróneamente, que toda la población estaba infiltrada y colaboraba activamente con Sendero, por lo que se decidió que las tropas deberían venir de lejos, cosa que ya era un error, no hay mejor soldado que el que defiende su propia tierra. A veces uno se sorprendía de la procedencia de la tropa, no era infrecuente encontrarse a alguien que había sido reclutado a quinientos o mil kilómetros para servir en nuestro batallón.

Hasta allí todo podría encajar dentro de un ambiente de normalidad. Para fines de julio llegó el último contingente de ochenta reclutas que relevarían a los que se licenciaban, estos llegaron en cuatro camiones un domingo y fueron organizados para su instrucción.

El lunes siguiente, en la reunión de oficiales de la mañana, se estaban impartiendo las instrucciones del día cuando el Doc levantó la mano y dijo que tenía algo que comentar.

La Guerra de los Tenientes

—Sí doctor, le escuchamos —dijo el comandante.

—Mi comandante, el día de ayer llegó el último contingente y al revisar sus expedientes he observado una irregularidad que deberíamos informar a la comandancia de la División.

—¿Irregularidad? ¿De qué se trata Doc? —interrogó el comandante.

—He leído los expedientes de la tropa, en cuanto a lo que a mí me compete, y he observado que la revisión médica para su incorporación al servicio ha consistido en sólo un examen visual por el médico.

—¿Y eso en qué nos afecta?

—Que es una revisión médica incompleta, desde hace más de quince años está normado que toda incorporación debe descartar la presencia de afectados de tuberculosis para evitar contagios.

—¿Y eso del descarte es muy complicado?

—Por supuesto que no, mi comandante. Es muy sencillo, basta con una placa radiográfica para hacer el descarte. Por eso es muy extraño que no lo hayan hecho.

—Arcadio —dijo el comandante al capitán jefe de personal, comuníquese con la comandancia de la División e informe de lo comentado por el capitán médico, debe haber un error en los expedientes de los nuevos. Mientras tanto, ya he dispuesto que el subteniente Ayala se haga cargo de la instrucción de los nuevos reclutas, que empezará ya mismo.

Esa misma mañana Arcadio se comunicó por radio con el jefe de personal, con el jefe de la oficina de reclutamiento, el jefe de logística, el jefe de economía y sabe Dios con quién más. Pero la respuesta fue negativa y lo hizo conocer en la reunión del día siguiente.

—Mi comandante, no existe error alguno, este año se ha decidido no hacer la prueba de descarte de tuberculosis a los nuevos reclutas. Comunican que no hay dinero suficiente para realizarla —informó categóricamente el Capitán Arcadio.

—¿Cómo que no hay dinero suficiente? —preguntó el Doc- Si es una de las pruebas más simples del mercado, ni siquiera se necesita un laboratorio.

—Ya te he dicho que no, que no hay dinero. Me dicen que estamos en una gravísima crisis económica y debemos economizar por todos los medios, es la orden que se está dando

-respondió Arcadio al médico.

-Lo siento -respondió el Doc-, no entiendo ese concepto de economía. No es posible ahorrar en salud, particularmente cuando es preventiva, es un absurdo y un despropósito. Es la primera vez en mi vida que escucho esto.

-Mira Doc, me informan que es un gasto innecesario porque hay otros gastos más importantes que hacer, entiéndelo. Además dicen que el año pasado no se detectó un solo caso y ahora no están dispuestos a tirar el dinero.

-No es lo mismo y tampoco es tirar el dinero, el contingente de enero era de Chimbote que es una ciudad en la costa y por ser fin de año estaba compuesto por una gran mayoría de voluntarios. Los últimos que han llegado provienen de las alturas de Arequipa, de las provincias de Caylloma y La Unión, que tiene un alto índice de incidencia de la enfermedad.

-No insistas -replicaba Arcadio-, ¿sabes cuánto me han dicho que cuestan cada una de las placas? Ni más ni menos que dos dólares y si queremos hacer el descarte a los reclutas de nuestro batallón tendrían que gastar la friolera de ciento sesenta dólares. Me dicen en la comandancia de la división que es una completa locura, no hay dinero.

-Arcadio -replicaba el Doc-, tú como oficial de personal deberías ser el primer interesado en asegurarte que la tropa esté sana y me hablas como si defendieras lo que te han dicho. Todos sabemos que ciento sesenta dólares es una cantidad ridícula y no entiendo cómo no lo podemos hacer.

-No defiendo a nadie, simplemente te trasmito lo que me han dicho: no tienen dinero y punto.

Como hablar con el oficial de personal era una pérdida de tiempo para el Doc, éste se dirigió al comandante y le dijo:

-Mi comandante, como oficial médico estoy en la obligación de informarle que la tropa recién incorporada debe pasar por un descarte de TBC.

-Muy bien -dijo el comandante-, doctor haga un informe detallando todo lo que nos ha contado y usted Arcadio, como oficial de personal, haga un oficio con carácter urgente solicitando a la comandancia el descarte de tuberculosis a la tropa, adjunte el informe del médico.

Los días pasaban y el subteniente Ayala comenzó con el entrenamiento de la tropa nueva, se incidía en la preparación

La Guerra de los Tenientes

física porque era lo que más se necesitaba, pero esto era algo que no se puede conseguir de un día para otro; así que se inició con una progresión que iba poco a poco en cuanto a las exigencias físicas de la tropa: pequeñas carreras de quinientos metros, seiscientos y así sucesivamente. Pronto la enfermería comenzaba a llenarse de reclutas que requerían atención, casi siempre por pequeñas heridas en los pies y ampollas causadas por el calzado nuevo. Pero había otros que les afectaba un poco más con fiebre y cansancio crónico. A la semana llegó la esperada respuesta de la comandancia de la División que nos la comentó Arcadio en la reunión de la mañana.

—Mi comandante, de la comandancia han respondido con otro oficio acerca de nuestra petición de descarte de TBC diciendo que no hay fondos.

—¿Y qué más? -le preguntó el comandante.

—Nada más, sólo tenía dos líneas de respuesta.

—Mi comandante -habló el doc-, por el bien de todos, insisto que la prueba debe hacerse.

—Arcadio, vuelva a remitir un oficio con carácter urgente reiterando la petición del primero -ordenó el comandante.

Esta vez no recibimos un oficio de respuesta, fue una llamada por radio de la comandancia en la que alguien furioso del otro lado le dijo a Arcadio que se deje de enviar oficios, que por allá tienen bastantes problemas mucho más importantes y que se le meta en la cabeza de una vez por todas que no hay dinero. Así quisieran hacerlo el poco que había sólo se podía usar para gastos imprescindibles y el asunto quedaba cerrado.

A la tercera semana la instrucción la tropa nueva ya había entrado a un ritmo de entrenamiento casi normal, excepto tres soldados que eran habituales en la enfermería a quienes se les achacaban fiebres y debilidad constantes. En la siguiente reunión de oficiales el Doc comentó:

—Mi comandante, solicito permiso para llevar a esos tres soldados de la enfermería al hospital del Ministerio de Salud y que les hagan una revisión, me parecen que tienen algo más que simples fiebres y no quiero que les dé una pulmonía o algo parecido.

—Bien, baja en un camión y que te acompañe... -yo alcé la mano- usted teniente, y lleve escolta.

A la media hora teníamos listo el camión con la tropa que

La Tuberculosis

ayudaba a los enfermos a subir y al Doc que llevaba la documentación de los enfermos.

–Oye Doc, ¿y qué vamos a hacer en el hospital?

–Quiero que les hagan una revisión completa, estos tres chicos no están bien y quiero hacer el descarte, particularmente paludismo o tuberculosis

–¿Y por qué crees ello?

–Me preocupan los síntomas de cansancio intenso, malestar general, sudoración abundante, pérdida de peso, con una temperatura corporal que oscila entre los treinta y siete y treinta y siete cinco grados. Ya salió de los rangos de la normalidad y aquí en el batallón no tengo más medios.

–¿Y cómo pagaremos las pruebas?

–Ya hablé con el comandante, dice que él asumirá el gasto, que ya verá si lo saca de los fondos asignados al combustible o de cualquier otro sitio. Ya han dicho de la División que no volvamos a pedir dinero para esto.

El Doc habló con varios médicos y hasta con el director del hospital. A la media hora estaban sacándoles las muestras de sangre a los tres muchachos, amén de hacerse las placas torácicas que el técnico de laboratorio dijo que estarían en una hora, la cual aprovechamos para que el oficial de rancho haga las compras de víveres frescos en el mercado de la ciudad.

Luego de la hora regresamos y el Doc fue directamente a hablar con el técnico de radiología, que le entregó en un sobre grueso de papel los resultados de las placas, las cuales extrajo, y comenzó a revisar apoyándolas contra una ventana que daba a un jardín interior del hospital.

–No es necesario que esperemos a los análisis de sangre del laboratorio –murmuró el doc.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Mira esto –me dijo levantando la placa y mostrándome a trasluz.

–Lo siento doc, pero yo sólo veo costillas. No sé nada de esto.

–Observa... ¿Vez esta placa con muchos puntitos blanquecinos como si fueran semillitas distribuidas en lo que vendrían a ser los pulmones? Son pequeños nódulos.

–Sí, ya veo.

–Pues es una prueba de que este señor tiene tuberculosis.

–¿Y los tres están igual? –pregunté.

La Guerra de los Tenientes

—No, no, mira esta otra placa... ¿Observas esas manchas blancas grandes? Son cavidades, huecos en el pulmón, de allí viene el nombre de tuberculosis... de tubérculos.

—No entiendo Doc, ¿cómo es posible que si los tres estén enfermos de lo mismo tengan unas placas tan disímiles?

—Lo que pasa es que la tuberculosis no tiene una imagen radiológica específica, por eso es que se deben analizar una a una. Para mí no queda duda de que están afectados, pero aún así solicitaré hacer la prueba tuberculínica.

—¿Y estos señores cómo se contagiaron?

—Bueno, la tuberculosis es una enfermedad infecciosa generalmente ataca a la gente que vive hacinada y en penosas condiciones higiénicas. Puede ser pulmonar o extrapulmonar y éste último atacar a múltiples órganos del cuerpo. Pregúntales a los pobres enfermos cómo vivían antes de venir al cuartel y te aseguro que su casa no pasaba de ser una pequeña choza de un solo ambiente donde vivían papá, mamá, hermanos y hasta los animales. Y si me apuras apostararía que la enfermedad está extendida por toda su familia.

Al final el Doc tendría razón, posteriormente en una de las visitas que hacíamos al hospital hablé con uno de los muchachos, su nombre era Andrés Centeno, natural de la provincia de La Unión en las alturas del departamento de Arequipa, pero podía haber sido perfectamente cualquier lugar de la sierra peruana sobre los dos mil quinientos metros de altura donde se cultiva papa y poco más, además de un poco de pastoreo de subsistencia con ovejas. Para él era primera noticia que tuviera la enfermedad y de su familia tampoco podía responder porque nunca se hicieron algún análisis, aunque su tío y hermano mayor murieron jóvenes sin saber la causa.

—Supongo que se podrán curar, ¿cierto Doc?

—Existe cura, pero es más efectiva cuanto más temprana sea la enfermedad, como en todas las enfermedades. El tratamiento de la tuberculosis se realiza con combinaciones de fármacos en períodos de larga duración de no menos seis meses.

—¿Y ahora qué hacemos, Doc? ¿Regresamos al cuartel?

—No, estos tres se quedan en el hospital. No los podemos llevar al cuartel, la enfermedad se propagaría rápidamente en las cuadras donde vive la tropa. No voy a correr ese riesgo.

El Doc habló con el que me parecía ser el director del hospital

y arregló el internamiento inmediato de los tres, que se quedaron en el hospital sin más.

—Oye Doc, llegando hay que informar del comandante de esto, no le va a gustar que los tres se queden aquí —dije.

—Eso no es lo peor, ya verás la cara que va a poner cuando del hospital nos pasen la factura del internamiento y el tratamiento. Peor cuando sabemos que la División ya se desentendió de este tipo de gastos.

—¿Y cuánto tiempo es necesario que se queden en el hospital? ¿Se podrán reponer?

—Es perfectamente curable pero es indispensable no abandonar el tratamiento pues, al suspenderlo, esta enfermedad se empeora rápidamente y causa que el bacilo se haga resistente.

—Pero tengo una duda Doc, si ya tenían la enfermedad... ¿Por qué se han puesto mal ahora y no antes? Esto no tiene sentido... los tres a la vez.

—Mira, si la tuberculosis aparece años después de contraer la infección, se habla de tuberculosis del adulto. Esto indica que la infección permanecía latente, por lo que es más agresiva que la primaria, provoca lesiones pulmonares graves y se disemina más fácilmente por el resto del cuerpo. La enfermedad es oportunista y espera a una bajada de defensas o a un debilitamiento del cuerpo, lo cual lo sucedió con el agotamiento del esfuerzo físico a que se vieron sometidos en el entrenamiento.

—Entiendo, puede ser por ello que a estos les haya afectado tanto.

Los días pasaron y los oficios a la División para hacerse cargo de los enfermos también, pero poco se avanzaba y los mensajes de respuesta de grave crisis económica así como la ausencia de fondos se repetían. Lo peor era que nuestro batallón no era caso único y por lo menos en otro también se habían dado casos de enfermos en el último contingente. Lamentablemente hubo que darle la razón al Doc.

Dos semanas más tarde del internamiento de los soldados yo regresé de un patrullaje al sur y volví a encontrarme con el Doc en el comedor de oficiales, el cual se sentó a mi lado, lo bueno del Doc es que era un buen conversador, lo cual aproveché para hacerle unas cuantas consultas que tenía pendientes de hacer ya buen tiempo.

—Doc, tengo una duda.

La Guerra de los Tenientes

—Sí, dime —dijo mirando su humeante sopa.

—Necesitaría que me digas como se hace para amputar un miembro, un brazo o una pierna por ejemplo.

—¿Qué?! —preguntó el Doc con la cuchara a medio camino entre el plato y la sopa.

—Que ya que eres médico me gustaría que me expliques cómo se hace una amputación.

—¿Y para qué quieres saber eso?

—Cultura general Doc. Imagínate que tengo un accidente grave y tengo que cortarme un brazo para salvarme, ¿no crees que me sería útil saberlo?

—No te lo diré, tú no deberías saber nada de eso —dijo sorbiendo ruidosamente la caliente sopa.

—¿Pero por qué Doc? Cada vez que me preguntas algo sobre explosivos yo te lo explico con lujo de detalles y no vengo con que son cosas de “secreto profesional”. ¡No seas egoísta Doc!

—¡No es secreto profesional, ni soy egoísta! Sólo que son cosas que tú no deberías saber.

—¿Dame una razón?! Si es solo una pregunta inocente, Doc — la discusión iba en aumento para disfrute de los otros oficiales que estaban en la mesa.

—¡Porque tú jamás harás una amputación! ¡Y Sanseacabó!

—¿Cómo lo sabes?! ¡¿Qué pasaría si tengo un accidente y mi vida depende de ello?!

—Mira —dijo tratando de calmarse y en un tono marcadamente pausado—, no importa cuán grave sea tu accidente, jamás se hace una amputación. ¿En-ti-en-des?

—¿Y si soy consciente que el miembro está totalmente inutilizado, por ejemplo una explosión, y que lo mejor es retirarlo?

—Eso no lo decides tú. Sólo te deberías limitar a limpiarlo, extraer cualquier elemento extraño, si es posible aplicarle algún antiséptico o sulfas de tu paquete de curación, envolverlo con algo y evacuarlo para tratamiento hospitalario. Allí en el hospital los médicos sabrán lo que tienen que hacer, tú no.

—Bien Doc, tú ganas, te prometo que no me voy a cortar un brazo. Ahora dime qué se hace para realizar una amputación.

—¡Pero sigues con la misma canción! ¡La sopa se me está enfriando! —contestaba el Doc irritado.

—¿Qué te cuesta decírmelo? ¡Nada! Sólo te hago una pregunta y mira como te alteras, te advierto que no pienso parar hasta

conseguir que me lo digas.

—¡Ya, ya! ¡Te lo diré pero sólo para que me dejes en paz!... Primero se limpia la herida y luego se determina el lugar donde se debe cortar, siempre por encima y a partir de la parte no afectada porque sino la infección puede avanzar después del corte. Hay que tratar siempre que el corte sea por debajo de una articulación, el codo o la rodilla por ejemplo, para mantener cierta movilidad y que la rehabilitación posterior sea más fácil. Para el corte se utiliza un bisturí y se retira la masa muscular pero siempre, y esto es muy importante, se debe dejar un trozo de piel que se llama colgajo y que servirá para luego cubrir la herida y formar el muñón. Me olvidaba, el hueso hay que cortarlo también, cualquier sierra de carpintero vendrá bien, las del hospital no difieren mucho y, eso es todo. ¡¿Ya estás contento?! ¡¿Puedo comer tranquilo?!

—Gracias Doc, ¿ves cuán sencillo era? Si me lo decías desde un principio nos ahorrábamos la discusión y mira cuán productiva ha sido. La verdad Doc es que aún no entiendo como es que no te han entregado el premio Nobel de medicina este año.

—Celos profesionales —dijo el Doc sorbiendo los últimos fideos de su sopa que le iba mojando el bigote.

El resto de la comida transcurrió con tranquilidad y se tocaron toda clase de temas y más pronto que tarde ya estábamos terminando, cosa que era predecible ante las magras raciones que servían, particularmente hoy que en le menú teníamos de primero sopa de fideos y de segundo pollo “A la granada” con arroz, que llamábamos así porque el muy desgraciado del oficial de rancho utilizaba un solo pollo famélico para preparar las casi veinticinco raciones de oficiales y suboficiales de la comandancia del batallón, consiguiendo que en tu plato aparezcan apenas vestigios del ave. Del postre mejor ni hablar, cada vez que se lo reclamábamos respondía que no estábamos en un hotel de cinco estrellas y que el presupuesto del rancho probablemente sólo le llegue hasta el día veinticinco del mes.

Cuando estábamos saliendo del comedor sentí una mano sobre le hombro y al volverme vi que era el Doc que me decía.

—Oye, necesito que me des un consejo.

—¿Yo? ¿Un consejo? Lo siento Doc pero yo de medicina todo lo que conozco es lo que me acabas de contar de lo de las amputaciones, pero si me apuras le puedo echar un poco de

imaginación y te puedo decir que en mi opinión creo que para cortar podríamos usar una pequeña guillotini...

– Nu nu nu, no quiero hablar de eso –dijo el Doc.

– ¿Entonces?

– Es sobre un pequeño hobby que tengo.

– ¿Y cuál es? Si me lo puedes decir... y con tal que no sea coleccionar muñecas.

– Bueno, soy escritor, o mejor dicho pretendo ser escritor de cuentos –dijo el Doc ante mi sorpresa.

– ¿Y cuántos cuentos ya has escrito Doc?

– Hasta ahora uno o ninguno porque todavía no acabo el primero.

– Pero si ni siquiera has escrito uno... ¿Cómo quieres que te ayude?

– Es que sí lo he escrito, pero aún le estoy dando unos retoques y necesitaba que lo leas para que me des una opinión imparcial.

– Bueno, dámelo y te diré algo –le contesté.

– Es que primero te tengo que poner en ambiente y de la trama del mismo, lo vengo escribiendo hace un año.

– ¡¿Un año?! ¡Lo que tú estás escribiendo no es un cuento, es la Biblia en verso!

– No, es muy corto, pero lo he reescrito muchas veces porque me gustaría que quede perfecto.

– Debe ser una trama muy complicada para que te cueste tanto esfuerzo. ¿Eh, Doc?

– Mira, tengo los manuscritos en la enfermería, acompáñame mientras que te digo de qué se trata. El asunto ocurre en la habitación de un niño que tiene muchos juguetes, entre ellos un soldadito de plomo y una bailarina, de esas que se utilizan en las cajitas musicales, y se enamoran; luego hay un incendio y el soldadito rescata a la bailarina, pero éste no consigue escapar por salvar a otros juguetes de las llamas y muere. Luego cuando se apaga el incendio hacen la limpieza encuentran entre las cenizas un trozo de plomo con forma de corazón.

Yo me quedé mirando al Doc, que esperaba que le diga algo, pero la verdad es que la trama de la que hablaba me parecía un poquitín conocida.

– Doc, perdona, pero ¿estás seguro que ese cuento es tuyo y no lo habrás escuchado antes?

La Tuberculosis

—Por supuesto que no, ¿me acusas de haber plagiado un cuento después de trabajar en él casi un año?

—No digo que lo hayas copiado, digo que la trama probablemente la escuchaste alguna vez, y sin querer la hayas interiorizado como tuya. Porque, a decir verdad, hay un cuento de Hans Christian Andersen que se parece muchísimo al tuyo.

—En todo caso, puedo decir que cogí algunas buenas ideas de un contexto mediocre y las mejoré.

—Doc, perdona pero no creo que sea una excusa válida.

—¡Qué diablos! Mira, pude extraer la idea principal de un libro como de la vida misma, ¡Qué más da! Además estás adelantando opinión porque aún no lo has leído, verás que el mío no se parece en nada y además es mucho mejor —dijo mientras entrábamos a la enfermería y él rebuscaba entre los cajones de su escritorio—. Diablos no lo encuentro, debo de haberlos dejado en mi habitación, si me esperas en un par de minutos regreso con él.

—Bueno Doc, pero no demores que tengo que hacer. Te espero —le dije mientras miraba las vitrinas con frascos de medicinas alineados, conteniendo pastillas, cápsulas, algodones y sabe Dios que más.

—Buenos días, mi teniente —dijo el cabo de cuartel que se apareció a los minutos en el vano de la puerta de entrada de la enfermería.

—Buenos días —le dije—. ¿Busca a alguien? El doctor ha salido un momento.

—No, vengo por el soldado Echerí para completar el servicio.

—Pues aquí no hay nadie, menos el soldado Echerí que dices. Echerí, Echerí... ¿Es un nombre raro? ¿No? —pregunté extrañado.

—Es que su nombre completo es Echerí Coli —dijo el cabo de cuartel mirando su tablilla para ver a quién reemplazaría en el servicio—, perdón mi teniente, tengo que retirarme —dijo saludando.

—Siga.

La Enfermería estaba llena de muebles metálicos con puertas de cristal, camillas y aparatos curiosos como todo consultorio médico, la mayoría metálicos, de acero inoxidable como pinzas, tenazas, bisturís y otros que no sabía para qué servirían, ordenados y alineados en bandejas metálicas, igual que cuando salen

en las películas en donde te abducen los extraterrestres y luego apareces en una camilla de quirófano, con una luz cegadora mientras que los cabezones verdes blanden sus instrumentos para meter no se sabe qué dentro tuyo, los muy pervertidos. ¿Por qué no usarán rayos X u otro chisme más sofisticado como seres adelantados que son y no como una pandilla de inútiles?

En las paredes había un par de camillas de campaña verdes plegadas, y sobre uno de los estantes metálicos una amplia caja de plástico color naranja con un asa negra que llamó mi atención. En eso entraba el buen Doc con una amplia sonrisa y sus cuartillas del cuento dobladas mil veces.

—Oye Doc, no sabía que tenías un equipo de primeros auxilios para naufragios -dije riendo y tocando la caja naranja de plástico.

—¡No toques eso! ¡No toques eso! ¡Nos vas a meter en un problema!

—¿Por qué? ¿Supongo que no hay nada peligroso?

—No, no es peligroso, pero hay que tener mucho cuidado con lo que hay en su interior -dijo enfatizando esto último.

—¿Me dices de una vez por todas qué es lo misterioso que hay en tu caja?

—Bien, te lo diré. Pero prométeme que no tocarás nada.

—Abre tu dichosa caja -le dije cansado de tanto teatro.

El Doc abrió la caja por la mitad con mucho cuidado, como si contuviera nitroglicerina líquida o algo así, pero yo sólo veía uno de esos estuches adaptados para un sinfín de cosas, todas ellas para medicina, supongo: mascarillas con un tubo negro que iba a una caja y que parecía un ventilador, más pinzas, bolsas de plástico selladas, una especie de estetoscopio, y unos botellines de vidrio similares a los que se usan en los inyectables con agua destilada o medicinas.

—Doc, ¿por esto haces tanto show? Es una caja con tus bártulos de siempre.

—No, no es una caja cualquiera, es un kit de primeros auxilios de campaña muy completo, que sólo entregan uno por batallón y está sujeto a control, además de ser muy caro.

—Mira Doc, no entiendo lo que hay allí dentro, pero para mí se parece mucho a lo que tienes en tus vitrinas.

—Sí, sí, algunas cosas sí, pero esto no -dijo sacando cuatro botellines pequeñitos de una cajita acondicionada en la tapa de la

caja naranja y mostrándomelos.

Yo cogí uno, no tenía nada raro, de vidrio y con contenido líquido transparente, una pequeña etiqueta de papel donde se leía "Roxanol 20cl".

—¿Y Doc? ¿Qué tiene de raro tu medicina? Si me dices que si se me cae explota no te lo creo -le dije con una sonrisa.

—¡Pero no te das cuenta de lo que tienes en la mano, insensato! -dijo con su teatro de siempre.

—Mira, si lo supiera tú ya estarías sin trabajo y probablemente pronto lo estarás, porque me están entrando ganas de prenderle fuego a tu enfermería.

—¡Es que lo que tienes en la mano es morfina líquida! -dijo con las manos levantadas, esperando mi reacción de sorpresa pero como yo no tenía ni idea de cuál era el asunto me quedé callado un buen rato mirándolo.

—¿Y?

—Tú no entiendes, tú no entiendes. La morfina es un opiáceo muy poderoso, es una droga muy potente y altamente adictiva, es por ello que hay que tener mucho cuidado con ella, su comercio fuera de los canales médicos es ilegal y un delito y, aún así aquí es muy difícil de conseguir.

—Pero al final es una medicina como cualquier otra, ¿no?

—No, no es como cualquier otra, al menos no ésta que está en la caja, porque su consumo sólo puede hacerse en casos extremadamente graves, y luego es necesario hacer un informe detallado de lo suministrado para hacer un seguimiento del paciente y evitar que queden secuelas adictivas. Si le pasara algo a esta medicina me crucificarían en la comandancia.

—En ese caso es mejor que la guardes a buen recaudo, Doc.

—Sí, claro. Ahora entiendes mi alteración, ya perdí una vez esta medicina a comienzos de año.

—¡Cómo que la perdiste! Luego de todo lo que has dicho... ¿O acaso te la robaron?

—Ninguna de las dos, fue mi culpa, firmé un acta en que la recibía cuando no lo hacía realmente. Me engañaron.

—Doc, cuéntame, que lo que me dices tiene mala pinta.

—Bien, te contaré la historia. ¿Te acuerdas de Aníbal? El anterior médico del batallón.

—Sí, claro, el de cabello canoso.

—¡Ése! ¿No le viste nada raro? -preguntó.

La Guerra de los Tenientes

- ¿Raro? No... nada, excepto que tenía una ligera tartamudez.
- ¡Sí, ese! ¿No le viste su mano derecha?
- No Doc, la verdad es que lo traté poco.
- Pues cuando yo llegué me relevé con él y me hizo entrega de todo el material, incluyendo el kit.
- ¿Y no lo revisaste? –pregunté.
- Claro que sí, estaba todo completo, es lo primero en que me fijé.
- ¿Entonces cómo faltaba la morfina?
- Eso fue después, a los quince días estuve revisando el inventario y algo me llamó la atención de los botellines.
- Ya sé, no estaban.
- Sí que estaban, pero las etiquetas cuando las mirabas con detenimiento no parecían originales y me hizo sospechar.
- Y tú que hiciste.
- Me arriesgué y abrí una. Y lo que encontré no era morfina sino agua destilada. La morfina no existía.
- ¡Diablos Doc! ¿Y por qué habría hecho eso? ¿No me digas que la vendió?
- No, no la vendió. Se la consumió toda, yo ya lo sospechaba.
- ¡Que el médico se consumió toda la morfina! No puede ser, era una persona un poco extraña pero no tanto.
- Por eso te pregunté si te fijaste en su mano derecha, le temblaba y su tartamudeo no era por un problema del habla. Aníbal tenía un problema neuronal y lo sabía. A veces no podía controlar los músculos de la mano ni del habla.
- ¿Y qué tiene eso que ver con la morfina? Le dolería mucho, supongo.
- De dolerle casi no, pero cuando se inyectaba la morfina en dosis pequeñas lo hacía más llevadero y menos pronunciado lo de las manos.
- Pero debiste haber informado, Doc. Si me dices que es un medicamento que sólo se puede consumir con autorización, entonces ya estaba en falta.
- No quise decir nada porque lo único que conseguiría era meterlo en un problema, otro más del que ya tiene. Yo preferí solucionarlo sin hacer mucho ruido.
- No me digas que lo que hay en los botellines también es agua destilada.
- No, por supuesto que no, en los botellines hay morfina. Tu-

ve que conseguirla a través de mis contactos en el Ministerio de Salud. Les expliqué el problema a unos médicos que conocí y accedieron ayudarme y así pude reponer el faltante.

– Ya veo Doc –dije luego tener ahora todo en claro.

– Ésa es la historia completa, por eso le he pedido al soldado Echerí, el asistente de la enfermería, que todos los días haga un a verificación del inventario.

– Veo que eres prudente, Doc –le dije mientras observaba sobre su escritorio un pequeño juego de ajedrez, de esos que venden en los mercadillos y que las piezas vienen imantadas, un peón no estaba en su línea de partida-. ¿Y ese ajedrez...? ¿Es tuyo? No me digas que también tienes este otro hobby.

– No, recién estoy aprendiendo y quería practicar un poco con el asistente.

– hummm... 1b4, haz hecho la apertura polaca, Doc.

– Bueno yo moví el peón para empezar y al buen Echerí lo llamaron y...

– Pues este tipo de apertura es un inicio de juego muy agresivo, denota la personalidad de un jugador audaz y peligroso –le dije al Doc para subirle un poco el ego.

– No me jodas... ¿Si? Eso debe ser lo que asustó a Echerí.

– Oye Doc, ahora que me lo haces recordar, vaya nombre que tiene tu ayudante, eso de Echerí es nuevo para mí, ¿será un apellido italiano?

– ¿Italiano? ¡Por supuesto que no! –dijo el Doc riéndose.

– ¿Por qué te ríes del nombre de ese muchacho? Me dijo el cabo de cuartel que se llamaba Echerí Coli.

– Es que ése no es su nombre, su verdadero nombre es Carlos Rodríguez Montoro, luego lo bautizaron como Echerí Coli.

– ¿Y eso?

– Es una historia larga, acompáñame al hospital de la ciudad a visitar a los tres soldados enfermos internados, te lo contaré en el camino.

– Bien, así haremos tiempo hasta la hora del rancho de la tarde.

– Sucede que al buen Rodríguez Montoro un día le dio una diarrea de esas que lo dejaron fuera de combate, nunca mejor dicho, que lo obligaron a reposar en la enfermería, pero como ya sabes habían épocas que salían hasta cinco patrullas diarias y al cabo de cuartel no se le escapaba ningún soldado, venía a verifi-

car a los enfermos dados de alta para llevárselos y equiparlos para salir en la primera patrulla asignada. Pues Rodríguez me pidió por favor que por lo menos le dé un par de días de descanso médico para recuperarse del todo. Como lo suyo no era más que una gastroenteritis le hice un documento que decía: “Se recomienda análisis en laboratorio para descartar *Escherichia coli*”

— ¿Y qué es eso de la *Escherichia coli* o como se llame?

— Es una bacteria, se encuentra generalmente en los intestinos animales, incluido el humano, y por ende en las aguas negras. Y cada vez que era solicitado, el buen Rodríguez Montoro iba diciendo a medio mundo que le había dado un ataque de *Echericha coli*, mostrando el papel que le hice mientras que el cabo de cuartel le lanzaba torvas miradas porque sospechaba —y con razón— que el angelito estaba evadiendo sus responsabilidades.

— ¿Y lo del nombre cómo lo cambiaron?

— Pues a partir de ese momento cada vez que el cabo de cuartel lo llamaba para algo, aún después de que ya estaba recuperado y reincorporado a sus tareas, era nombrándolo soldado *Echericha coli* y esto fue calando cada vez más en la gente. Ahora lo llaman así, *Echerí* para los amigos —dijo el Doc mientras salíamos al patio principal con dirección a la comandancia.

— La verdad es que es fascinante esto de la medicina, me gustaría aprender un poco más. Doc, si algún día necesitas un ayudante para una operación avísame, yo me pondré los guantes y te preguntaré: “Doctor, ¿dónde empezamos el corte?”

— Tú lo que has visto son demasiadas películas.

— Doc, dime... ¿Cómo así llegaste a ser médico?

— Es de familia, mi padre también fue médico y seguí sus pasos.

— ¿Médico militar como tú?

— No, él era cardiólogo y trabajaba en un hospital de la Seguridad Social. Digo trabajaba porque ya murió hace varios años, el corazón le falló. Imagínate cómo es el destino, siendo él cardiólogo.

— Lo siento mucho Doc, de verdad —y casi hago el comentario que por lo menos fue así y que peor hubiera sido que si en vez de cardiólogo su padre hubiera sido proctólogo, pero mejor me callé, no vaya a ser que el buen Doc no capte la sutil ironía.

La Tuberculosis

Seguimos descendiendo el camino y ya estábamos llegando a la comandancia cuando se acerca corriendo un soldado de la guardia diciendo al médico: ¡Capitán! ¡Mi capitán! ¡Lo llaman de la guardia urgente! ¡Avisan del hospital que ha muerto el soldado Humire! El Doc se quedó sin habla y le preguntó si estaba seguro.

—Sí, han llamado a la guardia del hospital hace un momento y el oficial de servicio me ha dicho que le avise urgentemente, mi capitán.

El Doc preocupado, de un par de saltos llegó a la comandancia y luego de hablar con el comandante menos de un minuto salió y me dijo: ¡Vamos, acompáñame al hospital! Y cogimos uno de los jeeps que teníamos preparados siempre en la entrada de la comandancia. El recorrido al hospital era corto porque estaba a al mismo lado de la ciudad, no más de cinco minutos, al llegar entramos directamente a la sala donde estaban internados los tres soldados con tuberculosis pero sólo estaban dos y sentados en sus camas en silencio, no se veía un médico cerca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el Doc.

—Que Humire se la pasó tosiendo toda la noche y esta mañana se sentía mal, se fue al baño a vomitar y cuando lo hizo salió sangre a borbotones —dijo uno de los soldados conduciéndonos al baño.

—Allí lo hizo —dijo señalando uno de los lavatorios que tenía un tono rosado de la sangre que había caído y se veían hasta restos de coágulos.

—¿Y que más pasó?

—Que mi otro compañero salió a llamar al enfermero de turno y vinieron corriendo, pero Humire seguía arrojando sangre hasta que se puso muy pálido. En eso llegaron dos enfermeras más y el médico que lo llevaron a otra sala. A los diez minutos el primer enfermero regresó diciendo que Humire había muerto.

—Diablos Doc, esto es muy fuerte ¿no? —le pregunté.

—Vamos que quiero hablar con el médico de turno del hospital —dijo el Doc.

Salimos al pasillo central y en la recepción encontramos al doctor que estaba de servicio redactando algo así como un informe, el Doc lo saludó y le preguntó:

—Doctor, buenos días. ¿Me puede decir que ha pasado con uno de mis hombres?

La Guerra de los Tenientes

—Ha fallecido hace media hora, el diagnóstico es hemorragia grave, obstrucción bronquial y un derrame pleural. Perdió en menos de cinco minutos casi tres litros de sangre. No se podía hacer nada. Lo siento mucho.

El Doc permaneció callado y en silencio, pero se veía en su mirada algo que yo no había visto antes: la impotencia de no poder hacer nada a pesar de ser él un especialista de la salud, el hombre que sabía salvar vidas no las tenía todas consigo, probablemente volvía a ser cada vez más consciente de las limitaciones de los conocimientos que pudiera poseer. Nosotros confiamos ciegamente en lo que nos dicen los médicos, pero muchas veces ellos sólo pueden esperar a que la naturaleza haga su trabajo.

—No es necesaria la autopsia -dijo el médico del hospital-, con el informe médico bastará. En cualquier momento pueden venir a recoger el cuerpo.

—Gracias -le dije-. Doc, vamos regresemos al cuartel a informar al comandante.

Al llegar al cuartel informamos al comandante de la mala noticia, quién se comunicó a la comandancia de la División, quienes dispusieron que esta noche se realice un velatorio con cuerpo presente en el cuartel y que mañana por la mañana pasaría a recoger un helicóptero el cuerpo, que debería estar preparado en un ataúd.

Los preparativos fueron relativamente rápidos, al soldado fallecido se le vistió con un uniforme y calzado nuevos del almacén. Luís, el oficial de abastecimiento consiguió un ataúd decente de una funeraria, así como los candiles y otros muebles necesarios para un velatorio decente que improvisamos en la sala de reuniones del batallón. A partir de las cuatro de la tarde se estableció un turno de guardias que lo acompañarían durante toda la noche, relevándose cada hora hasta mañana a las nueve de la mañana, cuando se suponía que llegaría el helicóptero para llevárselo y enviarlo para hacer la entrega a su familia.

A la hora de la comida me volví a encontrar al Doc que se había encerrado en su habitación toda la tarde, aproveché para romper el hielo:

—Doc, ¿y cómo están los del hospital?

—Siguen igual, no creo que haya muchos cambios, Humire es el que estaba peor.

La Tuberculosis

– Tenías razón.

– No es que yo tuviera razón, era una realidad evidente que todos sabían, pero ya sabes, lo mejor es mirar a otro lado y que las cosas sigan su camino.

– Pero no te pongas así Doc, estas cosas pasan en todas partes, no sólo aquí.

– Eso es lo que me da más de pensar, me diera la impresión que vivimos en un mundo de estúpidos, controlados por imbéciles, para beneficio de mediocres.

– Oye, cambiando de tema, no crees que habrá problema por la muerte del soldado Humire.

– ¿Problema? Por supuesto que no, ha sido algo totalmente natural y fortuito.

– ¿Cómo que natural y fortuito? ¿Acaso no recuerdas que todo empezó con el entrenamiento físico?

– No, esa no fue la causa -dijo el Doc-, tal vez se adelantó un poco la fecha de su muerte, pero ésta ya estaba escrita y llegaría más pronto que tarde.

– ¿Y eso cómo lo sabes?

– Porque ya estaba escrita aquí -me dijo levantando la carpeta de cartón que llevaba en su regazo y sacando la radiografía del enfermo.

– ¿Y qué se hará con los otros dos que también están enfermos?

– A esos se les dará de baja de inmediato del servicio. Están totalmente incapacitados para la vida militar. No podemos contar con ellos.

– Pero... ¿Y su enfermedad?

– Se les dará un certificado para que cuando regresen a sus pueblos lo comuniquen al Ministerio de Salud y los incluyan en los programas de atención contra la tuberculosis, si tienen suerte se recuperarán. No se puede hacer más.

Al día siguiente, después del desayuno, el helicóptero apareció puntual y aterrizó en el improvisado helipuerto que habíamos construido en el patio exterior del cuartel. Todo fue muy rápido, al bajar las revoluciones del rotor -porque no apagó los motores- y disiparse la nube de polvo que se levantaba, el grupo de cuatro hombres que hacía de escolta acercó el féretro y lo embarcó por la puerta posterior. El helicóptero aceleró y se elevó rápidamente con dirección a la sede de la división. Las

La Guerra de los Tenientes

tareas en el cuartel volvieron a la normalidad.

Regresando a la comandancia nos encontramos por el camino con Luís que estaba cargando en un camión los muebles utilizados en el velatorio para devolverlos a la funeraria. El doctor se le acercó y le preguntó si necesitaba entregar a la funeraria algún documento, como el certificado de defunción.

—No Doc, no es necesario, ya hablé con el dueño y sólo me pidió que le devolviera sus muebles temprano porque los necesitaba para hoy.

—Esto hasta que te reclame que le paguemos por el féretro —dije yo.

—¿Pagarle? Pero si no debemos nada, ayer por la tarde se le pagó todo.

—Estas cosas son caras —dijo el Doc—, si no es mucha indiscreción... ¿Nos puedes decir cuánto costó este velatorio?

—Bueno Doc, lo del alquiler de muebles no es gran cosa, lo que nos costó es el féretro que tuvimos que comprar el mejor que había, los otros eran francamente feísimos y de mala calidad. No puedes entregar un cuerpo a una familia en esas condiciones. Al final entre todo nos ha costado algo así de poco más de doscientos dólares.

—¡Doscientos dólares! ¿Y el comandante ha tenido que costear todo? —preguntó el Doc.

—¿Costearlo? No, ayer mismo hablamos con la comandancia de la División comunicándole los gastos y de inmediato nos hicieron la transferencia de fondos —explicó Luís.

—¿Cómo que te han enviado así como así el dinero? —decía el Doc sin dar crédito.

—Pues claro Doc, ¿En qué puedes estar pensando? ¡¿Cómo no van a enviar el dinero?! ¡Es un gasto imprescindible!

La Fiesta del Pueblo

Hay veces que la vida nos trae situaciones inesperadas, particularmente estando en un entorno alterado por una violencia irracional. De todas formas, y a pesar de ello, la población trataba de hacer su vida el día a día lo más cercano a lo normal. Muchos pensaban que aún se podía lograrlo... y casi lo conseguían.

Después del mediodía, estando de servicio, me dirigía al comedor de oficiales luego de haber verificado el reparto del rancho a la tropa. No había llegado a él cuando un soldado de servicio de guardia me da alcance y me dice:

– El Mayor lo llama, mi teniente.

– ¿Dónde se encuentra?

– En su oficina, en la comandancia.

Como estaba en mi camino aceleré el paso, ingresé a la comandancia del batallón y luego de sacudir el polvo de las botas me dirigí a su despacho, probablemente quiera que le informe del estado del rancho del día de hoy.

– Mi mayor, buenas tardes. ¿Me llamaba?

– ¿Yo?... Ah, sí, sí pasa que quería hablar contigo. Tengo algo para ti –me dijo mientras tomaba entre sus manos un papel que leyó unos instantes en silencio.

– ¿Conoces Pariavilca?

– ¿Pariavilca? ¿No es ese pueblo que está a poco más de tres horas caminando de aquí y donde preparan miel de abeja? –dije recordando aquel pueblo no del todo aislado, relativamente cerca de la base del batallón y que por esta razón no disponía de

una base propia, tampoco de un puesto policial.

—Sí, ese mismo. Veo que lo conoces bien. Mejor así. Necesito que prepares una patrulla y te desplaces hasta allá —yo me puse de pie y me acerqué al mapa que estaba colgado en la pared y señalé el camino a utilizar.

—Puedo ir por la carrozable que parte desde aquí, en dos o tres horas llego caminando —dije mirando los alrededores del destino indicado en el mapa para tratar de adivinar el siguiente lugar hacia dónde saldría despedido luego: ¿a las punas que estaban al este o a las pampas que tenía al oeste? ¿Quizás hasta las bases del norte?

—Sí, es una buena decisión —asintió el Jefe de Operaciones.

—¿Y de allí a dónde voy? —pregunté para tener idea clara de lo que me esperaba.

—¿A dónde irás? A ninguna parte, te quedas allí.

—¿Sólo quedarme allí? ¿En ese punto no recibiré instrucciones para algo más?

—No, sólo te quedas allí. Te quedarás una semana y luego regresas —me respondió, pero yo sabía que no podía ser tan fácil, había algo que no me estaba contando, ¿cuál sería el truco?

—Mira ¿sabes que el veintinueve de Julio es día de Santa Marta?

—¿Santa Marta? No, pero casi coincide con fiestas patrias.

—Exacto, pero me interesa el veintinueve, porque es el día de Santa Marta, la patrona del pueblo de Pariavilca, y como tú bien sabes son las fiestas patronales del pueblo. Aquí en mis manos tengo una carta enviada por el alcalde del pueblo y la comisión de festejos en la que piden al batallón que resguardemos el pueblo en esas fechas.

Así, volvíamos a un tema recurrente en aquellos años de violencia del terrorismo: las poblaciones normalmente estaban alertas a la llegada de Sendero organizándose en rondas campesinas, pero cada vez que había alguna fiesta, ya sea la fiesta del pueblo, Semana Santa, la candelaria o cualquier otro acontecimiento que creara expectación y relajó en la población, Sendero Luminoso aprovechaba para incursionar y vengarse con ventaja ante el descuido de la población y el alcohol que habían bebido en su celebración, particularmente por las noches. Muchas veces la fiesta terminaba en una masacre donde los muertos se contaban por docenas. Recordaba un pueblo casi extinguido donde

La Fiesta del Pueblo

un viejo se acordaba las fechas exactas y día de la semana en que fueron atacados tres veces hace varios años: siempre caían en días de fiesta.

—Mañana partirás para Pariavilca, permanecerás en él toda la semana hasta que hayan terminado las celebraciones, luego te avisaremos para que regreses. Por ser bastante cercano el pueblo a la base del batallón, Arturo, el oficial de inteligencia, ve poco probable que suceda algo, pero igual iremos, más que nada para tranquilizar a la población.

Al día siguiente partimos del cuartel aproximadamente a las ocho de la mañana, no teníamos prisa, el recorrido sería tranquilo siempre y cuando mantuviéramos las habituales medidas de seguridad para los desplazamientos. La mañana era ligeramente fresca, pero el sol que se asomaba por las montañas advertía que pronto haría calor, especialmente en esa parte del valle. De tanto en tanto pasaba a nuestro lado algún camión con productos de la zona para llevar al mercado, lo normal para esa época del año.

Luego de una hora llegamos a un tramo del camino donde a su vera habían unas chacras o pequeños campos, donde se estaba preparando la tierra como se venía haciendo desde hace generaciones: con chaquitacllas o arados de pie, filas de grupos de personas en trabajo comunal, cantando alegres, probablemente familiares trabajando en conjunto para crear los surcos. Nunca antes lo había visto y me quedé un momento observando su arduo y lento trabajo. Me extrañó que esta gente aún mantenga tan arraigadas estas tradiciones. Se me ocurrió que era un método totalmente ineficiente para los estándares agrícolas actuales. Eran campesinos que ya estarían derrotados ante la competencia de cualquier otro campesino de cualquier otro lugar del mundo que haga la misma labor con un mínimo de tecnología y mecanización. No dije nada, probablemente me hubiera sido difícil explicárselo y, peor aún, seguramente tampoco tenían alternativa. Nada conseguiría arruinándoles el día recordándoles que sólo estaban sembrando pobreza.

Faltando poco para llegar al pueblo escuchamos unas voces que nos llamaban desde lo alto de unos cerros cercanos, eran dos personas que gritaban y agitaban los brazos, pero no entendíamos lo que querían decirnos, viendo ellos que tampoco nosotros reaccionábamos descendieron por la ladera del cerro a

toda velocidad, eran dos muchachos, que venían hacia nosotros.

– ¡Ayúdenos por favor! ¡La Ramona está mal! ¡Hay que salvarla! –repetían una y otra vez.

Estando más cerca pude ver que eran jóvenes, sí, pero no niños. Probablemente tuvieran catorce o quince años pero con tan mala nutrición aparentaban menos.

– ¿Y quién es la Ramona? ¿Un familiar tuyo?

– No, es una vaca de la comunidad, está atrapada en el fango y puede morir. Ayúdenos.

– ¿Y dónde está?

– Está arriba, en la laguna Yanacocha.

– ¡¿En la laguna Yanacocha?! ¡Estás demente! Eso esta muy lejos.

– No señor, no es muy lejos. Tiene que ayudarnos.

– Sí está lejos para mí, me aparta de mi camino –respondí, una cosa era dar una ayudita y otra desviarnos de nuestra misión.

– Por favor ayúdenos, si lo hacen les regalaremos leche –ofreció en un vano intento de que cambiásemos de opinión, que no pensaba hacerlo.

Toribio se acercó a mi lado y en voz baja me dijo:

– Mi teniente, ¡nos ofrecen leche! imagínese lo que sería beber después de tanto tiempo un poco de leche: tibia, fresquita, con su nata –alucinaba Toribio mientras se le hacía agua la boca-. La laguna Yanacocha no está muy lejos y a lo sumo nos retrasará un par de horas en nuestra llegada al pueblo. Usted dijo que no había prisa.

– ¿Cómo que tanto tiempo sin tomar leche? ¿Acaso hace unas horas no acaban de desayunar?

– Mi teniente, nos dan leche de soja, eso no es leche de verdad –replicaba Toribio.

– Entiende que no estamos para salvar vacas, nuestra misión es otra.

– Pero mi teniente, ¿acaso no está dentro de nuestra misión prestar ayuda al pobre, al débil y al desvalido?

– No, Toribio. Esa puede ser la misión de Robin Hood o la de Batman, pero no la nuestra, y te faltó añadir a los niñitos huérfanos.

– Por favor, ayúdenos a salvar a la Ramona. No sea malo, buaaaaa –reclamaba el pastor ajeno a la discusión sobre el alcan-

ce real de nuestra misión.

Y así, entre ante tanta insistencia del par de pastores que pedían auxilio para su vaca y Toribio que quería probar leche de verdad aunque sea por última vez antes de morir, tomé una decisión bajo mi responsabilidad: iríamos a rescatar a la vaca Ramona.

La laguna de Yanacocha estaba sólo a media hora de camino remontando unos cerros entre los cuales caía un pequeño arroyo que nacía en la laguna misma. Esta laguna, como casi todas de los andes tenían un origen glaciario y su fría agua se alimentaba de las lluvias, nieves o granizo que pudiera caer en las partes más altas de la cordillera. Como ya tenía algo de tiempo en la zona podía entender el significado de sus nombres, así Yana significaba negra y Cocha, laguna, por tanto su nombre en realidad era "Laguna Negra". Cosa curiosa era que en los años que trabajé en la sierra conocí no menos de cinco "Yanacochas" porque en general estas eran oscuras debido a que reflejaban un cielo que en aquella elevada altitud era más azul que celeste.

Cuando llegamos pude darme cuenta de lo sucedido: era una zona alta de pastos y alrededor de la laguna había un grupo importante de vacas de propiedad de un pueblo cercano, pastando en las inmediaciones había aproximadamente unas treinta o cuarenta. La laguna estaba a mitad de su capacidad, existía en su extremo un dique que represaba agua para abastecer a la ciudad, pero como estaba en mal estado se tuvo que drenar el espejo de agua para los trabajos de mantenimiento y con ello reducía el nivel del agua, dejando a la vista un amplio terreno de su fondo, conformado de una capa de sedimentos y fango. La vaca Ramona se había adentrado en ese terreno y había quedado atrapada con sus patas hundidas en el barro.

Mientras contemplábamos la escena y pensábamos en la mejor manera de sacarla de su precaria situación, escuché una voz que me decía:

—Lo primero que tenemos que hacer es enviar a un soldado para que ate la cuerda a los cuernos de la vaca —dijo el pastor que ya había asumido el papel de director técnico del rescate.

—¿Cómo que enviar a un soldado para amarrar a tu vaca?! ¡Anda y tú mismo la atas y ojalá te cornee el trasero para que te sigan viniendo ideas frescas!

Y así el pastor se acercó a la vaca, que de lo asustada que esta-

ba movía su cabeza con desesperación a todos lados, y con ella sus afilados cuernos. El pastor hizo un lazo corredizo y al tercer o cuarto intento logró enganchar ambos cuernos, con lo que ahora ya teníamos una sujeción firme. Lo primero que intentamos fue jalarla directamente hacia terreno seco por la parte más corta, pero por la posición de la vaca poco nos faltó para que le partiésemos el cuello. Cambiamos de táctica y observamos que sería mejor tirar lateralmente para tratar que se recostara sobre un lado y que las patas se desatasquen. La solución dio sus frutos mejor de lo esperado, porque al ladearse el peso se distribuía y ya no se hundía en el fango, al comienzo el animal estaba nervioso y se retorció, pero cuando vio que era arrastrada lejos de la trampa se dejó llevar. Aunque es necesario reconocer que esto a costa de gran esfuerzo de todos causado por el peso y la fricción, el que menos tenía la cara roja y las manos ardiendo de sujetar y tirar la áspera cuerda de cáñamo.

Estábamos progresando adecuadamente y en ello llegó un grupo de gente con prisa, según decían eran del pueblo del que pertenecían las vacas y también venían a rescatarla al mando de su alcalde que dijo llamarse Javier Otiniano; como nosotros ya teníamos el trabajo bastante avanzado su gente se acopló a la tropa ayudando en tirar de la cuerda.

Luego de un último esfuerzo llevamos al animal a un terreno que parecía ser lo bastante firme y al soltar la cuerda y sentirse aliviado el animal se incorporó sobre sus cuatro patas, tan tranquila ella como si no hubiese pasado nada. La alegría corrió entre nosotros, los pastores y los pobladores que aplaudían del logro, le habíamos salvado la vida al pobre animal, y lo mejor de todo: estaba satisfecho, habíamos hecho el bien sin mirar a quién, como mandaban los evangelios, sí señor.

–Gracias señor –decía Javier Otiniano.

–No tienen de qué agradecer –respondí.

–¿Y cuándo nos dará la leche prometida? –preguntó entusiasta Toribio que ya quería cobrar su recompensa.

–¿Leche? ¿De qué leche habla?

–De la leche que nos prometieron sus pastores.

Javier Otiniano hizo llamar a los pastores y les estuvo hablando algo en quechua que no entendí, pero por el tono de conversación y la cara de asustados de los pastores se deducía de una reprimenda por algo que habían hecho. Finalmente los

La Fiesta del Pueblo

despachó y se dirigió a nosotros.

—Disculpen este incidente, pero lo que les ofrecieron los pastores no es posible, aquí no hay vacas lecheras, todas las vacas que han tenido becerros están en un corral cerca del pueblo y lejos de aquí, por tanto no podemos entregar lo ofrecido.

—No se preocupe, nosotros lo hicimos por ayudar y eso es suficiente, además el hecho que la vaca esté sana y salva ya es bastante recompensa... ¿Verdad Toribio?

—Sí, mi teniente —respondía Toribio con la cara de consternación de quien se le había ido de entre las manos algo que deseaba mucho.

—Muy bien señores. ¡Toribio! Que se equipe la patrulla que continuamos.

—Esperen, esperen, los acompañaré hasta la carretera. Allá abajo vive un compadre mío y tiene una vaca que es lechera, quizás nos pueda dar algo —insistió Javier Otiniano, quien al parecer había asumido como suya la deuda contraída por los pastores.

—No, no señor. Olvide lo de la leche. Ya le dije que no importa, nosotros tenemos todavía mucho que caminar y usted seguro tiene cosas que hacer, así que allí lo dejamos. No queremos molestarlo más.

—Pero si no es molestia, además yo tengo que bajar de todos modos adelantándome a los pastores que luego me alcanzarán con la Ramona.

—¿Los pastores bajarán con la Ramona? —inquirió Toribio intrigado

—Sí, necesitamos llegar al pueblo antes de las dos.

—¿Y para qué quiere llegar al pueblo antes de las dos?

—Es que a esa hora cierran el matadero.

—¿Cierran qué?

—El matadero, señor. Llevamos a la Ramona al matadero municipal.

—¡¿Cómo que al matadero?! ¡O sea que nos has hecho venir a salvar a tu vaca para que luego la lleves al matadero!

—Sí, señor. Ya le dijimos que estamos muy, pero muy agradecidos.

—¿Y por qué no sacrificaste a la vaca allí mismo y nos ahorrábamos tanto lío? —pregunté enfadado porque sospechaba que me estaban tomando el pelo.

La Guerra de los Tenientes

—Porque si hacemos eso nos pagarán mucho menos por su carne, la carne del matadero municipal está certificada. Además que tendríamos que cargar la carne hasta el pueblo —explicó dando lógica a su comportamiento. Pero como yo mismo pensé eso de hacer el bien sin mirar a quién, no me quedaba otra que quedarme callado.

La columna partió sin perder más tiempo, acompañados de Otiniano que nos iba contando historias de su pueblo mientras avanzábamos. Si la subida no fue difícil, la bajada fue muy fácil y pronto llegamos a la carretera, en la cual estuvimos casi media hora hasta llegar a un pequeño caserío al que Otiniano señaló como el lugar en el que vivía su compadre y, a pesar que le dijimos que no nos debía nada, insistió en presentarnos al compadre porque según él las deudas son sagradas.

Para suerte nuestra el compadre se encontraba cerca y salió pronto a recibirnos saludando con efusión a todos. De su apariencia llamaba la atención la sudorosa camiseta blanca llena de agujeros, su sombrero de paja viejo y raído y su prominente barriga.

Otiniano le explicó al compadre que le interesaba que nos diera un poco de leche, que no se preocupara porque él se comprometía devolvérsela. El compadre no puso ningún reparo, la palabra de su compadre valía su peso en oro, así que accedió gustoso a colaborar.

—¿Y cuánta leche quisieran? —nos preguntó, pero nosotros no sabíamos que responder... ¿Cuánto podría dar una vaca?

—¿Un par de vasos para cada uno de nosotros estaría bien? —sugirió tímidamente Toribio.

—¿Un par de vasos? ¡¿Sólo un par de vasos?! ¡Que sean tres para cada uno! —añadió con entusiasmo el compadre mientras todos nos felicitábamos por su desprendimiento.

—Acompañenme y les daré su leche —y salió hacia la carretera seguido por todos nosotros. Cosa extraña porque creía que el establo estaría cerca de su casa, pero en vez de ello caminó hasta un recodo del camino y luego entró en una casa con el portón abierto. Cuando estuvimos dentro vimos que era en realidad una pequeña tienda de pueblo, donde había de todo un poco, con los productos colocados en improvisadas estanterías de madera y grandes sacos apoyados en el suelo, además de un gato indiferente que serviría para espantar ratones.

La Fiesta del Pueblo

–Hola Juan –dijo el compadre al que se suponía era el tendero.

–Hola, buenos días.

–¿Tienes leche? –preguntó, lo cual ya me extrañó porque según tenía entendido por lo dicho por el compadre nos iban a dar leche fresca de una de sus vacas.

–Por supuesto. ¿Cuánto quieres?

–Pues dame unos cuatro kilos –dijo mientras sacaba del bolsillo de su pantalón unos billetes arrugados.

–¡Un momento! ¿Qué es esto? –interrumpí la transacción, ¿desde cuándo la leche se compra por kilos?

Se hizo un silencio en la tienda, el tendero me miraba con extrañeza y el otro compadre permanecía con los billetes en la mano, mirando a su otro compadre como pidiendo explicaciones.

–¿Y cómo la quiere comprar?

–Yo no la quiero comprar, ni quiero que compren nada. Se suponía que el compadre nos invitaría leche fresca de su vaca. Y a tu pregunta: la leche se compra por litros, como se hace desde que el mundo es mundo, como Dios manda.

–¡Haberlo dicho Jefe! –dijo con su permanente sonrisa el compadre del compadre que continuaba con sus billetes arrugados en las manos-. Pero no es posible, mis vacas dan leche sólo para sus becerros y no me tomo la molestia de ordeñarlas... ¡Mucho trabajo! Es mejor venir a la tienda y comprar la leche que está baratísima –explicaba, pero yo no comprendía cómo la leche de la tienda estaría más barata que la que él pudiera ordeñar gratuitamente de su vaca.

–Sí, señor –añadía el tendero-. Además es de buena calidad, compruébelo usted mismo. Verá que no miento.

Y de un solo movimiento puso sobre el mostrador de madera una gran bolsa de papel grueso de unos veinticinco kilos abierta por un extremo, en el que se podía ver leche en polvo, y en la parte de media de la bolsa una gruesa inscripción: “Donación de la Comunidad Económica Europea” y más abajo “Prohibida su venta”.

–¿Estás vendiendo donaciones que se suponen son para la gente necesitada? –pregunté. Pero ambos se quedaron mirándose en silencio, como tratando de comprender la parte que no era correcta.

La Guerra de los Tenientes

— Además no se puede vender... ¿Qué dice aquí? —les pregunté señalando la inscripción de la bolsa.

Tendero y compadres se acercaron y leían las inscripciones que señalaba como si las hubieran visto por primera vez en su vida, moviendo los labios como cuando los niños aprenden a leer. Cuando terminaron de hacerlo se quedaron mirando la bolsa para luego el tendero preguntarme: ¿Y cuál es el problema?

— ¡¿Cómo que cuál es el problema?! ¿No te das cuenta que está prohibido?

— ¿Prohibido? No, ya no es prohibido, a mi me la vendieron unos señores que vinieron en un camión. Además es legal porque la pagué al contado. Eso sí, a un precio que era imposible resistirse —dijo señalando las demás bolsas de papel y tela que tenía amontonados en el piso de su tienda.

Y así poco a poco pude distinguir que toda su tienda estaba surtida de leche, trigo, azúcar, aceite y demás productos cuyo origen eran las donaciones que llegaban del extranjero y que alguien se las vendía. Pero el problema en realidad era que esas donaciones, enviadas seguramente con las mejores intenciones, hacían en la zona más daño que bien, tirando por los suelos los precios de los productos del campo y haciendo que sea mucho más rentable para cualquiera ir a pedir la ración que le correspondía que les regalen que trabajar; de esta manera los pobres se hacían más pobres perdiendo sus medios de subsistencia. Sin contar con la cadena de corruptelas que habría entre funcionarios del gobierno e intermediarios. La práctica habitual, continua y repetitiva de ello hacía que el tendero y el compadre no sean capaces de ver lo ilegal del asunto.

Aún así, ya antes yo había observado con extrañeza en un pueblo que luego de recibir estos alimentos donados, que algunas personas en vez de utilizarlos para su consumo y el de sus hijos lo empleaban para alimentar a sus animales como gallinas y cerdos. Una día le pregunté a un poblador porqué hacía eso, ya que a todas luces sus desnutridos hijos lo necesitaban más que su cerdo, y me respondió que lo hacía porque los alimentos estaban contaminados. ¿Contaminados? —pregunté.

— Sí, los países adelantados sólo nos envían comida malograda. Estos alimentos son los que están contaminados con la radiactividad de Chernobyl, por eso nos lo regalan.

La Fiesta del Pueblo

- ¿Chernobyl? ¿Quién te dijo eso?
- Nadie, pero todo el mundo sabe que es cierto.
- ¿Cómo que todo el mundo lo sabe? Alguien debió decirlo.
- No lo sé. Pero de que están contaminados sí estoy seguro.

Lo anterior sacaba a luz algo que también ayudaría a entender a los problemas e idiosincrasia de los pobladores de la zona, y así de medio país: la ignorancia y la falta de educación los hacía fértil caldo de cultivo para las más disparatadas historias que alguna vez escuchara. No era extraño encontrar a padres de familia que no vacunaban a sus hijos en la creencia que las medicinas estaban malogradas o porque los países “ricos” los enviaban para esterilizarlos y que no tuvieran más hijos. Muchas veces los días de vacunación se convertían en verdaderas redadas policiales en búsqueda de padres que deberían llevar a sus hijos. Hasta yo mismo tuve una vez que pedirle a un enfermero que me aplicara la vacuna que estuviera colocando a los niños para convencer a los padres de que no eran dañinas.

Llegamos al pueblo de Pariavilca poco después de la una de la tarde, entramos por el acceso que daba a la carretera y que nos conducía directamente a la única plaza con que contaba. De acuerdo a lo coordinado, nos dirigimos al local municipal donde ya nos esperaba el alcalde, quien había tomado las previsiones del caso para hacer nuestra estadía llevadera. Nos dijo que nos hospedaríamos en el edificio anexo al colegio, en lo que se suponían talleres para clases de carpintería, pero que aún no estaban en uso debido a la falta de presupuesto del Ministerio de Educación. Lo mejor de todo es que era un edificio de material noble en el cual podíamos permanecer sin la incomodidad de la lluvia o viento que por las tardes muchas veces se desataba en aquella época del año. Nos presentó a un señor que era el encargado del colegio y que hacía las funciones de portero, limpieza, vigilante y muchacho de los recados, al cual seguimos para llegar a nuestro hospedaje temporal.

El colegio estaba en la parte alta del pueblo y tenía un cerco perimetral color verde claro, y en la parte central un grupo de aulas organizadas en forma de U y que daban la forma a otro patio interior, que se suponía era el principal. Nosotros estaríamos en unas aulas un poco más cerca del portón de servicio lateral. En nuestro camino al colegio pasamos por la posta médica del pueblo, dependiente del Ministerio de Salud, en cuya

puerta se encontraba el único sanitario que atendía, de apellido Vélez. Yo conocía a Vélez de antes ya que por este pueblo pasé muchas veces en mis salidas de patrulla hacia las bases del norte.

Llegando organizamos el local, Toribio se encargó de establecer dos puestos de vigilancia: un centinela en el portón y otro en la parte de atrás del colegio que daba a un descampado deshabitado. Por la noche se tendrían tres puestos. Instalamos nuestra estación de radio con frecuencias FM para enlazar con la estación de radio del batallón. Para cocinar el encargado nos prestaría una pequeña cocinilla de keroseno que él mismo utilizaba para preparar sus alimentos.

Estábamos esa misma tarde en las actividades administrativas preparando lo que se suponían unos días de descanso, con breves intervalos de guardia en las calles del pueblo, cuando el centinela de la puerta del colegio ingresa y me dice:

— Mi teniente, tiene visita.

— ¿Visita? ¿Será el alcalde que quiere coordinar las actividades del día? Dile que pase.

Pero quienes entraron no eran el alcalde y su comitiva sino dos mujeres jóvenes acompañadas por un hombre.

— Buenos días, ¿en qué los puedo ayudar?

— Buenos días, mire, nosotros somos maestros de educación primaria del colegio y veníamos a pedirle un poco de ayuda.

— ¿Y en qué los podemos ayudar?

— Mire, como pasado mañana es el día de la patria vamos a hacer unas actividades donde los niños canten, reciten poesías y realicen bailes típicos. Para ello necesitábamos acondicionar el patio con las sillas y montar un estrado.

— En ese caso no hay problema, designaré a tres soldados que los ayuden aprovechando que ya estamos el colegio.

— Gracias, y nos faltaría el decorado.

— Bueno, supongo que harán lo habitual en estos casos: cintas rojiblancas, banderitas y otros.

— Pues allí está el pequeño problema ya que no disponemos de fondos para comprarlos.

— Pues a mal árbol se arriman, tampoco tenemos dinero. Pero lo de la ayuda para acondicionar el patio sigue en pie.

— Estaremos agradecidos -dijeron despidiéndose. Una vez que se fueron llamé a Toribio y le pregunté:

La Fiesta del Pueblo

—¿Te acuerdas de Vélez, el sanitario del pueblo?

—Sí, ese tipo flaco con camisa blanca que siempre está en la puerta de la posta médica.

—Exacto, acompáñame.

Recorrimos las calles de tierra que nos separaban de la posta, pero antes que hubiésemos avanzado mucho se nos acercó una señora reprendiendo a quien parecía ser su joven hija y arrastrándola de la manga de la camisa.

—¡Ahora vas a ver! -le amenazaba.

—Señor, señor -decía dirigiéndose a mí-. ¡No es posible que esta muchacha sea tan irresponsable!

La verdad es que ya me estaba fastidiando que los pobladores me vengán con cada problema, como si yo fuera quien tuviera que solucionar sus asuntos personales. Para no ser descortés me limité a prestar oído en silencio a lo que decía la señora.

—¡Esta muchacha no tiene arreglo! -insistía, mientras que yo trataba de adivinar el asunto.

—¡Pero mamá, ya soy mayor! -reclamaba la chica.

—¡No eres mayor! ¡Sólo tienes dieciséis años!

—¡Fíjese! ¡¿Usted cree que con dieciséis años puede estar con un novio?! -me preguntaba, pero aún no veía la causa de la discusión.

—¿Te vas a casar? -le pregunté a la chica.

—¡No! ¡Cómo me voy a casar!

—¿No pensarás vivir en pecado?

—¡Por supuesto que no! ¡Si recién estamos de novios una semana!

—Entonces... ¿Acaso tiene esto algo de malo? -pregunté a la mamá.

—¡¿Cómo no va a tener de malo?! ¡Y si sale embarazada! ¡Tiene sólo dieciséis años y qué nos haríamos! -esto ya se estaba saliendo de madre, pensé, pero antes de decir nada se me adelantó la hija.

—No mamá, no puedo salir embarazada. Recuerda que el Carlos es hermano -aquí el dialogo se hacía más confuso con los lazos familiares, así que traté de averiguar algo más sobre estos pervertidos capaces de cometer incesto.

—¿El hermano de quién? ¿Tuyo?

—¡Hermano! ¡Hermano!

—Hermano de la iglesia -señaló la mamá. A los miembros de

La Guerra de los Tenientes

las iglesias evangelistas que comenzaron a crecer como setas en la sierra les decían los “Hermanos”, en razón a que entre ellos se daban el trato de “Hermano”.

—¿Y? -insistí.

—¿Cómo voy a salir embarazada si mi novio es hermano? -replicaba la hija.

—No entiendo nada. Mejor aclarámonos -dije-. Tú dices que no puedes salir embarazada porque tu novio es hermano... ¿Es cierto?

—Sí, no va a tocarme.

—¿Cómo que no puede tocarte? Entonces... ¿tu novio es hermano o maricón?

—¡Eso, eso! -decía la mamá como diciendo que yo había dado en el clavo, reanudándose la discusión con la hija que seguía con la cantaleta de lo del “Hermano”.

Aproveché la oportunidad de que madre e hija estaban concentradas en su discusión acerca del celibato del tal Carlos y me escabullí de su conflicto, continuando por la calle que daba a la posta médica del pueblo y, como era de esperar, allí estaba el buen Vélez con su camisa blanca, apoyado en el marco de la puerta de entrada.

—Hola Vélez, venimos a visitarte.

—¿A mí? ¿Acaso se siente mal?

—No, sólo queríamos hacerte unas preguntas. Ustedes reciben periódicamente material para las campañas de salud del Ministerio, ¿verdad?

—Sí constantemente: tuberculosis, paludismo, diarrea infantil, etc. de todo un poco.

—¿Y esos programas para paternidad responsable y educación sexual?

—Eso es lo que más me sobra, nadie lo lee y ni quieren saber de métodos anticonceptivos.

—¿Y eso?

—Pues que las gentes de estos lugares son así. Los maridos no quieren que sus mujeres tomen nada de eso porque asumen que si lo hacen tendrán carta libre para ponerles cuernos. No hay mejor manera de asegurarse que no te engañen que manteniendo embarazada a tu mujer permanentemente.

—Pero eso serían muchos hijos, ¿no?

—Sí, pero ya ve. Prefieren llenarse de hijos que no pueden

La Fiesta del Pueblo

mantener a soportar la sospecha de que puede estar engañados. La ignorancia es rey por estas tierras -dijo el sanitario levantando los hombros.

– Bueno, eso con las mujeres y para los hombres... ¿Tienes algo?

– Lo único que existe son los preservativos, se me están ma-logrando porque tampoco nadie los quiere.

– ¿El tema de los cuernos nuevamente?

– No precisamente, pero sí ignorancia. Pretextos muchos: que no es igual, que les aprieta mucho, que no saben usarlo, etc. Imagínese que algunos no lo usan porque les da vergüenza venir a pedirlos, ya han habido casos que querían lavarlos para usarlos varias veces. Amén del tipo que se quejó que le causaba escozor e inflamación.

– Debería ser alguna alergia al látex, supongo.

– No, se lo había puesto por la mañana y pensaba que tenía que usarlo permanentemente, como ropa interior. No vea el lío en que se metía cada vez que le venían ganas de mear.

– En otras palabras tienes un stock disponible.

– Sí, en las cajas de allá atrás -dijo, señalando la otra habitación.

– ¿Me podrás regalar algunos?

– Claro, tome este paquete de tres.

– No, no. Necesitaría un poco más y me gustaría seleccionarlos. Soy una persona exigente.

– Pues pase y coja los que desee.

Toribio y yo pasamos al ambiente posterior de la posta médica y comenzamos a seleccionar los preservativos y a los minutos ya teníamos un buen lote.

– Vélez, nos llevamos estos. Te estamos agradecidos.

– No tiene porqué. ¡Y no se olvide que son de usar y tirar, nada de lavarlos!

A los quince minutos ya estábamos nuevamente en el colegio y convoqué a los tres hombres comisionados para el arreglo del local:

– Señores, en vista que pasado mañana es el día de la patria debemos dejar el local digno a las actividades programadas. Así que cada uno coja veinte de estos señalando la caja y se ponga a inflarlos a modo de globos para colocarlos en las paredes y pórticos alrededor del patio del colegio, siempre intercalando

La Guerra de los Tenientes

aquellos de colores, uno blanco con otro rojo. ¡Ya están tardando!

—Pero mi teniente son condones -reclamaba uno que no le entusiasmaba la idea.

—Son igual que los globos y no tienes motivos para quejarte porque no vienen rellenos. ¡Así que a empezar, que se me está agriando el alma!

Pues mi idea resultó mejor que lo previsto porque se inflaban más que los globos y con formas no convencionales, además de ser mucho más resistentes; a las pocas horas ya teníamos el arreglo del local bastante avanzado, porque las profesoras se sumaron al grupo de sopladores, y hasta comencé a sospechar que tenían mucho más experiencia de lo que parecían. Poco a poco el estrado se fue levantando dando un aspecto bastante profesional, bastó un poco de pintura y quedaron como nuevos, mientras que a un lado los niños ensayaban una y otra vez “banderita, banderita...”

Las puertas del colegio estaban abiertas y constantemente entraban y salían niños; en el momento menos pensado, ya avanzada la tarde, algo o alguien entró como una tromba oscura gesticulando en el patio. Me quedé observando y en realidad era una monja de hábito marrón oscuro que levantaba los brazos y hacía muecas con unos ojos tan abiertos que casi se saltaban de sus órbitas, mientras giraba sobre sí misma mirando las paredes del patio. ¡Mierda! ¡Está poseída! —pensé—, esto del demonio no eran cuentos y yo tan idiota sin mi catecismo a mano.

—¡Quién ha hecho esto! ¡Quién ha hecho esto!!! —gritaba la poseída.

Profesores, soldados y niños la mirábamos en silencio esperando que se calme o por lo menos se descuidara para clavarle una estaca de madera en el corazón, pero antes que pudiera darnos la oportunidad distinguió a las profesoras que estaban cortando escarapelitas de papel y se les acercó furiosa extendiendo el dedo acusador.

—¡Ustedes son responsables! ¡Ustedes son responsables de esta aberración! —decía la pobre echando espumarajos por la boca.

Los profesores estaban enmudecidos y no sabían que contestarles, jamás habían visto a alguien tan desquiciado. Hasta que una profesora por fin se armó de valor y le dijo:

La Fiesta del Pueblo

- Cálmesese hermana. ¿Qué es lo que le pasa?
- ¡¿Qué me pasa?! ¡Cómo pueden ser tan hipócritas! ¡Qué es esto! –y dale con lo mismo.
- Pero... ¿Qué es lo que le molesta hermana? –preguntaba la otra profesora que seguía sin entender el revuelo.
- ¡Esto, esto y esto! –decía señalando todo el patio.
- Estamos preparando el colegio para que los niñitos actúen en el día de la patria –explicó la profesora.
- ¡Eso ya lo sé! ¡No me tomen por tonta! –replicaba furiosa- El problema es eso de la pared.
- Las guirnaldas son de color de la bandera; usted sabe, son apropiadas para la fiesta de la patria –contestaba la profesora.
- ¡Eso no! –dijo la monja que de un salto arrancó uno de los globos que colgaba de la pared – ¡Esto es el problema! –exclamó mostrando el descomunal preservativo de forma sugestiva usado como globo rojo, el color de la sangre derramada por nuestros héroes, y lanzándolo al suelo como quien se deshace de lava ardiente.
- Como esta no era mi guerra yo permanecí recostado en una de las columnas comiendo una manzana mientras atendía al espectáculo, tenía pinta que habría un interesante final y la curiosidad me carcomía por dentro.
- Pero los globitos alegran el local, a los niños les encanta siempre... –dijo el profesor.
- ¡No son globos! ¡Son el pecado mismo contra la vida misma!
- Pero el teniente jefe de la patrulla nos los regaló como globos –dijo el muy idiota del profesor, metiéndome gratuitamente en su lío.
- ¡Ahora entiendo! ¡Todo está claro! –dijo la monja, dirigiéndose hacia mí con el dichoso dedito acusador- ¡Oiga oficial! ¡Dónde está su “incultura”! ¡Quién se ha creído usted para corromper a los demás! –al parecer la cultura tampoco era su fuerte.
- Mire hermana, madre, sor o como se llame –no conozco bien esto de los rangos o jerarquías eclesiásticas-, en principio no hemos tenido el gusto de que nos presentasen; además hasta donde yo sé nada de lo que se está usando es ilegal y yo sigo sin ver el problema para tanto alboroto.
- ¡Pues ya debería saber que todos los métodos anticonceptivos son proporcionados por el demonio, el único método

aprobado por la iglesia es el natural y si no está de acuerdo para ello está el celibato, las personas deben ser santas hasta el matrimonio!

—Mire hermana, creo que se le está yendo la azotea un poco. Que esté yo o no de acuerdo con los métodos anticonceptivos es algo que a usted no le debería importar, ni tengo porqué decírselo. Pero aún así... ¿Qué tienen que ver los globos con su cháchara?

—Porque usted no es más que un inconsciente que no es capaz de ver el daño que hace, usted está poniendo al alcance de los demás estos instrumentos de corrupción del espíritu. ¡Peor aún, mostrándolos a vista y paciencia de los demás! -reclamaba la monja- ¡Ya le dije, sólo métodos naturales!

—Señora, usted me está haciendo perder la paciencia y esto me está pasando por querer ayudar a los demás. Esos globos ya están allí y si no le gusta pues venga y revíentelos usted misma uno a uno, de preferencia a mordiscos que los blancos son de sabor a plátano y los rojos a fresitas en primavera, eso decían las cajas.

Visto el cariz que estaban tomando las cosas por los dichosos globos, una de las profesoras trató de calmar los ánimos dando una explicación coherente que pudiera tranquilizar a la religiosa.

—Hermana, mire, para nosotros esta ceremonia es muy importante, a los niños les encantan este tipo de actividades y existe otro motivo por el cual queremos que salga lo mejor posible: vendrá un grupo de señoras que hacen colectas y actividades para conseguir fondos y poder dar libros a los niños de la escuela cuyos padres no pueden comprarlos.

—¡Pues me parece muy mal! -contestó la novicia rebelde ante todo el auditorio de niños que se iban acercando a ver el motivo de tanta discusión de adultos- ¡Esa gente no quiere hacer el bien a los demás, sólo quiere figurar y ésa será su recompensa porque no sienten cariño por nadie y menos se preocupan por los niños, son sólo egoístas!

Lo anterior terminó de colmarme, de todas las tonterías que escuchaba esta última rezumía mala leche por los poros, así que le dije directamente:

—Sor, ¿le suena esto?: “Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello

una piedra de molino". Pues parece que no le suena, es Mateo dieciocho seis. Me da la impresión que usted no es muy dada a conocer sus propios manuales. Le agradeceré que se retire inmediatamente del colegio y deje en paz a los maestros que ya bastante trabajo tienen.

Si las miradas pudieran matar yo ya estaría pulverizado por la monja, afortunadamente no era posible, como tampoco era posible darle el jalón de orejas que se merecía. La monja se dio vuelta y se dirigió furiosa hacia la salida, no sin antes murmurar en voz alta como para asegurarse que la oyéramos: "Esto no se quedará así".

—¡Adiós hermana y tenga cuidado al cruzar la calle! ¡No se olvide de estas sabias palabras: siempre es mejor dar que recibir! ¡Mejor dar que recibir! —le dije en voz alta para que no se le olvide en mucho tiempo.

—¡Caray mi teniente! —exclamó asombrado Toribio—, usted sí que sabe de las sagradas escrituras. Eso de que es mejor dar que recibir... ¡Qué profundo! ¡Cuanta verdad! ¿Son las palabras de nuestro señor Jesucristo?

—¡¿De Cristo?! No exactamente, para serte sincero se lo escuché a un señor que le decían "Mano de Piedra" Durán.

Dando el incidente por terminado llamé a Toribio para dar las disposiciones de la comida de la tarde y el servicio de noche. Mi intención era organizar grupos de seis o siete que patrullaran el pueblo durante la noche para evitar sorpresas. Para ello era recomendable que los turnos de ronda durmieran por la tarde para estar descansados por la noche, cosa que a la tropa le pareció una excelente idea. Esto de recibir una orden terminante de irse a dormir temprano no se escuchaba todos los días.

Estábamos con la organización de los turnos nocturnos cuando al poco escuchamos el ruido de un motor y el de un frenazo en la puerta del colegio. Extrañado Toribio sacó la cabeza por la ventana y me dijo:

—Mi teniente, creo que vienen a hablar con usted.

A todas luces venían a visitarme, pues era una camioneta Land Rover blanca 4x4 nuevecita que hubiera sido la envidia del mismísimo Jesucristo, que sólo consiguió burro. De ella bajó otra monja, esta vez vestida toda de blanco que tenía cara de querer cantarme las cuarenta y que era mucho mayor en edad que la otra.

La Guerra de los Tenientes

–Toribio... ¡Con la iglesia hemos topado! -le dije susurrando.

–¿Usted es el oficial jefe de la patrulla? -me preguntó cuando entró la nueva monja tratando de ser amable y con un acento marcadamente extranjero.

–Sí señora, ¿en qué la puedo ayudar?

–Me he enterado que usted está avalando una mounstroci-
dad sin nombre.

–La verdad es que no sé de lo que me está hablando herma-
na.

–Sí que lo sabe, no se haga el tonto, y no estoy dispuesta a
que se consume una herejía. No en este colegio -amenazó.

–Pues creo que lo tiene mal hermana, éste es un colegio pú-
blico y usted no está en condiciones de disponer lo que se hace
o no en él. Si no está de acuerdo puede decirlo el domingo en el
púlpito, pero quien decide lo que se hace en el colegio en última
instancia serán los maestros.

–Parece que no me entiende, la diócesis me ha encargado
desde el año pasado esta zona, y creo que tengo derecho a in-
tervenir porque en estos últimos meses hemos hecho mucho por
los pobres de esta zona, mucho más que los mismos peruanos.

Solo me faltaba esto, que alguien recién venido de no se sabe
dónde, venga a darme lecciones sobre cómo ayudar a los de-
más, mientras que en el día a día la tropa arriesgaba su vida
para que esta señora no viviera en el paraíso maoísta y pudiera
regalar sus limosnas con tranquilidad. Para ser sincero su res-
puesta me jodió mucho y no me puede contener:

–Escúcheme bien madre superiora, lo del colegio es asunto
cerrado, ya le dije que es un colegio público y no es propiedad
particular de nadie y mucho menos de usted o la iglesia, por
tanto me siento con derecho de decir que un pedacito de él tam-
bién me pertenece. Y respecto a lo de sus santas ayudas voy a
ser muy claro, me da risa lo que pudo haber hecho estos meses
porque extranjeros como usted -esto último lo enfaticé señalán-
dole la nariz- fueron los que trajeron toneladas de odio a estas
tierras durante siglos, como si el odio que nosotros ya llevamos
dentro no nos fuese suficiente, y ahora viene con que le agradezcamos por regalarnos unas migajas de amor, que por lo que
a mí respecta se los puede guardar en el lugar que mejor le que-
pa. Y aún no he terminado, porque el discurso que ya veo que
piensa darme sobre los métodos anticonceptivos ya me lo co-

La Fiesta del Pueblo

nozco: que los pobres sean santos, no importa que tengan hijos que no son capaces de mantener, se hundan cada vez más en la miseria y estén rejodidos hasta los huesos, lo importante es que sean santos.

Mi respuesta enfureció aún más a Sor Jodienda que nos lanzó una mirada de fuego, se dio media vuelta y luego de tres pasos en dirección a la salida se volvió y alzando el brazo sentenció:

— ¡Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios!

Toribio se quedó mirándola y sin apartarle la vista me dijo susurrando: Mi teniente, ¿qué es eso de lo del César?

— No estoy seguro Toribio, parece que habla en clave de misterio, pero creo que se refiere a las veintitrés puñaladas que le dieron al pobre emperador romano cuando lo mataron. Algo me dice que esta monja es subversiva.

— Sí, claro, ya decía que estamos plagados de curas comunistas. ¿No vio el domingo de Semana Santa ese cura vestido todito de rojo?

— Era el cardenal, Toribio. Ese no es rojo. Los conflictivos son estos que andan quemando libros y condones.

— Una última orden, Toribio.

— Diga, mi teniente.

— Coloca en la entrada del colegio una guirnalda de cabezas de ajo. No quiero más visitas indeseadas.

— Sí, mi teniente.

Al día siguiente en el pueblo ocurrió algo inesperado para nosotros, pero esta vez por lo bueno que nos correspondía: por la mañana el centinela me avisa que tenía visita, supuse que las “Hermanitas de la Caridad” ya no insistirían en el tema de los condones y que probablemente sería el alcalde u otro para seguir coordinado sobre las actividades del pueblo, pero al salir me encontré con Javier Otiniano, el mismo del episodio de la vaca, y dos ayudantes que llevaban entre ambos una olla grande, cubierta con unos paños, la cual cogían por las asas.

— Buenos días señor Teniente.

— Buenos días, ¿vienen a la fiesta del pueblo?

— No, no señor. Nosotros somos de otro pueblo y tenemos otro día para nuestra fiesta, el día de San Venancio, que es un santo de verdad milagroso y no como Santa Marta que sólo les trae desgracias a estos —dijo señalando al pueblo.

— Entonces... ¿Qué los trae por aquí?

La Guerra de los Tenientes

—Venimos por usted, para que vea que no somos malagradecidos por ayudarnos con la vaca le hemos traído un pequeño presente.

Yo sabía que no era correcto aceptar regalos de los pobladores, en principio porque nos limitábamos a hacer nuestro trabajo y además esto luego podría derivar en malas interpretaciones y se lo hice saber, aún cuando la curiosidad de lo que había en la olla me roía por dentro.

—No señor, no nos desprecie, por lo que más quiera. Mire que en verdad estamos agradecidos y le hemos traído algo pequeño —y diciendo esto retiró los paños dejando ver una tupida cubierta de ramilletes de albahaca y perejil.

—¿Vienes a regalarme perejil?

—No, no. El perejil es para que se mantenga fresca la carne —y diciendo esto levantó la cubierta mostrándonos unos buenos trozos de carne de res, yo calculé de siete a ocho kilos. Irresistible desde todo punto de vista.

—Mira Otiniano, ya te dije que no podemos aceptar regalos, pero tratándose de ti y de tu gente, a la que apreciamos mucho, haremos una excepción. Pero sólo por tratarse de ti. ¿Está claro? —decía mientras a Toribio se le salían los ojos y al centinela se le hacía agua la boca.

—Gracias señor, no sabe cuánto nos halaga usted.

Otiniano se despidió, no sin antes arrancarnos la promesa que visitaríamos su pueblo, lo cual se lo aseguramos. Como lo que nos había traído alteraba todos nuestros planes de rancho, que hasta ese momento era sopa de trigo, hice llamar a la tropa, la cual estuvo reunida antes de un minuto. La noticia de la carne fresca se había corrido a la velocidad de la luz, más aún cuando la poca fuente de proteínas eran machas secas que había que remojar toda la noche para poder tragarlas.

—Señores, una buena noticia. Por agradecimiento a nuestra desinteresada labor para rescatar a su vaca, la gente del pueblo nos ha enviado este obsequio de ocho kilos de carne. En vista de ello acepto sugerencias para su preparación.

—¿Qué tal si hacemos un lomito saltado? —preguntó tímidamente alguien.

—¡Lomito saltado! ¡Lomito saltado! ¡En qué cabeza se le puede ocurrir usar ocho kilos de carne para un lomito saltado!

—Entonces... ¡Una parrillada! —exclamó otro.

La Fiesta del Pueblo

—No, parrillada no. Olería mucho, eso atrae a moscas y curiosos, siendo estos últimos los más molestos.

—También podemos hacer una sopita con...

—¡Sopita! ¡Sopita! ¡Pero que vulgar eres hijo mío! ¡Sin aspiraciones nunca llegar a ser alguien en esta vida!

—Una pachamanca estaría bueno —sugirió Toribio.

—Muy bien Toribio, tú si que tienes futuro. ¡Haremos una pachamanca de las que harán historia! ¡Levantar la mano todos los que saben preparar una pachamanca! —ordené para seleccionar a los cocineros, pero todos se quedaron inmóviles, nadie dijo nada.

—¿Nadie sabe hacer una pachamanca? —pregunté nuevamente, pero la tropa se miraba entre sí y sólo habían movimientos de cabeza negativos.

—¿Cómo es posible que nadie sepa hacer una pachamanca si la mitad de ustedes son de la sierra? —pero sólo el silencio respondía. Cosa curiosa era ver que tradiciones arraigadas como esta se iban perdiendo poco a poco. Aún no conozco el motivo, pero supuse que sería un lento proceso de pérdida de identidad que a todos nos afectaba en mayor o menor medida.

—Por lo menos habrá alguien que haya comido una pachamanca ¿verdad? —esta vez dos manos se alzaron.

—Suficiente, no hay problema, yo les enseñaré la técnica —afortunadamente de niño había visto cómo preparaban una en casa de unos tíos y lo recordaba, no sería demasiado difícil.

—¡Toribio!, toma nota: necesitamos palas y picos, leña, mucha leña, mantas viejas, papas, zanahorias, habas, maíz tierno, sal... y piedras, mejor aún si son piedras redondas y planas de río.

Toribio recibía la orden y de inmediato comisionaba a la tropa para conseguir lo necesario, en parejas para facilitar la labor. No habían pasado cinco minutos y ya no quedaba nadie.

—¿Y cómo prepararemos la carne? —preguntó Toribio, tocando un punto crítico: una cosa era preparar las piedras y el entorno y otra la carne, y para ese asunto no me acordaba del truco. Necesitaríamos ayuda externa.

—Toribio, baja al pueblo y pregúntale a Vélez si conoce a alguien que nos pueda ayudar en ello —dije y Toribio bajó al pueblo raudo quedándome sólo en colegio con el operador de radio y el centinela.

Para sorpresa mía a los pocos minutos comenzó a regresar la

tropa con los requerimientos, los primeros en llegar fueron los que traían pico y palas, luego el grupo de cuatro que traían las piedras en varios viajes desde una pequeña quebrada de río. A los diez minutos aparecían los de la leña, un par traían leña seca ya cortada y atada, deduje que no la habían preparado ellos mismos pero tampoco pregunté de dónde la sacaron, ese era un buen método porque si alguien reclamara algo me permitía negar sin mentir. En menos de media hora ya teníamos casi todo, sobre todo verdura fresca que tenía toda la pinta de estar recién arrancada de algún huerto.

La primera tarea era cavar el hoyo que serviría de horno natural, dos soldados iniciaron el trabajo, necesitaríamos uno de un metro de diámetro por medio de profundidad, afortunadamente el entusiasmo provocado por la promesa de la carne fresca hacía que el trabajo progresara rápidamente. Ya lo teníamos casi listo, cuando por la puerta lateral apareció el cuidador del colegio quien se acercó al vernos trabajando con las herramientas.

—Señor, señor... ¿está usted haciendo un hoyo?

—Sí, claro. Ya lo ves.

—¿Y para qué cava un hoyo?

—Esteeee... es algo importante. Estamos cavando para... para... ¡para una letrina! -inventé porque sabía que lo de la pachamanca en el colegio no le iba a gustar nada.

—¿Pero en medio del jardín de juegos?

—¿Jardín de juegos? Bueno... sí, es necesario.

—Es que a mí no me parece una buena idea porque...

—¡¿Cómo que a ti no te parece?! ¿Tú eres ingeniero? ¿Sabes eso de los “vasos comunicantes”? ¿Eh? ¿Eh?

—No, pero...

—Nada de peros, ya verás que bien queda para el lunes. Y ahora vete y déjanos tranquilos que me pongo nervioso si me observan mucho cuando estoy trabajando. Andando, ahuecando el ala, adiós, chao chao -le dije con tal de deshacerme del tipo ese, ya luego vería cómo dejaría el jardín en condiciones. Por lo pronto estaba concentrado en nuestra particular lucha por sobrevivir.

Mientras el encargado salía por la puerta principal veo a Toribio que entraba acompañado de Vélez y un sujeto a quien no conocía, pero traían en sus manos ollas, cuchillos y otros implementos para cocina. No cabía duda, el buen Toribio había

La Fiesta del Pueblo

cumplido su misión.

– Mi teniente, le presento a Don Gregorio, tiene un pequeño restaurante junto a la carretera. Es primo de Vélez y él, a su vez, me lo presentó. Dice que nos ayudará a preparar la pachamanca y ha venido con todo lo necesario –dijo mientras nos mostraba las ollas con las cosas que según él serían necesarias.

– Muchas gracias Don Gregorio, pero sepa que no podemos pagarle por su trabajo y usted debe estar dejando de lado su restaurante, nosotros sólo queríamos que alguien nos dijera cómo se prepara.

– No es molestia, yo hice mi servicio militar allá en Puno, hace casi veinte años y me gusta recordar mi época de soldado, además no demoraré, esto quedará listo en media hora.

Mientras Don Gregorio troceaba la carne con un enorme cuchillo sobre una pequeña mesa, yo estaba con la tropa organizando la “olla de la tierra”. Colocamos unas cuantas piedras limpias en el fondo como una primera capa. Luego, calentamos las piedras en una fogata a alta temperatura durante por lo menos una hora, hasta que quedaban al rojo. Estábamos provistos de buena cantidad de madera para lograr mantener el fuego al máximo. Es común que algunas piedras revienten debido al calor, para evitarlo vertíamos sobre ellas constantemente agua con sal. Era muy importante la correcta elección de las piedras, las mejores eran de las orillas de los ríos, aquellas que son redondeadas y lisas, esas que han sobrevivido a los golpes del agua y de la vida.

Don Gregorio dijo que la carne ya estaba troceada y faltaba sólo sazónarla, para ello extrajo de una bolsa de plástico sal, pimienta, vinagre, y unos ramilletes secos de una planta cuyo extremo albergaba unas bolsitas de semillas negras. Me dijo que era achiote y era el ingrediente con el cual se hacen los colorantes naturales rojos para alimentos que vendían en los mercados. Revisando su bolsa, observó que le faltaba el aceite para el aderezo y tuvimos que enviar un mensajero para avisarle de ello a su esposa.

En tanto, el grupo de la pachamanca ya estaba avanzando con lo suyo: agregaron una primera capa de piedras muy calientes y luego echaron las papas, colocando unas cuantas piedras calientes encima. En la segunda capa se añadió el maíz tierno, las zanahorias y unas pequeñas latitas rellenas de habas. Conforme

La Guerra de los Tenientes

colocábamos las capas las cubríamos con hojas de periódicos humedecidas ya que no contábamos con las hojas de plátano que realmente se utilizaban, cubriéndolas con capas de tierra para concentrar el calor.

Por la puerta del colegio llegó la mujer de Don Gregorio con una botella de aceite, seguida de sus dos pequeñas hijas. Cuando entraron no puede menos que quedarme observándolas: las hijas tendrían cinco o seis años, eran bonitas, con un pelo largo, ondulado y muy negro, negrísimo; además de que eran mellizas, lo que no siempre era muy frecuente ver en estas tierras. Pero lo más llamativo eran sus ropas, ambas llevaban iguales vestiditos preciosos, planchados y muy bien arreglados, contrastando notablemente con los demás niños del pueblo –y de toda la zona- que generalmente utilizaban ropas viejas que habían heredado de sus padres o hermanos, y que los mismos padres en su desidia no remendaban los huecos y rotos, dando un lamentable aspecto. La madre tampoco me dejó indiferente, era muy joven pero extremadamente delgada y pálida, no era fea, más me impresionó sus hombros, levantados de forma antinatural hacia arriba. Esto ya lo había visto antes en muchos campesinos de la selva, cuando una vez se lo comenté al Doc me dijo que era señal de tuberculosis, me habló de un síndrome cuyo nombre nunca llegué a memorizar. Por algún motivo, probablemente por esto último, cuando la saludé me pareció ver reflejada en la cara de la pobre mujer el rostro de la muerte. Nunca dije nada.

–Mire usted –continuó Don Gregorio-, el aderezo se prepara con el aceite, sal, un poco de vinagre, algo de pimienta y lo más importante, lo que dará ese color especial y sabor diferente: el achiote –diciendo esto último comenzó a deshacer las cáscaras de los ramilletes secos dejando caer unas semillitas de color negro.

–¿Esas semillitas negras? –pregunté.

–No son negras, son rojas, ya lo verá –me corrigió, juntando todas las semillas y moliéndolas sobre la mesa con una piedra redonda, dejando un polvillo color ladrillo oscuro. Luego cogió ese polvo y lo vertió sobre el aderezo constituido en su mayor parte de aceite; para sorpresa mía, al tomar contacto con el aceite éste tornó de color a un rojo sangre intenso, no lo podía creer.

–¿Cómo dijo que se llamaba esa planta?

La Fiesta del Pueblo

—Achiote, lo traen de la selva, y como le dije, con eso hacen los colorantes para alimentos.

—Y debe ser cara, supongo.

—¿Cara? No, que va. Crece en la selva como mala hierba, puede recoger toda la que se le antoje a la vera de los caminos

Finalmente agregamos la carne aderezada en trozos en las pequeñas ollas y añadimos una última capa de piedras calientes, la cubrimos con una manta vieja y finalmente una gruesa capa de tierra seca. Dejando a la vista un montículo en el suelo por el cual a veces escapaba un poco de humo. Lo dejaríamos así por tres horas. Don Gregorio se despidió y bajó al pueblo, en agradecimiento le dijimos que una vez tengamos la comida preparada le enviaríamos algo para él y su familia.

A las dos de la tarde, comenzamos a retirar cuidadosamente la tierra, cuando llegábamos a las capas de alimentos retirábamos las piedras sudando, el calor concentrado en la tierra hacía que fuese un verdadero horno a pesar de haber pasado tantas horas. Poco a poco fuimos retirando la comida y las verduras horneadas, colocándolas sobre una manta en el jardín. Y así ya tuvimos lista nuestra deliciosa pachamanca, la cual comimos así directamente, con las manos, como Dios mandaba. Pocas veces en mi vida he logrado comer un banquete tan succulento como para recordarlo hasta hoy.

El viernes veintinueve fue la celebración del día del pueblo. Empezó muy temprano con una misa en la iglesia que estaba totalmente abarrotada. Sólo se hacían misas en ocasiones especiales como esta pues no se contaba con un párroco permanente. Terminada la misa se sacó en procesión a Santa Marta, la patrona del pueblo, que hizo un recorrido por las diferentes calles. Siendo la más vistosa cuando avanzaba alrededor de la plaza principal donde muchas familias habían construido alfombras de pétalos de flores con hermosas representaciones de jardines, retablos y otros. Terminada la procesión empezó la fiesta en sí, que consistía en bailes animados por bandas armadas de trompetas, tubas y bombos; como suelen hacer en estos pueblos. Esto continuó así hasta muy avanzada la tarde y para terminar oficialmente la celebración se hizo una corrida de toros en la plaza, que en realidad era una corrida de vaquillas donde cada improvisado trataba de mostrar sus habilidades, que no eran muchas.

La Guerra de los Tenientes

No faltó el típico borrachín que envalentonado por el alcohol trataba sin mucha fortuna de hacer algún quiebre a la vaquilla, la cual terminaba haciéndolo volar por los aires ante la risa general del público. Peor fue cuando la mujer del borrachito al ver el espectáculo que hacía su marido lo sacaba a patadas del ruedo. No sabíamos si al pobre le dolía más el trasero por la corneada de la vaquilla o el amor propio por las patadas de la mujer, más probablemente por lo último.

A las seis de la tarde se terminaron oficialmente las celebraciones, pero mucha gente se quedó por las calles bailando con alguna de las bandas a las que pagaban de su propio bolsillo. Otros, los más, bebían alcohol como si fuera a acabarse el mundo. Nosotros permanecimos en la base provisional todo el día, desde nuestra ubicación cumplíamos con creces nuestra misión y, aparte de yo bajar por la mañana a la misa y a la procesión, no participamos. Con ello nos ahorraríamos problemas.

Al caer la noche le dije a Toribio que bajaríamos al pueblo para una pequeña ronda, nos acompañarían dos soldados más. Quería saber si las celebraciones se prolongarían mucho más o ya estaba terminado todo, me preocupaba que alguien de las rondas campesinas que estuviera de guardia en la entrada del pueblo hubiera bebido alcohol y pudiera hacer alguna tontería con su arma, aunque ello casi nunca hubiese sucedido.

Bajamos al pueblo y antes de ir directamente a la plaza caminamos por las calles altas del pueblo, como haciendo un recorrido previo. Habiendo andado un cuarto de hora observábamos los estragos que hacían los efectos del alcohol en estas gentes, eran las ocho de la noche y casi todo el pueblo estaba borracho o en proceso de serlo. Las ocho eran una hora muy tardía, teniendo en cuenta que estarían bebiendo desde el medio día. Así se acostumbra en estos pueblos. Por ello, los libidos sin contención afloraban y creaban una cantidad de discusiones y altercados, la mayor parte entre conocidos y hasta en miembros de la misma familia.

Habíamos caminado unas tres cuadras y pasábamos por una zona donde la iluminación no era muy buena, cuando oímos un alarido desgarrador de una mujer que salía corriendo de la siguiente puerta, seguido de alguien que al traspasar el vano tropezó y cayó de bruces al suelo y no pudo evitar que otro se le viniera encima golpeándolo salvajemente. Yo al escuchar el gri-

to de la mujer me aparté; el soldado que iba detrás de mí encendió su linterna para ver mejor lo que sucedía. Al iluminar a la mujer nos asustamos porque estaba con parte de la cara ensangrentada de una herida que le nacía en el cuero cabelludo y que al ver la luz gritaba: ¡Lo va a matar! ¡Me va a matar!

— ¡¿Quién te ha hecho esto?! -pregunté.

— ¡Él, él ha sido! -gritaba señalando a uno de los que seguían enzarzados en su pelea rodando por el suelo, pero que yo no lograba identificar cuál de los dos.

— ¡Vas a ver como lo dejo a ese abusivo! -dijo Toribio dirigiéndose al par del suelo.

— ¡No por favor! ¡No le haga nada a mi marido!

— ¡A tu marido no le voy a hacer nada, sino al otro sinvergüenza!

— ¡No, no! ¡El otro es mi compadre! -dijo la mujer complicando más la situación, ya que a estas alturas no sabíamos quién pegaba a quién.

— ¡Toribio! ¡Que separen a ese par de salvajes y que me digan que carajo sucede!

Separarlos fue relativamente fácil, bastó arrastrarlos de los pies hacia afuera para que se dieran cuenta que lo único que hacían era repartir puñetazos al suelo.

— Dime... ¿Qué ha pasado? ¿Quién o porqué te ha hecho esto? -le pregunté nuevamente a la mujer.

— Ha sido el Martín -vaya respuesta, pero no le dije nada porque el aliento de la mujer también denotaba que había bebido alcohol.

— El Martín es mi marido -dijo señalando a uno de los dos que vestía una camisa celeste antes de convertirse en color tierra.

— ¡Así que tu eres el que le gusta pegar a su mujer! ¿No? -le reproché al muy sinvergüenza.

— No señor, yo le estaba dando su justo castigo por estar arrequejuntándose con este miserable -se justificaba señalando a su esparring.

— ¡Así que tu eres el galán de las mujeres casadas! ¿Verdad?

— No señor, yo sólo vengo por las tardes a la casa de mi compadre y su mujer siempre me invita caldo de gallina.

— ¡Así que tu eres de las que invitan caldo de gallina a sus compadres! ¿Cierto? -la situación ya parecía bastante ridícula.

— No señor, es mi marido que cada vez que bebe se pone así

de celoso, me pega y a todos los que están cerca, como al compadre. Él y mi marido son muy amigos y mire como han terminado, hasta me ha reventado una botella de cerveza en la cabeza –dijo levantando con orgullo una de sus trenzas.

Visto lo visto, comencé a intuir que esto parecía un típica pelea de borrachos, este no era mi problema pero como tampoco podía dejar pasar por alto la situación les di un sermón a los tres del porqué no deberán beber así y que tampoco podían estar peleándose entre compadres, ni entre marido y mujer. Los tres me escuchaban en silencio pero como seguían tambaleándose por efecto del alcohol dudé que mis palabras sirvieran realmente de algo; así que para terminar el asunto les pedí al marido y al compadre que se dieran el abrazo de la amistad y que se disculparan sinceramente, poniendo como testigo al niño Dios. Lo cual hicieron apenados. El soldado Macario, que también nos acompañaba, recogió un zapato que en medio de la refriega se le había salido al marido y amablemente se lo entregó, poniéndole una mano en el hombro mientras le decía: cálmate viejo, ¿ves como sí se puede vivir en paz con todos? Mientras el borracho asentía como diciendo que tenía razón. Pero en el momento menos pensado el marido, sin aviso previo, le descestrajó un cabezazo en la frente al pobre Macario que sólo atinó a cogerse la cabeza tratando de entender lo que había ocurrido, mientras que otro soldado sujetaba al marido para que evitar que volviera a hacerlo. Nosotros nos quedamos en silencio ya que por lo imprevisto y rápido del suceso nadie atinó a decir nada. Pero Macario, una vez recuperado de la tremenda conmoción, se me acercó y descolgando su fusil que llevaba al hombro me dijo:

—Mi teniente, ¿sería tan amable de hacerme el favor de coger un momento mi fusil? -mientras me lo extendía para que yo lo tomara, y antes de que yo mismo pudiera entender para qué lo hacía, Macario se abalanzó sobre el marido, que minutos antes había hecho el abrazo de la amistad bajo la atenta mirada del niño Dios. Y en menos de dos segundos ya teníamos otra bronca de un par que revolcaban en el suelo. Lo único que había cambiado era que Macario había tomado el lugar del compadre, pero igual los golpes se repartían con furia.

Ya comenzaba a entender del porqué tanta pelea: el buen marido era de los que se ponían violentos bajo los efectos del

alcohol. Cosa curiosa era ver que ambos púgiles, mientras rodaban por el suelo, sólo se repartían puñetazos a diestra y siniestra, sin darse patadas. Para los que no saben, los habitantes de la sierra sólo pelean así, a puño limpio -Macario era de Cajamarca-, a diferencia de los de la costa, para los que todo vale: desde escupitajos hasta patadas entre la entrepierna. Yo ya estaba perdiendo la paciencia y ordené nuevamente que los separaran ya que a todas luces era una pelea totalmente desigual... desigual porque si bien ambos repartían puñetazos, siendo los de Macario los más acertados, al buen marido le hacían poco efecto. El alcohol actuaba como un potente anestésico que le permitía asimilar uno a uno los golpes que le llegaban a la cara con matemática precisión -otra cosa sería preguntarle al día siguiente- y Macario ya daba muestras de cansancio y de dolor en los nudillos.

Cuando por fin los separaron les recriminé esa actitud, especialmente a Macario que no actuaba correctamente, y más aún al tarado del marido, cuya cara deforme se iba hinchando conforme le iba hablando, y poco faltó para que comenzara a reírme cuando le vi un ojo cerrado con el párpado superior izquierdo del tamaño de una pelota de tenis, la nariz como un nabo de la que caía un moco sanguinolento y el labio inferior asemejando al hocico de un caballo, colgado mostrando su dentadura incompleta. No sé si los dientes que le faltaban eran producto de esta pelea, la primera o alguna otra, yo no vi ningún diente por el suelo, aunque con la poca luz que había era difícil saberlo, pero todos los indicios apuntaban a que aquella sería una ardua noche para el ratoncito Pérez. El infeliz sólo atinó a decir: "Yo sólo me defendía del compadre"

—¡Silencio! ¡Mira lo que has provocado con tu bocota! La próxima vez será mejor que te metas la lengua al culo... no, mejor no, es mejor que te la metas ahora mismo... ¡Hazlo ya!

Y el pobre diablo sacó la lengua y se la mordió entre los dientes enseñándomela, creyendo que así cumplía mi orden.

—¡Déjate de hacer tonterías...! ¡Toribio! ¡Vámonos de aquí!

Y mientras nos marchábamos escuchamos al marido hacer un comentario de algo así como que éramos unos abusivos con la gente pobre. Como yo ya no quería problemas con el idiota aquél, hice como que no escuché, pero cuando llevábamos media cuadra caminando le pedí a Toribio que me trajera al

La Guerra de los Tenientes

compadre.

—Oye, compadre. La verdad es que no quería decírtelo pero creo que es muy grave.

—¿Qué cosa? Señor.

—Es algo que me ha dicho el Martín y no sé si debo decírtelo.

—Dígame nomás, señor. No se preocupe.

—Pues el Martín anda diciendo por todo el pueblo que eres maricón.

Y antes que pudiera echar más leña al fuego, el compadre ya había salido corriendo hacia donde estaban marido y mujer, que ya se habían amistado dándose besitos. El compadre partió raudos sin decirnos nada, aunque recuerdo que puso una cara como de querer partírle el occipucio a su amigo de toda la vida. Y así continuamos nuestra ronda mientras a lo lejos escuchábamos los alaridos que daban marido, mujer y compadre en su nueva y monumental bronca.

Mientras caminábamos estuvimos comentando sobre lo acontecido, lo normal era que este tipo de fiestas de pueblo terminaran en este lamentable estado. Quizás la causa de todo esto fuera que el alcohol era su única vía de escape, pero yo creo que es algo cultural. El alcohol siempre estuvo presente en estas gentes, en las crónicas se comentan las grandes borracheras que los habitantes de estas tierras hacían para cualquier celebración. No, no bastaba beber alcohol. El objetivo era consumir hasta no dar más, hasta quedar tendidos por las calles y hasta que los perros los orinen.

Seguimos caminando y llegamos hasta una esquina de la plaza del pueblo, el paisaje era el mismo que ya veníamos presenciando por las calles. En la misma esquina de la plaza nos topamos con un borrachín que estaba sentado en el suelo haciéndonos señas. No quise dejar pasar la oportunidad para dar una lección a Toribio y a los soldados que me acompañaban, así que nos acercamos al pobre desgraciado que estaba en el suelo.

—¡Señores! ¡Miren esto! ¡Qué vergüenza de espectáculo! Todo un pueblo sumido en el caos, la degradación y el desenfreno del alcohol. ¡Se han perdido todos los valores! —dije, mientras el borrachín nos miraba gesticulando.

—¡Qué les parece! ¡Gentes que debieran estar trabajando y velando por sus familias, han quedado atrapadas por la

depravación! ¡¿Pero quién tiene la culpa de esto?! Fácil es saberlo: ¡El vicio! ¡Es así como el alcohol y la coca han llevado en estos siglos a este lamentable estado de embrutecimiento y a la decadencia de esta raza, que una vez fue noble y fuerte! –dije señalando al infeliz del suelo, quien parecía ajeno a la lección de moralina que estaba impartiendo. Es más, éste alzó su botellita ofreciéndosela a Toribio con su sonrisa bobalicona y balbuceando incoherencias.

Toribio, con una mirada torva, se sintió ofendido por tan obscena propuesta en medio de mi discurso y antes de que pudiera detenerlo... ¡Zaz! Le propinó un golpe en la cabeza con los nudillos, que de no haberla tenida bien pegada al cuello hubiera salido rodando, tanto así que el pobre quedó inclinado cogiéndosela con ambas manos.

–¡Toribio, no! ¡No puedes ir así por la calle pegándole a la gente!

–Lo siento, mi teniente, pero no pude soportar lo que este inconsciente estaba haciendo.

Y sin darme tiempo a que pudiera hacer comprender a Toribio su mala acción escuchamos la voz de una mujer que gritaba y venía corriendo hacia nosotros: ¡No le peguen! ¡No sean abusivos!

–¡No le peguen! ¡Es mi hermano! –volvió a gritar al llegar a nosotros.

Toribio, que no quería ocasionar más problemas se disculpó diciendo que lo había hecho porque el hermano era un maleducado, ofreciéndonos alcohol así, sentado en el suelo. Ni siquiera podía mantenerse en pié.

–¡Eso no es motivo! –gritaba la indignada mujer mientras señalaba unos palos en el jardín de la plaza—¡Él no está de pie porque no puede caminar, es cojito! ¡Miren, esas son sus muletas!

¡Diablos! El pobre borrachín no podía caminar y por ello estaba en el suelo, no por el alcohol, y lo mismo debió haber pensado Toribio que trató de justificarse de algún modo diciendo:

–Pero mujer... ¿Acaso no ves lo borracho que está tu hermano? ¿No ves que sólo balbucea incoherencias el desgraciado?

–¡Es que no se dan cuenta que también es mudo! ¡Buaaaa! –clamaba la mujer con mucha indignación rompiendo a llorar.

Yo miré a Toribio con una cara de “cagadus hemus”, eso de ir por allí repartiendo a cojitos y muditos como que no era muy ético. Y sólo me quedó decirle que se disculpara antes de que nos metiéramos en más líos. Toribio lo hizo de todo corazón pero el pobre cojo seguía cogiéndose la cabeza, mientras que la hermana lloraba desconsolada. Finalmente, para demostrar su propósito de enmienda, Toribio entró a la tienda más cercana y compró tres botellas grandes de cerveza que entregó al cojo borrachín quien, al ver el regalo, mudó su expresión de congoja al de alegría gesticulando con entusiasmo los brazos abiertos, haciéndome recordar al mudo de los Hermanos Marx, mientras que la hermana se deshacía de llanto.

Concluido salomónicamente y de forma feliz el incidente, decidimos que lo mejor era regresar a nuestra base provisional y dejar que en el pueblo se partieran la crisma sin ayuda nuestra, que no la necesitaban ni la agradecerían.

En el camino a nuestra base Toribio me confesó su preocupación por lo sucedido, el remordimiento lo embargaba y, a pesar del regalo, no estaba del todo tranquilo.

—¿Usted cree que se pondrá bien?

—¿De quién hablas?

—Hablo del cojito ese, al que le di un coscorrón por igualado.

—No lo sé, sabe Dios cuál sería su enfermedad para llevar muletas. No me extrañaría que de niño hubiera tenido polio, en ese caso lo tiene difícil.

—No hablaba de sus piernas, hablaba del golpe que le di en la cabeza. Creo que se me pasó la mano... ¿Oyó como sonó? Parecía una calabaza hueca.

—Ah, eso. No te preocupes, para mañana temprano no sabrá si le duele la cabeza por el golpe o por la resaca de la borrachera -respondí tratando de minimizar el incidente.

—¿Y si realmente le hice daño? -insistía preocupado el buen Toribio.

—No te preocupes, verás que para mañana ni se acuerda. Además no creo que le haya afectado mucho, es cierto fue un poquitín aparatoso, pero no grave. ¿No has escuchado eso que los seres humanos sólo usamos el diez por ciento de nuestro cerebro?

—No, ¿y eso quién lo dice?

—Lo dicen los científicos, y esos saben mucho. Ahora, imagí-

nate que del golpe le machacaste un veinte por ciento de sus neuronas, súmale el treinta por ciento atrofiadas por el alcohol y date un margen de seguridad de neuronas muertas por causas imprevistas, quizá, por ejemplo otro veinte por ciento.

—¿Neuronas muertas por causas imprevistas? ¿Qué causas imprevistas?

—¡Qué sé yo Toribio!, puede ser cualquier cosa como por que lo destetaron antes de tiempo. Cualquier motivo puede ser válido.

—Está bien, no se enfade.

—Ahora, si sumamos el montante de neuronas muertas o inutilizadas llegamos a un setenta por ciento, lo que deja aún un impresionante treinta por ciento de neuronas hábiles para su uso.

—¿Y cree que será suficiente?

—Pues claro, compáralo con el diez por ciento que antes ni siquiera usaba. Este señor todavía es una fiera intelectual en potencia. Quién sabe si será el futuro Steven Hawkins de esta tierra.

—¿Y eso de ser Esteban Joaquín, que dice, es bueno?

—Pues claro Toribio, eso de ser Esteban Joaquín es muy bueno. Lo conoce todo el mundo.

Las fiestas del pueblo concluyeron pero la orden de repliegue no llegaba, es más, luego de hablar con el oficial de operaciones me dio a entender que por la tarde recibiría nuevas instrucciones de detalle. En la comunicación radial de la noche el oficial de operaciones me explicó mi nueva misión aprovechando que yo estaba en una zona adelantada: debería abastecer con víveres a la patrulla del subteniente Secada. Yo no sabía que su patrulla estuviera cerca, y en verdad no lo estaba, pero mi patrulla se encontraba a sólo un día de camino de donde se suponía estaba él. El oficial de operaciones me comunicó que los víveres nos los enviarían por carretera aprovechando los camiones de comerciantes que iban al pueblo y que nosotros deberíamos entregárselos sin falta. Antes de terminar la comunicación el oficial de operaciones puso énfasis en que nadie, por ningún motivo, debería conocer que íbamos a abastecer a aquella patrulla y mucho menos hacer algún comentario sobre su ubicación.

Según lo indicado, Secada se encontraba en la parte superior

de la quebrada Yarina, casi llegando a la puna o cordillera. Me dijo que nosotros subiéramos por ella, y que para pasado mañana Secada nos estarían esperando. Eso fue todo, la verdad es que además de no conocer que Secada estaba allí, tampoco me imaginaba el motivo. Parecía extraño, la quebrada Yarina era un amplio corredor entre dos filas de montañas que descendían desde una zona inhóspita de la cordillera y desembocaba en el valle, pero muy al norte, en una zona poco poblada, a mi entender no había nada que controlar. Más extraño aún parecía que su patrulla estuviera varios días en el mismo lugar como para necesitar suministro de víveres. Ya tendría tiempo de enterarme.

Al día siguiente, poco más del mediodía, llegó un camión de una mujer que era comerciante, nos saludó y luego de entregarnos un sobre cerrado cuyo dorso decía "Sólo para ser abierto por Stte Secada" nos indicó la carga que deberíamos hacer bajar de su camión: unas bolsas de fideos, algo de arroz, azúcar, leche en polvo, manteca de cerdo y latas de atún. En verdad no era mucho, unos treinta kilos de víveres secos que en total darían para alimentar a doce hombres unos diez días, de donde asumí que Secada todavía permanecería un tiempo en el lugar donde se encontraba. Llamé a Toribio y le expliqué nuestra tarea, saldríamos poco antes del amanecer del día siguiente, los víveres los repartiríamos en las mochilas de la tropa para distribuir el peso y mantendríamos por el momento el local donde estábamos descansando, en principio regresaríamos al pueblo y si lo ordenaban nos replegaríamos al batallón recién al día siguiente. Insistí en que deberíamos ir lo más ligeros posible, evitaríamos llevar mantas y trataríamos de hacer el trayecto de ida y vuelta todo en el mismo día, no pensaba pasar una noche en el inhóspito lugar en donde se encontraba Secada y tampoco quería que la noche nos cogiera a medio camino de la quebrada.

Tal y como fue organizado, partimos a las cuatro de la mañana, a esa hora caminas muy rápido para no enfriarte, de modo que para las nueve ya estábamos al pie de la quebrada que teníamos que remontar. Hicimos un alto de casi media hora, donde desayunamos pan con aceitunas y advertí a la tropa que una vez iniciada la marcha no nos detendríamos hasta la segunda o tercera hora de camino, cuanto más avancemos mejor sería para nosotros.

La Fiesta del Pueblo

Establecido el orden de marcha iniciamos la subida, dos exploradores a cincuenta metros y el resto en una columna. Desde que empezamos la subida no volvimos a ver a persona alguna, era un paraje bastante abandonado, señal que no era muy recomendable. Como muchas otras partes, el hecho que estuviera abandonado no significaba que hubiese sido así siempre, de tanto en tanto encontrábamos pequeñas casitas de barro derruidas, abandonadas hace ya mucho; además que teníamos el camino de herradura perfectamente distinguible, indicio de que fue utilizado durante muchos años. Cuando se transita continuamente por estas sendas se genera una erosión de la tierra por las pisadas de hombre y animales, desprendiéndose aquella que es blanda y suelta, dejando mostrar una abundancia de guijarros y compactando el resto de la tierra que impide que la vegetación la cubra con facilidad hasta mucho tiempo después.

El ascenso era de una pendiente no muy pronunciada pero sí continua, facilitando el progreso, a las dos horas estábamos a buena altura y bastante arriba respecto al fondo de la quebrada, de la cual se distinguían rocas enormes, aviso de lo que arrasaba el agua en época de lluvias; las paredes de la quebrada eran bastante pronunciadas, felizmente no tendríamos que avanzar hasta la ladera opuesta que teníamos enfrente nuestro, bajar y subir nuevamente sería fatigoso. Conforme avanzábamos podíamos ver que en muchas partes teníamos unos riscos que dominaban nuestra posición y nos hacían sumamente vulnerables a una emboscada, ya entendía la razón por la cual muchos no se animaban a transitar por esa zona. Definitivamente yo no la hubiera tomado si es que no tuviera la certeza que la patrulla de Secada se encontraba al final de la misma y nos daba cobertura, sería temerario. Conocía a Secada, era de una promoción posterior a la mía y responsable de sus actos, un tipo de los que se puede confiar; si no hubiera sido él probablemente me plantearía otra ruta. Conforme pasaban las horas la vegetación se hacía más pobre, tornándose amarillenta y desapareciendo los arbustos bajos, así como la profundidad de la quebrada se hacía cada vez menor, señal que ya nos acercábamos a su extremo superior o naciente como quiera verse mejor.

A las dos de la tarde llegábamos a la parte alta de la cordillera, manteníamos nuestra ruta en la quebrada que ahora se había convertido en un amplio valle de origen glaciario en forma de una

La Guerra de los Tenientes

ancha "U", de poca profundidad y con nacientes rocosas a cada lado. Pocos minutos después los exploradores avisaban que ya avistaban a la patrulla, pero cuando yo llegué sólo encontré a un soldado con guantes y pasamontaña que nos hacía señas, del resto de la patrulla ni rastro, por más que miré hacia todos lados.

—¿Dónde está el subteniente Secada? ¿Y la patrulla?

—Están todos en el refugio, sígame mi teniente y llegamos.

La patrulla siguió al solitario soldado que nos había recibido, pero inmediatamente nos apartamos del camino y comenzamos a subir a campo traviesa hacia un promontorio rocoso que teníamos a nuestra derecha, nos tomó casi diez minutos en llegar, aún no veíamos nada hasta que nos señaló una estrecha abertura vertical entre las rocas que nos llevó al interior del promontorio, que estaba rodeado de rocas altas de forma extraña, constituyendo una cavidad cerrada con techo abierto, una especie de castillo natural, probablemente formado por el capricho del hielo, ¿cómo lo encontrarían? Una vez dentro pudimos ver al conjunto de la patrulla, estaban descansando algunos y otros calentándose alrededor de la improvisada cocina que habían montado a base de latas. Entre ellos salió Secada que me saludó con alegría al vernos.

—¡Mi teniente, cuánto gusto de verlo por aquí! ¡Lo que ve en el hornillo es lo último que nos quedaba para comer! ¡Ha llegado justo a la hora del rancho!

—Oye Secada, el gusto es mío. Te traigo los víveres para unos diez días, además de este sobre con algo que te envían de la comandancia —dije mientras le extendía el sobre de papel.

—¿Un sobre? ¿De qué se trata?

—Se me ha ordenado no saberlo —me limité a responder utilizando una vieja fórmula, mientras Secada rasgaba el extremo del mismo y extrajo un papel que leyó unos instantes en silencio, para luego volver a doblar el mensaje y guardarlo en el bolsillo de su camisa.

—Secada, tengo curiosidad... ¿Qué carajo haces aquí?

—Ah, aquí. Yo espero. Ya sabe... como Carlitos Gardel... Fumando espero a la mujer que yo quiero —respondió con una sonrisa. Comencé a pensar que con tanto tiempo aquí en medio del frío el pobre había terminado tronado.

—¿Esperas? ¿A quién esperas en este sitio donde no hay nada

ni nadie?

— A Sendero.

— ¿A Sendero? ¿Qué cosas dices?

— Mi teniente, mejor comemos que se hace tarde y se enfría el delicioso rancho, y le contaré lo que hacemos aquí.

Al hervido de arroz que tenía en su lata y era la el menú del día, añadimos un poco de harina para espesarlo, leche en polvo y azúcar que traíamos, lo removíamos con un palo y ya teníamos un sabrosísimo arroz con leche, que quienes han caminado nueve horas agradecerían como un gran manjar. La ración no era abundante pero donde comían doce podían comer veinticuatro.

Una vez sentados en una piedra con nuestra ración, Secada me comenzó a detallar su misión, que consistía en montar una emboscada a Sendero, la verdad es que luego de escucharla la idea parecía buena, pero el método descabellado.

— Mire mi teniente, esta zona desolada y abandonada es el lugar ideal para el transito de las columnas de Sendero, fuera de la vista de curiosos y de nosotros; esta quebrada es uno de los lugares de paso para remontar la cordillera.

— Tú lo has dicho, uno de los lugares, no el único. No puedes montar emboscadas en todos los pasos posibles indefinidamente a la espera de que a Sendero se le ocurra pasar por tu puerta. No es práctico.

— Sólo hay tres pasos, yo cubro dos. Por tanto mis probabilidades de éxito son altas.

— ¿Cómo que cubres dos? De aquí sólo cubres la entrada a la quebrada.

— Es que el otro paso está más al norte pero su nacimiento es otra quebrada que se domina desde el cerro que tenemos al frente. Mi patrulla es pequeña sólo catorce hombres, aquí nueve, uno en aquella roca de arriba que divisa el valle y es quién los vio a ustedes casi media hora antes de que llegaran, y además tengo a cuatro hombres en un observatorio cubierto en el cerro que le dije, podemos descubrirlos a casi un kilómetro de distancia.

Aún con los argumentos de Secada no me parecía que la puesta en práctica de su idea fuera lo mejor, sinceramente no creía que pudiera dar resultados.

— ¿Y quién te ordenó que hagas esto?

— ¿A mí? Nadie

La Guerra de los Tenientes

—¿Cómo que nadie?! Tú no puedes montar alegremente emboscadas por estos sitios sin una orden.

—Es una historia larga, y se la contaré: hace poco más de dos meses, desde mi base, me enteré de un paso transitado por Sendero, claro que era sólo de oídas de lo que se rumoreaba en la población. El paso estaba asombrosamente cerca de la base pero a nadie se le ocurrió inspeccionarla, y yo lo hice.

—¿Y los encontraste?

—Por supuesto que no. Lo que encontré era mucho más importante: muchas huellas y basura.

—¿Desde cuando la basura es importante?

—Desde que me dieron la pista más reveladora: la basura consistía en bolsas vacías de comida, envolturas de chocolatinas y ropa vieja que habían abandonado.

—¿Y?

—Me enteré que el día anterior había habido un asalto en la carretera por Sendero, con varios camiones retenidos y saqueados; deduje que los restos que había eran de comida que habían consumido después del robo y ropa que aprovecharon en renovar. Esto me dio una idea: si yo pudiera montar una emboscada en el paso que facilita su huída los sorprendería en el momento que estuvieran más desprevenidos... cuando creyeran que todo salió bien y relajaran la vigilancia.

—Pero entre asalto y asalto podía pasar mucho tiempo, no puedes estar eternamente en un lugar —insistí para hacerle ver que no me parecía un buen procedimiento.

—Por supuesto que lo pensé. Pero yo tenía la ventaja que estaba relativamente cerca del camino, así que instruí a los pobladores que nos dieran aviso lo antes posible cuando ocurrieran estos hechos, mientras durara el asalto si fuera posible. Entonces yo saldría con mi patrulla pero no a perseguirlos ni al lugar donde ocurría el asalto; me dirigiría al paso y montaría una emboscada que ya tendría ensayada con la tropa.

—¿Y funcionó?

—El siguiente asalto ocurrió tres semanas más tarde, nos avisaron mientras jugábamos un partido de fútbol en la base, nos dijeron que el asalto aún continuaba así que salimos volando al punto acordado, no perdimos ni un minuto, la mitad de la tropa aún estaba vestida con ropa de deportes, yo mismo usaba zapatillas, sólo nos colocamos las hombreras y salimos cada uno con

su fusil. Nada de armas colectivas. Pero antes de salir recibimos una noticia preocupante: las rondas campesinas se nos habían adelantado al enterarse del asalto y salieron en su búsqueda, encontrándolos en la carretera, iniciándose un pequeño enfrentamiento que Sendero prefirió evitar por ser un grupo reducido, retirándose del lugar con lo poco que había tomado.

— Eso estropeó el plan, ¿verdad?

— Era lo más probable, supuse que no llegaríamos; me arriesgué y ordené que no llevásemos las granadas de fusil y sólo tres cargadores por hombre para ser más ligeros. Partimos corriendo, el trayecto es de casi hora y llegamos en menos de media, eso sí, con el corazón y lo pulmones que se nos salían por la boca. Cuando estábamos llegando alguien los divisó... ¡Aún no habían entrado a la zona de emboscada, eran sólo cuatro y estaban a unos seiscientos metros! No perdimos tiempo, teníamos poco menos de diez minutos para preparar todo, felizmente estaba ensayado y todos conocían su puesto detrás de unas rocas que habíamos designado. Nadie dispararía sin mi orden. Estábamos en ello cuando pasó alguien pidiendo una baqueta para su fusil... ¡Nuestros fusiles no estaban limpios! Habíamos patrullado la noche anterior y aún no los habíamos limpiado, el cañón del mío mismo estaba lleno de tierra, así que en los tres o cuatro minutos que nos quedaban el que menos trató de hacerle una pasada de baqueta con trapo, ya era tarde y asumí el hecho de que probablemente estropearíamos algún arma.

— ¿Sólo eran cuatro?

— Me sorprendió que fuesen tan pocos, pero era lo que había. Yo tenía un vigía en la parte alta que nos hacía señas con la mano de la distancia a que estaban, ya habían llegado y nosotros permanecíamos tras las rocas, desde nuestra posición no los podíamos ver y esperábamos que entraran a la zona de emboscada, cosa que hicieron, pero hubo algo que nos rompió los esquemas: no venían juntos, por delante iban dos armados con escopetas y a unos quince metros otro con una ametralladora, el cuarto ni sabíamos donde estaba.

— ¿No se enteraban de lo cerca que ustedes estaban?

— Nada, la tropa sabía que no había que disparar. Queríamos capturarlos vivos a todos. Los dos que iban por delante por fin nos sobrepasaron, estaríamos a su vista. Dos soldados que estaban más cerca se asomaron por un costado de las rocas y

apuntándoles les dieron el alto, los tipos quedaron totalmente sorprendidos por nuestra aparición y permanecieron inmóviles mirándose estupefactos con las escopetas en las manos. Los soldados les reiteraron que no se movieran y que dejaran despacio las armas en el suelo y fue cuando el tercero, que supusimos era el jefe y aún no veíamos llegó.

—¿Los capturaron a los tres?

—¡Que más hubiésemos querido! El jefe no tardó en darse cuenta de lo que sucedía, a pesar que estaba varios metros más atrás de los dos primeros, y cuando vio que dudaban en bajar las armas gritó: ¡No se rindan! Y armó su ametralladora, no me quedó claro si era para dispararnos o para castigar a los que podían rendirse. Sólo llegó a disparar un tiro al aire porque se desató una balacera donde murieron los tres, inclusive los dos primeros que cuando comenzaron los gritos intentaron huir, no llegaron ni a dos metros de donde estaban. Cayeron con sus armas aún en las manos.

—¿Y el cuarto?

—A ese jamás lo encontramos, estaba muy retrasado y probablemente se escabulló al oír los disparos, pero eran más, probablemente seis o siete.

—¿Cómo lo supiste, si ya estaban muertos?

—Luego hicimos el recorrido inverso, a menos de un kilómetro encontramos abandonadas cajas con alimentos que habían robado. Parece que los que llevan las cargas estaban más atrás, definitivamente era una partida logística. Recuperamos las dos escopetas de los que iban delante, una ametralladora modelo MGP que había sido de la policía y un revólver —dijo Secada, fue cuando puso su mano en la cartuchera que llevaba al cinto y en vez de extraer su pistola Browning reglamentaria sacó un revólver negro pavonado que me mostró. Yo lo tomé, era un treinta y ocho, color negro y cañón largo, a un costado del armazón tenía grabado el escudo de la Guardia Civil del Perú. Ya sabíamos su origen.

—¿No entregaste las armas?

—Claro que sí, sólo que el revolver lo entregaré antes de irme, déjame por lo menos disfrutarlo. Pero lo más interesante no fueron el revólver ni la ametralladora, sino las escopetas.

—¿Las escopetas? ¿Qué de interesante puede tener una escopeta?

La Fiesta del Pueblo

—La escopeta nada, hablo de lo que había o mejor dicho no había en ellas.

—No te entiendo.

—Cuando se recogieron las armas, la tropa me las entregó pero noté algo raro: a diferencia de la ametralladora y el revólver, las escopetas no tenían munición. Pregunté por ella y me dijeron que no había. Hice revisar a los muertos y tampoco la tenían guardada ni en sus bolsillos ni en sus mochilas, esto a pesar que los cañones aún olían a pólvora quemada. Luego de pensarlo un rato nos dimos cuenta que los dos de adelante simplemente no tenían munición, la habían consumido toda hacía poco contra las rondas campesinas que los habían sorprendido. Por ello no reaccionaron cuando les dimos el alto, de otro modo probablemente nos hubieran disparado al vernos. Triste final para ellos, lamentablemente la suerte no se puede almacenar.

—Quiere decir que fuiste el primero en emboscarlos.

—Supongo que sí, pero déjame decirte algo que me impactó y no se lo he contado aún a nadie. Cuando todo terminó y recogimos las armas estuvimos reunidos con los muertos delante de nosotros. Pero había algo que no me encajaba en el cuadro que teníamos ante nuestros ojos, como si estuviera fuera de lugar.

—¿Qué no encajaba?

—Lo pensé varias veces, y luego de un rato lo hallé... eran los muertos.

—¿Los muertos?

—Sí, los muertos no encajaban. ¡Tenían ropa nueva! ¡Eso no encajaba!

—¿Ropa nueva?

—Sí, era algo extraño. Nosotros estamos acostumbrados a ver este escenario, pero siempre, sean quienes fueran, los muertos tienen ropa vieja, sucia o muy usada. Eso va para nosotros mismos, cuando un soldado cae su uniforme está desgastado. Pero estos no, tenían ropa nueva, la que habían robado momentos antes. No perdieron el tiempo y se cambiaron con lo que habían cogido. Imagínate que había uno en el suelo al cual le colgaba aún la etiqueta del precio de la camisa. Te hablo así porque ni siquiera a nuestros familiares los enterramos con ropa nueva, lo hacemos con ropas formales, muy cuidadas y limpias, pero no a nadie se le ocurriría comprar nuevas. Fue algo extraño.

La Guerra de los Tenientes

—Por lo menos tuvieron un entierro decente, con ropas nuevas —añadí, tratando de ser gracioso.

—Ni creas, a los infelices los enterraron con ropas más viejas aún. Cuando todo terminó hice llamar a las rondas campesinas para que nos ayudaran a trasladar los cuerpos a la morgue de la ciudad. Para ello tuvieron que improvisar camillas y llevarlos en hombros; en el camino, cada vez que hacíamos un alto para descansar y sin que yo me diera cuenta, los ronderos intercambiaban sus ropas viejas con la de los fallecidos que estaban nuevas, sobra decir que lo primero que les cambiaron fueron los zapatos. Luego de un rato veo a uno de los camilleros que llevaba puesta una camisa nueva de la cual colgaba la etiqueta del precio... ¡Era la misma que momentos antes me había llamado la atención! Felizmente no estaba manchada con sangre. Le pregunté por qué había hecho eso y me contestó con una naturalidad y lógica irrefutable: porque el difunto ya no la necesitaría. Y la verdad es que tenía razón, los ronderos no recibían nada a cambio y no me extrañaría que el pobre tuviera que trabajar todo un mes para comprarse una camisa nueva.

—¿Pero de la emboscada no conseguiste mayor información?

—No, ya te dije. Los tres murieron, aunque cuando nos acercamos había uno que aún estaba vivo, no duró nada el pobre.

—¿Dijo algo?

—Casi nada, apenas susurró algo sobre que Den XiaoPing era el maldito traidor, y expiró. ¿Sabe usted quién era?

—Para serte sincero te diré que aparte de que era un chino, no sé mucho más.

—Bueno. Como le dije, esa fue mi experiencia.

—Ya entiendo, pero lo que sucedió esa vez fue algo poco planificado, muy diferente a lo que tratas de hacer ahora —dije retomando el rumbo de la conversación inicial.

—Es cierto, cuando el comandante leyó mi informe le pareció fuera de lo común y me mandó a llamar. Le expliqué los detalles y se mostró interesado, máxime cuando le planteé organizar emboscadas más elaboradas, como la actual. Me postulé como voluntario y aceptó encantado. A partir de ese momento podemos decir que tengo carta libre.

—¿Y ha vuelto a funcionar?

—No, pero a decir verdad esta sería la tercera que la preparo. La anterior la hice por el otro acceso a la cordillera, la que

La Fiesta del Pueblo

hablamos hace un momento. Ya la descarté, estuve dos semanas y no pasaron por allí.

—¿Y qué te hace pensar que no pasarían por allí? ¿Y si pasaron un día después de que te fuiste?

—No lo hicieron, asaltaron en la carretera y pasaron por otro lado cuatro días antes de que yo regresara, casi seguro por esta quebrada. Y volverán a pasar exactamente dentro de cinco días, el próximo viernes, mire lo he marcado en el calendario —dijo mostrándome con orgullo un pequeño calendario de bolsillo donde estaba señalada con bolígrafo rojo la fecha predicha. A mí me pareció que todo lo que decía Secada estaba fuera de lugar, simplemente no podía ser, salvo que tuviera una bola de cristal.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo puedes afirmar eso con tanta seguridad?

—Es muy fácil, Sendero, como nosotros, comete errores muy graves y el que han cometido los pondrá en serios aprietos. Se lo explico: el día doce de mayo asaltaron a comerciantes que iban a la feria de del pueblo que está al final de la carretera... ¿lo conoce?

—Sí, ya sé de cuál me hablas.

—Bien, continúo, robaron muchas cosas, pero entre ellas se llevaron treinta kilos de arroz y allí está la clave.

—¿Clave? ¿Cuál clave?

—Mire mi teniente, los peruanos al igual que los chinos somos los únicos que comemos arroz todos los días sagradamente, llueva o truene, en la riqueza y en la pobreza; siempre comemos arroz... ¿Por qué hacemos tamaña tontería? No lo sé. Pero lo que sí sé es que Sendero come arroz igual que nosotros. Ahora bien, cuando supe que habían robado treinta kilos de arroz sólo me quedó esperar al próximo asalto que sucedió el veintiocho de mayo, lo que quiere decir que les duró dieciséis días. Ello significa que su consumo diario es de un kilo novecientos gramos aproximadamente, con lo cual ya tenía el rendimiento diario para calcular cuándo necesitarían hacer el siguiente asalto.

—Un momento, tu cálculo adolece de un agujero. No conoces el consumo diario de una persona, te basas en suposiciones.

—Lo que usted dice no es relevante para mis fines. Me basta con conocer el consumo diario global. Pero para que vea que

también pensé en el tema le diré que podíamos asumir que el consumo por persona sea igual al de la tropa sumando arroz y cereales, es decir entre cien y ciento cincuenta gramos diarios. Extrapolando estos valores podemos calcular que la columna de Sendero es de un grupo constituido por entre diecinueve y trece personas.

Viéndolo de esa manera el planteamiento de Secada parecía impecable, poco ortodoxo, pero con mucha lógica. Aunque, a decir verdad, por algún motivo no me llegaba a convencer del todo, así que insistí en el tema.

—¿Entonces cómo predices la fecha actual?

—Para el tercer asalto, el cual yo ya sabía la fecha probable monté la emboscada en la quebrada que está más al norte, pero los perdí porque no pasaron por allí. Pero cuando hablé con la policía me dijeron que los comerciantes denunciaron el robo de cincuenta kilos de arroz. Eso significaba que les duraría veintisiete días, cuatro semanas exactamente y fue lo que pasó. Yo no monté la siguiente emboscada porque esas fechas estábamos desarrollando la operación que el pasado mes ordenó la comandancia, pero el asalto volvió a ocurrir puntual y religiosamente. Adivine cuántos kilos robaron.

—Ni idea.

—Exactamente cuarenta kilos, o sea veintiún días. Tres semanas ni más ni menos.

—Ya entiendo. Pero el día veintiún se cumple el siguiente lunes, no el viernes que tú predices y tienes marcado en el calendario. Hay un desfase de cuatro días adelantados.

—Esa es mi deducción, tendrán que bajar el viernes y no el lunes siguiente. La feria del pueblo es el sábado y los víveres deben tomarse antes de su venta, cuando los comerciantes están de ida: el viernes. Pueden venir antes de la fecha límite pero no después, el hambre es mala consejera y hace malos negocios.

—Caray Secada, me has impresionado. Jamás lo había visto de esa manera. Pero si es para el próximo viernes... ¿Por qué llevas tantos días aquí?

—Quería asegurarme que no bajaran la semana anterior y además me gusta reconocer el terreno en donde voy a trabajar. Ya hice ensayos con todos los escenarios posibles: en esta quebrada o en la otra, si están de bajada o de subida, etc.

—Pero tu patrulla es sólo de catorce, imagínate que tus cálcu-

La Fiesta del Pueblo

los son correctos y la columna es de diecinueve. Vaya sorpresa que te darás encontrándote en notoria desventaja.

— Pareciera que sí, pero tenga en cuenta que en la columna de Sendero no todos son fuerza principal. Además según tengo entendido los que asaltan no son más de seis, no tiene sentido exponer a toda su columna por víveres. Yo asumo que serán los seis de siempre, medianamente armados y con mandos de segundo nivel. Según esto tendré una ventaja de dos a uno con la ayuda añadida del factor sorpresa, sin contar con la ametralladora.

— Entonces, cuando bajen a saquear los camiones de los comerciantes habrán cometido su primer error... ser previsible ¿cierto?

— En realidad habrán cometido su segundo gran error.

— ¿Segundo? ¿Y cuál fue el primero?

— Haber quebrantado la ley —dijo Secada mientras encendía un cigarrillo y esto último no me lo esperaba escuchar.

— ¿Y hace mucho frío aquí?

— Ni se imagina, pero protegidos del viento por las rocas se hace soportable. Para dormir utilizamos este montón de paja bajo esta saliente de roca —dijo señalándola—, si nos envolvemos en las lonas de las carpas la humedad no penetra.

No continué con la charla, ya se hacía tarde y sería mejor partir antes que nos cogiera la noche por el camino. Ordené a Toribio que se equipara la patrulla y salíamos en cinco minutos. Finalmente al subteniente Secada le deseé mucha suerte y que todo fuera a salir bien, con un abrazo nos despedimos. Ya me contaría luego que tal le fue.

Descendimos hasta el camino de herradura por donde habíamos llegado y avanzamos a paso rápido, las mochilas estaban aligeradas, el camino era en descenso y teníamos prisa por regresar. Mientras caminábamos pensaba en lo que había estado conversando con Secada, la verdad es que era un oficial con mucha iniciativa y para hacer esto se requería de una determinación y tenacidad rayando en la tozudez. Efectivamente era la primera vez que nosotros tendríamos la iniciativa, seríamos los que elegíamos el lugar y la hora. No éramos los que esperábamos en las bases impasibles hasta que ocurriera algo. Pensé que si sólo la mitad de los oficiales fueran como Secada otro gallo nos cantarían, las cosas serían diferentes.

La Guerra de los Tenientes

Otro aspecto que rondaba constantemente por mi mente era del misterioso Den XiaoPing, no era la primera vez que su nombre se me presentaba por estas tierras, pero siempre era el culpable de todo, el maldito traidor, el personaje cuyo nombre se repetía una y otra vez, ubicuo como él solo y omnipresente. Sinceramente ignoraba quién era o la monumental cagada que hubiera hecho para hacer que sus problemas los trasladen hasta aquí que, hasta donde a mí me afectaba, ya me tenía con las pelotas hinchadas. Definitivamente tendría que informarme un poco sobre el sujeto ese cuando regrese al cuartel, quizás preguntándole a Arturo, el oficial de inteligencia, o al Doc que eran personas más “cultivadas” que yo, me sabrían despejar la duda.

Llegamos al pueblo con las primeras sombras de la noche, me extrañó ver gente que bajaba en grupos hacia la plaza principal a esta hora, pero no hice demasiado caso. Llegando se tomaron las disposiciones para el rancho de la tarde y en el ínterin aproveché para asearme. Cuando salí del servicio me encuentro con Toribio que me había estado buscando.

—Mi teniente, hace un momento estuve hablando con la gente que pasaba hacia la plaza. Adivine quién se ha muerto.

—¿Muerto? ¿Aquí? ¿Quién?

—Don Gregorio.

—¿Don Gregorio? ¿El que nos ayudó con la pachamanca?

—Sí, el mismo.

—¿Y qué le pasó? Cuando estuvo con nosotros estaba bien ¿no?

—No sé. No me dijeron qué sucedió.

—Bueno Toribio, después de rancho bajaremos un momento al pueblo para presentar nuestras condolencias ante la familia – lo cual era lo menos que podíamos hacer y era justo tratándose de una persona a quien conocíamos poco pero que fue amable con nosotros.

Terminado el rancho de la tarde y ya organizados los turnos del servicio nocturno de guardia, bajamos Toribio, dos soldados y yo a la plaza del pueblo casi a las nueve de la noche. Cuando llegamos no nos fue difícil encontrar la casa de Don Gregorio, nos la indicaron los primeros transeúntes con que nos topamos. Esta estaba en la bocacalle que daba acceso a la plaza. Llegamos a su casa, en cuya parte delantera, que hacía de restaurante de carretera, con cuatro pequeñas mesitas habían montado un im-

La Fiesta del Pueblo

provisado velatorio con Don Gregorio en su cama. No entré, no lo consideré necesario, y en vez de ello permanecí en la puerta donde había algunas personas charlando, entre ellos a Vélez que era familiar de Don Gregorio. Luego de saludar a los que estaban allí le pregunté a Vélez qué había sucedido para una muerte tan inesperada.

– Don Gregorio falleció de una úlcera gástrica.

– ¿Úlcera gástrica? No sabía que alguien se podía morir de eso. Es la primera vez que lo oigo. ¿Y cómo estás tan seguro?

– Porque ya de hace un tiempo que él lo sabía, a comienzos del año pasado se quejaba de malestar, acidez y dolor abdominal; siempre se quejaba desde antes pero en los últimos meses se acentuó. Un día fue a visitarme y le aconsejé que fuera a un hospital de la ciudad. En el hospital un doctor le diagnosticó la úlcera.

– ¿Y el tratamiento?

– Le dieron algo para la acidez y una dieta, pero no más. Ya no volvió porque ir al hospital le llevaba cuando menos dos días: uno para ir y otro para regresar.

– Caray, y yo que pensaba que eso de las úlceras eran cosas insignificantes. Nunca escuché que una úlcera te mate.

– A Don Gregorio no lo mató la úlcera, se murió desangrado.

– Explícame cómo es eso.

– Ayer por la noche se puso mal, con mucho dolor. Pero esta mañana me tocaron la puerta a las seis de la mañana los vecinos diciendo que Don Gregorio se había puesto peor. Fui a verlo y se estaba desangrando.

– ¿Desangrando?

– Sí, la úlcera es una herida interna en el estómago, puede llegar un momento en que esta se abre totalmente y aparece hemorragia digestiva, perforación u obstrucción que hace que la sangre salga “hacia adentro” es decir hacia la vía digestiva y como sabe esta sólo tiene una vía de salida. Por allí comenzó a salir la sangre, mucha sangre.

– ¿Y no podías hacer algo?

– ¿Yo? ¿Un simple sanitario de pueblo? No tengo el conocimiento ni los medios. Con la pérdida de sangre sobreviene un shock hipovolémico o hemorrágico, como no hay forma de contenerla hay colapso cardiovascular que conduce hacia la muerte.

– Y el pobre sin poder hacer nada.

La Guerra de los Tenientes

—Yo tenía la esperanza que la hemorragia se detuviera espontáneamente, a veces sucede. Luego lo podríamos enviar al hospital de la ciudad. Pero ya ve, no se pudo.

Hacía una noche bastante fresca como para estar de pie, alguien entró y sacó varias sillas metálicas para tomar asiento, llegamos a ser un grupo de diez o doce hablando de todo tema menos de Don Gregorio, como suele hacerse en todos los velatorios. Para hacer más amena la espera, uno del grupo trajo un plato de maíz tostado que cada uno iba picando como aperitivo, mientras escuchaba con atención la historia del narrador de turno. Entre los granos de maíz habían dos o tres de color negro que quien cogía en su distracción por estar oyendo el relato estaba en la obligación de reponer un plato nuevo de maíz, eficaz método para pasar toda la noche. En la segunda ronda me tocó el grano de maíz negro, pero como en aquel momento mis bolsillos estaban más vacíos que nunca Vélez se ofreció a reponer la ración. Fue en ello que salió la mujer de Don Gregorio con un chal de lana negro sobre los hombros. Me puse de pie y le expresé mis condolencias del caso.

—Sí señor, ayer noche ya se quejaba. No pudo dormir nada. En la madrugada se puso peor y comenzó a perder sangre por abajo, así, como mujer.

Yo la escuché y aparte de reiterarle mis condolencias por tan triste momento no agregué nada más, además... ¿yo qué tenía que decir?

Siendo ya casi las doce de la noche me levanté y me despedí de los asistentes, ya era tarde, había sido un día largo y había que descansar. Antes de irme pregunté dónde sería el entierro y me contestaron que en el cementerio del pueblo.

—Ese de allá arriba —dije señalando el pequeño cementerio que durante el día se divisaba en una loma en la parte de atrás del pueblo.

—No, ese es el cementerio antiguo. Sólo lo utilizan los que no son del pueblo y los pobres. El cementerio actual está hacia el río —dijo Vélez, pero ya era tarde y no estaba con ganas de oír más historias.

—¿A qué hora será el entierro?

—Por la tarde, así dará tiempo a los albañiles preparar la tumba —respondió, pero a mí me pareció que todo un día sería mucho para excavar un hoyo, salvo que fuera un lugar rocoso.

Al día siguiente bajé después de las tres de la tarde y la gente con que nos encontrábamos nos indicó que ya habían llevado a Don Gregorio al cementerio. Nos dirigimos allí directamente. No fue difícil llegar ni estaba lejos. Se encontraba en una parte baja que daba al río y se llegaba por una salida desde la carretera. Había una cantidad importante de gente, tal vez entre cuarenta y cincuenta. Cuando llegué pude entender lo que querían decirme cuando Vélez me dijo que los albañiles tenían trabajo. El ataúd no sería depositado en un hoyo sino en una especie de nicho individual que habían montado sobre el suelo, el cual consistía en una base de cemento y sobre él un cubículo hecho de paredes de ladrillo que también servían de semi-bóveda, cuyo extremo abierto se utilizaría para introducir empujando el cajón. Me pareció curiosa la forma de entierro, pero al dar una mirada alrededor observé que era una costumbre generalizada en aquel cementerio. Como del trabajo de construir el nicho aún quedaba algo y a pesar que los albañiles sudaban tratando de darse prisa deduje que todavía faltaba para la inhumación, me acerqué a Vélez para buscarle la conversación.

—Curiosa forma de construir los nichos ¿verdad?

—¿Los nichos? Ah, sí, aquí se usa este estilo. Siempre se usó así —me respondió señalando a los demás nichos que había alrededor, de diferente tamaño y color, pero en términos generales de la misma forma—. Mire, ese que usted ve allá atrás es el de la Rita.

—¿Rita? ¿Cuál Rita?

—Hace unos años cuando empezó el problema con Sendero Luminoso, la Rita era uno de ellos, decían que era de los dirigentes, a poco de empezar la subversión hubo un tiroteo entre Sendero y los Guardias Republicanos que custodiaban una retransmisora, allá no muy lejos de aquí y ella murió.

—¿Y eso cuándo fue?

—Ya hace mucho tiempo, antes que viniera el ejército. Pero sigo con la historia de la Rita, porque cuando murió la trajeron a este pueblo sus familiares para enterrarla y lo hicieron allí.

—¿En ese nicho?

—Exactamente, la enterraron. Pero al amanecer del día siguiente nos dimos con la sorpresa que toda su tumba estaba pintada de rojo, alguien lo había hecho durante la noche como para desafiar a los demás y rendirle homenaje por ser de Sende-

ro. Probablemente algún infiltrado, en aquella época había muchos.

—¿Y así se quedó?

—Claro que no. La noche siguiente escuchamos una explosión y nadie quiso salir de su casa, por la mañana al bajar vimos que alguien le había colocado un petardo de dinamita a la tumba de la Rita haciéndola pedazos.

—¿Y supieron quién fue?

—Nunca, los familiares volvieron a reconstruir su tumba. Pero ya a nadie se le ocurrió volver a pintarla. Al poco su familia se fue del pueblo y nunca más volvimos a saber de ellos. No tengo que decirle que todo el pueblo estaba asustado.

Me acerqué a la tumba y estaba bastante abandonada, sin nombre ni señas particulares que la identifiquen. Así que eso era lo que quedaba de la camarada Rita, pensé. Estaba en ello cuando escucho que había un movimiento en el cortejo, al parecer ya estaba listo el nuevo nicho e iban a proceder a enterrar a Don Gregorio. Me acerqué al grupo y observé que un par de personas colocaban el cajón sobre el nicho, antes de introducirlo. Era un ataúd rectangular improvisado que el carpintero del pueblo había preparado durante toda la noche con toscos tabloncillos de madera recién cortada y húmeda. Alguien, previsora-mente, había traído algunas sillas, cinco o seis, para los familiares y las colocó a un lado. Pude distinguir a la mujer de Don Gregorio que se sentó en una de ellas luego de hacer sentar a sus dos hijas, las mellizas, que no permanecieron mucho tiempo sentadas pues se bajaron y comenzaron a corretear por entre las tumbas, sin seguir la ceremonia por ser muy pequeñas. La mujer me vio y me pidió que tomara asiento en una de las sillas vacías, en principio no me pareció lo propio no teniendo yo mayor relación familiar con el difunto, pero en vista que nadie más se sentaba lo hice, aunque sólo sea para dar un poco de volumen al estrado oficial.

En vista de que no había sacerdote que oficiara la ceremonia, ésta fue lo más sencilla e improvisada posible, se limitó a un Padrenuestro. Pero antes de introducir el cajón, un hombre joven que luego me enteré que también trabajaba en la posta médica de Vélez pero en el turno nocturno, cogió una silla y se paró sobre ella para dar el responso o discurso. No fue muy largo, habló un poco de Don Gregorio y en vez de continuar en

La Fiesta del Pueblo

ello se puso a fustigar a todo el pueblo por sus actitudes, rencillas, chismes y todo aquello que es común en los pueblos pequeños, en particular cuando afectaron en vida a Don Gregorio. Y para que les quedara claro que el daño estaba hecho les dijo que, en todo caso, ya era tarde para arrepentirse porque uno de sus vecinos ya se había ido para siempre. Demás está decir que todos permanecieron callados.

Terminado el discurso se procedió al entierro, que consistió en introducir el cajón por el extremo abierto del nicho empujándolo. Inmediatamente los que hacían de albañiles comenzaron a colocar los ladrillos para sellar definitivamente la sepultura, esto tomó un rato y mientras ello sucedía yo observaba distraído a mí alrededor. Para mi sorpresa descubrí que las niñas de Don Gregorio estaban jugando detrás de mi silla en el suelo con una muñeca y unos trozos de madera, cuando miré con más detenimiento observé de reojo que la muñeca era una de estas copias de mala calidad que asemejan a las Barbies, y que con las tablillas las niñas hacían una pequeña cajita, más me conmovió cuando las vi que lo que hacían en su juego era introducir su muñeca por un extremo de la caja tal y como lo habían visto hacer hace unos momentos con el cajón de su padre.

Hasta donde sé, creo que fui el único que prestó atención al incidente ya que todos los demás asistentes estaban atendiendo a la ceremonia de la inhumación. Nadie más se dio cuenta de ello. Pero cada vez que bajaba la miraba podía ver a las dos pequeñas niñas concentradas en su juego, ajenas al futuro incierto, probablemente negro que les tocaría vivir y que yo no quería conocer.

El Abandono

De todos los aspectos de esta guerra, el más perverso consistía en que después de varios años nadie parecía saber como terminarla, que no era igual a decir que nadie decía saber como terminarla. Ya habían pasado unos años y las tropas se iban relevando año a año, y siempre llegábamos a la misma fórmula de aprender desde el comienzo. Evidentemente esto hubiera sido comprensible los dos o tres primeros años -no quiero ni imaginarme como lo pasaron-, pero no justificable para después, particularmente con un enemigo poco adaptable a nuevas circunstancias y cuya principal carta era el someter a la población al terror. Sus victorias militares eran mínimas o nulas, sin embargo, día a día cedíamos terreno y la presencia de un estado, ineficiente e incompetente, pero estado al fin, era cada vez más efímera.

Antes dije que su principal carta era el terror, probablemente era cierto pero no menos cierto lo era con la invalorable ayuda de enfrentarse a quienes no éramos capaces de reaccionar apropiadamente, empezando por un gobierno torpe e indiferente a lo que sucedía en lo más profundo del interior del país.

Para mediados de abril se nos convocó a todos los oficiales aptos para el mando de patrulla, es decir, capitanes, tenientes y subtenientes, para una conferencia en la comandancia de la División respecto a los objetivos a alcanzar aquel año. La convocatoria correspondía a una orden transmitida por radiograma donde se incidía en la importancia de la misma. Todos debían estar presentes dados los temas a tratarse. Huelga decir

que los convocados estábamos de acuerdo. Para el día anterior a la fecha indicada ya estábamos preparados para asistir en el primer grupo de oficiales organizado, entre los que recuerdo estaba el Teniente Coronado, dos años más antiguo que yo, de artillería. Coronado era una rara avis en este lugar, como uno de los mejores de su promoción tenía todas las cartas para evitar la Zona de Emergencia, pero él no lo hizo. En vez de ello siempre estaba en primera línea pero de ningún modo era un temerario y menos un imprudente; es más, lo consideraba uno de los pocos que sopesaban cada situación nueva, un pensante. Cuando se enteró de la convocatoria fue el más entusiasta debido a que cuando llegamos a comienzos de año nadie nos dijo nada sobre lo que ocurría ni de lo que se tenía que hacer.

En la práctica, según él, esto había pasado de ser un problema nacional a un conjunto de pequeñas guerras que cada jefe de patrulla o base llevaba como mejor podía o quería, pero que no había un planteamiento estratégico real; actualmente sólo existían objetivos difusos sin metas tangibles. Las palabras "Pacificar la zona" o "Defender la constitución" tenían poco sentido e irrelevantes para quienes patrullaban, y mucho menos para la población que vivía bajo la zozobra de Sendero y sus amenazas.

Al día siguiente partimos en un convoy que nos permitió llegar en tres horas a la comandancia de la División, justo a tiempo para recibir la charla prevista. Esta sería en un aula grande preparada para la ocasión y, además de nosotros, también había otros grupos de oficiales de otros batallones, a unos los conocía y a otros no, pero no hubo tiempo de charlar mucho, la reunión empezó pronto. Hizo su ingreso un comandante a quien yo no conocía y se presentó solamente con el nombre de comandante "ZZ". Más de uno se sintió intrigado por esto, pero pronto lo olvidamos cuando comenzó a hablar.

En principio nos dijo que estábamos convocados para uniformizar criterios respecto a la lucha contrasubversiva, que hasta ahora no tenía un rumbo fijo. Todos asentimos a esto último con un murmullo en la sala, hasta que continuando con su charla nos dijo que esto era más que necesario ya que nosotros, refiriéndose al auditorio, no éramos capaces de entenderlo ya que él había recibido un curso en Francia. Evidentemente este comentario estaba totalmente fuera de lugar, pero pareció no importarle, pues según él le daba licencia para opinar de todo y

de todos. Al principio comenzó a hablar sobre la vida en las bases, los patrullajes y otras cosas, a veces hablaba sobre alguna operación conjunta o de seguridad, y así de temas dispersos. Coronado que estaba sentado a mi lado lo escuchaba con atención y observaba, de tanto en tanto, un libro que el expositor tenía entre sus manos.

– ¿Sabes qué libro tiene en sus manos? –me susurró.

– No logro ver el título, pero parece un manual.

El orador continuó con su discurso, cada vez que podía insistía en que la responsabilidad de que las cosas no vayan bien en esta guerra recaía en nosotros por incompetentes, y hasta se propuso restregárnoslo por la cara:

– Como que tengo razón, hace unos días llegué a ese convencimiento. Y lo puedo demostrar –dijo señalándonos.

– No saben a indignación que sentí cuando el lunes pasado hubo un corte de luz en la capital –pero no entendíamos que tenía que ver eso, a trescientos kilómetros, con nosotros.

– ¿Cuántos de ustedes han dado cumplimiento al plan “Luciferino Alfa Beta”? –preguntó al auditorio que evidentemente no contestó, porque hasta donde yo llegaba a saber nadie conocía la existencia del tal plan de maricielo o como se llame, al menos yo ni lo había escuchado nombrar.

– ¡¿Ven?! ¡¿Ven cómo tengo razón?! ¡¿Saben cuál es el plan “Luciferino Alfa Beta”?! ¡Claro que no! –se preguntó y se contestó a sí mismo.

– ¡El plan “Luciferino Alfa Beta” es un plan para dar seguridad a las torres de alta tensión que llevan energía a la capital! ¡Lo sé porque lo escribí yo mismo con mi puño y letra hace tres años cuando trabajé aquí! Cada vez que se corta la luz, clamo al cielo y digo: “¡Dios mío...! ¡He arado en el mar!”

Ahora las cosas ya se estaban aclarando, el plan “Luciferino Alfa Beta” lo escribió él y le dolía que nadie le hubiese hecho caso, pero lo más probable no fuese por desidia, sino porque la escasez de suministros más básicos hacía que ni siquiera hubiera presupuesto para comprar papel de oficina, obligando a los furrieles a echar mano de cuanto papel reusable existiese por una cara, y no había mejor fuente de materia prima que los papeles del archivo del año anterior, probablemente el tal plan “Luciferino Alfa Beta” se hubiese convertido en un “Parte de rancho”, para luego terminar sus días como papel higiénico, ya

que habíamos instituido el reciclaje hasta límites extremos; los de Greenpeace nos adorarían. Mientras esto ocurría, Coronado, ajeno a las implicancias del plan “Luciferino Alfa Beta”, hacía todos los esfuerzos posibles para tratar de averiguar sobre el libro que el expositor traía entre manos. Al parecer era muy importante pues no lo soltaba en ningún momento. Probablemente -pensó Coronado- era un manual de lucha contrasubversiva traído de su curso en Francia, aunque esto tampoco tenía mucho sentido.

—Es más, ¿alguien sabe por qué el plan en mención se llama así? Piensen un poco, y si tienen una mínima mentalidad deductiva-inductiva desarrollada podrán saberlo. ¿Algún voluntario? -preguntó, pero nadie dijo nada, sólo el silencio de la sala.

—Veo que ni siquiera son capaces de deducirlo, así que les haré la vida más fácil: “Luciferino” viene de Lucifer, el ángel de la luz, y los luciferinos son los “amantes de la luz” y esto se relaciona con el mantener la energía eléctrica que ilumina nuestras ciudades y a sus habitantes. ¿Ven que era fácil deducirlo? Es más, es tan sencillo que el nombre se lo puso mi esposa cuando me vio preparando el plan -sólo esto nos faltaba, pensé para mis adentros, que su mujer sea la que confeccionara los planes, una cosa era preparar la sopa y otra un plan de operaciones.

—La verdad es que nos ha impresionado mi comandante, muy inteligente y audaz de su parte. ¿Y a qué podemos atribuir la segunda parte del nombre? Eso de Alfa Beta -preguntó una voz que provenía exactamente de detrás de mí, cuando giré para ver quién era me encuentro con el Teniente Sánchez, a quien conocía de haber trabajado con él en el sur. Sánchez era el típico personaje que acudía a la adulación para compensar su escasez de cualquier otra destreza. Cierto es que como adulator era un auténtico plomazo; de todos los defectos que alguien podía tener este era el peor porque generalmente los aduladores se parecen a los amigos tanto como los lobos a los perros.

—Muy acertada observación teniente...

—Teniente Sánchez, Sánchez Escobedo mi comandante -añadió presuroso Sánchez.

—Se lo contestaré, ya que veo que en el auditorio hay por lo menos una mente despierta que presta atención. Lo de Alfa Beta representa una continuidad con progresión aritmética de razón

uno, es decir, es la alegoría de las torres de alta tensión que van una detrás de otra. ¿Ven como todo tiene su lógica?

Terminado el episodio del plan “Luciferino Alfa Beta” el orador se centró en la parte importante de su discurso y con tono solemne dijo:

—Señores, hay algo indispensable que ustedes deben saber dada su gravedad: ¡Hemos dispersado nuestras fuerzas!

Claro que todos permanecíamos callados. ¿Qué significaba aquello de que habíamos dispersado nuestras fuerzas?

—Sí señores, nos hemos dispersado por todo el territorio estableciendo bases y patrullando día y noche... ¡Un error! cuando nuestras mejores ventajas son la movilidad y la potencia de fuego y no le estamos sacando provecho... ¿Qué se hizo de la infantería motorizada? ¿De las compañías de morteros? ¿Y de la aviación? ¡Nada! —cuando dijo esto muchos intuimos que no íbamos a estar de acuerdo. ¿No se suponía que lo que necesitábamos para ganar la guerra era lograr el control territorial y el apoyo de la población?

—Les puedo demostrar —continuó— que una estrategia exitosa es emplear todos nuestros batallones en conjunto para lograr una abrumadora superioridad numérica sobre el enemigo. Así, por ejemplo, si organizamos una operación como la que les voy a plantear... —y comenzó graficar en la pizarra una serie de esquemas que representaban ataques frontales con amplios envolvimientos, estos encuadrados por límites entre batallones, compañías y secciones; además de zonas de reunión, posiciones adelantadas y todo tipo de símbolos y abreviaturas que representaban contraataques y reservas que eran puestas en movimiento para dar protección a los flancos y... en suma, todo aquello que ponía en evidencia que a su lado Rommel era un bebé de pecho y Napoleón un imbécil. Llegó un momento en que la pizarra era un galimatías de rayas y círculos que seguía añadiendo como si estuviera poseído.

Entre raya y explicación continuaba con sus detalles estratégicos, aderezados por anécdotas personales y añadiendo que si en Francia esto o en Francia lo otro. No importando que no tuviese nada que ver con el tema de la exposición. En un descuido que tuvo para limpiarse las manos de tanto polvo de tiza acumulado dejó el libro al alcance de la vista de Coronado, quien al identificarlo me tomó de un brazo y me dijo: ¿sabes qué libro está

La Guerra de los Tenientes

usando? Coronado me cogió desprevenido y le repliqué:

—¿De qué libro hablas?

—De ése que tenía en sus manos y de donde al parecer saca todas sus ideas.

—No, no lo sé. Debe ser de algún gurú en esto de las guerras... ¿No dice que ha estado en Francia?

—No, nada de eso. Lo que tiene es el ME-...

¡El ME-...! Pero si ese manual era completamente inútil. Era un manual que alguien confeccionó a comienzos de los años sesenta, quizá apremiado por lo sucedido en Cuba, es decir estaba pensado en una guerra externa o en movimientos guerrilleros como los castristas. No era el caso de Sendero Luminoso, porque su tipo de acción no estaba contemplada en los manuales del ejército. Los que lo habíamos leído sabíamos que desde que planteaba la guerra interna como un combate de focos guerrilleros no había ninguna semejanza con Sendero, que seguía la línea militar propuesta por Mao Tse Tung de guerras prolongadas y con fuerzas poco expuestas. Evidentemente esto lo sabía Coronado que levantó la mano para preguntar, interrumpiendo la exposición.

—Si, diga teniente.

—Mi comandante, veo que usted está utilizando como referencia el manual ME-...

—Cierto, complementado con mi experiencia ¿algún problema?

—Es que ese manual tiene casi treinta años y está desfasado porque tod...

—¿Qué me quiere decir? ¿Qué usted sabe más que yo? —repreguntó el orador con un tono de fastidio.

—No, yo comentaba sobre el manual que...

—Ya le dije que está ampliado y mejorado por mi experiencia, no olvide que estuve en Francia.

—Mi comandante, yo sólo decía sobre el manual, pero ya que trae el asunto de Francia... No sé, usted sabe, Indochina, Algeria, como que como ejemplos no son...

—¡Mírenlo! ¡Mírenlo! ¡Por gente como usted no estamos ganado esta guerra! —de pronto comenzó a decir en voz alta señalándolo para que todo el auditorio se fije en Coronado— ¡Dios mío, así no llegaremos a ninguna parte! ¡Es el vivo ejemplo de la derrota!

Coronado se quedó sorprendido por la reacción del expositor, simplemente se había limitado a hacer una pregunta, la cual, por algún motivo había caído mal.

—¿Usted sabe por qué es importante este manual aunque como dice esté desfasado?! ¿Quiere saber?! ¿Quiere saber?! ¡Eh! Se lo diré: porque establece una Doctrina de acción, y no como ahora, sin rumbo ni dirección. ¿Me entiende? ¡Doctrina! ¡No importa cuál, mientras exista! ¡D-o-c-t-r-i-n-a!

—Pero mi comandante, si yo no estoy contra eso. Lo que yo digo es que esa información está desactualizada y...

—¡Doctrina! ¡Doctrina! —clamaba el expositor levantando en alto el manual, recordándome a los antiguos inquisidores de la fe.

Coronado se sintió molesto y ofendido por la actitud, lo estaban acusando injustamente por hacer una pregunta, en la cara se notaba, y procedió a refutar los argumentos presentados.

—Mi comandante, la organización máxima de Sendero Luminoso es a nivel pelotón o fracciones del mismo, no tiene sentido atacar con batallones. Ellos nunca darán la cara, es imposible mantener el secreto para una operación de tal envergadura, simplemente se replegarán a sus escondrijos o, peor aún, se diluirán entre la población civil utilizándola como escudo.

—¿Y eso dónde está escrito?! ¿Quién se lo ha dicho?! ¿Usted ha estado en Francia?! —preguntaba a Coronado pero sin darle tiempo a responder, así que se dirigió a la audiencia.

—¡Necesito ideas! ¡Ideas y luz! ¡Vamos señores!

—Mi comandante, podemos hacer empleo de la caballería que nos permite libertad de movimientos en terrenos agrestes —dijo entusiastamente alguien que pensaba que esto sería mas o menos como una guerra contra los Sioux.

—¡Muy bien! ¡Ya veo que reaccionan! ¡Quién se atreve!

—Y el empleo de blindados nos dará protección contra las armas de pequeño calibre —dijo otro.

—¡Sí, sí! ¡Sigan! —decía con una sonrisa de satisfacción, viendo que su mensaje había calado. Poco después comenzaron a llegar toda clase de ideas disparatadas, la cual más peregrina.

Parecía que la reunión había degenerado en esas de sectas religiosas, poco faltaba que alguien se pusiera de pie y comenzara a gritar: “¡He visto la luz! ¡He visto la luz!” Mientras que otro caía al suelo convulsionando y los demás en coro exclamarían

“¡Alabado sea el señor!”

La verdad es que la reunión se iba de madre. La única conclusión a que llegué era que este señor no tenía la respuesta par ganar la guerra. La respuesta estaría en cualquier parte menos en su obsoleto manual. Supusimos que alguien le había dado la orden de dar esa clase y la había preparado como hubiera podido o, lo que sería peor aún, que realmente se estuviera creyendo sus palabras.

-¡Y las granadas de artillería de 122 pueden batir objetivos a veintiún kilómetros! -dijo Sánchez para no quedarse atrás y figurar en la reunión.

-¿Qué hablas tú? -le dije volteándome hacia él- Si ni siquiera sabes porqué caen las granadas del cielo.

-Claro que lo sé -respondió mirándome enojado-. ¿Me tomas por un ignorante? Las granadas caen por efecto de la gravedad... y aún si no existiera la gravedad igual caerían porque pesan un montón.

Coronado, que también era artillero, le lanzó una mirada que poco faltó para fulminar al buen Sánchez por la barbaridad que acababa de decir, tanto así que se le quitaron las ganas de continuar proactivo con sus ideas.

Tampoco faltaron los aportes de ideas para alcanzar la victoria de nada menos que del teniente Ferrán quien decía que “la artillería también sería útil para iluminar el campo de batalla”. La historia del teniente Ferrán era muy curiosa, aunque no única: a comienzos de año, durante los cambios de colocación, llegábamos en diferentes vuelos los oficiales a la comandancia de la División, en espera de los convoyes que nos trasladaran a nuestros respectivos batallones. Para cuando yo llegué ya éramos unos cuantos, cuatro o cinco, que normalmente permanecíamos juntos a la espera de órdenes; entre ellos estaba el teniente Ferrán, un año menos antiguo que yo y que por el apellido sabíamos que era pariente, sobrino para ser más precisos, del jefe de la División. Un día cualquiera, el segundo día para ser más exactos, Ferrán desapareció y no lo volvimos a ver hasta la llegada del convoy dos días más tarde. Cuando estábamos preparando los camiones, porque además de nosotros también se recogían suministros y víveres, vimos al buen Ferrán con una tablilla contabilizando sacos de papas en el almacén. Un capitán del grupo que estaba con nosotros se le acercó y le dijo que ya

estaba el convoy listo y que partiríamos en dos horas, Ferrán le contestó que ya no iría, que de la comandancia de la División le habían ordenado terminantemente –contra su voluntad según nos dejaba entender- que se quedara en la comandancia y asuma el importantísimo cargo de oficial de rancho, vamos, de cocinero para ser más concretos. Nosotros nos quedamos mirándolo en silencio, no habían pasado cuarenta y ocho horas y nuestro batallón sufría su primera baja. El único que luego hizo un comentario fue el teniente Coronado quien dijo: “Será mejor así, no quiero tener a mi lado a esa clase de gente”.

Al cabo de una hora y en medio del desorden generalizado la reunión se dio por terminada. Así como así, sin una conclusión, directiva clara o una moraleja cuando menos. Mientras salíamos, alguien preguntó al expositor:

–¿O sea que usted estudió en Francia haciendo el curso de Estado Mayor?

–¿Estado Mayor? No, no. El curso que hice fue de TRIEM –respondió causando la intriga de los que se iban reuniendo a su alrededor.

–¿Y de qué trata ese curso de TRIEM?

–TRIEM significa: Técnicas de Redacción de Informes de Estado Mayor –respondió orgulloso.

–¿Y para redactar esos informes es necesario un curso de un año?

–¿Un año? Claro que no. Fueron dos semanas.

Saliendo de la reunión le pregunté a Coronado la impresión que tenía, me contestó más desalentado que decepcionado:

–Esta reunión, clase, charla o como la quieras llamar no tuvo ningún sentido; esta es una guerra que no se gana con balas.

–Pensarás como todo el mundo que es una guerra de ideas, ideas políticas, ¿cierto? Eso lo sabemos todos y es una frase de cliché.

–No, tampoco. Ésta tampoco es una guerra de ideas.

–¿Cómo que no es una guerra de ideas? ¿Acaso no ves que son maoístas? Cada vez que hacemos una captura encontramos toneladas de propaganda política: panfletos, el libro rojo de Mao, etc. ¿Qué me dices?

–Que no son ideas políticas. A lo mejor lo sea para un pequeñísimo grupo de la dirección de Sendero Luminoso. Pero

para la gran mayoría es sólo una excusa, excusa para el pillaje y el robo; a esos no les interesa el marxismo, el comunismo, el maoísmo ni cualquier otro ísmo que les metas. Piensa que más del noventa por ciento ni siquiera ha terminado sus estudios primarios o secundarios. ¿Qué carajo crees que pueden entender del materialismo dialéctico? Lo mismo que tú y yo: ¡nada!

—Pero eso que me dice es una opinión personal, una suposición suya, ¿no?

—No. Te lo explico, antes de venir aquí traté de entender contra qué íbamos a combatir. Me informé de todo esto del marxismo y su variante el maoísmo chino. Luego de un tiempo creí que estaba bastante documentado como para mantener una discusión de cierto nivel con cualquier mando de Sendero.

—¿Y?

—Que tuve la oportunidad hace unos meses. ¿Te acuerdas que en marzo capturaron a Marino, el mando político de la zona sur?

—La verdad es que no. Pero siga que lo escucho.

—Bueno. Yo no lo capturé pero viendo la oportunidad que se representaba pedí autorización para interrogarlo. Pensé que me lo negarían pero para sorpresa mía aceptaron. Fue una reunión de más de dos horas bastante decepcionante, el mando político no tenía ni idea de política. Todo su conocimiento se basada en frases hechas que se las habían hecho repetir una y otra vez. Pero incapaz de organizar un conjunto de ideas coherentes.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

—Te pondré un ejemplo clarísimo: En un momento del interrogatorio sacó a relucir las citas del presidente Mao una y otra vez. Aproveché para preguntarle si sabía que Mao Tse Tung estaba muerto hace muchos años. El tipo ese de Marino se puso furioso, que estábamos mintiendo, que eran bravuconadas de los revisionistas liderados por el maldito traidor de Den Xiaoping para hacernos dudar de la inevitable victoria que ya estaba cerca. Luego de escuchar a este “mando” me quedó claro de que no era una guerra de ideas políticas.

—Sí pero esto no explica el nivel de violencia a que hemos llegado. Yo pensaba que lo del maoísmo y la revolución lo justificaba. Pero si no es eso... entonces... ¿Qué?

—Allí está el punto. Y es la base por la que podemos ganar la guerra. Me explico, yo creo que ha quedado claro que no son las

ideas políticas lo que mueven a la gente, por tanto es ilógico combatirla por ese frente. Lo que Sendero logrado, y hay que reconocer que lo ha hecho muy bien, es canalizar el resentimiento profundo y ancestral de las personas contra el sistema en que viven. No hay que ser muy inteligente para palparlo, por ello siempre trata de eliminar toda organización o elemento que pueda representarle competencia empezando por las autoridades locales, alcaldes por ejemplo o propietarios de haciendas.

—Sí, algo explica.

—Explica, pero también es un modelo agotado, son pocos alcaldes los que quedan y menos los propietarios de haciendas. Entonces quedan los pequeños propietarios, aquellos que tienen miserables parcelas que apenas les da para vivir, pero suyas al fin y al cabo. Los verdaderos problemas se han presentado cuando han tratado de socializar esas tierras. ¿Sabías que existen dos tipos de campesinos?

—¿Dos tipos? Primera noticia.

—Sí, están aquellos que tienen tierras y los que no. Claro que a ti y a la mayoría de gente les pueden parecer igual de pobres, pero no lo son. Los segundos son temporeros y van de un lado a otro como mano barata trabajando para los primeros en cosechas o época de siembra. Como puedes suponer sus ingresos son ínfimos y su vida tanto precaria como miserable. Estos fueron los más fácilmente captados por Sendero, les ofrecían igualdad y tierras para todos. Pero los propietarios fueron más difíciles, una cosa es que le quiten a otros y otra que te la quiten a ti. Para estos últimos se emplea el terror: mata a uno y aterrozarás a mil. Y eso Sendero lo ha puesto en práctica.

—Bueno, ¿entonces qué propone?

—Lo mejor sería organizar y armar a la población. Hazlo y verás como se pondrá fin a la expansión de Sendero. Has visto como en los pocos lugares donde se han organizado las rondas campesinas la calma se ha vuelto a imponer.

—En otras palabras: que la misma población proteja lo que es suyo, ¿verdad?

—El ser humano es así, siempre lo ha sido. Antes te perdonará la muerte de su padre que la pérdida de sus bienes.

—¿De dónde sacaste eso?

—No lo inventé. Lo dijo Maquiavelo hace mucho y vaya si tenía razón. No hemos cambiado nada.

La Guerra de los Tenientes

– Bien, supongamos que hacemos todo esto. ¿Dónde quedamos nosotros, el ejército? –pregunté.

– Pues ése es otro punto importante. Nosotros no pintamos en nada en este asunto.

– ¡Cómo que no pintamos en nada! ¡Después de lo que estamos pasando!

– Es que primero tienes que entender que la subversión no es un problema de guerra, sino interno. Los ejércitos no están creados para combatir enemigos interiores, es decir, a su propia población, sino exteriores. Y te lo puedo demostrar: ¿Algo de lo que aprendiste en la Escuela Militar ha sido aplicable aquí?

– Pues, pensándolo bien... poco o nada.

– La subversión es netamente un problema policial, puede ser mayúsculo pero no deja de ser un problema policial. Para ello la policía está mejor preparada que nosotros: saben de leyes, interrogar, investigan y así todo aquello que nosotros no hacemos. Bastaría con capturar a los mandos principales y verás como toda la pirámide de la organización terrorista se desmorona, no existe una base popular.

– Te tengo que recordar que la policía fracasó antes que nosotros –sustenté bastante contrariado.

– Sí, fracasaron. Pero fracasaron porque no les dieron los medios adecuados, los abandonaron a su suerte, y tampoco existía un andamiaje legal que los soporte. Esos miserables chupatintas del Congreso de la República no servían ni para eso. Es más, los policías hasta fueron desautorizados por su mismo jefe: el Ministro del Interior, quien afirmaba que no existía terrorismo, que eran cuatro gatos que robaban ovejas o abigeos; no sé si lo decía por ser extremadamente cándido o porque era un completo imbécil, más probablemente por esto último. Cuando la situación se les desbordó de las manos fueron desesperados a pedir ayuda a la Marina... ¿Qué carajo pintaba la Marina aquí? y como esto seguía creciendo llamaron al ejército, metiéndonos en este problema cuando ya había estallado.

– En otras palabras –dije resumiendo- este es un problema de corazones y no de ideas políticas.

– Exacto, además piensa que si no fuera así estaríamos perdidos. ¿Qué puedes ofrecer como idea política a la población en contraposición al maoísmo de Sendero? ¿Democracia? No me hagas reír, esta mierda de democracia que tenemos se limita a

convocar elecciones cada cierto tiempo en donde salen elegidos cada vez más cretinos, mangantes, ladrones y toda esa ralea que gobierna al país para su beneficio. ¿Tú crees que la población es tonta? Si hubiera estado en sus manos hace tiempo que los habrían linchado –dijo Coronado enfadado y, en honor a la verdad, en esto último tenía toda la razón.

El capitán Orrego que estaba con nosotros y permaneció escuchando en silencio durante toda la conversación finalmente apuntó:

–Oye Coronado, muy bonito todo lo que dices pero ten cuidado, no olvides que hay quienes detestan a los soldados que hacen preguntas.

Luego la conversación derivó a otros asuntos, porque mientras habían oficiales que estaban en su tercera estancia en la Zona de Emergencia había otros quienes aún no iban por primera vez y, tampoco se podía poner en el mismo rasero a los que iban porque todos no estaban asignados a unidades de combate. Entre los múltiples premiados estaba el capitán Orrego, quien no entendía cómo podía ya estar tres veces aquí mientras otros no habían venido una sola. Nos contó que trató de hablar con el oficial de cambios, pero como éste no supo darle explicaciones se limitó a decirle que venía porque la patria se lo pedía. Orrego estaba a un paso de solicitar audiencia con la señora esa, pues sospechaba que quien lo enviaba era otro tomando su nombre.

Como nos vio reunidos, el teniente Ferrán se acercó a saludarnos haciendo una broma acerca del triste estado en el que se encontraban nuestros uniformes, mientras que él llevaba uno nuevo de almacén. Como era de suponer, su chiste cayó como nombrar la soga en casa del ahorcado. Coronado no se pudo contener y le hizo saber que su uniforme también estaría desgastado si hubiera tenido los huevos suficientes para estar en nuestro batallón. Por supuesto que esto le dolió mucho a Ferrán que no entendía que las palabras sinceras normalmente no son amables y trató de replicar al teniente Coronado alzando la voz, pero antes que termine fue interrumpido por Coronado.

–Mantenga su lugar teniente Ferrán.

–Lo hago, mi teniente. Sólo cumplo órdenes.

–¡Me lo creo! ¡Las órdenes de su tío!

–No le permito que insinúe que estoy evadiendo mi respon-

La Guerra de los Tenientes

sabilidad -se defendía Ferrán.

-No lo estoy insinuando. Te lo estoy diciendo en la cara, nuestro batallón es una unidad de combate y era un batallón de infantería, sin embargo yo soy artillero, este señor -dijo señalándome- es ingeniero, y así más de media corporación; sin embargo usted que es de infantería en vez de estar a la cabeza de la tropa está contando papas y pesando arroz.

-No lo escogí yo. Me nombraron.

-¡Ándate con ese cuento a otro lugar!

Ferrán llegó a la conclusión de que no iba a sacar nada en aquella discusión que él mismo había propiciado con su comentario, así que se retiró enojado con rumbo a su cocina. El silencio se hizo en el grupo luego del giro que tomaron las cosas, así que traté de conciliar nuevamente la conversación.

-Mi teniente Coronado, me parece que se le pasó un poco la mano al tratar con Ferrán. Dejémosle el beneficio de la duda al menos.

-¿Sabes? Una cosa es que lo diga y otra que me importe, y en realidad no me concierne demasiado porque pase lo que pase la vida tiene la persistente costumbre de poner a todo y a todos en su sitio.

Pasaron los días y de la tan cantada ofensiva no quedó mucho, el empleo de la aviación no pasó de un ensayo de bombardeo en una pampa a doce kilómetros al norte del cuartel. Se utilizaron dos aviones A37 en vuelo rasante con bombas de gravedad, que caían dando tumbos en el aire y explotaban con un enorme estruendo, destruyendo todo a su alrededor, menos el blanco que se había pintado en el cerro -por lo menos los dejaremos sordos, murmuró Coronado-. Peor lo pasaron los observadores avanzados que dirigían el tiro y casi quedan pulverizados por la imprecisión de las bombas; regresaban con los pelos de punta diciendo que la próxima vez su puta madre iba a dirigir el tiro.

Coronado y yo nos mirábamos incrédulos, era como matar moscas a cañonazos. ¡Emplear aviación contra cuatro desarraigados armados con escopetas!

Pero lo que realmente hizo cambiar de opinión sobre el empleo de la aviación no fue la falta de coordinación táctica sino cuando la Fuerza Aérea pasó la factura del combustible de los aviones, lubricantes, viáticos de los pilotos y un largo etcétera

que no sé si llegaba hasta las bombas empleadas.

Para terminar, el tiro de gracia a la ofensiva llegó cuando comenzaron las peticiones sinfín de los jefes de batallón para poder cumplir las órdenes que se iban emitiendo: solicitaban calzado para la tropa que no lo recibía desde el año anterior, uniformes, víveres extra, raciones de campaña envasadas, dotaciones adicionales de combustibles para los vehículos y todo aquello que sea necesario para llevar una operación militar como Dios y el mínimo sentido común manda, y que hace meses no veíamos o recibíamos con cuentagotas. Amén de repuestos de todo tipo para los motores de los vehículos, para los fusiles, particularmente para aquellos cuyos cañones estaban inutilizados; municiones de toda clase, bengalas, cohetes, granadas de mano, etc.

Al ver en la comandancia de la División que sus órdenes provocaron un aluvión de requerimientos de todo tipo, se resolvió emitir un radiograma con carácter de Muy Urgente:

De: Comandancia de ... División

Para: Comandantes de Batallón

Ref: Orden de Operaciones Nro ...

Ante las continuas e insistentes peticiones de suministros y combustibles por parte de las jefaturas de batallón, este comando se ve en la obligación de poner en su conocimiento:

1. Las jefaturas deben tomar conciencia que estamos en un proceso de intensa y máxima austeridad en nuestra institución, que se hace extensivo a todo el país debido a la grave crisis económica.

2. Este alto comando sólo dará trámite aquellas peticiones que considere indispensables, estableciéndose drásticos procedimientos de fiscalización en su empleo y verificación de necesidad.

3. Las peticiones deberán tramitarse por el conducto regular y serán atendidas de acuerdo a la disponibilidad de medios y en el tiempo que este alto comando considere conveniente.

4. La falta de los medios solicitados no son óbice para el correcto cumplimiento de la misión.

Este comando recuerda que los jefes de batallón que para cumplir la misión encomendada deberán desplegar la máxima iniciativa y creati-

La Guerra de los Tenientes

vidad para suplir los medios no proporcionados. Exhortándoseles a cumplir la misión con el patriotismo y abnegación que la situación amerita.

En otras palabras, para quienes no están acostumbrados al lenguaje militar, lo que decía el bendito radiograma era que a partir de ese momento cada perro se lamería la herida como podía, porque de todo lo pedido, los jefes de batallón no verían jamás nada de lo solicitado, de la misma manera que no eran capaces de ver sus propias orejas.

Que no hubiera los mínimos medios para montar una ofensiva como la que se describía –ni se necesitaba–, no era excusa para no seguir emitiendo órdenes relacionadas a la misma, particularmente cuando se aseguraban de que no habría pedidos de suministros. Estas llegaban numeradas Nro 36... 37... 38... etc. Y estaban redactadas desde el Cuartel General con un lenguaje elaborado pero totalmente desconectado de la realidad. Imaginábamos que quien las escribía terminaba con una especie de orgasmo tibetano cada vez que colocaba el punto final. Si no se organizaba un asalto anfibio no era porque no había cómo llevar el agua de mar a los andes, sino por temor a que la marina nos pase la factura del combustible consumido.

En general sentíamos que se llevaba una doble guerra: una contra Sendero Luminoso y otra más despiadada contra el presupuesto, siendo esta última la más cruel y el dirimente de todas las disputas. No existía el concepto coste-beneficio, lo único que importaba era gastar lo menos posible.

Conforme pasaban los días, el gobierno de la nación, jaqueado por la atroz crisis económica que él mismo había desbocado, recortaba más y más los presupuestos hasta casi llegar atar de pies y manos a las fuerzas que combatían a Sendero. Un día, a mediados de mayo, a alguien en el Cuartel General se le ocurrió la brillante idea de que se podía economizar medios replegando las bases alejadas, ya que de ese modo no habría gastos de transporte, desplazamientos, además que el calzado y los uniformes durarían más y así un largo etcétera que al parecer antes nadie antes se había percatado. El único “pequeño” problema era que no se tenía en cuenta que esto implicaba abandonar a manos de Sendero Luminoso territorio que había costado mucho controlar; peor aún, las poblaciones afectadas perderían ese

único vestigio de estado-país que representábamos, teniendo en cuenta que desde hace varios años las autoridades civiles como gobernadores, alcaldes y funcionarios de salud habían huido o muerto. Alguien dijo que traspasáramos el control a la Policía Nacional, pero estos estaban en peor situación logística que nosotros, manteniendo puestos policiales a veces de seis o siete hombres.

A las dos semanas llegó un radiograma a nuestro batallón disponiendo el repliegue de tres bases, la primera de las cuales ya había sido desactivada hace por lo menos dos años y nadie en el Cuartel General se había preocupado en actualizar esta información, la segunda no era propiamente una base sino más bien una patrulla permanente que salía cada tres días de la sede del batallón para dar protección al único puente que nos mantenía comunicados con la capital del departamento, por tanto no había nada que desactivar y, por último, la base de Carhuín que era la más alejada, a más de tres mil metros de altura y que estaba en una zona verdaderamente crítica: a por lo menos cuatro horas de camino a la trocha carrozable más cercana y en medio de pequeños poblados que antes habían sido golpeados dura y repetidamente por Sendero. Según recuerdan algunos, la base de Carhuín se estableció debido a la imposibilidad de poder dar asistencia y auxilio a las poblaciones de la zona en un tiempo razonable, muchas veces pueblos enteros habían sido masacrados y a la comandancia no llegaba la noticia hasta uno o dos días más tarde.

Esa noche, luego de la cena, el comandante convocó reunión de oficiales para estudiar la situación. Aquella vez sólo estábamos disponibles en la comandancia ocho oficiales, además del Doc, que como oficial médico no podía participar de las operaciones. Luego de exponerse la situación, el capitán Caballero, que había estado como jefe de la base de Carhuín por tres meses, dijo que su repliegue no era posible sin perder el control de todas las alturas del departamento; lo mismo dijo el alférez Cano quien confirmó que toda la población actual del pueblo y de sus alrededores eran de los pocos que se habían mantenido fieles a la legalidad, Sendero se los cobraría. Los demás oficiales que no habíamos estado jamás en aquella base sólo opinábamos lo evidente mirando las cartas de la zona colgadas en la pared: la pérdida de esa base significaba abandonar territorio de las

alturas y los accesos a la selva, a la postre nos quedaríamos en control de ciudades y valles, nada más.

—¿Y que tal si mantenemos el control desde la base más cercana, la de San Juan de Llocha? —preguntó el comandante tratando de mantener alternativas viables que le permitieran cumplir la orden.

—No es práctico, mi comandante —respondió el alférez Cano—, en el mejor de los casos son tres horas caminando, que no parecen ser mucho, pero se hacen a través de esta garganta de kilómetro y medio que asciende entre esas cumbres, un lugar ideal para preparar emboscadas o simplemente bloquearnos con unos cuantos tiradores. La alternativa segura sería rodear el cerro Yanawilca y eso son más de dos horas adicionales.

Las evidencias dejaban claro que abandonar Carhuín no era posible sin correr gran riesgo, algo que yo creo que el comandante tenía claro de antemano, pero que prefirió que otros se lo confirmasen desde otro punto de vista, así que hizo terminar la reunión.

Al día siguiente el comandante del batallón pidió una conferencia por radio con el oficial de operaciones del Cuartel General, éste era un comandante que ya había visitado varias veces el batallón y algunas bases relativamente cercanas. La conferencia fue rápida, el jefe del batallón expuso las razones por las cuales no se consideraba conveniente el repliegue de la base de Carhuín. El jefe de operaciones le replicó con varios argumentos que ya habíamos evaluado el día anterior, pero finalmente también él mismo quedó convencido de lo poco adecuado de evacuarla, tanto así que pidió no cortar la transmisión porque inmediatamente se lo explicaría al Jefe de Estado Mayor para dejar sin efecto la orden.

Varios minutos después el Jefe de Estado Mayor estaba en la radio furioso, el Jefe de Batallón previendo una acalorada conferencia hizo salir de la estación de radio a todos, incluyendo al operador, quedándose a puerta cerrada. Luego de quince minutos salió de la habitación con un gesto de evidente disgusto de a quien le han cantado las cuarenta y nos dijo lacónicamente:

—La base de Carhuín se repliega cuanto antes, no se habla más.

Por la tarde hablé con el Doc, quien tenía bastante confianza con el comandante, y me comentó que el Jefe de Estado Mayor

estaba enojado porque según él nuestro batallón se resistía a cumplir las órdenes de la comandancia, y le advirtió al comandante que no volviera a contradecir una orden, porque siendo un insignificante comandante de batallón no tenía la visión de conjunto de las operaciones, que el Estado Mayor sabía lo que hacía y cuando se termina de exponer un plan no se admiten modificaciones.

Al día siguiente se comenzó a organizar el repliegue de la base de Carhuín, el cual en resumidas cuentas sería simple: el capitán Orrego nos llevaría en camiones hasta un pequeño pueblo de la carrozable a unas cuatro horas de camino de Carhuín, en ese lugar también estaría el Alférez Cano con un grupo de hombres, quien conocía la zona y en un par de días se encargaría de reunir acémilas para poder replegar el material pesado de la base como munición, baterías, afustes y otros; mientras que yo y mi patrulla subiríamos con un guía para llegar lo antes posible a Carhuín y colaborar con el capitán Salvador, jefe de la base, en la organización del repliegue.

—No queremos que la población se ponga nerviosa cuando se entere que evacuamos, así que la preparación para replegar la base se hará con el mayor sigilo posible, que tu patrulla ayude a la de la base en preparar todos los bártulos, cuando lleguen las acémilas cargan y se repliegan de inmediato —nos advirtió el comandante—; cuando crean que ya tienen todo listo avisan por radio al capitán Orrego y éste les enviará a Cano con las acémilas.

Tal y como estaba organizado, dos días después llegamos al pueblo que serviría de punto intermedio para la carga de los camiones, el capitán Orrego inmediatamente me ordenó que me dirigiese a Carhuín con mi patrulla y al alférez Cano que proceda a reunir los animales. Yo partí con un guía que era arriero de la zona y, que según Cano era de confiar porque lo conocía; más aún, las acémilas con las que él subiría pertenecían a familiares suyos. Antes de partir, como ya era costumbre se repasaron todos los procedimientos de seguridad para estos casos y se revistaron las armas, no queríamos sorpresas, pero además hice énfasis a la tropa para que no comentaran bajo ningún concepto el motivo de nuestra patrulla con la población.

Como la carrozable utilizada por los camiones era de una antigua mina, esta llegaba casi a los dos mil seiscientos metros de

La Guerra de los Tenientes

altura, por ello ya nos habíamos ahorrado bastante de la subida pero no de caminar; a la altitud que nos encontrábamos el ambiente era permanentemente frío. Nosotros íbamos cubiertos con unos capotes de paño verde que abrigaban algo pero que alguien no tuvo la mejor idea de adquirir sólo de tamaño "S" y nos dejaba descubiertos los muslos y parte de antebrazo. Como sólo sería por poco tiempo tampoco le dimos mayor importancia y le pedí al sargento Toribio que alargásemos el paso lo más que se pueda, quería llegar a comer algo caliente a la base.

El paso a la puna o cordillera fue relativamente rápido y avanzábamos deprisa entre pequeños charcos de agua, una que otra laguna de fondo negro al pie de montañas y entre muchas pequeñas lomas amarillas y negras con casi nada de vegetación en medio de un viento frío y seco. No íbamos por un sendero claro que hubiera sido un camino, pero el arriero nos dijo que no había problema, él conocía la zona.

Como estábamos con prisas, pasamos por alto el descanso de la primera hora de marcha y seguimos así hasta la segunda hora en la que decidí hacer un pequeño alto de diez minutos en los cuales el que menos aprovechaba para arreglar su equipo u orinar, que con el frío las ganas venían prontas. Era curioso observar el chorro de orina que en medio del frío emitía un humeante vapor cuando tocaba el frío suelo. El soldado Viera, no teniendo nada mejor y útil que hacer, se puso a orinar escribiendo su nombre en una pequeña pared rocosa cercana, muchos le recriminaron que se ponga a mear tan cerca pero otros se acercaban asombrados preguntándose cómo diablos había conseguido colocar el puntito de la i.

Pasados los diez minutos nos comenzamos a reagrupar, pero al hacer las cuentas nos percatamos que faltaba uno.

—¿Quién falta? —preguntaba Toribio.

—El soldado Chambilla, mi sargento —contestó alguien.

—¿Y dónde se ha metido?

—Está tras esa roca, le vinieron ganas de hacer aguas mayores.

—¡Hey Chambilla! ¡¿Ya terminaste?! —gritó Toribio.

—¡Aún no mi sargento! —fue la respuesta.

—¡Date prisa! ¡Que partimos!

Mientras tanto, Toribio se encargaba de dar las últimas indicaciones para el orden de marcha; pero los minutos pasaban y

Chambilla no regresaba.

—¿Qué estará haciendo ese? ¡Centeno! Vaya a ver qué le pasa a Chambilla, seguro se le acabó el papel higiénico y el salvaje es capaz de acabar con una inocente plantita —ordenó Toribio impaciente por la demora que a todos nos afectaba ya que el frío iba calando.

Centeno fue tras la roca y luego de un rato que no volvía, se asomó diciendo que mejor vayamos donde estaba él porque Chambilla no se encontraba bien. Fuimos todos y lo encontramos sentado en la hierba casi doblado con muy mala cara cogiéndose el vientre con las dos manos.

—¿Qué le pasa Chambilla? —pregunté.

—Que luego de los primeros minutos de descanso sentí un apretón en mi vientre y pensé que eran ganas de ir al baño y me vine aquí, pero como ve, estaba equivocado. Sólo es dolor y me viene peor a cada momento.

—Bueno, descansa un poco y te esperamos un momento —dije mirando alrededor buscando un mejor lugar para detenernos que esta tundra vacía, pero no había nada.

Los minutos pasaban y Chambilla lejos de mejorar empeoraba sin saber nosotros el motivo y, según veíamos, el dolor se agudizaba por momentos, tanto así que el pobre ahora estaba tendido en el piso en posición fetal gruñendo. No había pasado mucho cuando Chambilla comenzó a retorcerse y a gritar de dolor, el que menos de nosotros se asustó, empezando por mí mismo que no se me ocurría nada para aliviarlo, y lo peor de todo es que estábamos a medio camino, así que igual tardaríamos en llevarlo a uno u otro lugar, pero en el estado que estaba difícil era pensar en ello. Lo que empezó con un pequeño dolor de estómago ahora era un brutal cólico. Hubo un momento que hasta llegué a pensar: este se muere.

El arriero que hasta ese entonces había estado ajeno a lo que pasaba se acercó y miraba al pobre Chambilla por el suelo.

—Tiene cólicos de gases por la altura —dijo.

—¿Estás seguro de ello? —pregunté.

—Sí, son cólicos. Seguro comió algo pesado antes de venir —agregó muy seriamente.

—¿Y qué podemos hacer?

—Lo mejor en estos casos es darle una infusión a base de Chillka —sentenció.

La Guerra de los Tenientes

– ¿Qué es eso de Chilca, Chillka o como se llame?

– La Chillka es una plantita que crece en las partes altas y se utiliza en infusiones para estos casos. Es buena, pero no debe tomarse mucho porque entonces se vuelve mala.

– ¿Y tú crees que curará a Chambilla?

– Si señor, de eso no dude, es santo remedio.

– Bien, bien. Entonces démosle la infusión.

– Si señor, se pondrá bien –reiteró el arriero asintiendo con la cabeza el que yo haya confiado en su sabio consejo, pero no hizo nada más.

Como el arriero no daba muestras de pasar a la acción, le pregunté preocupado:

– Bueno... ¿Y?

– ¿Y qué? –respondió.

– ¿Que por qué no le das la infusión esa de Chillka que dices?

– Pero... ¿De dónde voy a sacar yo la plantita esa? –me replicó el muy tarado.

– ¡Acaso no eres tú el que está dando la idea!

– Sí señor, pero yo no he dicho que tenga la planta... y según veo por aquí tampoco crece –dijo estirando el cuello para asegurarse que no se le escapaba nada del terreno que nos rodeaba.

– ¡Carajo! ¡Entonces no des ideas inútiles si no hay esa planta! ¡¿Y ahora qué hacemos?!

– No se enfade, señor. Otro remedio bueno es la orina.

– ¿La orina?

– Si señor, la orina de caballo también es bueníííísimas.

De no ser porque lo dijo en tono serio hubiera pensado que el tipo me estaba tomando el pelo.

– Perdona, pero si no te has dado cuenta... ¡Tampoco hay caballos a los alrededores!

– Pero el alférez Cano puede que haya conseguido los caballos, si mandamos un mensajero con una botellita podremos conseguirle la medicina a Chambilla –dijo Toribio, mientras Chambilla seguía retorciéndose en el suelo ajeno a lo que tratábamos de conseguir, y yo trataba de imaginarme cómo carajo se puede convencer a un caballo para que orine en una botellita.

– Nuuuu señor sargento, eso no sirve, para que funcione la orina tiene que estar fresquita, recién hecha, de preferencia tibiecita –indicó con mucha gravedad el arriero.

– Oye arriero de los cojones, hace un momento sospechaba

que me estabas tomando por tonto, pero ahora estoy seguro.

– Bueno señor, no se enfaaaade, para todo hay solución en esta vida. Podemos probar otra cosa para ayudar al soldadito; como le dije lo de la orina es buenísima pero si no tenemos de caballo podemos usar su propia orina.

– ¿La de Chambilla?

– Sí señor, aunque yo prefiero usar la de caballo, ya le dije que es la mejor. Sí señor.

– ¡Toribio! Ya escuchaste lo que dice el arriero, que Chambilla se tome su orina.

Toribio se acercó a Chambilla que se había desequipado y tenía su mochila a un lado, la abrió y luego de rebuscar sacó un jarrito de plástico verde que utilizábamos para el café o el desayuno. Ahora ya teníamos el dónde, sólo faltaba el cómo, así que Toribio le ordenó a Centeno que ayudara a Chambilla a orinar en el jarrito. Pero la cosa se ponía más complicada de lo que parecía porque Chambilla, dentro de sus retorcionones, sólo atinó a desabotonarse el pantalón y poco más, mientras que Centeno trataba de mantener el equilibrio con el jarrito para que en el momento que salga la orina ésta caiga en el envase y no salga disparada por cualquier lado. Estuvieron así un rato hasta que Centeno se convenció que eso no iba a funcionar y me dijo:

– Lo siento mi teniente, pero no sale nada de nada. Chambilla no puede ni orinar del dolor.

– ¡Ya escuchaste, arriero, tu nuevo método tampoco sirve! –le dije culpándole.

– Pues en ese caso, que ya se convierte en un caso crítico, puede tomarse la orina de cualquiera, pero sólo porque es un caso crítico –dijo, enfatizando esto último y levantando un dedo en señal de advertencia, mientras yo seguía perdiendo la paciencia.

– ¡Ya escucharon! ¡Necesito voluntarios para que le den de beber su orina a Chambilla! –dije, y para asombro mío toda la patrulla alzaba la mano con una sonrisa morbosa.

– ¡Tarados! ¡Y todavía lo toman a broma! ¡Toribio, que venga alguien que sea amigo de Chambilla y que llene el jarro!

Pocos instantes después ya teníamos a uno llenando generosamente el jarrito de plástico verde de Chambilla, me parece que fueron casi tres cuartos del total con una abundante espuma blanca, que me hacía recordar a cuando se sirve cerveza en

La Guerra de los Tenientes

esas ferias alemanas.

— Ya lo tengo, mi teniente.

— Pues dáselo tú mismo, luego Chambilla ya te pedirá cuentas.

Y así, poco a poco dieron de beber a Chambilla la milenaria medicina natural del arriero. Yo creo que debido a la desesperación no puso reparo en ello... primero con sorbos cortitos y luego con un gran trago para que pasara cuanto antes. Finalmente hizo un gesto con la mano como que ya era suficiente y que no quería más y murmuró algo.

— ¡Qué ha dicho Chambilla?

— Dice... dice que está feo.

— ¡Pues claro que estaría feo! ¡Que se lo diga al arriero que trae esas ideas descabelladas!

Pasados unos minutos, para asombro de todos, los retorcimientos de Chambilla se fueron espaciando y haciéndose más leves; lo notábamos en su rostro y en los suspiros de alivio que daba. Al cuarto de hora habían cesado del todo aunque el pobre Chambilla estaba hecho polvo. Pues la verdad es que el remedio del arriero surtió efecto, y eso considerando que era la solución de emergencia y no la original cuyo ingrediente era la orina de caballo. Más tarde pensando en el tema me dije si me ponía en contacto con algún laboratorio importante con la fórmula secreta podría fabricar a escala industrial la medicina milagrosa, que me convertiría en millonario de la noche a la mañana.

A partir de ese momento tratamos de reorganizar la marcha, pero con el inconveniente que Chambilla no estaba del todo recuperado de los cólicos que lo inutilizaron y que tampoco podíamos abandonarlo. Luego vimos que Chambilla podía caminar pero con ayuda, así que repartimos entre todos sus cargas: mochila, fusil y hombreras entre los demás y él viajaría libre de peso apoyándose en alguien. Aún con ello no podría mantener el paso que yo deseaba tener para la patrulla y tuvimos que reducirlo a casi a caminata de paseo, lo que prolongaría más aún el tiempo de la marcha.

Luego de casi media hora llegamos por fin a un pequeño sendero bastante marcado en el suelo, en algunos tramos empedrado que debió utilizarse desde tiempos inmemoriales a juzgar por la profundidad de las huellas y el desgaste de las piedras. Lo que no cambiaba era el paisaje que no contenía ni un

alma, sólo el viento seco y frío. A veces el sendero transcurría paralelo a un pequeño arroyo de agua cristalina y con bordes de hierbas bastante altas; la experiencia nos decía que no era bueno beber directamente de ella, porque de lo fría que estaba el agua lo más probable sería que terminaríamos afónicos y con dolor de garganta. Aparte de esto, todo lo que nos rodeaba se reducía a pastos amarillos, piedras con líquenes y pequeños cerros. Cada cierto tramo observábamos alguna construcciones abandonadas, generalmente pequeños corrales de forma circular construidos con piedras junto a lo que supuse podrían ser viviendas pero no eran más que pequeños recintos de no más de dos metros de largo con los muros de piedra a media altura ya que los techos que no existían debieron ser bajos, bajísimos para nuestros estándares. El denominador común es que parecía que todo había sido abandonado hace ya tiempo a juzgar del musgo negro y verde que se había acumulado en la superficie de las paredes; aparte de ello no había ningún otro indicio de quiénes habían sido sus moradores ni qué fue de ellos. Alguna vez podíamos encontrar entre la maleza, que crecía protegida del viento por las paredes, a alguna planta que bien pudo ser del huerto de su antiguo propietario, como por ejemplo de huacatay que habrían utilizado en los aderezos de la cocina. Pero lo que siempre me pregunté era que a quién se le ocurriría vivir en este páramo alejado de todo.

Al cabo de una hora adicional y luego de remontar una última colina, pudimos tener ante nuestros ojos a una distancia razonable el pueblo de Carhuín. Lo correcto hubiese sido decir un asentamiento poblado más que pueblo, porque la visión que teníamos aún a esta distancia era un grupo desordenado de construcciones de barro en medio de una amplia depresión. Era difícil distinguir detalles ya que todas las casas eran de barro y ninguna tenía pintura, eran eso: de barro y de color barro. Los techos, a diferencia de otros pueblos, estaban hechos de paja seca que acentuaban el color triste de la zona. No existían calles o algo que se les parezca, por lo menos no pude identificarlas y lo único que daba un aspecto diferencial era un pequeño campo de fútbol de tierra que sólo tenía una portería de palos. A un lado, no muy alejada y sobre una pequeña colina estaba la base militar, con un aspecto tan triste como el pueblo mismo. Era muy pequeña y de la cual sobresalía un torreón semiderruido

que hacía de puesto de observación. No existía nada más. Para llegar recorreríamos una suave y amplia pendiente que finalmente nos llevaría al mismo pueblo, cosa que nos tomó menos de diez minutos. Para acceder a la base el camino más corto era cruzar por en medio del pueblo y eso hicimos, no deseaba prolongar innecesariamente la marcha.

Cuando cruzamos el pueblo era evidente el abandono en que se encontraban estas gentes, todo estaba desvencijado o a medio hacer, era curioso observar las casas que no eran más que recintos de un solo habitáculo, entre las cuales resaltaba una que era mucho más oscura que las demás, debido a que estaba recién construida y el barro utilizado aún tenía mucha humedad, aún se podía apreciar a su lado el hoyo que los pobladores hicieron en el suelo para extraer la tierra que utilizaron como material de construcción.

En general era un lugar deprimente, nada existía de rescatable y la improvisación era la norma, tanto como para las puertas hechas de trozos de madera atados con cuerdas de lana, como el poco mobiliario que se podía observar desde fuera y que en muchos casos no eran más que adobes que hacían de sillas o pellejos de oveja usados de suelo, colchón y manta; y cuya higiene, como era de suponer, no era la mejor.

Pero de aquel inhóspito lugar lo más sorprendente era la gente, nunca había visto este tipo de personas a pesar de haberme recorrido medio país, eran andinos, sí, pero de otro tipo: enjutos, flacos y rugosos, con la piel quemada por el frío y el sol de la altura, y de estatura baja. A diferencia de la mayoría de los pueblos del Perú en la que la población había "occidentalizado" su vestuario, en particular los hombres, ellos mantenían hasta cierto grado sus prendas tradicionales: unos ponchos hechos con lana de oveja o alpaca -porque habían ovejas y alpacas pastando en los alrededores-, unos gorros de cuero basto sin forma precisa y, lo más curioso, todos sin excepción usaban unas sandalias hechas a mano con cuero de llama llamados llanques, que los pobladores de otras zonas de la sierra también empleaban pero a partir de trozos de caucho de neumáticos. En general, el vestuario de todos se limitaba a una ropa de color uniforme entre gris y pardo que hacían de aquel lugar un sitio triste, más aun si cabía. Cualquiera que los hubiera visto diría que vestían harapos.

Saludé a algunos en el camino, pero a diferencia de otros lugares esta gente permanecía callada, no devolvía el saludo, simplemente mantenían una mirada fría y distante, a partir de la cual era imposible saber si representaba resignación, indiferencia o desprecio. Por descontado estaba que nunca dirían lo que pensaban, aunque tampoco los entendería porque salvo alguna excepción sólo hablaban –y conocían- su lengua quechua. Su fisonomía era tanto más peculiar si la comparábamos con la de la tropa de la patrulla que en su mayoría eran andinos o descendientes de ellos, pero era evidente que no se les parecían mucho... ¿Serían estos los verdaderos peruanos? Lo único cierto es que habitaban estas tierras desde tiempos en los que ellos mismos habían perdido el recuerdo.

Antes de salir del pueblo para remontar la colina de la base militar hicimos un breve y último alto para desempolvar las botas, acomodar el equipo, arreglar los uniformes y así dar un aspecto más presentable al jefe de la base. No nos tomaría más de dos minutos y al parecer yo no era el único sorprendido respecto a la apariencia física de los pobladores, pues mientras los miraba con curiosidad alguien de la patrulla espetó: “Son chutos”, para luego escupir al suelo, usando el término despectivo que en la sierra utilizan los pobladores de los valles para referirse a la gente que vive en las alturas y que es sinónimo de salvajes e ignorantes.

–Usted se calla, y no vuelva a decir esa estupidez. La próxima vez que lo haga me encargaré personalmente de hacerle tragar sus palabras, ¿me entendió? –amenacé al que hizo el comentario.

–Sí, mi teniente.

–¡Toribio! Tome nota: llegando al cuartel a este hombre le coloca dos días de arresto, así se le quitarán las ganas de opinar sobre los demás.

Otro aspecto que salía a luz era las profundas diferencias que había en el país: estábamos tan divididos que fomentar más odios era de torpes. Claro que estos no tenían origen en los odios raciales, religiosos o políticos que pudieron asolar otras partes, como en Europa; estos eran diferentes y más péfidos: odios cainitas, menudos y de pacotilla, que afloraban ante el menor estímulo del cretino de turno. ¿Cómo se pueden explicar las diferencias raciales en un país donde todos somos en mayor

o menor medida mestizos? ¿Los del norte y los del sur? ¿Los de la costa y los de la sierra? ¿Ganaderos y agricultores? ¿Ricos y pobres en un país donde sólo hay pobres y extremadamente pobres? Vaya Dios a saber.

Empezamos el ascenso por la pendiente que llevaba a la base al tiempo que observé un niño iba al final de la columna dando saltos como marchando feliz con los soldados, ajeno a la actitud del resto del pueblo. En la base ya se había corrido la voz que estábamos llegando y la tropa comenzó a salir presurosa a recibirnos gritando y haciéndonos señas, se notaba a leguas que por estos lugares no llegaban muchas noticias, y nuestro arribo sería el acontecimiento más importante después de mucho tiempo. Si antes estaba impresionado por la apariencia física de los pobladores menos no lo estaba ahora con la visión de la tropa de la base, con sus uniformes sucios, gastados y viejos, aprovechaban cualquier prenda que les pudiera servir de abrigo, como los pasamontañas raídos que tenían sobre sus cabezas. Era notoria la gran mancha grasienta que todos tenían a la altura de la parte derecha del uniforme y que era la huella del aceite de los mecanismos del fusil que poco a poco había impregnando la tela de las camisas. A todas luces el lavado de ropa no se hacía muy a menudo, teniendo en cuenta el frío de la zona. Si alguna vez hubiera pensado cómo sería rescatar a unos naufragos esta sería la imagen más cercana.

De entre la tropa salió el capitán Salvador, a quién hasta ese entonces no conocía, llevaba una barba de algunos días, que era oscura, negra y tupida haciéndome recordar a un capitán pirata.

—Sin novedad la patrulla, mi capitán.

—Pasa, pasa, sean bienvenidos a esta su casa —dijo con una amplia sonrisa.

—Disculpe que llegásemos tan tarde, pero tuvimos un incidente con uno de la patrulla que tuvo un cólico y hemos reducido la velocidad de marcha.

—No se preocupen, ha sido mejor así. Si hubieran llegado antes no tendrían listo el rancho. El ranchero me acaba de informar que el arroz ya está listo después de una hora de cocción.

—¿Una hora? ¿No es demasiado para preparar arroz?

—No, a esta altura el agua hierve a menos de noventa grados y en general cocinar se hace más difícil. Con menos tiempo el

arroz queda semicrudo. Organiza a tu tropa y que pase rancho de inmediato que esto se enfría rápidamente y como usamos manteca de cerdo para cocinar luego es incomible.

Al capitán Salvador no lo conocía, pero sí sabía algo de él: era un capitán antiguo que no provenía de la Escuela Militar si no de la “reserva”. Estos eran oficiales que alguien, ante la falta de personal, improvisó en seis meses a partir de estudiantes de colegios militares y cuyos resultados no fueron lo mejor dada su escasa preparación, estaba claro que era un absurdo, tanto como querer tener médicos o ingenieros con sólo un año de estudios. Sin embargo, para ser honestos, había excepciones en los que algunos eran tanto o más eficientes que los oficiales de “Escuela”, este era el caso de Salvador. Le seguía una buena fama, pero su procedencia era un lastre al que se había resignado a sobrellevar, por ello lo habían enviado a la peor base de todas.

—¿Deseas café caliente? —preguntó el capitán Salvador una vez dentro del recinto.

—¿Tiene café de verdad o es ese aserrín oscuro que reparte la compañía de intendencia?

—Es café de verdad, lo traen de la selva y yo mismo lo hago tostar y moler. Es una de mis pocas distracciones en este sitio —dijo Salvador con orgullo señalando el hornillo de hierro que había preparado para tal fin.

—Pues en ese caso acepto con gusto su invitación.

—¿Y cómo lo quieres? ¿Corto? ¿Capuchino?

—Bueno, me conformaría con uno bien caliente.

—¿Caliente? —preguntó Salvador para confirmar mi requerimiento.

—Sí, en estos momentos me apetece uno que esté caliente como el infierno, amargo como la vida misma y negro como el alma del diablo.

—Eeeeh, ése exactamente se me acabó la semana pasada, pero este otro no te dejará indiferente —dijo cogiendo una vieja cafetera y sirviéndome en un jarro de latón.

Para mi sorpresa el café que había preparado Salvador no estaba mal, tenía realmente sabor a café y yo aprovechaba en coger el jarro con las dos manos para entrar en calor.

—Bueno mi capitán, ya estará enterado del motivo que me trae.

—Sí, ya hablé con el comandante. Le advertí que no estimaba

La Guerra de los Tenientes

conveniente desactivar la base.

—También se lo dijimos, pero del Cuartel General insisten. No hay manera de hacerles cambiar de opinión. ¿Desde hace cuánto está usted en esta base?

—Ya cumplo cuatro meses en esta. Este sitio es tan inhóspito que la única fuente de informaciones del mundo exterior es la radio. A veces la sintonizo con cualquier emisora de onda media y estoy un buen rato con los auriculares enterándome de lo que pasa en el mundo. La única pega es que el panel solar que se suponía debía mantener cargada la batería de la radio está estropeado y sólo disponemos de un dínamo con manivela para generar energía. Ya establecí un sistema de castigos entre la tropa, normalmente los castigados tienen que generar energía media hora con la manivela.

—Ya se habrá aburrido de este lugar ¿no?

—Sí, y tanto que para salir de la rutina me he patrullado toda la comarca con la tropa. Acompáñame y te enseñaré algo interesante respecto a este lugar —dijo levantándose de su silla y ajustándose el abrigo en señal que íbamos a salir al exterior, yo hice lo mismo.

Salimos fuera de la base y descendimos por la loma hasta el pueblo, que efectivamente no era realmente un pueblo si no un grupo de casas construidas sin ton ni son, pasamos entre sus paupérrimas casas de barro y techos de paja, ventanas pequeñas con bolsas de plástico en vez de cristales y el humo azul que salía por la puerta debido a que en algunas se estaba cocinando con leña o boñigas pero no tenían chimeneas. Algunos niños correteando con los pies descalzos y algún perro de raza mezclada que se le podían ver las costillas de lo flaco que estaba. Cada vez estaba más convencido que en aquel lugar no había pobreza sino miseria, que no hay que confundir pues la pobreza aún puede tener elegancia.

Cuando nos alejamos del pueblo comenzamos a subir una cuesta de pendiente no muy pronunciada que nos llevaba hacia una elevación situada a unos doscientos metros, mientras caminábamos me dijo sin volver la vista:

—¿Ves ese pequeño cerro que está detrás de la base?

Yo me volví y le dije que sí, era un cerro amarillo, aislado y no muy alto pero más que la loma donde estaba la base.

—Pues desde allí nos hostigan de cuando en cuando por la

noche.

—¿Sendero?

—Sí, pero no gran cosa... un par de disparos o hacen estallar algo para asustar a la gente; lo hacen cada cierto tiempo pero ya ni les hacemos caso. Un día quisieron darnos una sorpresa y prepararon un neumático de automóvil relleno de explosivos que dejaron rodar para que llegue hasta la base.

—¿Y qué pasó? —pregunté sorprendido.

—Pues nada, que al rodar tomó tal velocidad que pasó como un bólido por un costado de la base y salió dando botes atravesando medio pueblo, para finalmente detenerse en esta pendiente.

—¿Y no explotó?

—No, de tanto bote que dio, en uno de ellos el explosivo y el detonador salieron disparados. Nosotros encontramos el neumático y los explosivos al día siguiente desparramados. Así que ordené que me trajeran el neumático y con él hicimos el asiento de la letrina, que antes era de madera y ahora es un poco más suave, con este frío el trasero lo agradece.

—¿Y no tenía medios para evitarlo? Me refiero a los hostigamientos.

—Antes sí, antes teníamos un mortero de sesenta emplazado en la parte trasera de la base y teníamos ploteado el cerro, así que a la primera señal de hostigamiento el soldado de guardia sacaba una granada de su estuche de cartón y hacía un disparo. Santo remedio porque se les quitaba las ganas de seguir jodiendo. Posteriormente, como sabían que teníamos el mortero a veces nos hostigaban desde diferentes lugares del cerro para evitar que los ubicásemos en la oscuridad, pero igual el soldado de guardia hacía su disparo, entonces esto se convertía en una cuestión de suerte. Un día, a la mañana siguiente del hostigamiento subimos al cerro y encontramos una mano.

—¡¿Una mano?! ¿Y de quién era?

—No lo sé, hasta hoy nadie ha venido a reclamarla —dijo Salvador alzando los hombros sin detenerse.

—¿Y qué pasó con el mortero?

—Sólo teníamos veinte granadas y buen día consumimos la última. Visto esto envié un radiograma urgente donde indicábamos que el mortero ya no tenía munición. A las dos semanas llega una patrulla trayendo los abastecimientos y el jefe de la

La Guerra de los Tenientes

misma me dijo que tenía orden de llevarse el mortero. Yo le discutí que ya había pedido munición, pero ya a él le habían ordenado que lo repliegue porque si no tenía munición tampoco tenía sentido que el mortero estuviera aquí.

—¿Eso dijeron?!

—Sí, pero el motivo principal era que el jefe de la compañía de Material de Guerra estaba en relevo y el nuevo insistió que no se relevaba sino tenía los morteros a su cargo a la vista, ya sabes... ver para creer. Y desde esa fecha... adiós mortero —dijo resignado mientras no dejaba de caminar hasta que por fin llegamos a la parte más alta de la pendiente, que era una elevación que dominaba una extensión enorme de terreno.

—Bueno, ya llegamos —dijo con las manos en la cintura y mirando el amplio horizonte que abarcaba—. ¿Sabes que es esto?

—No —respondí sin mucha convicción.

—Hemos llegado al fin del mundo, a partir de aquí es tierra de nadie y te voy a explicar porqué este miserable lugar es tan importante.

La verdad es que sentí curiosidad por lo que me decía Salvador, yo también miraba aquel horizonte de más de ciento ochenta grados que abarcábamos. Como estábamos a más de tres mil metros las montañas que estaban a nuestro frente y derecha estaban por debajo de nosotros. Lo que sí es cierto es que no se divisaba nada que indique el paso del hombre por esos lares.

—Esto es el fin del mundo —volvió a repetir Salvador—, a partir de aquí no hay nada.

—Yo veo muchas cosas.

—Me refiero que a partir de aquí no vive nadie, no hay caminos ni nada.

—¿No hay pobladores?

—No. Este es el último pueblo, a partir de aquí nada.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me lo he caminado. Pero eso no es lo importante, esto es lo importante —dijo señalando unas montañas bajas que descendían hacia el este—, por allí se desciende a la selva a los principales afluentes que luego se convierten en el río Ucayali, el gran aportante del Amazonas. A poco más de tres días de camino llegarás a algunos poblados que están al frente del departamento del Cuzco, concretamente a la provincia de La

Convención. Antes de llegar y al norte de esa zona, que ya pertenece al departamento de Junín, es uno de los pocos lugares del país en el que Sendero a logrado control total, lo que no es mucho porque son poblados mínimos y muchas veces de nativos indígenas Ashaninkas, pero ya han comenzado a sembrar hoja de coca y pronto tendrán recursos financieros importantes para sostenerse.

Mientras Salvador hablaba yo trataba de ponerme de puntillas para poder conseguir ver algo de lo que me contaba, pero era totalmente inútil por la lejanía y las montañas que lo impedían.

—¿Y entre nosotros y la selva no hay nada?

—Nada, o mejor dicho hubo, porque desde aquí bajan dos pequeños caminos de herradura, el primero conduce a una antigua hacienda ya abandonada al inicio de la subversión. Francamente no queda nada, salvo unos cuantos maderos y los vestigios de un par de casas. Alguna vez tuvo importancia porque ese camino de herradura era la vía principal por la que se comerciaba a la selva. Cuando construyeron la carretera del sur el camino perdió su utilidad.

—¿Y el otro camino?

—La verdad es que no estoy seguro, ese no estuvo tan transitado en su época y no es fácil distinguirlo. Un día con mi patrulla tratamos de averiguar hasta donde conducía, pero se bifurcaba en pequeños caminitos que sabe Dios a donde irían. Cogimos al azar uno y seguimos avanzando varias horas, llegando una especie de senda pavimentada.

—¿Pavimentada?

—Sí, no me lo vas a creer y nosotros tampoco lo hicimos en aquel momento, pero la curiosidad pudo más y dejamos de lado nuestra misión principal para reconocer el camino. Cuando lo tuvimos cerca era mucho más extraño aún, porque estaba formado de bloques de piedra pulimentada de unos noventa por veinte o treinta centímetros, colocados uno tras otro a una distancia de diez centímetros como si fueran peldaños de escalones, sólo que en plano. Estaban muy bien trabajadas, aunque en algunos sitios los bloques estaban partidos o habían sido reemplazados por piedras más pequeñas, pero con una superficie plana que permitía un tránsito muy ligero, sin grandes pendientes y bordeando cerros. Bajaba hacia la selva.

—¿Y a dónde lo llevaba? —pregunté intrigado.

La Guerra de los Tenientes

—Caminamos por él por algo más de un kilómetro, pero se adentraba al monte, al principio por pequeños matorrales y luego por un monte seco más tupido. Llegó un momento que ya no se podía continuar. La vegetación lo impedía. Tratamos de buscar una ruta alternativa pero no hubo modo. No sé hasta donde iría, pero parecía que cuando se construyó, muchísimos años atrás, habría sido importante.

—La verdad, mi capitán, es difícil de creer todo eso. Pero quién sabe lo que hay en este país tan poco conocido. Ni nosotros mismos sabemos lo que hay en él. ¿No serán los vestigios del antiguo camino Inca?

—Ni idea. Pero te seguiré contando lo importante que es este privilegiado punto. Al norte —dijo levantando el brazo y señalando unas montañas marrones— ya es el departamento de Junín, el centro del país mismo, es la salida natural a la capital y a la selva central.

—Entiendo —dije mirando el horizonte norte.

—Y aún hay más, esas montañas que ves allá a lo lejos hacia el oeste es el departamento de Huancavelica, una zona minera por excelencia. Y tú ya sabes, donde hay minas hay explosivos. Con ello ya tenemos el circuito logístico de Sendero completo.

—Pues ahora que me lo explica lo entiendo mejor, pocos lugares hay como este que dominen el acceso a cuatro departamentos. No lo hubiera creído. Pero... ¿usted no ha recibido visita alguna del Cuartel General donde pudiera haber explicado lo que me está contando? Aquí sobre el terreno las cosas se ven diferentes.

—Aquí no viene ni Dios —fue su lacónica y lenta respuesta.

Después de un largo silencio donde ninguno de los dos hizo comentario me volví y señalando al pueblo dije:

—¿Y esos? Si evacuamos la base tratarán de impedirlo, ellos no se benefician de este lugar privilegiado. Apenas subsisten y como peruanos tampoco los podemos abandonar a su suerte.

—No son peruanos —dijo Salvador muy serio con la vista fija en el horizonte, sin voltear a mirar el pueblo que yo señalaba.

—Perdone mi capitán... ¿Qué ha dicho? —pregunté desconcertado.

—Lo que has escuchado, esos que ves allí no son peruanos, ni les interesa.

—Disculpe mi capitán, pero creo que usted ha pasado mucho

tiempo aislado en este sitio -le respondí sin ningún asomo de broma.

- Pues defíneme... ¿Qué es un peruano?

- Supongo que es alguien que haya nacido aquí. ¿No?

- No, estás equivocado. Eso sólo es una coincidencia geográfica.

- ¿Entonces?

- Mira, ¿tú crees que ellos entienden el concepto de patria?

- Habría que preguntarles, pero creo que es algo abstracto y cada cual piensa lo suyo.

- Bien, iremos por partes: ¿Sabes tú cuándo el Perú pasó a ser una república?

- ¿Desde la independencia? ¿No? Usted sabe mi capitán... veintiocho de julio de mil ochocientos veint...

- ¡No, no, no! ¡Tú tampoco lo sabes! Este país pasó de tener un modelo colonial a una república más o menos formal en la década de mil novecientos veinte, hasta ese entonces no éramos más que un país nominal pero más parecido a una colonia, donde el presidente apenas tenía el control de la capital y de algún ejército que le fuera leal y esté bajo su mando directo. Pero más allá de su alcance, en las provincias, no estaba bajo su control; cada gobernador tenía el mando de unos gendarmes que actuaban a su voluntad y capricho. En este estado de las cosas las leyes no las cumplía nadie, era un país lleno de caciques regionales revoltosos. En el año veintitantos el presidente Leguía trató de poner orden en el caos y sabía que mientras cada quién haga lo suyo seguiríamos desestructurados; en aquella época hizo venir una misión policial de la Guardia Civil española para organizar un cuerpo policial a su imagen. El resultado fue un éxito, en poco tiempo gran parte del país estaba en un orden centralizado y no independiente.

- ¿Y eso de dónde lo sacó? Mi capitán.

- De un libro escrito por un historiador inglés, no recuerdo su nombre pero fue de lo más instructivo. Los mejores libros de historia del Perú lo han escrito extranjeros como John Lynch, Leslie Bethell y otros. Fíate de ellos mejor que de los locales. Es un buen consejo y encontrarás muchas sorpresas, algunas de ellas no muy agradables.

- Entiendo pero... ¿Qué tiene que ver todo eso de la historia con lo que estábamos hablando de si son peruanos o no?

La Guerra de los Tenientes

—Lo que quiero decirte es que nos tomó algo más de cien años en organizarnos como nación. Poco a poco las provincias se fueron vertebrando como parte de un todo y no hablo de una organización burocrática, sino de las personas mismas. Creo que hoy casi todos tenemos el sentido de la pertenencia, poco o mucho pero lo tenemos.

—Sí mi capitán, pero sigo sin entender a que viene todo esto.

—Ahora te detallo... yo soy de la sierra, soy arequipeño y conozco a mis paisanos. Tengo casi doce años de oficial del ejército y me he recorrido medio país, por lo tanto creo que algo entiendo y tengo con qué comparar. En estos casi cuatro meses he tratado de entender a esta gente que vive cerca de la base, son totalmente diferentes a los pobladores que había conocido en otros lugares y te digo que son gente extraña que ni nos entiende ni nos quiere. ¿Sabes que están contra su voluntad en este pueblo? No, no me malinterpretes, nadie los fuerza a vivir aquí pero están por obligación ya que es el único lugar que les da algo de seguridad. Esos que ves allá abajo vivían antes dispersos por las alturas en pequeñas agrupaciones de casas, preferentemente con sus animales. Pero cuando las cosas se pusieron feas se agruparon en este pueblo, al que no tienen ningún sentido de pertenencia. ¿Sabes de qué viven?

—Pues no tengo ni idea.

—Subsisten precariamente con dos únicos medios: ganado y agricultura.

—Sí, como media humanidad... ¿no?

—No si los vieras. Cuando hablo de ganado hablo de unas pocas ovejas, aquel que tenga quince ya puede darse de magnate para sus estándares. Normalmente tienen de cuatro a seis nada más. Pero peor están los que cultivan porque a esta altitud solo se puede sembrar papas y la productividad del suelo es de lo peor. Te contaré una anécdota que me pasó cuando llegué aquí: como mi patrulla había traído también las provisiones del mes se me ocurrió la idea de intercambiar algunos víveres secos como garbanzos o arroz con productos frescos que en este lugar se reduce a papas. Llamé al alcalde y la idea le pareció buena, así que hicimos el trato, él se llevó los víveres y quedó en enviarnos las papas recogidas del almacén comunal, lo cual hizo al caer la tarde. Cuando las trajeron, el sargento de patrulla que las recibió me llamó y me dijo que sería mejor que yo mismo viera

lo que nos habían enviado. Intrigado abrí los sacos y me encuentro con unas papas ridículamente pequeñas, parecían uvas de lo reducidas que eran, ni siquiera valía la pena pelarlas. Me enfadé porque pensé que nos estaban timando y nos enviaban los restos sin valor de la cosecha, aquello que sólo servía para alimentar a los cerdos. Llamé al alcalde he hice abrir el almacén comunal, pero grande fue mi sorpresa cuando encuentro que toda su cosecha era como la que me habían dado, su valor comercial debería ser ínfimo sino nulo. Investigando observé que sembraban a esta altitud en suelos muy pobres en nutrientes, que se han utilizado por incontables generaciones sin haber recibido fertilizante alguno, súmale el frío y ya tienes estas tristes cosechas. Viendo esto los convoqué y en más de una ocasión traté de convencerlos de cambiar su sistema de producción o, mejor aún, se dediquen a alguna otra actividad más rentable. Pero ellos sólo me escuchaban y no decían nada, al final regresaban a hacer lo de siempre, como si lo que aprendieron alguna vez fuera suficiente. Muchas veces me desesperé tratando de entenderlos para saber cómo podían seguir viviendo así, condenados a sobrevivir con una dieta exigua de habas y papas, que no quieran darse cuenta de cómo ha cambiado el mundo a su alrededor, que se aferren a lo que conocen o mejor dicho conocían, para seguir siendo los mismos. Mi única conclusión es que son una raza apática e indolente, sin mayores aspiraciones que las del día a día y ajenos a los vaivenes del país. ¿Sabes que los mismos campesinos de los valles los miran mal?

—Perdóneme mi capitán, pero insisto con todo respeto que creo que tanto tiempo aquí aislado le ha afectado.

—No, no creas que tengo una visión totalmente negativa de ellos. Por el contrario, también tienen sus virtudes, como ser trabajadores incansables o el amor a la tierra; además han conseguido preservar una cultura, acaso arcaica, pero rica y profunda, herencia de nuestro pasado prehispánico que todos hemos desdeñado. Pero entiende, lo que quiero decir es que esta gente vive de espaldas al Perú oficial, no existe en los censos ni participa en su desarrollo; sólo se preocupan de subsistir con su mísero pedazo de tierra y sus cuatro ovejas.

—No será que el problema es inverso, es decir que a ellos sólo les ha quedado la alternativa de sobrevivir como sea, recuerde

que hasta aquí nadie trajo una carretera, una escuela con un mínimo de calidad o siquiera una posta médica. Es más, sin ir más lejos, usted y yo somos los únicos representantes del país oficial de que habla, y para colmo estamos de casualidad porque venimos por Sendero y no por ellos. Peor aún, mañana o pasado mañana los abandonaremos a su suerte.

– Bueno, en eso tienes razón –dijo quitándose la gorra para rascarse la cabeza-. Eso es tal como lo dices.

– Pues entonces me veo en la obligación de corregirlo, mi capitán. Lo que usted dijo que no sean peruanos no es correcto. Lo suyo sería decir que son peruanos en un país que no le interesa que lo sean.

– ¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! ¡Son peruanos pero al resto del Perú le importa un carajo que lo sean o que existan! –dijo Salvador señalándome, como enfatizando algo que ya le estaba dando vueltas por la cabeza desde hace tiempo y no sabía como explicarlo.

– Y si me permite opinar, hasta donde yo entiendo viven en un ambiente de tierra en el que, dentro de su visión, hay dos bandos que por razones que no llegan a comprender recíprocamente se destruyen: el país oficial y Sendero. Inclusive muchos de ellos creen, o creían, que manteniéndose al margen preservarán su comunidad y su cultura, en estos años las incursiones de Sendero ya deben haber logrado que más de uno cambie de opinión. Pero como usted afirma, no por ello significa que se hayan identificado con nosotros.

Como ya era tarde y el viento comenzó a levantarse nos pusimos de regreso a la base para que podamos cenar; el rancho se preparaba con las últimas luces del día a falta de energía eléctrica. Llegando a la base lo primero que hizo Salvador fue comunicarse con la comandancia para avisar que comenzaría a organizar el repliegue, y también hablé con el capitán Orrego para que envíe al alférez Cano con las acémilas de carga. Orrego comunicó que Cano partiría a la mañana siguiente y que probablemente estaría llegando a primera hora de la tarde. Eso nos daba todo el resto de la tarde para preparar las cargas y partir pasado mañana con el sol. Mientras tanto, se dispuso el desmantelamiento de todo aquello que pueda recogerse. Para ello contó con la tropa de mi patrulla, a poco teníamos una actividad febril en la base que no se detuvo hasta la hora de comer en la

que se sirvió sopa caliente, que nos vino muy bien.

Más tarde, mientras estábamos cenando, el soldado de guardia ingresó al comedor para comunicar al capitán Salvador que había gente en la puerta de la base que quería hablar con él. Salvador, fastidiado por estas visitas a horas inoportunas le dijo que les avisara que mañana los atendería y que mejor volvieran luego porque estaba muy ocupado. El soldado, en vez de retirarse y cumplir la orden se quedó callado y después de un momento dijo que sería mejor que los atienda porque allá afuera le estaba esperando medio pueblo.

Salvador se sorprendió de lo dicho y me miró, era evidente que la noticia del repliegue se había filtrado a la población y su reacción era la esperada. Se puso de pie y salió a atender a la gente, yo lo seguí.

Efectivamente en la puerta se había congregado numerosa gente, la mayor parte hombres pero también había alguna mujeres y en todos se notaba una expresión de entre seriedad y preocupación. Por atrás se escuchaban algunos murmullos que denotaban enojo. Finalmente el alcalde tomó la palabra en representación de todo el pueblo:

– Ustedes no pueden irse abandonando la base.

– Es sólo una propuesta del Cuartel General, los preparativos sólo son por si al final lo ratifican.

– No. Sabemos que ustedes se van pasado mañana y es por ello que han pedido que traigan las acémilas –dijo, mientras Salvador me miraba como diciendo que ya lo sabían todo.

– Miren señores, son órdenes que nos han enviado y a nosotros sólo nos queda cumplirlas. Y lo tenemos que hacer.

– Señor –dijo el alcalde en un tono más conciliador-, usted sabe que no pueden irse sin dejar en peligro a este pueblo y a sus habitantes. Queremos hablar con las autoridades competentes para evitarlo.

Buena petición, pero... ¿Quiénes son las autoridades competentes para esto? Yo sigo sin saberlo, pero si al Jefe de Batallón le habían negado la petición de la suspensión del repliegue, menos se la iban a conceder al alcalde de un poblado menor. Salvador les dijo que debía solicitarlo a las autoridades "políticas" competentes porque eso era así, además vivíamos en una democracia donde todos tenían derecho a ser escuchados y protegidos. Fue una sabia respuesta que tuvo que aceptar el

alcalde, aunque éste se quedó pensando en cuál sería la autoridad política competente que le resolviera su problema. Para ellos, cuyo mundo se acababa en los cerros que los rodeaban, no había autoridad política alguna que los hubiese visitado alguna vez, ni conocían los nombres de las mismas. Sabía que sería una tarea complicada contactarlos y hacerles comprender de su justa petición.

—Y sabe usted, señor capitán, ¿en cuánto tiempo podremos hablar con ellos?

—Pues no lo sé. Esto es tarea vuestra y seguro que demorará. Más no puedo hacer por ustedes, yo sólo cumplo órdenes y para pasado mañana nos retiramos.

Pues el diálogo había sido inútil para los pobladores si pensaron que pidiéndolo en grupo evitarían nuestra marcha. Luego de unos murmullos se fueron en la oscuridad pero no se dispersaron, porque vimos unas luces que provenían del local comunal. Al parecer se estaban reuniendo para decidir qué hacer. Salvador luego de despedirse estaba furioso, la población estaba al tanto de todo lo que sucedía en la base y esto gracias a una filtración de información, quería pensar que sólo era una infidencia pero le preocupaba que hubiera informantes entre la tropa.

Hizo reunir en el patio interior a todos, incluyendo a los de mi patrulla y les habló de lo sucedido. La infidencia era un asunto grave en estos casos de subversión, pero por más que preguntó nadie sabía nada, ni menos sabían de cómo la población estaba al tanto de lo que se preparaba. Lo más extraño es que los detalles de las fechas y las acémilas se habían tratado hace apenas tres horas por la radio y según el centinela de guardia nadie había bajado al pueblo desde la tarde.

No quedando satisfecho, y con el enfado aún encima, me dijo que averiguaría a como de lugar quién estaba proporcionando información al exterior. Qué mejor que preguntárselo directamente al alcalde, así que me pidió que le acompañara y con dos soldados bajamos al pueblo en dirección al local comunal, pero ya había terminado la reunión y tuvimos que ir a su casa, que no estaba más que en la siguiente esquina. Por fortuna el alcalde aún estaba despierto y salió a recibirnos con la esperanza de que habíamos cambiado de opinión, pero Salvador en vez de ello fue directo y le preguntó cómo sabía que nos marcharíamos pa-

sado mañana. Lo único que el alcalde atinó a responder es que todo el pueblo lo sabía.

—¿Cómo que todo el pueblo lo sabe? —preguntó disgustado Salvador.

—Pues eso... lo saben todos.

—Pero alguien tiene que habérselos dicho —añadí para ayudar a aclarar la situación.

—Lo saben todos, a mí me lo dijo don Rafael Curi, el de la tienda.

—Vamos, acompáñanos a la tienda de Curi —le ordenó Salvador y todos nos dirigimos a la tienda del pueblo.

Al llegar, la puerta estaba abierta, era una casa de barro cuya parte delantera hacía tienda. Entramos los cinco apretujados porque el ambiente era pequeñísimo alumbrado por una única vela. Eso de “tienda” también era mucho decir, en unos pequeñines estantes de madera de una mirada pude hacer el inventario de todos sus artículos: un paquetito con ocho cajitas de fósforos, tres bolsas de sal, una bolsa grande de fideos a granel, un par de botellas de aceite compuesto, una cesta con media docena de huevos de gallina y una botella de Anís del Mono. ¿Cómo llegaría esa botella hasta aquí?

El propietario de la tienda salió y al vernos preguntó si necesitábamos algo, pero Salvador le preguntó sin rodeos si fue él quien le dijo al alcalde que nos íbamos. Curi estuvo un momento en silencio y finalmente dijo que sí, pero sin mucho entusiasmo.

—¿Y a ti quién te lo dijo? —volvió a preguntar Salvador.

—Lo escuché por ahí —dijo Curi que a estas alturas presentía que se estaba metiendo en un lío.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo estuve escuchando.

—¿A quién?

—De la base —respondió, lo que confirmaba a Salvador que la fuga de información estaba en casa.

—¿A quién exactamente se lo escuchaste?

—Al operador de radio —dijo agachando la cabeza.

Claro, ya estaba claro. Quien tenía la información más exacta era el operador de radio, era el que estaba a nuestro lado cuando hablamos con la comandancia y con Orrego. El operador de radio era el cabo Huarca. Salvador lo había nombrado porque le

tenía mucha confianza y parecía muy discreto, sin embargo lo había decepcionado. Más aún, lo había hecho a posta porque debió aprovechar un descuido de la guardia para bajar.

—¿Y cuándo bajó el cabo Huarca al pueblo?

—No ha bajado, lo escuché desde la base.

—¿Y cuándo subiste a la base?

—¿Yo? Yo no he subido a la base, lo escuché desde aquí.

Salvador cambió de expresión, no entendía lo que decía aquel tipo. A mí me pareció extraño y saqué la cabeza por la puerta para confirmar lo que decía, pero la base estaba casi a ochenta metros y no se escuchaba nada.

—¿Qué tontería estás diciendo? —le reprochó Salvador— ¡Desde aquí es imposible escuchar lo que se habla en la base!

—No señor, no lo escuché de allá afuera. Lo escuché con mi radio —dijo Curi sin tratar de ocultar lo que decía.

A mí me extrañó que este tipo tuviera la soltura de decir que tenía un equipo de radio capaz interceptar nuestras emisiones. Lo primero que se me ocurrió es que este era un infiltrado en la población y es quien daba los datos de la base. Salvador también debió pensar lo mismo y se puso furioso.

—¿Dónde tienes escondido el equipo de radio! ¡Tráemelo de inmediato!

—Sí señor —dijo Curi y yo pensé que iría a la parte posterior de la casa para traer la susodicha radio, la fuente de energía y los auriculares con la que secretamente se enteraba de todos nuestros mensajes, como lo tendría cualquier espía que se precie de serlo. Pero en vez de ello se giró y movió la bolsa de papel con los fideos y sacó detrás de ella una pequeña y ridícula radio de mano a pilas, tan vieja que era de aquellas que tienen un forro de cuero y en vez de antena usaba un trozo de alambre sacado de una percha de ropa.

Salvador se sintió decepcionado, como yo. Estaría esperando algo más grande. Pero esto no encajaba porque estas radios de onda media cuya calidad de recepción era mediocre se sintonizaban en frecuencias comerciales, mientras que la nuestra de AM trabajaba en frecuencias propias, cambiándose diariamente y nos asegurábamos de no transmitir en canales que estén en uso. Lo único que quedaba era que el tendero estuviera todo el día con la oreja pegada a la radio y moviendo el dial de frecuencias hasta que acertase la nuestra.

El Abandono

– No te creo un carajo –le increpó Salvador incrédulo.

– Pero señor, no le estoy mintiendo –decía Curi-, mire ya son las ocho y a esta hora siempre hacen la transmisión. Se lo demostraré.

Curi cogió su radio y la encendió pero no se oía nada. Como vio que no funcionaba la abrió y extrajo un par de pilas oxidadas golpeándolas contra la pared.

– Es para que se recarguen –dijo con una sonrisa en modo de disculpa.

Volvió a colocar las pilas y esta vez la radio encendió con mucho ruido de estática. Cogió la rueda del dial que estaba semi-rotta y la giró hasta que sintonizó la emisora de Radio Programas que en ese momento se encontraba emitiendo el noticiero de las ocho, cuando en medio de las noticias logramos escuchar fuerte y clara la voz del cabo Huarca que estaba conversando con el operador de radio del batallón, pero de la conversación sólo se escuchaba la voz de Huarca y no del otro operador: “Aquí California, aquí la cálida y acogedora Califooooorniaaaa reportaaando. Cambio” y al rato “Por aquí todos sobando nalgas, repito, soobando naaaalgas. Cambio” decía Huarca con voz profunda, como si estuviera retransmitiendo un partido de fútbol y yo pensé que se había vuelto idiota pues no entendía de qué diablos hablaba.

– California son ustedes, o sea la base de Carhuín. “Sobando nalgas” significa “Sin Novedad”, ustedes saben la “s” y la “n” – explicaba Curi, orgulloso de sus habilidades criptográficas, mientras Salvador se cogía la cabeza con las manos.

Sin querer habíamos detectado un grave error que habíamos cometido y probablemente se repetiría en otros lugares: los radios de las bases más alejadas o aquellas que estaban detrás de montañas que impedían la transmisión directa eran AM; como la operación y muchos casos hasta la misma instalación la hacía personal que no era especialista en comunicaciones, cada uno hacía lo mejor que podía, así en las emisiones apenas entraban en contacto con la otra estación los operadores calibraban los radios con la máxima potencia de salida para que la comunicación sea fuerte y clara. Esto también tenía sus inconvenientes, ya que al usar tanta potencia se interfería con las frecuencias adyacentes particularmente a cortas distancias, tal y como sucedía con la radio de Curi. No sabíamos desde cuando nuestras

transmisiones habían sido escuchadas ni por quién.

Llegando a la base se organizaron los turnos de guardia y se dispuso que todos se vayan a dormir temprano porque desde primera hora comenzaríamos los preparativos del repliegue y faltaría tiempo para mover y empacar todo. Como no había para todos lugares para dormir, los jergones de paja que hacían de camas se tuvieron que compartir a razón de dos por cada uno.

A la mañana siguiente los trabajos se iniciaron a primera hora, a media mañana yo estaba verificando el embalaje de la munición en el patio próximo a la entrada, cuando un niño se acercó a ver lo que hacía, me fijé en él y era el mismo que el día anterior nos había acompañado en la entrada del pueblo con tanta curiosidad y dando saltos. Me extrañó que el soldado de guardia le haya permitido entrar y se lo hice notar:

— ¡Centinela! Un niño ha entrado a la base y está en el patio.

El soldado se giró pero cuando vio de quien se trataba me dijo sonriendo:

— No se preocupe, mi teniente. Es el Kilichu.

— ¿Tú eres el Kilichu? -le pregunté.

— Sí, ese soy yo -dijo con una amplia sonrisa.

Como al parecer a nadie le importaba que estuviera en la base yo continué en lo mío mientras que el niño me seguía mirando sentado en una lata de manteca que utilizaba a modo de silla. Hasta que se me acercó el sargento de la base para consultarme de los víveres que se consumirían de regreso. Luego de contestarle le pregunté:

— Este niño, el Kilichu... ¿Siempre está en la base?

— Sí, siempre viene. Es el único de Sendero que ha logrado entrar a la base -dijo soltando una risa.

— No te entiendo.

— Le contaré la historia: hace más de año y medio hubo un ataque de Sendero a un pueblo que está a medio camino de la selva, ahora ya no queda nada de él. Pero los senderistas, además de cometer sus tropelías, se llevaron a varios niños de su edad para adoctrinarlos y utilizarlos como personal de servicio, como cocineros o para recolectar hojas de coca. Como Sendero Luminoso siempre trabaja con sobrenombres a este le dijeron que a partir de ese momento se llamaría "Kilichu".

— ¿Y qué es eso de Kilichu?

— Veo que no conoce mucho de quechua mi teniente. Kilichu

significa cernícalo pequeño. Pero ese no es su nombre, realmente se llama José.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—Cuenta que estaba con la columna de Sendero en la parte que baja hacia la selva y que lo mandaron a traer agua para preparar la comida, pero cuando estaba en ello se formó un revuelo porque el jefe se enteró que uno de sus combatientes había desertado llevándose un arma y salieron dos grupos a buscarlo; en esto el Kilichu aprovechó para escaparse. Estuvo vagando un par de días hasta que vio a un pastor con sus ovejas y se le acercó. El pastor era de este pueblo y lo trajo. Cuando lo trajeron, nosotros le preguntamos tratando que nos contara sobre la columna de Sendero que lo había raptado; pero no hubo forma que nos diga algo, simplemente no quiere hablar del tema y sólo Dios sabe lo que habrá visto esos meses. Ésa es la historia del Kilichu.

—Ya entiendo, como el Kilichu no tiene familia y está solo, por eso viene a la base. Aún así no estoy de acuerdo, este niño debería estar en un orfanato o algo por el estilo, no aquí.

—¿Solo? No mi teniente. Tiene familia en el pueblo, su hermana vive allí.

Al rato el sargento había regresado y le pregunté si había pilas para mi linterna, me dijo que no, pero creía que en la tienda del pueblo vendían. Se ofreció a comprarlas ya que él estaba bajando al pueblo porque tenía que pagar una deuda antes de irse. Yo le dije que lo acompañaría y de paso estiraba un poco las piernas. Así bajamos los dos mientras que el Kilichu me seguía dando saltitos, al parecer había algo en mí que le causaba gracia. Al llegar al pueblo nos dirigimos a la conocida tienda de Curi donde pregunté a su mujer, que estaba en la puerta, si tenía pilas, me dijo que sí y me sacó un paquete de cuatro pilas envueltas en plástico, no habían sido abiertas pero tenían un poco de óxido. Igual se las compré porque no tenía alternativa. Al salir de la tienda el sargento de la base me dice: “Es ella”, señalando a una mujer que pasaba.

—¿Ella es qué?

—Ella es la hermana del Kilichu —dijo señalando a una joven mujer de unos diecinueve años que llevaba un niño pequeño a la espalda, como suelen hacerlo en estos lugares.

Aproveché en llamarla y le dije que debería cuidar mejor de

su hermano, el cual debería estar más en la escuela que en la base. La mujer me lanzó una mirada furiosa pero no me dijo nada y en vez de ello comenzó a decirle algo al hermano menor en quechua, parecía que lo regañaba y al terminar se fue, dejando al Kilichu en la calle y a nosotros con la palabra en la boca.

Me volví al sargento y le pregunté si realmente era su hermana, me dijo que sí pero parecía que no y que no entendió lo que le decía. La verdad es que existían muchas familias desestructuradas, y quizás para la hermana el Kilichu era una carga y una molestia, ya que a todas luces ella ya tenía su propia familia que atender.

A unos metros había un grupo de mujeres sentadas en el suelo haciendo un semi-círculo hablando de algo, algunas tenían en la mano un huso de hilar lana pero creo que lo tenían para mantenerse ocupadas en algo mientras hablaban. En todo caso, era un asunto que no me incumbía hasta que observé algo extraño en una de ellas cuyo rostro estaba parcialmente cubierto por su gorro de piel: tenía un rostro demasiado oscuro respecto de las demás. Se lo hice saber al sargento quien le pidió que se quitara el sombrero, y al hacerlo observamos que era una chica negra y joven. No, no era una morena oscura, ni alguna mestiza, era negrísima como una aceituna, con pelo cortito. Sumamente extraño por su indumentaria y porque es sabido que a la gente de esa raza no gusta de venir a la sierra por el frío, prefieren los cálidos valles de la costa, es difícil verlos aún en las ciudades, ¿Qué haría esa mujer allí con esas vestimentas entre gente de una raza tan diferente? ¿Se habría disfrazado?

—¿Y tú cómo te llamas? ¿Qué haces aquí? -le pregunté en castellano, dando por sentado que sabría hablarlo. Pero en vez de contestarme se me quedó mirando como si no me entendiera, lo mismo que las otras mujeres del grupo. El sargento que estaba a mi lado me dijo que ella no me entendía, que sólo hablaba quechua. Viendo que no parecía convencerme mucho su explicación añadió:

—No habla castellano, vive aquí. Siempre ha vivido aquí hasta donde yo sé -dijo mientras que la chica seguía con atención nuestro incomprensible diálogo. Al observarla detenidamente pude ver que era muy joven, más joven que lo que yo había estimado inicialmente, tal vez quince o dieciséis años.

—¿Y cómo llegó aquí?

El sargento se limitó a alzar los hombros, era evidente que no lo sabía y, pensándolo bien, a mí tampoco debería importarme, así que nos alejamos caminando hacia la base dejando atrás a la chica y su extraña historia que nunca conoceré.

Por la tarde llegó el alférez Cano, acompañado de unos arrieros y como bestias de carga traía seis burros y siete llamas, a todas luces menos de lo que habíamos estimado y necesitábamos. Informó al capitán Salvador que no había conseguido caballos pero sí tres mulas, pero por la noche uno de los mulos que era medio loco había pateado a otro y mordido el cuarto trasero a la mula. Prefirió no traerlos porque darían problemas. Advirtió que a las llamas no deberían cargarlas con más de cuarenta kilos debido a que se negarían a caminar, los burros eran más dóciles.

Antes de comer, bajamos con el capitán Salvador a hablar con el Alcalde. En resumen podíamos decir que como resultado de la reunión de la noche anterior en el local comunal la gente se había dividido en dos grupos: los que decidieron permanecer en el pueblo y los que preferían irse no sintiéndose seguros sin la base. La mayoría eran los partidarios de partir, cada cual se las arreglaría adonde. Nos preguntó si esa gente podía acompañarnos en el camino de regreso. La verdad es que no esperábamos esta petición y Salvador no opuso ninguna objeción; total, eran libres de irse donde les plazca.

Y así llegamos a otra situación incómoda de los tiempos que se vivían... ¿Cuántos de nosotros estaríamos dispuestos de abandonar nuestras casas y medios de vida de un día para otro? Supongo que muy pocos, pero esta gente así prefería. Probablemente hacían bien en valorar más sus vidas que los precarios medios materiales que disponían, o simplemente eran conscientes que lo que poseían tenía tan poco valor que realmente no perdían gran cosa. Esto sucedió una y otra vez en estas tierras y en aquellos oscuros días.

Como precaución, esa noche el capitán Salvador hizo redoblar los turnos de guardia porque temía una sublevación de la población, lo cual no sucedió. Más bien, esa noche no se apagaron las velas de las humildes casas, el que menos preparaba sus cosas para marcharse o la de sus familiares, otros simplemente no podían dormir.

Nos levantamos al día siguiente muy temprano para terminar

de estibar las cargas en los animales y organizar la partida, pero hasta casi las diez de la mañana no estuvimos listos y se ordenó formar afuera de la base, en una explanada a media altura de la colina, para pasar la última revista y verificar que no faltase nada; además de organizar la columna de marcha. Más abajo la población que iba a partir ya tenía todo listo y se acercaron a nosotros.

—¿De dónde salió tanta gente? -le pregunté a Salvador.

—Son los de siempre, sólo que hoy no han ido a trabajar a sus tierras, ni llevado a pastar a sus animales. Hoy están todos.

Encabezando la columna se encontraba el alcalde quien venía directo a nosotros con un par de personajes más que no había visto antes. Supuse que quería darnos la despedida y que Salvador quería hacer entrega formal de las instalaciones de la base al pueblo, aunque lo que dejábamos difícilmente sirviera como corral.

—Hola, Alcalde. ¿Vienes a despedirnos?

—Ya no soy alcalde, yo también me voy. Vengo a presentarles al nuevo alcalde -dijo señalando a uno que me dio la impresión que apenas sabía leer. Lo único que se me ocurrió era pensar que si el capitán del barco abandona, la cosa debería estar color de hormiga.

—Ayer noche -continuó-, nos reunimos todos los del pueblo y se eligieron las nuevas autoridades. Además estuvimos discutiendo hasta tarde para avisar a las autoridades y evitar que la base se vaya. Finalmente creímos que lo mejor sería redactar un memorial al señor gobierno para expresarle nuestras peticiones.

Era curioso escucharles hablar del “Señor Gobierno” como de una tercera persona a la que habría que dirigirse. No me quedaba claro si el tal gobierno lo tomaban como a una persona o como la abstracta organización burocrática que realmente era.

—Este es el memorial que el pueblo quiere hacer llegar al Señor Gobierno -dijo extendiéndome un folio de papel blanco enrollado.

Lo tomé y desenrollé, estaba escrito con tinta azul por alguien que tenía una mala caligrafía y una ortografía peor. En la parte de abajo había una lista de firmas hechas de todos los tamaños y con bolígrafos de tintas diferentes, y esa parte estaba sucia por las manos de los que colocaron sus firmas. En general el documento en sí tenía una triste presentación y estaba maltratado

El Abandono

por el sudor de las manos de quien lo portaba enrollado. Dejé de lado las cuestiones estéticas y le di una lectura en silencio. Decía esto:

Memorial del pueblo de Carhuín y de todos sus pobladores al excelentísimo señor don presidente de la república

Señor Presidente de la república

Señor Presidente de los Ministros

Señor senador presidente de los senadores del país

Señor Alcalde de la ciudad

Nosotros los pobladores todos del pueblo de Carhuín y de los pagos anexos de Mochepata hasta llachumayo le enbiamos este memorial para solisitarle a usted señor gobierno que nos ayude a nuestro pueblo y sus pobladores. Al exelentísimo señor presidente de la república debemos abisarle que aquí todos los pobladores hemos defendido su gobierno siempre y hemos luchado contra esos malditos senderistas que no nos dejan, el año ochentacinco fuimos atacados dos veces señor presidente, defendiéndonos siempre y al señor gobierno que da todas las leyes pero los terroristas como son nos dieron hasta con bala. Todos los pobladores de Carhuín nos defendimos asiendo correr a esos por eso nos tienen hodio señor gobierno.

En nuestro pueblo estamos toditos preocupados señor, porque nos preocupamos siempre, porque han ordenado que se vallan los soldados a otra base cuando estos soldados son de la base de carhuín y no de otro sitio. Dejándo a estos pagos sin protección y nuestra gente a defendido al señor gobierno. Por eso le pedimos todos.

Señor presidente estospueblos conociendo su vondad le piden que hordene a sus ministros por que usted siempre hordena que los soldados buelvan a su base en Carhuín que todos en este pueblo se lo pedimos.

Memorial firmado por los notables de este pueblo y de todos sus pobladores y tamvién de los anexos de mochepata y yachumayo.

—¿Qué es eso de los anexo de Mochepata y Yachumayo? — pregunté al capitán Salvador, que también estaba leyendo el memorial.

—Mochepata y Yachumayo eran dos pueblitos que estaban

La Guerra de los Tenientes

cerca, los pobladores los abandonaron y se vinieron todos a Carhuín. Pero siempre mantuvieron su identidad como pueblos independientes a pesar que vivían en el mismo lugar. Los de Carhuín suelen referirse a ellos como “los de fuera”. Lo más curioso de todo es que sean del pueblo que sean todos por aquí tienen algún parentesco familiar de uno u otro modo.

—Está bien —dijo Salvador a la comitiva—. ¿A quién piensan entregarlo?

—Ése es el problema —señaló el ex-alcalde—, no sabemos a quién entregarlo. Suponemos que tiene que ser a alguien de la capital del departamento pero ninguno de nosotros se dirige hacia allá. Por eso pensamos en que usted podría hacerlo llegar a la autoridad correspondiente.

Salvador no dijo nada, se limitó a enrollar el manuscrito e introducirlo por la abertura lateral de su mochila.

Como ya se hacía tarde, Salvador ordenó partir inmediatamente, los hombres en punta comenzaron a adelantarse y cuando impartía las órdenes al alférez Cano para que movilizara los animales, se escuchó a nuestras espaldas a alguien que hacía el comentario en voz alta de que nos íbamos porque no queríamos pelear con Sendero.

Al volvernos vimos que quien había hecho el comentario era el nuevo alcalde, a quien mirándolo con atención observamos que se tambaleaba y tenía un fuerte aliento a alcohol.

—¿Qué has dicho? —preguntó muy serio Salvador.

—Que ahora nosotros solos tendremos que defender a nuestras familias y animales ya que ustedes se marchan —dijo, pero era una verdad evidente y no había forma de refutarla.

Aún así, pensé que Salvador se enfadaría ante tan tremenda impertinencia, pero en vez de ello, se acercó a uno de los burros que llevaban los bultos e hizo descargar dos cajas metálicas con granadas de mano y las dejó en el piso.

—Tomen, les dejamos esto para que se defiendan.

Los pobladores no dijeron nada y hubo un silencio largo y continuado que flotó en el ambiente, tanto así que se escuchaba hasta el viento entre la hierba. Lo recuerdo perfectamente porque a esta altitud el aire es enralecido y no existe la contaminación acústica a la que estamos acostumbrados en las ciudades, ello a pesar que había mucha gente alrededor nuestro, entre tropa, pobladores además de los animales. Finalmente

Salvador añadió:

—No se preocupen, regresaremos pronto. Será cuestión de esperar y verán como todo se arregla —dijo para salir del paso. Por supuesto que no era verdad y ellos aunque asintieron no se lo creían como tampoco nosotros, pero sirvió para sobrellevar el incómodo momento.

La columna partió, descendimos la colina de la base y avanzamos por el camino que bordeaba el pueblo y nos llevaría de regreso. Los que se quedaban se subieron a una pequeña loma para vernos partir. Estábamos avanzando cuando veo a mi lado al Kilichu, feliz dando saltos entre la gente y los animales. No sabía que él también se iría, pero un grito de llamada de atención que provenía de la loma hizo que el Kilichu dejara de saltar y mirara hacia arriba. Quien lo llamaba era la hermana que seguía enojada como siempre y cargando a su bebé. El Kilichu no dijo nada y se fue, subiendo la loma hacia donde estaba su única familia.

Era curioso ver que nadie decía nada entre los pobladores que se quedaban y los que se iban, no había saludos, despedidas, manos en alto ni nada. Creo que quienes estaban en la loma tenían envidia de los que se marchaban porque estos últimos mantenían alguna esperanza, mientras que los que quedaban no tenían a donde ir, ni medios, ni quien los ayudara en esos momentos en que las cosas se pondrían difíciles, más difíciles aún.

Alguien una vez me dijo que siempre encontraría un pobre más pobre que otro pobre, pero parecía que yo por fin había llegado a conocer el final de la cadena. Estos que se quedaban ya habían pasado el umbral de la pobreza extrema: eran los que estaban jodidos dentro de los más jodidos. No les importaban a nadie, daba exactamente igual que existieran como que no.

Atrás, en el pueblo, quedarían poco menos que cuarenta personas en ese lugar cada vez más vacío. Luego de la primera hora de camino Salvador y yo vimos que la columna iba con un ritmo de marcha mucho más lento de lo esperado: mujeres con niños pequeños en brazos, hombres cargados como bestias con unos bultos enormes hechos con mantas, niños que hacían de pastores arreando dos o tres ovejas cada uno y no podían mantener el ritmo de la tropa; aunque ésta tampoco se iba de alivio porque cada uno llevaba, además de la mochila, fusil y hombrecas de asalto un costalillo con la ropa de recambio, calzado y

La Guerra de los Tenientes

demás objetos personales, añadiendo que habíamos repartido la munición del almacén entre todos, trescientos cartuchos por hombre, junto con buena parte de las granadas de mano y de fusil.

La columna de marcha se extendía por más de ciento cincuenta metros, la idea de darle una mínima formación militar no pasaba más que por los tres hombres que iban de exploradores cincuenta metros por delante, pero luego era un desorden en línea, se lo hice saber al capitán Salvador pero él tampoco podía arreglar este caótico embrollo, sólo nos quedaba rezar para que Sendero no tenga la audaz idea de sorprendernos por el camino, de ser así nos pondría en serios aprietos.

Después de la segunda hora Salvador hizo reducir aún más el ritmo de marcha. La gente del pueblo se estaba quedando atrás. Tuvimos que descargar un burro para sentar a una abuela que apenas podía caminar y colocar en otros burritos algún niño que otro que estaba cansado. Felizmente los pobres animales sacaron a relucir toda su nobleza.

De vez en cuando yo salía de la columna y me quedaba a un lado para tratar de visualizar el progreso del conjunto, la imagen que dábamos era exactamente igual a esas fotos en blanco y negro de cualquier guerra en la que se puede ver gente huyendo de una zona de desastre. Éramos la imagen misma del desbarato donde la tropa se mezclaba con refugiados civiles, porque realmente eso era lo que eran. Juré a mí mismo que si alguna vez estuviera en mis manos impedir otra situación igual de vergonzosa no dudaría en hacerlo. La gente que nos acompañaba no decía nada pero se podía leer en sus rostros como si nos preguntaran: ¿Por qué abandonan ante un enemigo ridículamente inferior a ustedes? ¿Sin siquiera disparar un tiro? Evidentemente tampoco decíamos nada. Yo también me hacía la misma pregunta, creo que nadie estaba en condiciones de responderme en aquel momento... y tampoco hoy.

Bastante entrada la tarde, mucho más de lo esperado, llegamos al pueblo en el que nos esperaba el capitán Orrego con los vehículos, quien también se sorprendió al ver nuestra extraña columna. Previsoramente había preparado rancho para la tropa de las patrullas de Cano, la mía y la de la base pero no para la población que nos seguía, ni tampoco tenía porqué hacerlo. El ex-alcalde nos pidió si podíamos compartir algo de nuestra co-

mida con su gente, que estaba tanto o más cansada que nosotros, pero era manifiesto que no alcanzaría para todos, se barajó la posibilidad de sólo dar raciones a las mujeres y los niños pero finalmente concluimos que si ya estábamos en ello, mejor era que todos comieran algo aunque sea poco menos de media ración. Y así todos fueron desfilando por las pailas recibiendo media taza de sopa de avena hervida.

Otro aspecto no previsto era que con las cargas de la base y la tropa de seguridad de Orrego, los dos camiones quedaron completamente estibados y no había espacio para toda la tropa, por tanto nosotros tendríamos que regresar a pie a la base del batallón desde donde nos encontrábamos, lo que significaba un día adicional de camino. Para pasar la noche nos dirigimos a la base de San Juan de Llocha que estaba a poco más de dos horas, seguidos siempre por toda la población evacuada de los que curiosamente nadie quiso quedarse en el pueblito actual, quizás por ser un lugar aún demasiado cercano a su antiguo pueblo.

Pasamos la noche en la base de San Juan de Llocha y muy temprano partimos hacia la sede del batallón, esta vez acompañados con poco menos de medio pueblo porque un grupo de pobladores importante decidió quedarse en el lugar o en sus alrededores para asentarse. Los demás nos seguían por la carretera y en el trayecto, poco a poco, se fueron quedando en los diferentes pueblos por los que pasábamos, buscando algún familiar que los pudiera acoger o algún lugar en el que probar suerte para empezar su vida nuevamente; a la postre, a la base del batallón sólo llegó una única familia que se alojaría en las afueras de la ciudad.

Dos meses más tarde de haber evacuado aquel lugar, por la mañana llegó un mensaje de radio urgente al batallón, proveniente de la base de San Juan de Llocha, en él se alertaba que por la noche el pueblo de Carhuín había sido atacado por Sendero Luminoso y no se tenían más noticias. Ante esta situación el jefe de aquella base ordenó la inmediata salida de una patrulla de veinte hombres para apoyar al pueblo, pero sabía que era más que probable que trataran de emboscarlos si accedían por la garganta que daba acceso directo a las alturas y dispuso el rodeo al cerro Yanawilca, aún conociendo que esto representaba una pérdida de valioso tiempo, pero no podía arriesgar impru-

dentemente a su tropa.

Como el mensaje llegó muy temprano al batallón se convocó reunión de oficiales antes del desayuno, toda la información con que contábamos era el escueto radiograma, el cual no nos podían ampliar hasta que la patrulla que salió en auxilio llegó al lugar e informe. Como medida de precaución el comandante ordenó el alistamiento de dos patrullas con la finalidad de iniciar una persecución de la columna de Sendero si es que fuera posible. Por una asombrosa casualidad, aquel día estábamos disponibles el capitán Salvador y yo porque ambos habíamos llegado de una patrulla el día anterior, ambos tuvimos la responsabilidad de organizar nuestras patrullas que, según estimamos y dadas las circunstancias, deberían llevar una potencia de fuego superior a la normal, cuando menos llevaríamos dos ametralladoras. Pasamos toda la mañana en el patio exterior revisando una y otra vez el material, frecuencias de radio y mapas a la espera de noticias y de la orden de salida, pero esta no llegaba. Finalmente el comandante salió de la comandancia y se dirigió hacia donde estábamos.

—Que guarden las ametralladoras y lanzacohetes.

—¿Ya no salimos? —preguntó Salvador.

—Sí, van a salir, pero vayan ligeros porque no habrá persecución. Nos informan que el ataque fue a las cuatro de la madrugada y terminó a las siete. Como ya es casi mediodía nos llevan demasiada ventaja, sin contar las horas que tardaremos en llegar.

—¿Y utilizando helicóptero? La puna es un páramo desierto.

—Tampoco, me dicen en la comandancia que este mes sólo había presupuesto para veinticuatro horas de vuelo y ya llevan consumidas veintidós, reservan las dos únicas horas que quedan para alguna evacuación médica.

—¿Entonces para qué vamos a salir? —preguntaba Salvador.

—La patrulla que está allá se está replegando con dos heridos del pueblo. Pero el resto del pueblo ha sido masacrado. Ustedes van a subir acompañando al juez y a la policía para hacer los levantamientos y diligencias legales pertinentes. Ya les avisaron y están en camino hacia aquí. He dispuesto que dos camiones estén preparados e irán hasta donde puedan con los vehículos, luego desembarcarán y los acompañarán hasta el lugar.

Media hora más tarde ya estaban en el cuartel con nosotros

tres policías y el secretario del juez que haría la diligencia, partimos en los camiones tomando la misma ruta de hace dos meses. Cuando llegamos al pueblo donde dejaríamos los vehículos nos esperaba una multitud de gente, pobladores de los pueblos aledaños, que se habían congregado y nos decían que nos acompañarían para ir a ayudar al pueblo, aunque todos sabíamos que íbamos para otra cosa. Ellos llevaban sus herramientas de labranza en la mano.

La subida correspondiente y el trayecto por la puna la hicimos sin hacer un solo alto, caminábamos ligeros y acompañados, ya no era la aventura que habíamos tenido hace dos meses, muy entrada la tarde llegamos a la última elevación desde donde se podía contemplar el pueblo antes del descenso final. A primera vista parecía igual a como lo habíamos dejado, pero conforme nos acercamos podíamos ver la verdadera magnitud del desastre: todas las casas estaban desprovistas de techo, eran de paja y les habían prendido fuego, pero como la paja arde rápidamente y sin emitir demasiado calor no ennegrecían las paredes de barro, algunos pocos enseres de su interior se podían ver como platos de plástico, botellas vacías y prendas de ropa; en general todo estaba destruido.

Pero el lugar de atención se centraba en lo que se suponía era el campo de fútbol de tierra que había a un costado, los pobladores que habían llegado poco antes que nosotros estaban juntando los cadáveres que descubrían, la mayoría los encontraron junto al campo pero había algunos que los recogieron de entre las casas. Los colocaban alineados uno al lado de otro para que fueran reconocidos por la autoridad judicial o familiares. En total eran veintiún cuerpos entre hombres, mujeres y niños, lo cuál me extrañó porque recordaba que se quedaron más de cuarenta. Uno de los pobladores que vinieron con nosotros me explicó que no, eran mucho menos, porque luego de nuestra marcha poco a poco también se fueron yendo otras familias, quedándose unos cuantos.

En ello se pusieron a trabajar los policías y el secretario del juez que comenzaron a redactar unos informes o actas de lo que eran testigos, todo lo hacían allí mismo porque según me contaban no tenía sentido llevar los cuerpos a la ciudad para la autopsia, era innecesario: la causa de la muerte era evidente y además no había como trasladar tantos cuerpos.

La Guerra de los Tenientes

Sólo pude ver a algunos de los cuerpos que estaban juntando, pero a simple vista se observaba que todos muertos eran por arma blanca: degollados o con múltiples heridas en la cara y en el torso, algo frecuente con Sendero que lo hacía para ahorrarse munición; algunos aún estaban con las manos atadas a la espalda y me sorprendió una pobre abuela con la cara hinchada y negra de la golpiza que había recibido, no me imaginaba el motivo de tanta saña para con ella, difícilmente les pudo suponer alguna amenaza salvo que en el momento del ataque les haya dicho algo que los enfureciera. Estaba contemplando el espectáculo pero sólo llegué a ver a algunos pocos, ya que escuché la voz del capitán Salvador que me llamaba:

–Tú que eres de ingenieros inspecciona la bandera que han colocado en la colina sobre la base, ten cuidado, gustan de colocar trampas cazabobos con explosivos –ordenó Salvador señalando parte alta de la colina.

Miré hacia arriba, donde una vez estuvo la base militar, quedaba muy poco, la mayor parte del muro perimetral estaba por los suelos y el semiderruido torreón estaba destruido totalmente, dejando en su lugar un montículo de adobes en donde habían colocado un palo a modo de asta con una bandera roja. Subí con la patrulla pero cuando llegamos a la parte alta nos quedó claro que no había mucho que investigar: se habían limitado a tumbar los pocos muros de adobe que habíamos dejado, esto era fácil teniendo en cuenta de la precariedad de su construcción, pero más no podían hacer, supuse que lo hicieron embargados por el odio después de todos los dolores de cabeza que les originamos en este tiempo, particularmente con el dichoso mortero que disparaba al azar en la oscuridad de la noche.

Sobre el montículo que una vez fue el torreón había una escualida caña y cuya supuesta bandera no era más que una bolsa del plástico roja atada y que inflada por el viento se veía de color rosa, era de esas que muchas veces nos dan cuando compramos pan, pero como toda bandera que se precie también tenía su escudo que no era más que un improvisado dibujo de la hoz y el martillo hecho con bolígrafo azul a última hora y que le confería un aspecto realmente patético. No tuve que mirar mucho para darme cuenta que no activaba ninguna trampa como temía Salvador, cogí la caña y luego de retirarla la dejé caer al

El Abandono

suelo y el viento la arrastró ladera abajo con su “bandera”.

Por la parte de atrás de la base, la que estaba orientada al sur, el daño en el muro exterior era menor, quizás porque alguien quiso aprovechar el mismo para colocar con pintura roja una inscripción recordando su heroico paso por aquel lugar, que literalmente decía:

“Muerte a los cabesas neGras y sus recalcitrantes meznadas”

“Deng xiaoping maldito rebicionista hijo de perra”

“Viva la cuarta espada del marxismo-leninismo-maoísmo”

“Viva el pensamieto guía dEl camarada gonsa...” (Aquí se le acabó la pintura)

Ordené el descenso y por el camino vimos los cuerpos de un par de llamas muertas con sus largos cuellos por el suelo, una de color negro y otra marrón, ¿qué daño habrían hecho?

Cuando regresamos al pueblo la diligencia legal había concluido y los pobladores que nos acompañaban comenzaron a excavar en la tierra a un lado del campo de fútbol, era indudable el motivo: iban a proceder enterrarlos, cosa que era difícil porque el suelo estaba congelado y duro, más aún si teníamos en cuenta que utilizaban sus herramientas de labranza para hacer los hoyos; el trabajo se hacía lento y pesado.

Mientras ello sucedía y previsiblemente tomaría su tiempo dada la cantidad de cuerpos, me acerqué al capitán Salvador para informarle del incidente de la bandera y de paso buscarle conversación.

—Mi capitán... ¿Recuerda el memorial que hicieron la noche anterior de nuestra partida?

—Lo recuerdo perfectamente —respondió Salvador—, yo personalmente lo llevé a la comandancia de la División.

—En su ingenuidad esta pobre gente se aferraba a un papel pensando que de alguna forma les garantizaría algo, ya ve que no les sirvió de nada, nunca les hicieron caso.

—No es que no les hicieran caso, simplemente nunca lo leyeron.

—¿Pero no me dijo que lo llevó a la comandancia?

La Guerra de los Tenientes

—Sí hace un mes, cuando fuimos por provisiones a la comandancia de la División, aproveché y la llevé a la oficina del Jefe de Asuntos Civiles, allí me dijeron que como era necesaria la reactivación de una base era de incumbencia del Jefe de Operaciones, el cual a su vez me indicó que eso no era asunto del ejército, era un tema netamente político y que esto debería ser problema de las autoridades civiles y políticas competentes. Para eso vivimos en una democracia.

—¿Y cuáles eran las autoridades políticas competentes? —le interrumpí.

—Pues no lo sabía, pero como estábamos cerca de la municipalidad traté de hacerla llegar al alcalde, el cuál no me atendió, sólo hablé con un regidor que me dijo que debido a que estábamos en una situación de emergencia todas las gestiones políticas eran de responsabilidad del Jefe Militar de la zona. Le expliqué que no era así, que venía de la comandancia de la División y me dijeron que ellos no tenían responsabilidad en ese tipo de asuntos. El regidor dudó un poco de mis palabras, pero luego de pensarlo un poco me dio la razón, y que el documento yo debería de entregarlo al Congreso de la República, para que una comisión Ad Hoc haga el estudio pertinente y lo presente a la mesa directiva para su revisión luego del período de receso vacacional. Pero que, añadió en tono de advertencia, tuviera en cuenta que ese papel no me lo recibirían, que mejor contratara un notario que lo redacte según los términos legales adecuados, sí señor, eso era lo correcto. Eso o podía solicitar una audiencia con el prefecto del departamento la cual podría demorar porque según él tenía entendido estaba de comisión hace un mes y nadie sabía cuándo regresaría.

—¿Al Congreso de la República? ¿Y cómo lo envió?

—¡Por supuesto que no lo envié! ¡Qué voy a hacer yo, un simple capitán, en este embrollo de trámites burocráticos! Lo único que saqué en claro es que nadie quería asumir ninguna responsabilidad y por eso me estaban mareando enviándome de un sitio a otro. Además ya era tarde y tenía que volver con los suministros al batallón, que para eso me habían mandado.

—¿Entonces qué pasó finalmente con el memorial? —le pregunté, pero Salvador no me contestó, descolgó la mochila y abriendo la hebilla lateral sacó un pliego de papel enrollado sujeto por una pequeña liga de goma color verde. Me pareció ver

que era el memorial. Salvador hizo correr la sujeción y desplegó el folio. Sí, era el memorial del pueblo, igual de desaliñado y sucio que cuando lo vi por primera vez, con su pésima caligrafía, las manchas de tinta y manos en las firmas. Salvador, luego de hojearlo por última vez lo dejó caer en el pequeño riachuelo que corría a nuestros pies. El papel volvió a tomar su forma cóncava y la corriente lo arrastró flotando, no muy lejos, a unos cuantos metros se atascó entre una piedras y ramas. Salvador sólo dijo:

— Vámonos, ya no lo necesitarán.

Regresamos al lugar de las excavaciones, los pobladores estaban sudando la gota gorda en los hoyos a pesar del frío. Considerando lo duro del trabajo, concluyeron que mejor sería hacer sólo ocho hoyos y enterrarlos de a varios, tal vez en grupos familiares y así lo hicieron. Uno a uno llevaban los cuerpos a los hoyos y se les enterraba en fosas poco profundas, que no llegaban al metro... sin cajón, sin nombre y sin duelo.

Finalmente comenzaron a trabajar en el hoyo que tenía frente a mí, primero un cuerpo, y luego otro, ambos de adultos pero que no podía distinguirlos porque estaban envueltos con mantas de lana y amarrados con cuerdas a modo de mortaja. Por último, un poblador trajo entre sus brazos un tercer cuerpo, era pequeño, sin duda un niño. Se me ocurrió que quizás pudiese ser el del Kilichu y uno de los cuerpos que ya estaba en el hoyo sería el de su hermana. No lo sabía. Tuve el impulso de tratar de averiguarlo pero luego comprendí que sería inútil y no tenía sentido, antes al Kilichu no le importó a nadie y menos importaría ahora. Ni él, ni su familia, ni su pueblo, ni esta tierra.

Epílogo

Varios años después, Sendero derrotado y siendo un recuerdo lejano, me encontraba una mañana caminando por un parque de la capital cuando vi que alguien detrás de unos arbustos me hacía señas. Lo primero que pensé es que me avisaba que algo se me había caído, miré hacia atrás y no había nada, pero él continuaba con señas. Me fijé bien y quien gesticulaba era un jardinero con uniforme verde loro y gorra de visera, que aún tenía sus tijeras de poda en las manos, quien al ver que yo seguía sin entenderle dejó su herramienta y comenzó a caminar hacia mí. Sorprendido por la insistencia del sujeto permanecí donde me encontraba hasta que el extraño estuvo a unos pasos de mí con una amplia sonrisa, como contento por algo.

— ¡¿Cómo está usted mi teniente?! —dijo el extraño levantando los brazos y llamándome por mi antiguo grado del ejército.

Tardé un instante, tal vez milésimas, en reconocerlo. ¡Quien me hablaba era el sargento Toribio! ¡Quién lo diría! No lo había reconocido con su uniforme grande, sus botas de caucho y su gorra que le caía hasta las orejas. Demás está decir que lo abracé, lo último que esperaba encontrarme aquella fría mañana era al buen Toribio después de tantos años. Extrañado por su indumentaria le pregunté por su vida, me contó que estuvo en el ejército un par de años más, luego se casó, pero con su irrisoria paga de sargento nunca pudo ahorrar nada, pidió su baja e intentó buscarse un trabajo decente pero lo rechazaron de todas partes y estuvo desempleado un buen tiempo, hasta que tuvo un hijo, el cual estaba internado por problemas respiratorios en un hospital del Ministerio de Salud; así que tuvo que aceptar el

La Guerra de los Tenientes

primer empleo que se le presentó, que fue éste, de jardinero en una subcontrata municipal con un salario mínimo.

Supongo que debió ver en mi expresión la cara de decepción por todo lo que le estaba pasando, siendo él una persona leal, trabajadora y eficiente, a quien lo enviaron a defender a la patria en momentos oscuros y que más de una vez expuso su vida por gente a quien nunca conoció y que ahora a nadie le importa. Al final terminó de contármelo con la convicción de que todo sería pasajero y luego remontaría, aunque él y yo sabíamos que tendría que empezar de cero.

En Chile a esto mismo le llaman “el pago de Chile”, por lo menos tienen algo para calificarlo. En el Perú miramos hacia otro lado, como si nunca hubiesen existido, así somos nosotros: no aprendimos nada y lo olvidamos todo.

—¿Has pensado en estudiar algo? -le pregunté.

—No, ya estoy viejo. Tengo veinticuatro años y una familia que mantener. Si realmente lo hubiese querido hacer hubiera encontrado el modo de evadir el servicio militar como hicieron otros.

Luego que dijo esto último hubo un silencio en nuestra conversación, no esperaba que lo dijera y yo tampoco lo había pensado. Así que para salir del paso sólo atiné a decir:

—No te preocupes Toribio, no fue tiempo perdido.

—Por supuesto que no mi teniente -afirmó con mucha seguridad.

—¿Seguro de lo que dices?

—Claro que sí... ¡Otros jamás podrán contar a sus hijos que una vez llegaron hasta Huayrac! -dijo con una sonrisa.

—¿De veras?

—Y lo mejor de todo... ¡Tampoco se comieron al último Paujil que quedaba en la selva!

Esto último nos hizo reír un buen rato, hasta que me dijo que tenía que ir a otro parque para continuar su trabajo. Nos despedimos con otro abrazo, deseándonos suerte para el futuro. Él se fue caminado con sus tijeras en la mano mientras que yo permanecí un rato más en el parque. Nunca más lo volví a ver.

